

H

80

LA MARQUESITA.  
~~~~~

182

Es propiedad de la autora.

R 81358

# LA MARQUESITA

NOVELA ORIGINAL

POR

PATROCINIO DE BIEDMA.

(Primera edicion.)

CÁDIZ: 1892.

—  
TIPOGRAFIA LA MERCANTIL  
PLAZA GASPAR DEL PINO.

53682

© Biblioteca Nacional de España

*Patrocinio de Biedma  
y su Mandado*





## CAPÍTULO I.

El tren correo descendente de Madrid acababa de llegar á una pequeña estación de la línea de Andalucía, distante dos kilómetros de un pueblo enclavado en la provincia de Jaen, al cual llamaremos Villaclara, advirtiéndolo á nuestros lectores desde luégo que no busquen sus noticias en ningun diccionario geográfico, pues es más que posible que no las encuentren.

El tren se detenía un minuto, tiempo suficiente para el escaso movimiento de la pequeña estación, pero angustioso para el viajero que hubiese de subir ó bajar en aquel punto, teniendo en cuenta que siempre ocupan algún tiempo las despedidas de última hora, así como el colocar ó recoger los objetos que hay costumbre de llevar á la mano, y que en realidad más bien molestan en un viaje largo, que ofrecen comodidad en su uso.

Empezaba á amanecer.

La luz blanda y rosada de la aurora teñía los picachos verdosos de la sierra, que marcaban su oscura silueta sobre el fondo blanquecino del cielo.

Los mil ruidos de la mañana en el campo, que parecen dormidos en la noche, daban al cuadro solitario y triste de aquel espacio descolorido que parecía envuelto en una vaga neblina, algo semejante á un aliento de vida, repercutido en una vibración cadenciosa.

Desde la estación, elevada algunos metros sobre el nivel del valle, se descubría el pueblo, con su alta torre y sus blancas casas, sin otro ornato que unos cuantos árboles sin hojas, que marcaban el camino con sus oscuras y desiguales ramas.

Antes que el tren se detuviese bajaron el cristal de un coche de primera, y un caballero de regular edad, con blancas patillas y aspecto sano y fuerte, se asomó á la ventanilla.

—Pues no hay nadie, dijo recorriendo con la mirada la estación y la ancha cinta blanca que formaba el polvoriento camino. No han venido á esperarnos, sin duda porque no ha llegado mi carta...

Por regla general el correo paga siempre las

culpas de cuantos no hacen á tiempo lo que deben hacer.

—Es muy temprano, dijo una vocecita dulce y displicente, como si acabara de perder un bello sueño y no tuviera gana de conversación.

—Temprano, y son las seis y media de la mañana! En el pueblo se madruga mucho, hijita, y á esta hora todo el mundo está ya levantado.

El tren detuvo su marcha en aquel momento.

El caballero abrió la portezuela y bajó de un salto, tendiendo sus brazos á una gentil viajera, vestida de luto, de aspecto juvenil, sin que se pudiera juzgar de su figura por estar envuelta en un ámplio cubre-polvo, así como su rostro y cuello en las gasas negras que le servían de velo.

—Vamos, vamos, Merceditas, que aquí no se puede perder tiempo, dijo el viajero con impaciencia.

La dama bajó sin tocar apénas el estribo y se quedó mirando aquel lugar solitario, triste y aislado como un desierto.

El caballero entre tanto tomaba de manos de un compañero de viaje los sacos, mantas y maletas que llevaban á la mano, y dejándolos en el suelo al lado de la que hemos oído llamar Mercedes, fué á recoger su equipaje, diciendo á la jóven enlutada:

—Espera un momento... Voy á ver si hay quien venga por todo eso... Ocurrencia es no enviar los criados sabiendo que aquí no hay mozos ni persona á quien ocupar.... Y lo peor será tener que ir al pueblo á pié, porque la pobre chiquilla viene cansada...

El equipaje habia sido descargado, y un mozo del tren, medio adormilado, sucio y con muy mal humor, se encargó de llevarlo al interior de la estacion, dejándolo sobre un alto mostrador en que se colocaban los bultos para que fuesen recogidos por sus dueños.

El caballero volvió hácia donde lo esperaba Mercedes, que miraba al tren ya lejano con una expresión de pena difícil de describir.

—Vamos á ver cómo me colocas todo eso al lado del equipaje, dijo el viajero al mozo que lo habia seguido.

En aquel momento un peaton cartero salia con un pequeño paquete de cartas y periódicos en la mano, para rodear la estación y dirigirse al pueblo.

—Colás! gritó el caballero; Colás, ven acá, hombre, ven acá...

—Buenos dias D. Francisco, dijo el llamado Colás, me alegro de la buena vuelta... y se quedó

mirando con una expresión de curiosidad que no se cuidó de ocultar á la señorita enlutada.

—Gracias, hombre.... Dime, no sabes tú si en mi casa iban á salir á esperarme? Hay alguna novedad? Tuvieron ayer carta mia?

—Ya lo creo que tuvieron, dijo el cartero que sabia siempre las cartas que se escribian y se recibian en el pueblo, como que se la llevé yo.... Era un sobre grande con un luto muy ancho....

—Eso es, pero extraño que no hayan venido...

—Pues sé que venian, porque mi primo Juan estaba ayer tarde limpiando el coche... Pero no oye V. los cascabeles de las mulas por el lado del atochar?...

—Creo que sí...

—Vaya, pues entónces ya están ahí... Quiere V. algo D. Francisco y la compañía?...

—Gracias, hombre; espérate si quieres y te irás en el coche...

—Bah! yo llego ántes en el coche de San Francisco, dijo Colás riendo... Ya están ahí!... No me engañaba... Vaya, á la paz de Dios!..

—Que Él te guarde, contestó D. Francisco mirando la nube de polvo que avanzaba por el camino.

Mercedes demostraba no haber oído el anterior diálogo.

Con la mirada fija en el horizonte, inmóvil, indiferente á todo, parecía sentir una profunda pena ante aquel aspecto desolado de la naturaleza.

—Vamos, gracias á Dios que llegan, dijo Don Francisco, ha sido un retraso que me ha dado un mal rato. Vente hija mia, que la mañana está fresca y puede hacerte daño... Esperaremos en la estación...

—No tengo frío, dijo la niña, que tal parecía por su aspecto, déjeme V. aquí.

—Como quieras... Así como así, poco tendrás que esperar.

En efecto, por el camino que unía á la estación con el pueblo, se veía avanzar la nube polvorienta que denunciaba el rodar de un carruaje y se oía ya distintamente el alegre sonido de los cascabeles que llevan en lujosas colleras adornadas con borlas y madroños de seda roja, las mulas que tiran de esos coches de campo, pesados, cómodos y grandes como para albergar una familia, que lo mismo pasan sobre el barrizal en que se hunden sus ruedas hasta los cubos, que entre las piedras que los hacen saltar sin detrimento de sus ballestas.

Avanzaba el día al par que el coche, y permitía apreciar detalles que ántes se perdían en la vaguedad de la niebla.

La sierra cercana iba mostrando perfiladas de luz sus crestas y picachos y la veleta de la torre del pueblo brillaba ya herida por los rayos del Sol que aún no tocaban al valle.

La jóven viajera, de la cual sólo se podían apreciar una estatura mediana y elegante y unos pe-lillos rubios que entre la gasa negra del velo se escapaban ansiosos sin duda de que el viento los acariciáse, se volvía á un lado y á otro, mirando el horizonte cada vez más claro, cubierto de nubecillas rojas y de ráfagas doradas, el campo seco y gris, sin verdura ni arroyuelos, como ella lo había visto en sus paseos, sospechando que todo él, en su vasta extensión, se hallaba cultivado como un parque.

Un jardinillo seco á medias, que resguardado por una verja servía de solaz á la familia del jefe de la estación, y recreaba la vista de los viajeros cuando en la primavera las ramas tendidas sobre el muro se cuajaban de rosas blancas y encarnadas, atrajo las miradas de Mercedes.

—Qué es eso? preguntó señalándolo.

—Un huertecillo, contestó sonriendo D. Fran-

cisco, que encontraba la pregunta muy inocente.

—Un huerto!... Un jardín! Pero si está seco.

—Estamos en invierno, hijita, y aquí no hay estufas para preservar las flores.

—Dios mio, dijo sin poderse contener la jóven rubia, qué triste es esto!

—Triste! exclamó D. Francisco, no lo creas! Ya me lo dirás en la primavera...

—Y el invierno, que sufriremos ántes?

—Ese lo pasaremos en casa, muy abrigaditos, y muy contentos, si Dios quiere.

Mercedes hizo un movimiento de impaciencia y se volvió á contemplar con curiosidad unos pollitos que salian picoteando por todas partes de una caseta de pobre aspecto, construida cerca de la estación.

—Si quieres, dijo D. Francisco, iremos al encuentro del carruaje, dando un paseo. El equipaje está seguro y despues lo recogerán.

—Estoy tan cansada!... Pero como V. quiera... Vamos...

D. Francisco dió el brazo á la jóven y se dirigió á la estación para cruzarla y salir á la carretera que conducia al pueblo.

En aquel momento aparecia en la última curva del camino el ruidoso coche, á cuya ventanilla

---

delantera se asomaba una jóven que gritó palmo-  
teando alegremente:

—Ahí están. Ahí están!... Papá! Papá!... Ya  
estamos aquí!...

—Gracias á Dios!... Contestó D. Francisco  
corriendo hácia el coche.

Mercedes esperó inmóvil que se acercasen.



## CAPÍTULO II.

—No hemos podido venir ántes, decia una señora de buena edad, alta estatura y regulares carnes abrazando á D. Francisco. Juan se puso malo y hubo que enviar al cortijo por Miguel para que nos tragera... Yo estaba deshecha... Me decian que el tren llegaba siempre retrasado, pero ya se sabe, el dia que hace falta una cosa no sucede, y hoy llegó á tiempo.

—Bien, bien, ya no ha pasado nada... Ve á abrazar á la pobre Mercedes.

—Cómo viene?

—Figúrate cómo vendrá... El golpe es terrible...

—Pobrecilla! murmuró la señora dirigiéndose á

donde estaba la jóven enlutada, seguida de Don Francisco, que llevaba abrazada á otra jóven fresca y alegre como una rosa, que se lo comía á besos, y que era la misma que desde el coche le había llamado papá.

—Mercedes, hija mia, dijo D. Francisco á la viajera, aquí tienes á tu tia Manuela y á tu prima Isabel, es decir, á tu madre y á tu hermana, pues lo serán para tí... Más tarde conocerás á mi hijo José, otro hermano tuyo, y esa es toda la familia... Doña Manuela adelantóse y abrazó á Mercedes.

—Pobrecita niña y cuánto habrás sufrido, ya pasó todo... Verás cuánto te queremos aquí!

Mercedes ante aquellas dulces palabras rompió á llorar, con un sollozo ronco y seco que demostraba su estado nervioso.

De los brazos de su tia pasó á los de su prima que la besó con viva ternura, y se dejó llevar al coche siempre sollozando y sin darse cuenta de lo que hacia.

—Vamos, vamos, niña, que eso es no ser razonable... Tanto ánimo como hemos tenido para todo y ahora habrá de faltarnos!... Ea, al pueblo, verás como te gusta, aunque te parezca feo desde aquí...

—Quítate el velo, dijo Isabel con cariño, te so-

foca... Verás cómo el aire de la mañana te hace bien...

—Quitase lo tú, dijo su padre; la pobre viene muy cansada...

Isabel fué á recoger la gasa negra que envolvía el rostro de su prima, pero ésta hizo un movimiento de impaciencia, y Doña Manuela se apresuró á decir:

—Déjala, déjala, ya estamos en casa y allí descansará...

El coche se había puesto en marcha con un ruido alegre y característico, y un movimiento, no tan muelle como el del *landeau* en que Mercedes tenía costumbre de pasear, pero no tan malo como hubiera sido de temer en vista de la poca igualdad del camino.

—Y mis sacos y mis mantas? preguntó Mercedes, que había dejado de llorar.

—No tengas cuidado, querida, dijo Don Francisco, que nada se perderá: quedan ahí dos criados de casa y dos mulos y cuando lleguemos nosotros estarán ya allí, pues se van por la trocha....

Merceditas guardó silencio.

Doña Manuela y D. Francisco cambiaron algunas palabras en voz baja en tanto que Isabel miraba con cierta curiosidad, no exenta de ternura á su prima de Madrid.

Era Isabel una hermosa jóven que contaría á lo sumo diez y ocho á diez y nueve años, aunque la frescura de la vida del campo, reposada y dulce, hace parecer más jóven á la mujer que se desarrolla bajo su luz radiante, y entre las emanaciones oxigenadas de sus campos y sierras, alfombradas de tomillos, jaras y espliegos, que purifican el aire.

Blanca y sonrosada, con abundantes cabellos de un hermoso color castaño, limpios dientes y pardos ojos, tenia siempre una sonrisa para sus padres, y una palabra viva y franca, llena de calor y de espontaneidad, que producía un rumor sonoro, mezclado con los ecos de sus risas, pues Isabel, como toda persona que no conoce el dolor, reía mucho y hablaba sin bajar la voz, como quien está segura de alegrar con su alegría los corazones que la aman.

No muy alta, sin ser baja en demasia y un poquito *metida en carnes*, su talle y su seno se redondeaban con amplias líneas, no muy del agrado de la muchacha, que tenia miedo de llegar á ser *gorda* ántes de tiempo, esto es, ántes de casarse, que despues la importaba poco.

Toda su persona respiraba salud y alegría, condiciones que por sí solas embellecen á una mujer, uniéndose á ellas una expresión de candorosa ig-

norancia de la vida, de pura sencillez, que despertaba interés y simpatía hacia aquella hermosa niña que parecía encargada de disipar las penas, esparciendo á su alrededor, con las notas de su voz argentina, ideas de esperanza y deseos de vivir.

Dos cosas preciosas embellecían la figura de Isabel, el cuello y las manos.

La naturaleza se había complacido en hacer una obra maestra, y no hubiera podido igualarlas en belleza el artista más sublime.

La pícara lo sabía y estaba orgullosa de ellas, luciéndolas siempre que podía, pues no hay mujer, por sencilla que sea, que no conozca sus encantos y sus defectos.

—Papá, dijo Isabel, que no podía estar callada mucho tiempo; hubo carta de José?

—Cuando?

—Anteayer... Dice que va á venir pronto y que me trae un brazalete de *Souvenir*... Dice que ha visitado en París á Doña Isabel.

—A la Reina? y cómo está S. M.?

—Muy buena y muy cariñosa... Como siempre... dice que le ha dado un retrato suyo para tí, con una dedicatoria; dice...

—Pero, loquilla, si me vas á decir todo lo que dice no voy á tener nada que saber cuando la lea...

—Hay mucho más... Escribe muy largo... Pero como se ocupa de lo de tío Luis, dijo bajando la voz, no te quise hablar de eso...

—Bien, bien, dijo D. Francisco mirando á Mercedes que continuaba inmóvil; ya la leeremos. Y cuándo vendrá?

—Eso no lo sabe todavía, dijo Doña Manuela con cierta expresion de tristeza; confia pasar la primavera en Madrid, y en ese caso vendrá al pueblo.

—No conoces tú á mi hijo? preguntó D. Francisco á Mercedes, más bien por sacarla de su en-simismamiento sombrío que por interés en conocer la respuesta.

—No recuerdo, contestó la jóven; creo que le ví una vez con papá...

Volvió á quedar silenciosa, sin que le inspirara curiosidad alguna el ver los sitios que recorria por primera vez.

Isabel la miraba con insistencia, como si á través de aquellas gasas que la envolvian hubiera querido descubrir una mirada de simpatía y una sonrisa de cariño.

Para la señorita de pueblo era un acontecimiento la llegada de una señorita de la córte, educada en París, acostumbrada á todos los refinamientos

de la elegancia y del buen gusto.

Su traje, su sombrero, sus palabras iban á servirle de modelo para igualarla en buen tono y distincion.

Solo le disgustaba la seriedad de su prima, á la que hubiera querido abrazar y besar con efusion y contarle en aquella primera hora cuanto pasaba en el pueblo.

Pero tenia un aspecto tan reservado, tan frio, que Isabel no se atrevia á preguntarle nada.

—Más tarde, se decia, adquirirá confianza y nos tomará cariño: no nos conoce, y además las desgracias que la afligen la preocupan por completo... Pobrecilla!.... Quién pudiera [devolverla su padre, su riqueza y su alegría!

Pensando así Isabel se inclinó y besó á su prima en la mejilla, que se trasparentaba pálida y fina por el velo de gasa negra.

Mercedes, sorprendida por aquella caricia, se volvió hácia Isabel y le tendió la mano.

—Ya son amigas, dijo Doña Manuela que habia visto lo acaecido entre las dos jóvenes.

—Es preciso que se consideren más que amigas, hermanas, dijo D. Francisco; esta pobre niña está sola en el mundo.

—Qué desgracia! murmuró en voz baja Doña

Manuela: ya hablaremos, no quiero que nos oiga y se aflija... Nada ha podido salvarse?...

—Nada, ó casi nada... es decir, hemos salvado lo que salvó mi régio tocayo Francisco I, *el honor...* de intereses se ha perdido todo...

—Méenos mal si hubieran ido solos.... pero Luis...

—Chits... Vaya, gracias á Dios que llegamos! Mercedes, ¿qué te parece el pueblo? no es tan feo como tú creías, eh? Ya verás qué buenas casas tiene y qué huertas tan hermosas; y campos para cazar y montar á caballo, flores, palomas, pájaros... Ah! oyes, oyes ese graznido? son los pavos reales que nos dan el quién vive... Son unos centinelas excelentes, ni se duermen, ni se ausentan, siempre en su sitio.

Mercedes oía á su tio sin contestar; con su aspecto cansado é indiferente; ni siquiera habia levantado la vista para ver á Villalbara, cuyas primeras calles, bañadas ya de sol, comenzaban á cruzar, despertando la curiosidad de las buenas mujeres que se asomaban á las puertas de sus pobres viviendas, poniéndose una mano sobre los ojos para ver sin que lo impidiese el sol á las personas que ocupaban el pesado carruaje, que movia un estrépito infernal sobre el empedrado pavi-

mento, llevando detrás una turba de chiquillos que á medio vestir, sucios y desarrapados jugaban en la calle esperando la hora en que debia abrirse la escuela.

—Dios mio! murmuró Mercedes, que asustada del ruido habia levantado la cabeza; esto es horrible... Cómo se puede vivir aquí!

Respondiendo, sin duda, á este oculto pensamiento, sus ojos se llenaron de lágrimas que mojaron el velo y su pecho se levantó de nuevo en convulsivos sollosos.

—Vamos, vamos, niña, dijo bondadosamente D. Francisco tomando su mano; ya estamos en casa, ya pasó todo... Y ese valor? No quiero que entres llorando en tu nueva casa, donde si Dios quiere te espera la felicidad...

Mercedes hizo un movimiento.

—Bah! siguió D. Francisco, en tono de protesta, á tu edad las penas pasan como nube de verano, dejando el azul del cielo más brillante y limpio. Tu pena es justa, pero debe ser resignada y tranquila, como todo mal que no tiene remedio.

El coche acababa de pararse delante de una gran casa antigua, cuya fachada de piedra tenia escrita en sus tonos oscuros la fecha de su existencia.

Los criados acudieron á la portezuela.

—Ha venido Ramon con los equipajes? preguntó la señora.

—Ya hace un rato, contestó una mujer que tenia el aspecto de ama de llaves ó criada de confianza: todo está en su sitio.

—Se colocó en el cuarto de la señorita lo suyo?

—Todo: el desayuno está listo.

Bajaron, y en tanto que Isabel cogía la mano de su prima y la colocaba sobre su brazo para entrar con ella en la casa, Doña Manuela preguntaba á Catalina que se habia detenido para ayudarla á bajar:

—Y Juan, cómo está?

Oscurecióse el rostro de Catalina, como si temiese contestar, suspiró y dijo:

—Muy malo, el pobre no sabe lo que tiene...

—Pero lo ha visto el médico? preguntó Don Francisco.

—Claro que sí, contestó vacilando Catalina; y lo ha mandado preparar!...

—Jesús! dijo Doña Manuela asustada; qué dolor de hombre, si ayer estaba bueno!... Pero qué ha sido?

—La pinta negra, dijo la mujer indicando así el carbunco, tumor gangrenoso, que segun se

creo generalmente se produce por la picadura del insecto que ha picado ántes en la carne putrefacta, cosa muy fácil de suponer en esos pueblos, donde se arrojan á las hondonadas y arroyos de los alrededores las bestias muertas para que sean devoradas por los perros y los cuervos hambrientos.

—Jesús! qué lástima de hombre! dijo Doña Manuela. Cuándo querrá Dios que entierren á los animales, que bien ancho es el campo, y no los dejen así para ser un horror y un peligro... Yo quisiera ir á verlo... su infeliz mujer, sus hijos...

—Luégo, luégo; ahora hay que atender á esa pobre niña, que descanse, que se reponga... No decirle nada de este disgusto que tenemos.

—Por fortuna no se ha enterado, se fué con Isabel...

—Pues hagamos un esfuerzo y que no sepa nada; está afligidísima, nerviosa, acaso enferma, y pensaría que la muerte sale á recibirla por todas partes.

—Sí, que no lo sepa, Catalina; díselo á todos, que no hablen de eso delante de las niñas... y tú llégate á casa de Juan, dí á su mujer que envíe por cuanto le haga falta, que no se escasee nada para salvarlo... Que yo iré despues.

Y Doña Manuela siguió apresurada á su ma-

rido para ir al comedor donde debian tomar en familia chocolate ántes de que los viajeros se retirasen á descansar.

Las dos jóvenes habian subido al piso principal, donde se hallaba preparada al lado de la de Isabel la habitación de Mercedes.

—Este es tu cuarto, dijo la joven mostrándolo; pero si no te gusta elegirás despues el que mejor te parezca.

—Es igual, murmuró Mercedes.

—Está cerca del mio, pero independiente; sólo con que llames me tendrás aquí.... Quieres quitarte el sombrero y el abrigo para desayunarte? Despues te acostarás.

—Bueno, dijo Mercedes desliando con indolencia las gasas de su velo y desabrochando el cubre-polvo; Isabel se apresuró á ayudarle.

Una expresión de asombro, de admiración se reflejó en sus ojos al ver aquel talleuelto y fino, aprisionado en un elegante traje negro, y aquella carita pálida, distinguida, de grandes ojos oscuros y pequeña boca, roja y fresca como una rosa entreabierta.

Mercedes se quitó despacio los guantes, desabrochó las mangas y entreabrió la chaqueta, lavándose con agua fresca y una fina esponja la cara y el cue-

llo y tomando jabon para las manos.

No se habia despeinado apénas, y su cabeza rubia, pequeña, graciosa, fina, sólo necesitó que la alisara el cepillo para que pareciese acabada de salir de manos del peluquero.

—D'os mio, dijo sencillamente Isabel; qué bonita eres, bien lo decia papá.

—Qué decia? preguntó sonriendo, débil á la lisonja, la rubita.

—Que eras un ángel, que la recordabas á su madre, nuestra abuela María, que murió hace poco...

Mercedes habia abierto su *cabás* de viaje y pasaba una borla de cisne con finísimos polvos por su cara, arreglando los ricitos de la frente y limpiando sus uñas.

—Cuando quieras, dijo.

—Vamos.

Cuando las dos niñas entraron en el comedor, Doña Manuela no pudo contener una exclamación de asombro.

—Qué linda es! dijo abrazándola.

Los criados que habian acudido llenos de curiosidad para ver á la forastera, se dijeron unos á otros:

—La marquesita!.. ¡Qué orgullosa es! Ni si-

quiera nos ha mirado! Y eso que no tiene un cuarto, según dicen, que su padre se pegó un tiro porque se quedó más pobre que una rata... Pues no gasta poca fachenda... Y como bonita es más bonita la niña nuestra; esa parece una muñequita de cera; Isabelica es una mujer del todo... Y tan buena y tan amable, nos trata como iguales, y eso que tiene oro para envolver á esa marquesa y á otras muchas...

—Vamos, dijo Catalina cortando las murmuraciones; cada uno á su avío, que hay mucho que hacer. Tú, Ramón, llégate á preguntar por Juan: llévale un puchero de caldo y media docena de huevos por si toma algun alimento, y estas sábanas que me ha dado la señora...

—Señá Catalina, dijo Ramon volviéndose; ahí viene Frasquillo el hijo mayor de Juan.

El ama de llaves salió á su encuentro.

—Calla, dijo, habla bajo, que no se enteren los señores: cómo está tu padre?

—Mi padre se ha muerto, dijo el chiquillo haciendo pucheros y rompiendo al fin en un berrido de pena, pateando y llevándose las manos á los ojos.

—Calla, condenado, que te van á oír; Jesús qué dolor, pobre mujer, pobres hijos... Véte, hijo

mio, dijo acariciándolo, compadecida de su pena; véte y no llores, no grites... Ya irán los señores y Dios cuidará de vosotros... Véte, véte en seguida, llévale esto á tu madre...

Y confiándole lo que debió llevar Ramon, cerró la puerta por miedo á que se oyesen los gritos del muchacho.

---



### CAPITULO III,

En el mundo financiero, el más importante de los mundos en que dividimos el universo social, brillaba como un astro de primera magnitud un caballero español, nacido en Andalucía, si bien en esa region que suele llamarse la Galicia andaluza y que por su posición geográfica más bien se asimila asperezas y desabrimientos de las Castillas, con su seriedad y buen sentido, que gracias y exageraciones de la tierra de María Santísima, con su informalidad y sus alegrías.

D. Lu's de Fonseca y Jaramillo, Abogado del ilustre colegio de Madrid, habia nacido en la provincia de Jaen, y pertenecia, como su nombre lo indica, á una ilustre casa, cuya nobleza, chapada á la antigua, se perpetuaba más que por los pergaminos heredados, por la consideración y respeto

que inspiraban la honradez y generosidad de sus representantes.

D. Luis era el segundo de los hermanos, y como el vínculo de la herencia sólo hacia rico al mayor de ellos, no tardó en buscar los medios de vivir por si mismo, siendo elegido Diputado á Córtes por su distrito natural, y estableciéndose en Madrid, donde su carácter vehemente y su actividad incansable, tenían ancho campo para medir sus fuerzas.

La política, con su atracción de abismo, influyó de extraordinaria manera en aquel carácter sano y enérgico, acostumbrado á la sencillez de su hogar y á la lealtad de sus amigos.

La doble naturaleza en que se pretende dividir al hombre político para dejar á salvo su dignidad privada cuando sufre su nombre algún menoscabo con sus actos públicos, era incomprendible para D. Luis, que pretendía que el honor no admite distingos, y que el hombre que dice una inexactitud á sabiendas, convenga ó no á un partido, es un embustero y como tal pierde ó debe perder en el concepto de las personas honradas.

El tira y afloja de la diplomacia, secundado por los hombres de gobierno como un elemento de fuerza, lo sublevaba como indigno de la serie-

dad de las naciones representadas, y más de una vez promovió en las Cortes graves conflictos á los ministros, áun estando á su lado en las filas de la mayoría, con sus arranques de independencia y de puritanismo, pretendiendo levantar velos que convenia tener corridos sobre asuntos cuya solución no era favorable, y marcando con sus preguntas inesperadas, puntos vulnerables en la vida del gabinete.

A parte de esta intransigencia que lo hacia temible hasta á sus amigos, D. Luis era respetado y querido como un perfecto caballero, de costumbres sencillas, trato ameno y carácter jovial.

Conocido en todas partes, alternando como lo exigia su nombre con la mejor sociedad de Madrid, cuando frisaba en los treinta años se enamoró de una interesante jóven, de belleza delicada y culta inteligencia, hermana del marqués de Vega Real, uno de sus mejores amigos.

Práctico en todos los asuntos de su vida, no había de perder el tiempo en hacer el idilio, y apenas tuvo la seguridad de ser correspondido, pidió la mano de la señorita Doña María de Quiros y Valdés, huérfana de padre y diez años menos que él, con lo que dicho se está que sólo contaba veinte.

La boda se verificó en seguida, con gran complacencia de la familia de la novia que veía en D. Luis un partido excelente y con no poca sorpresa de la familia del novio que apenas tuvo tiempo de comprar los regalos.

Un año despues nacia Mercedes, y su madre moria á consecuencia del parto, dejando un esposo inconsolable y una niña de algunos dias, de cuyo cuidado se encargó su abuela materna, la marquesa viuda de Vega Real, respetable señora que entendia más de actos de corte, peticiones benéficas, óperas y bailes, que de educar niñas, dicho sea sin ofender la clase de abuelas aristocráticas.

Tocóle en suerte una nodriza buena, tanto por la leche con que la crió como por el cariño con que la trataba, y la pequeña María de las Mercedes creció sin penas ni placeres, sin enfermedades y sin desarrollo, pudiéramos decir, pues crecia desmedrada y endeble, como planta sin sol.

Ocho años contaba cuando murió su abuela, y su padre, que la adoraba, pero que arrastrado por un torrente de negocios, á los que se habia consagrado con ardor, huyendo de la soledad de su hogar, y desengañado de la política, no podia dedicarse á su cuidado, decidió llevarla al colegio

del Sagrado Corazon de Jesús, en París, para que fuese educada convenientemente.

Forzoso es confesar que una vez instalada la niña, D. Luis no se ocupó de ella más que para pagar la pensión al colegio, y para obtener la real carta de sucesión en el título de marqués de Vega Real, vacante por muerte de su tío D. Gerónimo de Quirós, y que legalmente le pertenecía, puesto que el difunto marqués había muerto célibe.

Alguna vez, cuando sus negocios en París le dejaban un dia libre, sacaba la niña del colegio, la llevaba á todas partes, le compraba cuantos juguetes queria, satisfacía todos sus caprichos, la retrataba, admirando el parecido cada vez más perfecto con su malograda madre, cuyo recuerdo era siempre amado para él, y se consideraba feliz con aquel descanso en la vertiginosa lucha de los negocios, que lo arrastraba sin cesar, encadenando su vida entre cálculos, combinaciones, temores, esperanzas, compras y ventas, con la obsesion constante de su espíritu de realizar una operación que le asegurara una renta para retirarse de los negocios, y ofrecer á su hija una posición de las más brillantes de la córte.

No hemos de seguirle paso á paso en sus aventuras, ora realizando ganancias fabulosas, ya su-

(3)

riendo pérdidas enormes, de las que se reponía en breve, y como si el espíritu mercantil de nuestro siglo lo sostuviese, sabía sacar de su derrota elementos para el triunfo que la seguía.

Diez y seis años tenía Mercedes cuando empezó á pedir á su padre que la sacase del colegio, pues sus compañeras se iban alejando todas para vestir el traje largo y vivir con su familia. Esto era razonable y justo y D. Luis lo reconocía, pero ¿cómo traer la niña á una casa vacía siempre por ausencia del dueño, sin una persona que cuidase de aquella tierna juventud?

¿La llevaría con su hermano Francisco, cuya esposa era modelo de buen sentido, así como él de bondad é inteligencia?

Demasiado sabía que la chiquilla sería muy bien recibida y perfectamente educada en cuanto á educación moral pudiera referirse, ¿pero qué haría la pobre niña en un pueblo, sin ver otra cosa que áridos terrenos y sin oír hablar más que de labores, aceitunas, cosechas y lluvias?...

Imposible; su educación esmerada, su belleza distinguida, se oscurecería con el barniz de vulgaridad que extiende la vida campesina sobre cuantos siguen sus toscas prácticas, retirados de todo roce social y entregados á un naturalismo que ex-

cluye todo refinamiento del gusto. ¿Traería un aya inglesa, recurso supremo de las niñas que no tienen madre?

Este plan le parecía más aceptable, puesto que le permitiría conservar á su lado á su querida rubilla, aquella niña mimada y caprichosa que le recordaba tanto á la mujer amada, que no se atrevía á negarle ninguno de sus gustos, temeroso de disgustar á la muerta.

Apremiaban las cartas de la colegiala, y prometíase Fonseca resolver este asunto, dejando pasar así entre peticiones y aplazamientos, dos largos años que á Mercedes parecieron interminables, pero que no fueron suficientes á resolver el problema, planteado desde el primer momento, cogiendo desprevenido á D. Luis, que de prisa y corriendo hizo venir una gobernanta inglesa, para que, al par que cuidaba de su hija una persona respetable, no tuviese que admitir que entre los dos se interpusiera una personalidad extraña, investida de las preeminencias de una institutriz ó aya.

Su hija estaba ya educada y sólo necesitaba que se consagrara una persona á su cuidado, acompañándola cuando su padre no pudiera hacerlo.

Una vez instalada Merceditas en su casa, co-

mo dueña y señora, pudo creer realizados todos los sueños de su fantasía, que dejaban en mantillas como los de cualquier joven de su edad, los que entretuvieron al príncipe árabe en forma de cuentos, durante mil y una noches.

Lujo, caprichos, teatros, paseos, cuanto constituye la vida frívola y alegre de la sociedad de Madrid, llenaron la vida de la joven Marquesita, halagada por su belleza, por su posición y por la riqueza que se suponía acumulada por su padre.

Era citada en todas las revistas de salones, se deseaba su presencia en todas partes, viéndose adulada, festejada, por una nube de adoradores, que acudían como moscas holgazanas á comerse el panal labrado por industriosa abeja.

D. Luis saboreaba los triunfos de su hija, sin detenerse á examinar su valor.

La acompañaba algunas veces, muy pocas, al Teatro Real ó al Retiro, confiándola casi siempre á una familia amiga, para que no se privase de alternar en las fiestas á que sus negocios no le permitían asistir.

Pagaba las cuentas de los gastos de Mercedes sin mirarlas, ántes bien, extrañaba que gastase tan poco, sin tener en cuenta que una joven soltera no podía usar aunque quisiera galas más costosas.

La compañía de la jóven influía en cierto modo en los negocios de D. Luis. Tenía prisa de acabar para acompañarla á todas partes, para gozar en su casa de aquel encanto que esparcía su presencia, con los ecos argentinos de su voz, con el roce de su trage, semejante á un rumor de alas, con sus inocentes preguntas y sus enfados de niña, que al desaparecer con una caricia le inundaban el alma de felicidad.

Era preciso jugar el todo por el todo, hacer el negocio final, la bola de nieve, y despues retirarse en absoluto, emplear su dinero, gozar su renta, casar á su hija... Oh! en cuanto á eso, ¿dónde existía un hombre digno de ella?

Pensaba algunas veces en su sobrino José, hijo de su hermano Francisco, noble de corazon y de raza, que acababa su carrera de ingeniero y daba pruebas de gran inteligencia. Este era el único que él podía aceptar; pero ¿y si los muchachos no se querían?

Casamiento y mortaja del cielo baja; era inútil preparar una boda que sólo debía prepararse por el mútuo cariño de los destinados á verificarla.

Sobrevinieron acontecimientos de importancia.

Había algo en la atmósfera que se infiltraba en los ánimos, llevando la inquietud y el temor á los espíritus más serenos.

España habia sufrido la inmensa catástrofe de los terremotos.

Pueblos enteros se habian destruido en una horrible noche, y la caridad acudia á consolar al triste y á socorrer al desvalido, llenando los ayes del dolor y las frases de piedad el espacio que suele consagrarse en la prensa y en los sitios públicos á la política y á los negocios.

Algo muy grave vino á unirse á esta situación de miseria y desventura, cuando apenas parecia irse calmando, en la esperanza de un oportuno socorro, el espanto que produjo.

Se decia que el jóven rey D. Alfonso XII, tan querido de su pueblo, se encontraba enfermo y que su enfermedad era de las que no dejan lugar á la esperanza.

Habia acudido el Rey al sitio de la catástrofe, habia dormido sobre la nieve, habia arrostrado peligros sin cuento.

Su organismo delicado, aunque su enérgica voluntad pretendiera hacerlo fuerte, se habia resentido, habia vuelto á molestarle un mal curado catarro, y la enfermedad presentaba tales caracteres, que los que tenian motivo para saberlo aseguraban, en voz baja y misteriosamente, que el rey se moria.

Contra estos rumores pesimistas luchaba la con-

fianza que habia logrado inspirar el profundo talento del hombre de Estado que se hallaba al frente del gobierno, y que conociendo toda la importancia que podía tener en el porvenir de la nacion española, ya tan oscuro é incierto, el anuncio de tan dolorosa certidumbre, cuidó de ocultar el verdadero estado del Rey, impidiendo toda alarma, y preparando para el momento fatal los medios de hacer frente á la difícil situacion que se presentaba.

Entre tanto la córte hacia su vida normal; ninguna privacion denotaba un temor angustioso ni una preocupacion mortal. Se veia á la Reina en su palco del teatro Real, iba el Rey á las carreras de caballos, y aunque su color revelaba lo que la razon de Estado obligaba á ocultar, nadie sospechaba que un enfermo tan grave no tomase, en apariencia al ménos, precaucion alguna.

Suponíase que los rumores acerca de su enfermedad eran propalados por revolucionarios y bolsistas, y se olvidaban fácilmente, en un optimismo que sólo se justifica por la frivolidad de nuestro carácter, y lo contradictorio de las opiniones.

Don Luis Fonséca creyó, como todos, que la situacion era estable, que los temores eran absurdos; planteó una operacion importantisima, la que

debía ser la última, permitiéndole retirarse para consagrarse á su hija.

Era cuestion de pocos dias; el mes de Noviembre avanzaba y al liquidar el dia 30 debia despedirse de los negocios.

Al empezar la última decena del mes el malestar fué acentuándose.

Del Pardo llegaban tristes noticias. En aquel sitio real acababa sus dias un Rey que no debia llegar á cumplir sus veinte y ocho años, y que en plena juventud, amado hasta la veneracion de los suyos, querido y respetado de su pueblo, moria solo, rodeado de fieles servidores, para conservar el trono á su dinastía y la paz á su nacion.

La inquietud invadia los ánimos, luchando con la esperanza de que la alarma fuese infundada.

La esfinge oficial permanecía muda.

El dia 25 circuló con la rapidez del rayo una horrible noticia.

El Rey se moria.

La familia real se habia trasladado al Pardo para acompañarlo en la agonía.

El pánico fué terrible.

La Bolsa osciló en los primeros momentos, y al confirmarse la triste nueva descendió rápidamente, llegando á bajar seis enteros en algunas horas los valores.

Todo el mundo temia el *crak*, la catástrofe, la ruina.

Se ofrecía el papel en grandes cantidades sin encontrar compradores.

Las noticias eran cada vez más graves.

Don Alfonso habia tenido un vómito de sangre, y despues de la espantosa hemorragia, habia entrado en la agonía.

La noche fué de angustia y ansiedad para Madrid y para España.

Al día siguiente el Gobierno habló en la *Gaceta*, confirmando la temida verdad.

Don Alfonso XII habia fallecido de un ataque de disnea.

Poco importaba el nombre del mal, si el hecho era cierto.

Al mismo tiempo se anunciaba que la augusta reina viuda Doña María Cristina de Hapsburgo habia sido nombrada Regente del Reino durante la menor edad de sus hijos, segun lo preceptuaba la constitución del Estado.

La Regente habia llamado al poder al partido liberal, que iría á las Córtes conservadoras para recibir el juramento de la Reina.

Esta actitud noble y leal de los partidos influyó en la opinión, calmando algun tanto el pánico de lo desconocido.

Pero el daño estaba hecho.

Aquella baja inesperada y terrible era la ruina para muchos hombres de negocios, la miseria para muchas familias.

Al luto nacional se unia el espanto de las pérdidas sufridas.

Don Luis Fonseca era una de las víctimas de la catástrofe.

Aquella operación magna que debia ser la última, aquel importantísimo negocio, lo arruinaba en absoluto.

Habia contado con los fondos de una pignora-  
ción de papel, y al venir la inesperada baja, tenia que reponer, no pudiendo hacerlo por carecer de efectivo y no serle posible retirar las cantidades comprometidas, que por otra parte hubieran resultado insuficientes, dada la gran depreciación de los valores en venta.

Lo angustioso de su situación no le permitia apreciar con calma la situación de las cosas, ni buscar remedio para el mal del momento.

Desesperado, loco, sin conciencia de lo que hacia, viendo próxima una quiebra vergonzosa, puesto que habia aventurado en la jugada más de lo que poseia, considerando destruido todo el fruto de una vida de trabajos, deshecho el porvenir de

---

su hija, y sin medios para reponerse del terrible golpe recibido, se encerró en su despacho y escribió dos cartas, una para su hija, sobre la cual cayeron sus ardientes lágrimas; otra para su hermano D. Francisco de Fonseca y Jaramillo, propietario, Senador por derecho propio, en Villaclara.

Las cerró y selló, trazó sobre un papel unos renglones expresando que se mataba por cansancio de la vida, y se disparó un tiro de pistola sobre la sien...

---



## CAPITULO IV.

Cuando D. Francisco Fonseca llegó á Madrid, llamado por un telegrama urgente, encontró el cuadro más triste que es dable contemplar en la vida real; el de la ruina y la muerte, enseñoreándose sobre un hogar deshecho.

La señorita de Fonseca, herida por aquella horrible sorpresa, estaba enferma, cuidadosamente asistida por la gobernanta y por la doncella, que veían con espantados ojos la intervencion del juzgado, el muerto sin la sombra augusta de la Cruz, y la casa sin jefe, vigilada y sellada para responder en su dia de lo que en ella se encontraba.

El desgraciado banquero nombraba á su hermano su albacea testamentario, confiándole la tutela

de su hija, y dándole cuantas autorizaciones puede conceder la voluntad amparada por la ley, para que en todo obrase como si fuese su misma persona.

Al pedirle amparo para su hija, le rogaba que salvase su nombre de toda mancha, pagando cuanto descubierto resultase en su contra, y completándolo, si los restos de su hacienda no fuesen bastantes, con la suya propia, perdonándole esta imposición, en gracia al honor de la familia que debía quedar á salvo de la catástrofe.

Lamentaba lo insensato que habia sido aventurándolo todo, y facilitaba á su hermano una nota del estado de sus negocios para que le sirviese de guía en la liquidación.

El trabajo que esta inesperada desgracia ocasionó á D. Francisco no hay para qué decir que fué penoso.

El propietario de Villaclara, acostumbrado á su tranquila y reposada vida de labrador, nada entendía de esa jerga bursátil con que se hacen y se deshacen tantos capitales.

Profundamente afligido por aquella desesperada resolución de su hermano, que pudo acudir á sus fondos para salvar el conflicto del momento, sino hubiera obrado con la ofuscación de la sor-

presa, se consagró á consolar á su pobre sobrina María de las Mercedes, á la que consideraba ya como á su hija y á desenredar aquella madeja de negocios que se liaba cada vez más, entre las diversas formas en que estaban planteados.

Pero como lo que no se puede desatar se corta, máxima preciosa que para enseñarnos á ganar tiempo puso en acción un grande hombre, Don Francisco fué cortando siempre por lo sano, y dejando limpio su nombre, pero limpia también la caja de su hermano y por tanto disipada la que debía ser herencia de su pobre sobrina.

Guiándose por su rectitud de criterio y por su hidalguía de sentimientos, procuró que nadie quedase perjudicado con aquella desgracia, adelantó fondos, pagó á su tiempo y tan buena maña se dió para disipar murmuraciones, que todo el mundo creyó que el suicidio de D. Luis había obedecido más bien á un pesar secreto ó á un raptó de locura que al temor de una quiebra vergonzosa.

Cuando Mercedes estuvo más calmada, su tío celebró con ella una breve conferencia.

—La voluntad de tu padre, le dijo, se ha cumplido; nadie puede quejarse de su mala fé, nadie puede acusarlo de engaño ni abuso... Ha muerto y su nombre y su memoria serán respetados por

todos. Creo que este era nuestro deber...

—Tienes razón, dijo Mercedes, ante todo él.

—Desgraciadamente no he podido salvar nada para tí; sólo te quedan, porque yo te las he comprado, las alhajas de tu madre y tus ropas. Cuando se casó tu padre nada tenía, y en el año que estuvo casado no pudo corresponder tampoco á tu madre ganancial alguno. Cuanto quedaba debía servir para satisfacer los créditos pendientes y así se ha hecho.

—Yo no entiendo de nada de eso, tío, dijo Mercedes con amargura; sólo sé que perdido mi padre, nada de lo demás me importa.

—Desde luego que el mayor pesar ha de dominar los más pequeños, pero es fuerza darte cuenta de todas las operaciones realizadas. Eres ya una mujer y debes conocerlas.

—Lo que tú hagas será siempre lo mejor para mí, dijo Mercedes; acaso tengo en el mundo otro apoyo que el tuyo?

—Yo procuraré, hija mía, que nada te falte, pero conozco que todos mis esfuerzos no podrán llenar el vacío de esta muerte cruel.

Mercedes suspiró.

—Será preciso, dijo vacilando D. Francisco, que una vez cumplidas las formalidades legales

en los últimos detalles, dejemos á Madrid.

Mercedes palideció: la idea de ir á vivir al pueblo la asustaba horribilmente.

—No creo, continuó D. Francisco, que debemos estar aquí más tiempo que el absolutamente necesario para terminar. Los resultados de estas catástrofes, son tan dolorosos como el hecho que las produce. Tendrias que ver llevarse uno á uno los muebles que has usado, los coches que te han servido para tu recreo, todo cuanto constituia tu vida lujosa y feliz, y yo quiero llevarte ántes á mi casa que será la tuya, donde te esperarán dias dulces y serenos, con el cariño de la familia y las comodidades de una existencia modesta.

Mercedes se echó á llorar.

—Yo no quiero, dijo, que hagas por mí ningun sacrificio, déjame en un convento: el mundo ya se acabó para mí!

—Sacrificio en tenerte á mi lado! Sacrificio en amar á la hija de mi único hermano, que al morir me la confia! Vamos, vamos, hija mia, tranquilízate, el dolor te hace delirar! Aparte de la pena amarguísima que nos produce á todos esta desgracia, tu presencia sólo llevará á mi casa un rayo de alegría; sin conocerte todos te aman, todos te desean, y el cuidarte y dulcificar tu dolor, será para

nosotros, no lo dudes, un supremo consuelo.

Mercedes se conmovió ante aquella voz llena de verdad y ternura, ante aquella mirada franca y leal, y se abrazó á su tío.

—Sois muy buenos todos, dijo, pero yo no puedo llevar alegría á ninguna parte, sino pesares. La desgracia va conmigo; nació, y murió mi madre; vine á mi casa, y mi padre, por querer hacerme rica, se tuvo que matar... No me lleves, no, porque vosotros sois muy felices y yo mataré esa felicidad!

—Hija querida, dijo D. Francisco besando conmovido sus rubios cabellos, deshecha esas ideas. Tú no eres culpable de esas desgracias, tú eres buena y la dicha va con los buenos. Eres muy joven, por lo que no puedes creer que sea en tí eterno el dolor. Las nubes de la mañana se desvanecen con el sol del medio día: la conformidad trae la calma.

Mercedes secó sus lágrimas y dominó su emoción.

—Está bien, dijo, tú lo quieres y yo no puedo oponerme porque no tengo voluntad: nos iremos cuando disponga. Ahora permíteme una pregunta: ¿Cuánto has dado por las alhajas de mi madre?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Yo te lo ruego.

—Treinta y cuatro mil reales; casi todas, según nota de tu padre, están en tu poder: falta una sortija que él usaba y que ha querido que yo guarde, y un medallón que tenía tu madre al cuello con una reliquia, el cual consagra á mi mujer, así como un reloj á mi hija, pero éstas no han entrado en la tasa por ser su valor insignificante, si bien para nosotros lo tiene incalculable.

—Sí; además el reloj de mi padre será para tu hijo; yo sólo me reservaré su carta manchada de sangre...

—Oh! veremos de guardarte todo lo de su uso personal, así como lo tuyo.

—No, yo nada quiero, ni nada necesito; lo que no tenga valor para venderse dáselo á los pobres para que pidan á Dios por su alma.

—Así se hará.

—Y ahora atiende mi ruego: vende también esas alhajas que yo no he de ponerme, y que acaso tampoco se puso ella, pues no tuvo tiempo de usarlas...

—No, eso nunca...

—Entonces será preciso que recibas como precio suyo cuanto yo tengo... Mi pobre padre solía dejarme en una cajita de mi cuarto billetes de

banco ó monedas antiguas de oro que yo guardaba sin gastarlas, porque él pagaba cuanto me hacia falta: no sé si alcanzará á pagarlo todo, pero si falta se eliminará lo que ménos me guste y se venderá...

—Mercedes!

—Qué hay en esto de extraño! No estamos hablando de negocios? No tengo yo que intervenir contigo en el arreglo de los asuntos de mi casa?.. Pues nada más natural que hablar de ello.

—Para nada se relaciona esta cuestión con ese arreglo y me aflige que hables así.

—¿Por qué, tio? Soy la hija de un hombre de negocios y el hablar de dinero ni me asusta ni me extraña. Voy á ver lo que yo tengo; si alcanza soy yo quien compra las joyas de mi madre con los regalos que mi padre me hizo; si no alcanza, compraré las que pueda.

Mercedes se levantó, abrió un armario y volvió á su asiento llevando en las manos un lindo cofrecillo de maderas finas, que debía contar algunos siglos de existencia.

D. Francisco la miraba con profunda tristeza; aquel carácter que se revelaba altivo y firme, parecia darle miedo para el porvenir.

—Vamos á ver, yo apenas sé lo que valen estos papeluchos, tú me irás diciendo.

Y sentándose, fué entregando á su tio billetes de diverso valor y monedas de oro tambien desiguales.

—Es todo lo que tengo, todo, aparte de la ropa de mi uso...

—Aquí hay cincuenta y seis mil reales, dijo D. Francisco que no podia ocultar la contrariedad que esta escena le producía.

—Si? ¡Tanto!... No lo sospechaba!... Entónces soy feliz, es decir, feliz no puedo yo serlo, pero estoy satisfecha... Tú te cobras ahora mismo el valor de las alhajas de mi madre, que yo compro, guardo veinte mil reales por si puedo ser monja pagarme la dote, reparto dos mil reales entre los criados, que serán despedidos, y me entrego á tu caridad, completamente pobre, para que hagas de mí lo que quieras!...

—Acaso no sospeches siquiera la pena que me causas al hablar así, y habré de perdonártelo porque el dolor enloquece, dijo severamente D. Francisco; no es mi caridad, es mi deber, el que te lleva á mi lado; no es la compasión lo que hallarás en mi casa, sino el amor de la familia; perdistes un padre y tienes otro; esto es todo.

—Perdóname si te he ofendido, y no hablemos más de eso. Cóbrate los treinta y cuatro mil reales.

—Guarda tu dinero, hija mia, y acepta como regalo mio esas joyas.

—Imposible.

—Me haces sufrir!

—Más sufro yo: acabemos de una vez!

—Sea como tú quieres: acepto ese dinero como un depósito, que acaso te devuelva algun dia.

Mercedes sonrió tristemente.

Nunca supo que su tio habia cubierto con una suma mucho mayor el déficit de aquella liquidación disparatada.

De saberlo hubiera sufrido mucho su amor propio, y el honrado propietario de Villaclara quiso evitarle ese inútil dolor.



## CAPITULO V.

La casa de los Fonseca en Villaclara era un hermoso edificio, de aspecto señorial, situada en un ángulo de la población, y ocupando una manzana completa, con jardín, que rodeaba parte de la casa, huerta, cuadras, cocheras, picadero, patios interiores, corrales para gallinas, palomares y toda esa numerosa instalación de las casas ricas en los pueblos, que gozan en aglomerarlo todo, para facilitar las necesidades de su vida cómoda y feliz.

Grandes salas, casi siempre vacías, ocupaban el piso bajo, que es el que generalmente se habita en los pueblos, despachos, comedores con amplias chimeneas para invierno, y con rejas que entoldaban las parras en verano, y en el fondo de estos

grandes departamentos, alcobas adornadas con gran sencillez y comodidad, en las cuales la limpieza constituía el principal lujo que ostentaban.

En el piso principal, al cual conducía hermosa escalera de mármol rojizo, había un gran salón, el salón de honor, que ocupaba con sus gabinetes toda la fachada principal de la casa. Al lado, en una alcoba verdaderamente feudal, dormían los jefes de la familia, y en habitaciones más modernas y más alegres, los hijos de éstos, que como ya sabemos, eran dos.

Las habitaciones de José, las más lindas, si no las mejores de la casa, habían sido preparadas para Mercedes, con la idea de que estuviese próxima á Isabel, destinándose al ingeniero para las breves temporadas que pasaba acompañando á sus padres, un cómodo y espacioso departamento del piso bajo.

Una salita de labor y estudio, adornada con gran sencillez, dividía los dormitorios de las dos primas, quedando el de Isabel próximo al de los señores de Fonseca.

El destinado á Mercedes estaba unido á un espacioso gabinete de tocador que recibía luz, así como la alcoba, del jardín que en aquel ángulo rodeaba el edificio.

Un gran balcon semejante á una galería cubierta de cristales, hacía de este gabinete uno de los sitios más gratos de la casa.

El extenso mirador, alfombrado y con pequeños divanes y mesitas, como para ocuparlo en diversos casos, dejaba contemplar un horizonte ámplio y limpio que parecían limitar como un muro blanco y azul los picachos de las sierras cubiertos de nieve en sus cimas.

Al léjos, entre la masa gris que cual una sábana inmensa formaban los campos, brillaba el rio, como una línea divisoria formada con cristales para marcar la propiedad del terreno.

Bajo el mirador, trepando libres y frondosas hasta entoldarlo con sus guirnaldas, crecían las yedras, y aquí y allí, llenando aquel espacio, arbustos ora cubiertos de hojas, ya secos y duros como si esperasen el aliento fecundo de la primavera para reanimar su savia.

Una gran fuente servía de receptáculo á millares de peces rojos y pardos que se escondían entre sus verdosas aguas, y á ella acudían algunas palomas, que se arrullaban al sol, y picoteaban las semillas desgranadas, mojando sus plumas en el chorrito de agua fresca que caía con cadencioso rumor sobre el mármol del pilón.

Admirando aquel paisaje lleno de vida se comprendía lo que debía ser en la primavera, cuando la manta gris que formaba el campo se tornase verde, brillasen las sierras con los reflejos del sol, adquiriese el Guadalquivir su azulada transparencia, y se cubriese el jardín de rosas y claveles, adornando el balcón con guirnaldas floridas las ramas secas que lo cubrían, y formando las lilas, cuajadas de ramos, un velo que lo defendiese de los rayos del Sol.

La mano delicada de Isabel había colocado dentro de ese mirador, y como un adorno de sus extremos, jardineras con plantas finas que necesitaban para vivir el abrigo de los cristales, y jaulas con pájaros cantores que debían alegrar la soledad de la huérfana, que iba á ser su dueña.

Cuando Mercedes se despertó eran las doce, y cansada de cuerpo y de espíritu, aturdida aún con el dolor que le producía la muerte de su padre y lo incierto de su porvenir, asustada del cambio que en su vida se obraba, no pensó en levantarse, antes bien, pasó por su ofuscado pensamiento la idea de no levantarse más, de morir allí, de hacer como su padre, que cuando no pudo seguir adelante, agobiado por el desaliento y vencido por el cansancio, se despidió de la vida.

Se asombraba de que no se le hubiera ocurrido ántes esta idea y se habria evitado el venir al pueblo.

La estancia en él le parecia imposible. Miraba aquellos sencillos muebles con lástima, recordando los elegantes y confortables que tenia costumbre de usar.

No se habia fijado siquiera en sus habitaciones: se habia acostado sin voluntad ni idea, conducida por su prima, y ahora, al despertar de un sueño pesado y fatigoso, comenzaba á darse cuenta de todo.

La habia despertado el canto de un pajarillo... ¡Qué importuno! Si creerian que á ella le gustaban las poesías bucólicas!...

Ella no apreciaba otra música que la de la orquesta del teatro Real.

Serian gustos de su prima, que parecia una pastora de Garcilaso, con mejillas teñidas de rosa y ojos con reflejos de sol.

Qué compañía tan empalagosa se le ofrecía!... Pajaritos y flores!... Habia para morir de fastidio.

—Se puede entrar? preguntó una vocecita dulce tocando á la puerta del dormitorio.

—Quién? preguntó entre asustada y sorprendida Mercedes; quién es?

—Soy yo, Isabel, dijo ésta entrando sin más cumplimientos, y apoyándose en la cama preguntó:

—Has dormido un poco? Has descansado?

—Sí, dijo Mercedes que se incorporó lentamente; he dormido... qué hora es?

—Las doce y media, la una ya, dijo volviendo la cabeza para mirar un bonito reloj colocado sobre la chimenea del gabinete de Mercedes.

—Te vas á levantar? preguntó: ¿quieres que te dé una bata mia en tanto que tú arreglas tu equipaje, ó que te saque ropa?

Mercedes iba á preguntar si no tenía ella una criada á quien dar sus órdenes, ó si debería pedir lo que se le ofreciera á su prima, pero no lo dijo, y se limitó á suspirar en silencio.

Ya en Madrid pensó en llevar consigo su doncella, pero su tío nada le dijo y no se atrevió á proponerlo.

Seguramente que á D. Francisco no le hubiera molestado en nada que su sobrina llevase consigo uno ó más criados, pero temió la competencia con los del pueblo, y las molestias á que esto pudiera dar lugar, por cuyo motivo hizo como si se le olvidase este asunto, cuya pequeñez realmente disculpaba el olvido.

—Pero voy á molestarte, dijo Mercedes que no sabia cómo pedir una criada. Yo nada sé hacer, ni me visto, ni me peino sola, ni sirvo para arreglar la ropa...

—Oh! yo no me molesto, dijo con su alegre risa Isabel. Yo peino á mamá, la visto y arreglo mis cosas, de modo que te ayudaré á tí en lo que quieras... porque creo que te gustará más lo que yo te haga que lo que te haga Dolores... Eh! Lola, mira lo que estoy diciendo de tí, que no sirves para nada!

—Qué cosas tiene la señorita! dijo una muchacha morena y colorada que se afanaba en encender la chimenea.

—Quién es Dolores? preguntó la marquesita, que estaba sentada en la cama.

—Pues, tu doncella, por decirlo así, porque vas á encontrar una diferencia muy grande entre ésta y las de Madrid, como del día á la noche... Pero es de lo mejor...

Mercedes estuvo por decir que la encontraría en todo, pero supo callar su pensamiento.

—¿Podría prepararme el baño? preguntó la madrileña con la mayor sencillez.

—El baño! repitió estupefacta Isabel; pero estás mala?

Mercedes no pudo contener una sonrisa, á pesar del estado de su ánimo.

Acaso en el pueblo no se bañaban más que cuando estaban enfermos? Entónces no habia que averiguar el estado de limpieza de aquellos cuerpos...

—No, dijo en tanto que para ocultar su burlona risa recogia las sábanas que caían á un lado; no estoy mala, pero sí sucia del camino. Acaso vosotros no os bañais por aseo?...

—En verano, dijo turbada Isabel, que hubiera deseado que nada faltase á su prima. El baño está en un cuartito al lado del jardin, pero ahora no es posible bañarse allí, porque es muy frio. Se lo diré á mamá, si quieres, y se traerá uno.

—Déjalo, dijo Mercedes con frialdad, me lavaré como pueda... Ya me acostumbraré... Y ahora voy á levantarme... No te molestes... Déjame con la muchacha... Ella me servirá...

—Pero si yo tengo tanto gusto... además no sabrá hacerte nada...

—Ya veremos... te confieso que me violentaria mucho el tenerte que ocupar á tí en ciertos detalles.

—Bueno, pero vendré á peinarte despues.... Si quieres ántes de comer y sinó luégo, como quieras...

Mercedes hizo un gesto que tanto podia ser de conformidad como de impaciencia, y nada dijo.

Isabel despues de arreglar unas cortinas, ver si habian templado el agua y encargar á la muchacha que tuviese mucho cuidado de complacer á la señorita, salió, como con pena, pues hubiera servido de muy buena gana á su prima, con tal de hablar con ella de cosas del pueblo y preguntarle otras de Madrid.

Mercedes quedó pensativa. Una de las consecuencias que habia temido de su vida en el pueblo era esa esclavitud á que con pretesto de obsequiar ó por exceso de cariño, sujeta la familia, cuya vida se hace en comun, estando francas todas las habitaciones, y no separándose sino para dormir, y gracias cuando no se coloca en la misma alcoba la cama de un pariente, para que el huésped no esté solo.

Mercedes tembló á la idea de tener siempre la prima y los tios en su compañía; y se dijo que si habia de vivir allí por algun tiempo, era preciso, desde el primer dia, recabar su independendencia, siquiera se limitase ésta á encerrarse en su cuarto.

Sumida en estos pensamientos permanecia sentada en la cama, cuando la graciosa muchacha que debia servirle de doncella, asomó la cabeza

por la puerta que comunicaba con el gabinete, y dijo:

—La lumbre ya está encendida; qué quiere la señorita que haga ahora?

Mercedes miró con curiosidad aquella cabeza de crespos cabellos y negros ojazos, y suspiró pensando en que tenía que entenderse con la lugareña, explicándose todo, fastidiándose, cuando su doncellita de Madrid le adivinaba los pensamientos.

—Venga V., dijo, y déme esas llaves.

—No me hable la señorita de V., porque aquí todos los señores me tratan como cosa propia: como que me han criado, dijo con orgullo.

—Bueno, es igual, contestó complaciente Mercedes; y cómo es eso de que la han criado?

—Anda... pues, porque se murió mi padre, que era el jardinero de la casa, y me trajeron aquí... como ahora se traerán á los hijos de Juan el cochero.

—Se ha muerto?

—Sí, señora, de repente... Como que iba á ir con el coche por los señores, y no pudo, y se ha muerto por la mañana.

—Deja muchos hijos?

—Tres, pero dos son muy pequeños:

Mercedes explicó á la criada qué baules debía abrir y qué ropa debía darle, y se levantó.

—Me voy? preguntó Dolores con la boca abierta de asombro, viendo que la señorita se preparaba á vestirse y lavarse delante de ella, cosa que nunca hacían sus amos.

—Tienes que hacer?

—Yo! Nadica!... lo que su merced me mande, nada más.

—Pues, entónces, dijo Mercedes, que sonrió al oír el anticuado tratamiento, señal del mayor respeto en esta parte de Andalucía; no te vayas; pon agua en las palanganas, y vé sacando la ropa de los baules.

Tan buena maña se dió la muchacha á obedecer, que Mercedes se tranquilizó en parte.

Al ménos tendría quien la sirviese sin groserías ni torpezas.

Lo que no se le ocurrió era que su prima, para agradecerla, se habia privado de los servicios de la única criada que tenían acostumbrada á ciertos detalles.

Y es posible que aunque se le hubiese ocurrido no lo agradeciese



## CAPÍTULO VI.

Isabel estaba sola, mirando con algo de impaciencia y enfado la alegre llama que ardía en la chimenea del comedor, cuando entró su madre con el manto puesto.

La joven se levantó vivamente, la besó, y acercándole un sillón, comenzó á quitarle los alfileres de la mantilla.

—Cómo está esa pobre familia? preguntó.

—En el mayor desconsuelo... Parte el corazón ver la viuda y los hijos...

—Pobre Juan!... Tan bueno y tan joven... Pero no abandonaremos á su familia, verdad?

La madre sonrió con esa expresión de dicha que inspira el bien realizado, y dijo:

—No quiera Dios que les falte el pan. Tengo que hablar con tu padre de eso... Y tu prima se levantó?

Isabel iba á contestar cuando entró su padre en el comedor.

—Paco, dijo Doña Manuela, has visto á la familia de Juan?

—No he podido ir todavía... Lo enterrarán esta tarde: ya está todo arreglado.

—Y qué haremos con ellos?

—Qué hemos de hacer, mujer!... Que vivan y sea lo que Dios quiera!

—Has pensado algo ya?

—Si te digo la verdad, ni para eso he tenido tiempo, pero poco hay que pensar... que se vayan á Casa Blanca á cuidar la huerta y criar pavos y gallinas... Allí al ménos comerán. Le pasaré el mismo sueldo que tenia su marido, y segun vayan los chiquillos creciendo irán á las ovejas y á la ganadería para guardarlas... No veo otro medio.

—Ay papá, qué bueno eres, gritó Isabel abrazándolo; eso es lo que yo quería, que se quedasen en casa.

Doña Manuela secó las lágrimas que habian acudido á sus ojos y contestó á su esposo:

—Me parece muy bien; ella es una buena mujer y él era un hombre honrado y fiel; no podemos abandonar á su familia.

—Y Mercedes? preguntó D. Francisco á su hija. ¿Cómo es que no estás con ella?

—No ha querido, dijo Isabel algo contrariada. Se quiso quedar sola con la muchacha, yo me ofrecí, pero no aceptó.

—No te conoce todavía y no tiene confianza, dijo D. Francisco; además ten presente que el estado de su espíritu no está para alegrías, y tú loquilla, llevas, gracias á Dios, la dicha desbordando de todo tu sér.

—Le has dicho á qué hora comemos? preguntó Doña Manuela que habia escuchado atentamente á su hija cuando habló de Mercedes.

—No, ni tiempo tuve... se lo diré, dijo rápidamente como si quisiera aprovechar aquel pretesto para volver á subir.

—No hay prisa, dijo Doña Manuela, es temprano.

—La hora de la comida la vá á extrañar mucho... En Madrid, como en todas partes, sólo se come dos veces, pudiéramos haber cambiado, al ménos por ahora...

—No me parece bien que alteremos en nada

nuestro método de vida. Si por cualquier motivo nosotros hubiéramos ido á Madrid, claro esta que ellos no hubieran cambiado el suyo, ni era conveniente que lo hicieran; pues al venir ella aquí, debe adquirir nuestras costumbres, no imponernos las suyas, dijo Doña Manuela.

—Yo no digo que nos imponga nada, dijo Don Francisco, pero en los primeros días... hasta que se acostumbre...

—Eso es peor: desde el primer momento debe encontrarnos como somos, con nuestras horas, nuestros gustos, nuestra manera de vivir, sin que para recibirla alteremos nada; de ese modo le probamos que en nada nos molesta, pues debiendo quedar con nosotros siempre, ó deberíamos adquirir nuevas costumbres, cosa que resulta inútil, por no decir imposible, ó engañarla en los primeros días adoptando una forma falsa y pasajera... nada de eso es sério ni merece discutirse.

—Tienes razon, dijo D. Francisco; en lo más importante no es posible cambiar, pero en las cosas pequeñas pudiéramos alterar algo, hasta que se connaturalizase con el pueblo. No olvides que no es culpa suya si tiene esos gustos y esas costumbres; la han educado así.

—Es una lástima que se eduquen para Francia

ó para Inglaterra las niñas que han de vivir en España. Desde luégo se hace un desequilibrio entre la educación y la vida real, que generalmente lo pagan con su dicha. Esto aparte, yo creo que no hay cosas pequeñas tratándose de la vida de la familia: todo en ella responde á un fin y al suprimir ó alterar una parte se perturba el todo.

—Tú obrarás como creas más prudente, pero hay que tener mucha indulgencia: es altiva y me temo que no se acostumbre...

—Yo haré lo que tú quieras, dijo Doña Manuela, me inspira una profunda compasión, pero si le damos cariño, casa, cuidados de familia, un lugar al lado de nuestros hijos y una parte de nuestra hacienda, no creo que podamos hacer más.

—Tienes razon, y el tiempo suavizará asperezas.

—Temes que las haya?

—Qué se yo! Es tan desgraciada que no sería extraño que se mostrase impertinente...

Doña Manuela miró fijamente á su marido y una vaga sonrisa se dibujó en sus lábios.

—Vé, Isabel, y dile á tu prima que cuando quiera comeremos, ya es hora.

—Y si no estuviese lista? preguntó la jóven disponiéndose á obedecer.

—Esperare nos un poco... de todos modos hoy todo está alterado!.. Ya lo dice el refran, el primer dia todo se lia...

Isabel salió.

—No he querido decirte delante de ella, dijo Doña Manuela, que temo como tú que esta niña no reciba nuestros dones ni con gratitud, ni con cariño. No me asusta por mí, sino por la pobre Isabel que sería la víctima.

—La víctima? Y por qué?

—Porque es tímida como una paloma campesina, candorosa, inocente, y á cambio de agradarla y de no disgustarnos, se dejará imponer su voluntad y sufrirá sus desdenes sin quejarse.

—Exageras; Isabel es la dueña aquí, y ya tendrá su prima buen cuidado de contentarla.

—No lo esperes... Isabel es demasiado sencilla para defenderse de esa influencia, y demasiado delicada para recordar su posición.

—Bah! tratándose de tus hijos te se hacen los dedos huéspedes. Dentro de una semana estarán las chiquillas como dos hermanas... ¡No faltaba más!

—Dios lo quiera!

—Pues, no lo ha de querer, si es lo regular y corriente... Podia yo dejar á esa niña en Madrid?

—De ningun modo.

—Pues entónces no he hecho más que lo que debia hacer, y Dios dirá...

Un criado entró llevando algunos platos para la mesa y preguntó á qué hora se comería.

—Como siempre, dijo la señora, acaso haya que esperar un poco si no se ha levantado la señorita... Yo av'saré...

—Tú dirás lo que quieras, pero el cambio de las comidas le va á costar trabajo á esa niña.

—Si viene á ser lo mismo; fíjate bien, todo es cuestión de seguir la moda extranjera. Nosotros desayunamos á las ocho, ellos tambien; comemos á las dos, ellos almorzarán á esa hora ó poco ántes; cenamos de ocho á nueve, y ellos comen entónces: de modo que en llamando almuerzo á la comida y á ésta cena, es igual...

—No del todo...

—Pues siempre será más higiénico el estilo castellano, porque la comida fuerte á las dos de la tarde debe digerirse mejor que á las ocho de la noche.

—En eso tienes razon, y por lo ménos á nosotros, gracias á Dios, nos sienta bien.

La voz de Isabel les reveló que las niñas se acercaban y salieron á recibirlas.



## CAPITULO VII.

Mercedes habia quedado muy contenta de su criada.

Era una muchacha lista, cariñosa, solícita, y habia interpretado tan bien sus deseos que la marquesita hubo de confesarse que se habia equivocado al entender que fuera de Madrid, sólo podían existir criados torpes y rudos.

La sencillez de los peinados que hace tiempo, y para bien de las señoras impera, facilitó el trabajo de Lolilla que tuvo buen cuidado de torcer el cabello en la misma forma en que estaba, dando á la preciosa cabeza rubia de la huérfana, las suaves líneas que admiramos en las estátuas griegas.

Era el cabello de la hija de D. Luis Fonseca de los que suele decirse con propiedad que se peinan solos.

Muy fino, algo rizado y poco abundante, de cualquier modo que se colocase quedaba bien, y Mercedes, por su luto ahora, y por su buen gusto ántes, se peinaba siempre con elegante sencillez.

Su cútis blanco y pálido, completaba el efecto, pues aquella cabeza se hubiera tomado sin gran esfuerzo cuando estaba inmóvil, por un vaciado en cera ó un camafeo en marfil.

El contraste que formaba con su prima no podía ser más notable: un poeta las hubiera comparado con una gardenia y una rosa, pálida la una con la transparencia mate de la estufa, encendida la otra con el sano color del Sol y el aire libre.

De todos modos Mercedes no perdía en la comparación.

Si bien Isabel era más hermosa, la marquesita de Vega Real era más atractiva, más delicadamente bella.

Dos cosas tenía Isabel mucho más lindas que su prima: la garganta y las manos, pero eso no era lo esencial... La moda oculta estas bellezas de la mujer con los cuellos altos y los guantes... Be-

llezas que se ocultan no son temibles.

Es posible que Mercedes no hubiera pensado esto cuando de ella nos ocupamos, pero como sin duda tendrá ocasión de pensarlo, no está de más tomar nota de ello.

Isabel preguntaba á Mercedes cuando se dirigia al comedor:

—No has visto el jardin?

—No.

—Pues el mirador de tu cuarto cae á él y tiene una vista muy hermosa.

—Ya lo veré, dijo Mercedes, y añadió con amargura que no pudo ocultar: ¡Hay tiempo para ello!

—Luégo te enseñaré la casa.

—Para qué? preguntó con mal oculto desden la marquesita: prefiero sorprenderme cada vez que vea algo nuevo.

Los padres de Isabel esperaban á las dos jóvenes, que cruzaban un pasillo, en la puerta del comedor.

—Has descansado algo, hija mia? dijo Doña Manuela con bondadosa solicitud, tomando su mano, ó no has podido dormir?

—He dormido mal, un sueño pesado y molesto, pero estoy bien...

—Esta noche descansarás, dijo D. Francisco rodeando con su brazo aquel airoso talle, y besándola en la frente... Tú pedirás lo que quieras, dirás lo que te falta...

—Oh, nada! Me cuidan ustedes demasiado y voy á creer que les causo molestia.

—No pienses eso ni por un momento, dijo Doña Manuela sentándose á la mesa y haciendo señal de que podían servir la comida: ni lo pienses ni lo digas. Nos ocupamos de tí como de Isabel, sólo que necesitamos en los primeros días conocer tus gustos, tus costumbres, y en lo posible satisfacerle.

Isabel interrumpió á su madre diciendo:

—Mamá, Mercedes quería hoy un baño, yo le dije que te lo diría.

—Te bañas por necesidad ó por gusto? preguntó Doña Manuela.

—Me baño por aseo, contestó con acento que no pudo evitar que fuera seco Mercedes.

—Pues aquí, probablemente, no te haría bien esa costumbre, que en otra parte será higiénica. Esto es muy frío, las habitaciones no están preparadas para preservar de un cambio brusco de temperatura... Es mejor que no te bañes.

—Sin embargo, dijo D. Francisco, si quiere se le preparará...

—No, contestó vivamente Mercedes; ya había renunciado á ello.

Don Francisco sintió una viva impresión de pena. ¿A cuánto no tendría que renunciar la desventurada niña? Su mujer tenía razon, no podía alterarse toda una vida de familia para plegarse á los gustos del que por primera vez llegaba á vivir entre ella; esto era lógico y sensato, pero ¿no hubiera podido hacerse alguna concesión para suavizar las dificultades del cambio de existencia de aquella pobre criatura?

El jefe de la casa se inclinaba á este arreglo, pero no se atrevía á indicarlo por temor de molestar á su esposa, á la cual respetaba tanto como quería, pues con su buen sentido, su carácter firme y su serena razon, sabia encauzar sus negocios sólo con una advertencia ó con un consejo, así como habia sabido educar admirablemente á sus hijos, inclinando al varon á los estudios sérios, al trabajo y la actividad, y a la hembra al aseo, á la modestia, á los cuidados domésticos, al par que á las costumbres sencillas y honradas de una vida de orden y economía.

D. Francisco de Fonseca era tan bondadoso, habia tal fondo de generosidad y abnegación en sus sentimientos, que seguramente hubiera dege-

nerado en debilidad peligrosa, si no lo hubiese impedido la inteligencia de su mujer, su sentido práctico y su firmeza de carácter, sosteniéndolo á tiempo é impidiendo concesiones arbitrarias.

Doña María Manuela Paez y Campuzano habia recibido una esmerada educación, como hija que era de un general distinguido, en el colegio de Niñas Nobles de Granada, en cuya capital su padre ejerció altos cargos.

Allí la conoció Fonseca, cuando lucia á los veinte años una belleza semejante á la de su hija Isabel, que se le parecia extremadamente, y allí se casó para llevar con su casta alegría de esposa y de madre la felicidad al hogar vacío del honrado caballero, que ya habia perdido á sus padres y del que se habia alejado su hermano.

La ilustre dama que se habia complacido en ocultarse en el fondo de una insignificante villa, cuando hubiera podido brillar en la corte, habia nacido en Búrgos, pero habia vivido durante su menor edad en diversas poblaciones por motivo de la carrera de su padre, y muy especialmente en Granada, donde pasó una parte de su juventud.

Con tales elementos hubiérase creído que se consideraria infeliz desterrada en Villaclara, y así lo temió D. Francisco que le propuso tomar casa

en Jaen ó Granada y venir al pueblo las temporadas en que lo hiciese preciso la recolección.

Doña Manuela se opuso terminantemente, con razones de gran peso.

Era preciso vigilar la hacienda, mejorar las labores, acrecentar los productos. Ninguna necesidad tenían de abandonar su casa, llena de comodidades, para ver en la capital un poco de gente desconocida en las calles, y algun espectáculo sin interés.

En Villaclara tenían sus negocios, sus goces, sus conocimientos, su vida. Cuando desearan conocer algo nuevo, cuando se cansaran de la monotonía de la existencia campesina, harían un viaje cómodo, agradable, como viajan los que no tienen temor de arruinarse por darse el lujo de gastar algunas talegas ahorradas.

No hay que decir con cuánto gusto accedió á ello D. Francisco.

La carrera de su hijo seguida en Granada y Madrid, les ofreció ocasion de hacer esas excursiones; en cuanto á Isabel, su madre se encargó de educarla.

Con estos ligeros apuntes biográficos de una de las figuras más interesantes de nuestro libro, el lector comprenderá la omnímoda influencia que la

señora de Fonseca ejercía sobre los suyos, y el prestigio y la consideración de que estaba rodeada en el pueblo, donde había sabido crearse una pequeña corte.

—No comes? preguntó D. Francisco á su sobrina, viendo que sus manos permanecían inmóviles y su mirada fija y vaga.

—No tengo gana... Ya tomé sopa...

—Toma un poco de pollo, dijo Isabel...

Mercedes se sirvió en silencio

—Es preciso que hagas un esfuerzo estos primeros días, dijo Doña Manuela; después el aire del campo y el ejercicio te abrirán el apetito; pero hay que cuidar de no abandonarse...

—Yo hago todo lo que puedo, pero siempre he comido poco.

Mercedes iba á decir que la hora podía ser causa de que no comiese, pero supo contenerse.

Su tío lo dijo por ella.

—La hora también es extraña para tí. Acaso por eso no tengas gana.

—Casi es la misma en que yo almorzaba, dijo Mercedes que no podía vencer su acento duro y frío.

—Esa es una razón para que no la extrañes, dijo Doña Manuela: aquí no podemos, aunque qui-

siéramos, tener otra, porque todo se alteraría y desde luego sin ventaja.

—Es una costumbre tan antigua, dijo D. Francisco.

—Y como todas las costumbres responde á una necesidad. Lo ligero del desayuno tiene la ventaja de que ocupa poco tiempo y deja libre la mañana para las ocupaciones. La hora de la comida, que ya no es la antigua, pues aquella era á las doce, corresponde á las que en este país se consagran al descanso y la tarde queda libre de nuevo. La cena es la hora de reunirse la familia para retirarse á descansar y por tanto no causa molestia alguna.

—La tarde generalmente la pasamos en el campo, dijo Fonseca; al ménos yo, que voy á ver las labores...

—Y nosotras que salimos á pasear... Pues, ya ves; otro órden de comidas nos quitaría esas horas de la tarde, porque tendríamos que venirnos á comer; además, visitas, negocios, todo se alteraría.

Mercedes no decía nada.

—Te gusta pasear á caballo? preguntó Isabel.

—Mucho, es decir, me gustaba.

—Te gustaba y te gustará... gracias á Dios te-

nemos caballos... Precisamente hay uno precioso destinado para tí.

—El de mi hermano, dijo Isabel alegremente: Pepe va á ser el que más ofrezca aquí, pues te ha dado su cuarto, su caballo, su sitio en la mesa...

—Dí más bien que lo he despojado de todo eso, si bien inconscientemente, pues él no me ha dado nada.

—Te engañas, dijo Isabel; al tener noticia de tu venida á casa, él mismo indicó que te se diera.

Un ligero sonrosado tiñó las mejillas de la marquesita.

—Si no le sirve, dijo irónicamente.

—Siempre conserva él aquí sus habitaciones, sus libros, sus objetos, su casa, en fin, y no deja de utilizarlos con gusto cuando viene, pero deseoso de hacerte esto agradable me escribía que podía disponer de su cuarto por ser el más alegre, y de su caballo por ser el más noble, para ofrecértelo, contestó D. Francisco.

—Si es así, dijo con menos sequedad Mercedes, se lo agradezco mucho.

La comida tocaba á su fin: esas comidas sanas y sabrosas de los pueblos de Andalucía son sencillas en su servicio, si bien sustanciosas en lo esencial.

Generalmente se componen de sopa, cocido, muy semejante al que se come en Madrid, pues en la Andalucía alta no se conoce esa especie de *olla podrida* que se come en la baja con el nombre de *berza*, en la cual se mezclan y confunden varias verduras con grasas y especias, resultando un conjunto que no será desagradable para los que tengan costumbre de comerlo, pero que no puede dejar de ser indigesto al estómago y repugnante á la vista.

Como hay tan poca variedad en los pueblos, suele comerse despues del cocido, como fritura, meolla la de carnero ó criadillas, y como entradas, pollos ó pichones, caza ó pavo, alternando con las menestras de verduras y el jamon.

De pescado se carece casi en absoluto.

En cuanto á postres hay frutas riquísimas en todo tiempo, pues se conservan con muy buen resulta lo melones, granadas, uvas, camuesas, nueces, almendras, avellanas, sin contar las guardadas en almíbar, muy superiores á las conservas compradas.

Y en cuanto á dulces no hay señora primorosa que no sepa hacer natillas, huevos moles, empanadillas, roscos, bizcochos calados de almíbar, cuajados (especie de budines de frutas ó leche) y otros

muchos riquísimos platos de repostería.

Doña Manuela era en esto una especialidad; contribuían á facilitarle su éxito los huevos frescos, la leche pura, y la riqueza de las frutas que endulzaba.

A Mercedes le pasó con la mesa lo que con la criada; la prevención que tenía contra la comida del pueblo desapareció: le pareció agradable aquel aspecto de orden y limpieza en todo, fino el cristal y la vajilla, y la comida, en la pequeña dosis en que la tomó, mejor que la que tomaba en Madrid.

Esto la animó algo, pues comer con repugnancia hubiera sido para ella, tan delicada de salud, un verdadero martirio.

Por otra parte, no pudo ménos de agradarla que no se alterase nada en las costumbres por ella, pues mientras ménos molestias ocasionase le parecería que pesaba ménos sobre la casa en que la suerte había querido colocarla.

La conversación de su tía le agradó mucho, por más que todas sus simpatías fuesen para su tío, que le parecía el vivo retrato de su padre.

La que no logró inspirarle ninguna desde el primer momento fué Isabel.

Encontraba cansada su atención de todos los

instantes, aburrida su solicitud cariñosa, y hasta su hermosura fresca é incitante, le parecia de una vulgaridad insoportable.

Servíasen los postres, cuando una criada se acercó á D. Francisco para decirle que Miguel, el cochero que habia sustituido á Juan en el manejo del coche, ascendiendo por esa muerte, pues ántes lo estaba en el de los carros del cortijo, acababa de llegar y deseaba hablarle.

—Que entre, con eso Mercedes se irá enterando en estos negocios, dijo su tio dándole una palmadita en la mano que tenia sobre la mesa.

Entró un hombre de campo, con calzon á media pierna, bota de becerro y chaqueta corta, llevando en la mano un sombrero redondo de fieltro y pana.

Aquel hombre llevaba una tira de tela negra al cuello, en señal de luto, aunque la faja era de color de grana.

—Buenas tardes tenga su merced y la compañía, dijo.

—Qué hay, Miguel?

—Pues, *ná*, que fuí como me mandó la señora, á que se vinieran todos los muleros y gañanes para asistir al entierro de mi primo Juan, que en gloria esté, y ya lo he arreglado too, porque el Lar-

go que iba *pa* bajo le llevó el *recao* á los del cor tijo.

—Y se han venido?

—*Entoavia* no hacen falta! Si ese *probe* no va á tomar tierra hasta las cuatro, *pa* qué se iba á perder media *obrá* con lo *atrasao* que está *tó* y lo rica que está la tierra?

—Dónde estan arando hoy? preguntó Don Francisco.

—En el *cuadrao*... la besana es grande.

—Y los bueyes?

—Esos acabarán mañana en *Dos hermanas*.

—Dices que está buena la labor?

—Como una seda. La última lluvia ha caido como una bendicion, porque la tierra tiene jugo, pero habia mucha costra.

—Bueno, pues en cuanto vengan que se vayan á preparar para el entierro.

—Ellos *caerán* aquí hácia las tres y media.... Ya que se pierdan dos horas que no se pierda la tarde.

—Cuando es preciso se pierde: hay que acompañar al que se vá... más ha perdido él.

—O ha *ganao*... quien sabe el mejor momento para *matcharse* á ese viaje? Dios lo trajo aquí, y Dios lo llama y se lo lleva *pá* Él, pues, en se-

guida.... no es poca suerte el irse pronto .. el refran lo dice: corta vida corta cuenta.

Mercedes escuchaba con gran atencion. No se aburria como habia creido, sino que todo aquello despertaba en ella vivo interés.

—Bueno, pues ya iré yo por allí, dijo Don Francisco cortando los filosóficos razonamientos del carretero ascendido á cochero.

—Vaya, pues, *diquia* luégo... digo, esta será la sobrina, la señora marquesa!..

—Sí, hombre sí, esta es: qué te parece?

—Una perla... Dios la bendiga... por muchos años...

—Pero si la tragiste tu de la Estacion, dijo Isabel que no podia callar mucho tiempo, y ahora te enteras?

—*Pus miste* no la ví... como no va uno más que á su negocio... Ahora sí que tiene ese jardín dos rosa... una blanca y otra encarnada... Dios las guarde... Con que, á la paz de Dios!

Mercedes se volvió á su tio:

—Sabes, le dijo, que me asombra lo que he oido.

—Por qué?

—Creia que estos campesinos serian groseros, necios, insoportables, y veo que tienen buen sen-

tido, y si apuramos, una filosofía profunda y una poesía natural en su lenguaje.

—Sí, hija mia, dijo D. Francisco encantado de oír á Mercedes; hay en estos hombres algunos de un talento natural que sería admirable si se cultivase, y de una delicadeza de sentimientos que conmueve: generalmente son muy honrados y por tanto muy formales.

—El que ha muerto era tu cochero?

—Sí, dijo Doña Manuela; no queríamos decirte lo por no afligirte con una nueva impresión de pena.

Mercedes quedó pensativa; despues, levantándose al ver que se levantaban sus tíos, dijo con tristeza:

—No me asombra... ya se lo había yo dicho á mi tío: no me llesves contigo, que yo atraigo la desgracia... la muerte va siempre donde yo voy...

Y se echó á llorar.

Doña Manuela palideció. Aquellas palabras la habían hecho estremecerse de horror, porque había pensado en sus hijos. También á ella se le había ocurrido que aquella figura enlutada pudiera ser una nube siniestra en el cielo de aquel hogar siempre sereno.

Algo semejante á un presentimiento oprimió su

corazon noble y confiado, y tuvo en su sangre un movimiento enérgico para rechazar el peligro.

Su razon venció, y dominando su impresión, de la cual más ó ménos todos hab'ian participado, dijo tomando á Mercedes por la mano y llevándola consigo hácia el jardin:

—Hija mia, la muerte nadie la llama, es Dios quien la envia, porque Él es el que dá la vida, y Él la quita. Desecha esas ideas tristes; si tienes motivo para llorar á tu padre muerto, no lo tienes para creerte culpable de ninguna desgracia.

Y tomando la mano de su hija que la seguia, le dijo como si le confiara á su prima:

—Distráela, enséñale la huerta, los palomos, la pajarera. A ver si encontrais algunas flores... Si sentís frio, entrar en seguida. Está muy nerviosa y el frio la haria daño.



## CAPITULO VIII

Mercedes pudo distraerse los primeros dias de su estancia en Villaclara pasando revista á las notabilidades del pueblo, que se apresuraron á visitarla.

La llegada de la marquesita fué un acontecimiento para todas aquellas buenas señoras, que no teniendo asuntos propios de que ocuparse, pasaban la vida ocupándose de los agenos.

Allí conoció á las señoritas de Valdés, tres solteronas rancias como los pergaminos de su casa, á las cuales conocían en el pueblo con distintos nombres.

*Las Baldias*, aludiendo á su apellido y á su posición independiente; *El Pinar*, refiriéndose á la so-

ledad en que se habian quedado, dedicándose al aburrido oficio de vestir santos: *Las de la Ita*, atendiendo á que las tres hermanas, Mariquita, Paquita y Julita se daban el diminutivo al nombrarse, cosa poco usada en el pueblo, como si al disminuir el nombre hubieran podido disminuir los años y las desventuras.

El Pino Gordo, el Pino Largo y el Pino Chico, con que se distinguian los tres solitarios troncos, eran cada uno por su estilo dignos de mencion, y no decimos de estudio porque creemos incompleto todo el que se consagre á estudiar un carácter.

Las aristocráticas señoritas habian sido ricas, pero creyendo sin duda que el dinero como la nobleza era eterno, tiraron de largo, y entre sedas, blondas, flecos y zarandajas, arruinaron á su padre, que se murió del sofocon cuando tuvo que entregarse á un concurso de acreedores.

Las escrupulosas Baldías sacaron á relucir la dote aportada por su madre al matrimonio, sin tener en cuenta que lo gastado por ellas era más justo que lo pagase su madre que no que lo perdiesen los confiados acreedores, pero las amparaba la ley, y aunque no era gran cosa, salvaron del naufragio algo que les permitia vivir en el pueblo

con milagros de economía, aprendida tarde, por desgracia, y milagros de suerte que se demostraban en forma de obsequios de los amigos.

No era Doña Manuela la que ménos daba para esta contribucion indirecta, y los Pinos lo pagaban con visitas y arrumacos que se acentuaban más en ciertas épocas del año.

La Ita primera habia sido guapa, si bien se vió siempre agobiada por el desbordamiento de la carne, que no sólo se desbordan los rios para hacer daño. Rubia, con un rubio tostado, casi del mismo color que el cútis, colorada y risueña, hubiera podido servir de modelo para encarnar una cara de Pascua.

La Ita segunda era larga, amarillenta, huesuda, con pelo claro y nariz grande; sería y con una voz ronca como una carraca.

La Ita menor, esto es, el Pino Chico, era menudita, vivaracha, con saltitos de niña y peinado juvenil, ni gorda ni flaca, ni blanca ni morena, ni fea ni bonita.

Jamás la naturaleza se ha complacido en crear unas hermanas que ménos hermanen en figura. Hubiera podido creerse que descontenta del primer modelo rompió el molde, no le complació el segundo, y ya en el tercero renunció á continuar la obra.

Qué edad tenían los solitarios Pinos? cualquiera lo adivinaba!

Doña Manuela decia que cuando ella vino al puebio casada, hacia veinte y ocho años, ya estaba el Pinar en el mismo ser y estado, y ya habian pasado por él las catástrofes de la ruina, los acreedores, y el concurso con la muerte del padre, que por descuido no habia solicitado un título de vizconde que le correspondia, de hecho y de derecho, esto es por carta real de sucesión y por extravisimo de la vista.

Alguna exageración debia haber en esta cita, pero es lo cierto que el Pino Chico, que se adornaba como materia casable todavia, habia pasado ya el Rubicon, es decir, se acercaba á los diez lustros, para no decir en cifra vulgar la terrible fecha.

Cuando llegaron á visitar á Mercedes, Doña Manuela se habia olvidado de darle detalle alguno, y cuando hizo la presentación, añadió:

—Ya conoces el nombre de estas señoritas, tan apreciado siempre en nuestra familia, y tan ilustre como respetado.

—La marquesa habrá oido á su padre hablar de nosotras, dijo el Pino Gordo con su bonachona sonrisa...

—Era nuestro mejor amigo, afirmó el Pino Largo con sus desentonadas notas; crea V. que lo queríamos como á un hermano.

—Y qué le parece á V. el pueblo? chilló el Pino Chico, que devoraba con los ojos la elegante y distinguida figura de Mercedes.

—Apénas he visto nada, contestó ésta: sólo la Iglesia... Salimos en coche para pasear en el campo...

—Esto es muy malo... Tan atrasado en todo! vivir aquí es vegetar... y acostumbrada á Madrid y Paris... Siguió el Pino Chico que por lo visto era el encargado de sostener la conversacion, mientras el Pino Gordo cuchicheaba con Doña Manuela.

—Crea V., señora, dijo con su frio tonillo Mercedes, que yo no puedo juzgar ahora de nada, porque sin mi padre todo me parece igual.

Julita habia hecho un gesto al oirse llamar *señora* y no tuvo ocasión de deshacerlo ante el tono seco de la contestación.

Prefirió dirigirse á Isabel, que siempre hablaba con bondad y cariño.

—Han venido las de Romero? las encontramos el otro día muy vestidas de negro...

—Sí, estuvieron aquí...

—Y como esas, dijo el Pino Largo, en vistiéndose de negro, ya se sabe, pésame seguro, porque si no sus colores son verde y grana... Por eso en el pueb'lo les dicen *Las Cotorras*.

—Creo que está su padre un poco enfermo, dijo Isabel cortando la crítica que los Arboles hacían de las aves, género nuevo, si los hay, de crítica social.

—Es claro, dijo el Pino Gordo que había terminado su aparte; el pobre hombre se está matando en esa finca, y no se vaya él á pensar que el Duque se lo agradece... Nada, ni que se pase en el Riachuelo la vida, ni que asomé las narices todas las semanas, lo mismo le han de dar.

—Esa administración es de mucho trabajo, dijo Doña Manuela...

—Es una finca muy hermosa, será preciso que la vea tu sobrina, dijo llenándose la boca con el tú, para que viese la marquesa que allí se trataban de potencia á potencia.

—Y de Pepito hay noticias? preguntó la más jóven de las solteronas clásicas, que todavía se hacía ilusiones con los caprichos de la suerte.

—Está bueno, gracias á Dios, dijo Doña Manuela, en París.

—Hija, ese ya voló, y poco será lo que pare en

el pueblo: el mejor día te se casa, y se acabó.

Parecióle á Mercedes que al decir esto la mayor de las solteronas la habia mirado con malicia.

Desconocia la jóven educanda del Corazon de Jesús las argucias de los pueblos, el ódio de raza de las solteronas á las muchachas casaderas, la envidia de las feas á las bonitas, y todo ese mundo de bajas pasiones que es en muchos casos barro para amasar móntruos, es decir, materia dispuesta para toda clase de malas obras, que suelen desarrollarse en dramas reales de triste recuerdo.

Nada de eso conocia, ni por su edad, que apenas pasaba de veinte y un años, ni por el género de vida en que habia pasado este tiempo, pero era lista, perspicaz, tanto como inteligente, y se puso sobre aviso con aquella sospecha.

—Ya lo creo, siguió como un eco el Pino Largo, que parecia, á pesar de su desarrollo el más inofensivo; como es tan guapo, todas las muchachas lo aceptarán... No tendrá más que escoger.

—Ya habrá escogido, dijo el Pino Chico con irónica amargura; bueno es él para no adelantarse...

—Y poco alto que pica... y con razon; rico, guapo, con buena carrera, querrá una mujer que

le iguale, es decir, rica, guapa y buena... dijo la Ita mayor con una nueva miradita maliciosa.

—Mi hijo sólo piensa ahora en sus estudios y en divertirse, dijo Doña Manuela con gran serenidad; cuando llegue la ocasión de pensar en casarse, ya lo consultará con sus padres.

—Hará bien, dijo Julita, pero muchas veces Cupido se interpone...

Mercedes no pudo ménos de sonreír al oír á la solterona menor hablar del diosecillo mitológico.

Entónces con una gracia natural en ella cuando realizaba un deseo ó vengaba una ofensa, con una voz suave como una caricia y penetrante como un dardo, dijo alternando en la conversacion:

—Pues Cupido ha estado muy torpe hasta ahora, por lo visto; porque en el pueblo hay señoritas preciosas que hubieran podido flechar á mi primo... Las del Administrador, la del Alcalde, la sobrina del Sr. Cura, la nieta del Médico... y algunas más que yo no recuerdo...

Isabel sintió deseos de soltar una carcajada, pero se contuvo á tiempo.

Doña Manuela miró á su sobrina sonriendo; habia comprendido lo que queria decir el susurro de los Pinos, y no se le ocultó la picadura de la avispa.

La alusión había sido recogida en el acto de ser lanzada, pero los Pinos no se dieron por vencidos y continuaron preparando otro golpe de sorpresa.

—Él no gusta de bellezas campesinas, dijo el Pino Gordo regodeándose de antemano con el efecto que iba á producir; ni él ni su hermana son del pueblo, aunque en él hayan nacido; así es que si Pepito vuela hácia París, Isabelita volará hácia Jaén, y aquí nos quedaremos llorando su ausencia: por fortuna para llenar el lugar vacío ha venido la sobrinita...

La risa franca y ruidosa de Isabel que no pudo contenerse por más tiempo, y que no veía en aquella conversacion más que una broma inofensiva, cortó el embarazo de la respuesta.

—Jesús y que guasona y que maliciosa es esta Mariquita, dijo entre su risa; pues no supone que yo volaré hácia Jaén como si fuera una paloma viajera... me guardaré muy bien de salir de mi nido, que gracias a Dios tiene sitio para todos...

Doña Manuela, temiendo que una nueva indirecta de las solteronas molestase á Mercedes, llevó la conversacion á otro terreno ménos accidentado, y la visita terminó en paz.

Contra lo que Doña Manuela esperaba la marquesita no hizo alusión alguna á las malicias de

las viejas aristócratas, ántes bien, estuvo amable con ellas en la despedida, y no tuvo curiosidad de saber nada referente á su historia.

Isabel la refirió cuanto dejamos dicho sin que nada le preguntase, y le dijo por via de explicación...

—Sabes por qué decia lo de Jaén?

—Si no me lo dices...

—Pues porque un pariente suyo, hijo de un amigo de papá, del marqués del Encinar, que es senador como él, vino aquí con su padre unos dias, y como es natural, nos acompañaron á todo y estaba conmigo muy deferente.

—Es tu novio?

—No, hija, ni lo piensa.... Él acabó ahora la carrera de abogado; es un muchacho muy fino y muy guapo... Nos prometió venir para las fiestas de la Virgen con otros amigos.

—Qué fiestas son esas?

—Una romería muy notable á la que acude mucha gente...

—Y tú deseas que él venga?

—No me disgustaría; aquí no se ve á nadie...

—Entonces confiesa que te agrada.

—Sí; pero no hay nada...

—Habrás... Ya lo sabes, cuando el agua suena

---

piedras lleva, digo no, cuando el río suena lleva agua, en fin, es igual; no lo he aprendido bien; no iba tan descaminada la respetable Doña Mariquita.

Si Mercedes recordó la profecía de que estaba destinada á llenar el lugar que dejasen vacío con su casamiento los hijos de su tío, éstos ni lo llegaron á pensar siquiera.



## CAPÍTULO IX.

Era un hermoso y claro día de Enero. Comenzaban á perfilarse en los campos como trama de verdes hilos los surcos del arado en que la semilla quedó escondida para germinar con la sustancia de la tierra.

Brillaba el Sol esmaltando las nieves de las sieras cercanas, y caldeando para reanimar su savia los troncos ateridos por los pasados hielos.

Mercedes abrió el mirador de su cuarto y quedó un momento inmóvil contemplando aquel hermoso cuadro de la naturaleza despertando á la vida.

No era capaz de sentirlo, pero sí de admirarlo.

Educada entre personas indiferentes ó asalariadas; contaminada con el mal del siglo, que consiste en el ánsia de lo útil con menosprecio de lo bello y áun de lo bueno; herida por el desengaño más cruel que habia destruido con un solo golpe todas sus esperanzas, la sonrisa del cielo la era indiferente como las lágrimas de la humanidad, y si gustaba de sentir el calor de un rayo de sol y el soplo del viento que traía ya olores de yerbas frescas, era por el goce egoísta de su soledad ante el paisaje que admiraba, por el descanso de su pensamiento en aquella quietud universal, que parecia ofrecer reposo á las dudas que la asaltaban.

Inteligente é instruida, si no con profunda ilustracion, con esos conocimientos generales que ofrecen el medio de alternar en sociedad sin obligado aislamiento, habia comprendido su situacion y la necesidad absoluta de someterse á ella, sin adoptar actitudes exageradas que no podian ménos de ser ridículas.

Desde luégo ella no vino por su voluntad á Villaclara, pueblo del que jamás quiso acordarse, parodiando sin saberlo á ese caballero manchego que se paseó por aquellos países en sus escursiones fantásticas, y tampoco fué la familia de su padre, que allí residia en paz, la que pensó en llamarla á su lado.

Era el destino, lo imprevisto, la fatalidad, el hecho, la Providencia acaso, la que habia creado la necesidad de venir, y una vez allí, era inútil luchar contra aquella fuerza desconocida que la habia arrojado sin voluntad ni accion en aquel triste sitio.

Debia someterse, sin gratitud ni desvío; ni ella habia podido negarse á venir, ni sus parientes á recibirla.

Se trataba de uno de esos deberes que impone la vida social, las costumbres, las leyes mismas.

No podia quedar abandonada en su menor edad, y su padre mismo le marcó su sitio ántes de morir.

Consagraba á su tio respetuoso cariño; le parecia que era lo único que en el mundo quedada que á ella estuviese unido, por la sangre y por la voluntad.

Admiraba á Doña Manuela y gustaba de su conversacion, comparándola en su pensamiento con la gran reina de Castilla, Isabel I, que cosía las camisas de su marido miéntras dictaba leyes al Estado.

Le fastidiaba cada vez más su prima Isabel: era un empalago angustioso el que le producía aquella dulzura siempre igual, aquella complacencia

incansable, y sentia hácia el primo ausente y desconocido una irritacion sorda, un ódio incipiente que la más pueril circunstancia podia desarrollar.

Sentia hácia los hermanos algo amargo como la envidia, doloroso como el desengaño.

Ellos lo tenian todo: alegría, salud, riqueza, posición, padres á quienes amar, esperanzas que perseguir.

Ella en cambio solo tenia un lugar prestado en un hogar extraño, y un recuerdo de lo poco que valen los goces de la vida.

Adoptada su resolución, serena, resuelta y tranquila, habia sabido crearse una independendencia, que dada su situacion, era su único bien.

Bajaba á comer, correcta y exacta, vestida ya y peinada como habia de estarlo todo el dia, pero no ántes. El desayuno, cuando lo tomaba se lo servian en su cuarto.

Acompañaba á paseo por el campo á su tia y á su prima algunas veces, y asistia á las visitas cuando se le avisaba para ello, no haciendo nada por su parte para adquirir intimidad con nadie.

De noche, despues de cenar, quedaba hasta las once con la familia, ya terminando algun dibujo con delicado gusto, ya jugando con su tio al aje-

drez, cosa que hacia las delicias de Fonseca, pues la sobrinita lo jugaba muy bien.

Este sistema de vida, que en un principio pareció extraño, encontróse poco á poco muy cómodo para todos.

Isabel sentia el alejamiento de su prima, pues ella habia soñado una intimidad fraternal; pero Doña Manuela lo encontraba conveniente, porque su hija no alteraba en nada sus costumbres ni tenia que sufrir imposiciones de carácter de ningun género.

D. Francisco que lo atribuia á la pena que dominaba á su sobrina y á la delicadeza de su carácter, solia buscarla alguna vez para distraerla y acompañarla.

En el dia á que hacemos referencia, cruzaba el rico propietario de Villaclara el jardin de su casa para sacar de la cuadra su caballo ensillado, cuando vió á Mercedes en el mirador de su cuarto, rodeada del nimbo luminoso que formaban los rayos del sol al reflejar en los cristales abiertos.

—Eh! niña! dijo; quieres venir?

—A dónde? preguntó Mercedes buscando con los ojos á su tio.

—A Casa Blanca, voy á dar una vuelta para ver como recogen la aceituna.

—Pero, á pié? preguntó Mercedes á quien agradaba la idea de pasear á solas con su tío.

—¡Cómo á pié, chiquilla! Si está una legua!... A caballo!

—Bueno, dijo Mercedes, pero tengo que vestirme.

—Cuánto tiempo necesitas?

—Cinco minutos.

—Pues, andando; voy á que ensillen á *Cohete*...

Mercedes se retiró del balcon y llamó á Dolores.

Estuvo vestida ántes de que se cumplieran los cinco minutos que habia pedido, y bajó al jardin á buscar á su tío.

Estaba muy bonita, con la elegante amazona de paño negro y el pequeño sombrero redondo.

—Bien, dijo Fonseca, eso se llama ser ligera... Vamos á ver si coges los primeros lirios del año... Ya deben estar abiertos por esos valles.

Mercedes saltó con su tío muy contenta de inaugurar esta série de paseos tan de su gusto, y sin pensar gran cosa en los lirios.

—Sabes que montas bien, dijo Fonseca que la miraba con encanto; ya verás cuando venga José, que es un gran ginete, lo que te dice.

Mercedes guardó silencio.

Le parecía que su tío aprovechaba todas las ocasiones para nombrar al primito, sin duda con la idea de que no lo olvidara.

La irónica profecía de la aristocrática jamona Valdés, dejándola á ella encargada de acompañar á los viejos parientes, en tanto que sus hijos tomaban vuelo para anidar léjos de Villaclara, volteaba en su imaginación con la pesadez de la idea fija.

Acaso su tío quisiera torcer el rumbo de aquel pájaro errante, encadenándolo al nido paterno, y dándole una compañera por fuerza...

La sola idea de ese matrimonio de caridad, de ese afecto compasivo, sufrido como una gracia, agitaba sus nervios hasta enloquecerla.

—Jamás! murmuraba cuando se le ocurría este pensamiento; jamás! Antes haría lo que mi padre... Es más breve!

Por su parte Fonseca, que insensiblemente iba encariñándose con su sobrina hasta el punto de ser muy poca la diferencia que existía entre este cariño y el que profesaba á Isabel, halagaba esa esperanza, bien ageno de creer que la marquesita pudiera ver en este proyecto una ofensa.

Los caballos llevaban un trote largo, que Mercedes hubiera cambiado de buena gana en galope, y que sostenían sin el menor cansancio.

—Falta mucho? preguntó Mercedes.

—No: ya estamos en la finca; esa mata de olivas es la que están cogiendo: van por el centro, el olivar es grande y comienzan por los extremos para evitar que roben las olivas de noche.

—Tambien por aquí...

—En todas partes la miseria es igual.

—Y qué pueden quitar?

—Poca cosa: algun celemin de aceituna, acaso media fanega... Yo tengo dicho á los guardas que hagan la vista gorda y no detengan á nadie... Los pobres buscan con ese puñado que merodean un pedazo de pan para sus hijos.

—Eres demasiado bueno, tio, y si se enteran los ladrones no te van á dejar ni camisa... ¡Que busquen el pan trabajando!

—No siempre hay trabajo .. no creas que el rebuscar un poco de aceituna olvidada, ó recoger unas espigas perdidas, se entiende en el campo como robo.

—¡Pues cómo?

—Es una ocupacion como la de buscar espárragos, cardillos y setas; el campo dá para todos: sólo que con pretesto de rebuscar lo que se dejan los cojedores, toman de las que no se han cogido.

—Es decir, toman lo ageno contra la voluntad de su dueño, y todavía se quejarán de los propietarios.

—Aquí no se quejan de nada; no hay hombres más sóbrios, más trabajadores, ni más sufridos que los campesinos, sobre todo en esta provincia.

—Qué ganan?

Una miseria: tres reales, y aún dos y medio, según; es preciso que sea un aperador para que gane cuatro ó cinco.

—Les das de comer?

—A los jornaleros, nó; á los muleros y gañanes, sí.

—Es decir, á los que van á las labores con los mulos y los bueyes?

—Eso es: veo que te enteras de todo.

—Y qué les dás de comida?

—Lo que es costumbre, y aún mejor. Por la mañana migas que se hacen ellos mismos, ó picatostes, ó una carne con ajillo, pero esto de la carne suele reservarse para el verano, en cuya época el trabajo es más fuerte y el calor debilita más.

—Pan ó carne siempre?

—Sí, en racion de libra y media cada uno cuando el almuerzo es de pan, y de una de pan y otra de carne cuando se varia.

—Nada más?

—Suelen comer con ella rábanos ó cebollas... algo excitante.

—Es muy poco.

—Pues están sanos y buenos.

—Y despues?

—Llevan al campo en un cesto de esparto que se llama capacha, otro pan de igual peso, y algo de fruta, como granadas, uvas, aceitunas, aceite y vinagre para hacer una especie de ensalada... y cosas así. Comen en la besana, y el perro guarda la capacha en tanto que está llena.

—Y qué más?

—Por la noche comen en el cortijo ó en la casa, donde hay una persona encargada de prepararles la olla, una sopa de pan desmenuzado en el caldo; el cocido de garbanzo limpio, con patatas, carne, jamon y algo de especia, separándose esta parte y guardándose al calor en la misma olla, para comerlo como un segundo plato, y ensalada ó gazpacho, segun el tiempo.

—Es muy poco.

—No piden más, ni lo desean: en teniendo esta comida abundante, son felices... hay alguna que otra golosina... por ejemplo, longaniza ó torreznos para las migas, morcilla para el cocido, fruta

para postre... Pero eso no es siempre... Se guarda para cuando repican de recio.... Ya vez si son comedidos...

—Sí, dijo Mercedes deteniendo su caballo y escuchando: quién canta?

Se oía una voz vibrante, armónica, robusta, que entonaba este cantar:

Si oyeses tocar á muerto  
no preguntes quien murió,  
por que ausente de tu vista  
quién puede ser sino yo!...

—Son los aceituneros que se divierten: míralos allí...

—No podían ménos de pensar en la muerte llegando yo, dijo Mercedes con amargura.

—No pienses en esas tonterías... murmuró de mal humor D. Francisco, es una copla como otra cualquiera...

La cuadrilla de cogedores de aceituna, compuesta de hombres, mujeres y muchachos, se detuvo, al ver llegar á los señores, en su bulliciosa tarea.

—Hola, muchachos, buenas tardes, dijo Don Francisco: se trabaja mucho?

—Ya lo ve su merced, dijo el aperador aproximándose y sujetando el caballo de su amo, que

desmontó y fué á bajar á Mercedes; hemos adelantado desde ayer más que en lo que va de semana se habia hecho, porque como ayuda el Sol....

—Sí, es muy hermoso dia; lo malo será que no tenga muchos compañeros: pica demasiado para no anunciar lluvia...

—Esta mañana salió el Sol con arreboles, y ya se sabe, arreboles por la mañana á la tarde son con agua, pero despues ha cambiado el viento y más bien que agua vendrá frio... dijo el aperador que ataba los caballos al tronco de una oliya.

—Buenas tardes, *nostramo* y la compañía, decian entre tanto los trabajadores. ¡Dios guarde á todos! contestaban al ¡Dios os guarde! de D. Francisco.

—Seguir cantando, dijo éste al ver que las cojedoras miraban con la boca abierta á Mercedes, que apénas se habia dignado saludar; á mi sobrina le gusta esto mucho y quiere veros cojer aceituna con vuestras diversiones de siempre.

Las muchachas rieron la gracia.

Llevaban unas sayas cortas de percal oscuro ó de tela de lana azul fuerte las de más edad, con jubones de lana negra. Grandes delantales recogidos por las puntas que formaban una especie de

bolsa para contener la aceituna que recogian, y unos pañuelos en la cabeza, atados por debajo de la barba, de seda ó de algodón, segun la edad y las condiciones de la muchacha, pues los pañuelos de seda sólo suelen tenerlos aquellas que tienen un novio que se lo regale, por lo general lleno de castañas el día de los Santos, en primero de Noviembre, ó de dulce en la feria del pueblo, ó acaso, acaso atando la rama de fruta ó el manojito de flores en los hierros de su ventana, la víspera de San Juan.

Al oír la indicación de D. Francisco se miraron los que estaban más cerca como para consultarse.

Entre tanto Mercedes se habia sentado en unos capachos vacíos de los destinados para conducir la aceituna que habian colocado unos sobre otros, cubriéndolos con unas mantas.

—Canta tú, Pedro, dijo una muchacha morena, de sanos colores y reluciente cabello negro; tú que sabes coplas tan bonicas...

La misma voz que habia oído Mercedes desde el camino, entonó sin cortedad alguna este cantar:

El día que tu naciste  
nacieron todas las flores,

y en la pila del bautismo  
cantaron los ruseñores.

Mercedes sonrió.

Habia entendido que la copla iba dirigida á ella.

—Qué te parece? dijo su tio; luégo dirás que no hay galantería en el campo.

—Canta tú, Catalina, dijo otra, que tú lo haces muy bien.

Entre tanto seguian en su trabajo.

Dos hombres, armados de largos palos, removian la oliva para desprenderle el fruto; otros dos sostenian debajo del árbol un paño ó *mantón* de lona, en el cual caia éste, depositándolo despues en una espuerta; las mujeres venian luégo, y encorvadas, recogian las aceitunas que habian caido en el suelo, llevándolas cuando tenian alguna cantidad al monton comun, de donde pasaban á los capachos que la conducian al molino.

Esto cuando el amo espléndido pagaba el jornal completo, que cuando sólo se pagaba á destajo lo que se recogia, se media al entregarlo, llevando el aperador un apunte de cada uno para proceder al pago.

Catalina dudó unos instantes cuando la invitaron á cantar.

—Anda mujer, que á la señorita le gustará oírte, le dijeron sus compañeras.

Una muchacha rubia, con la cara quemada por el Sol y los hielos, manchada de pecas y con los ojos azules, comenzó a cantar:

Tus colchones son azahares  
y tus sábanas mosquetas,  
y tus almohadas jazmines  
y tú rosa que te acuestas.

La rubia tenía una hermosísima voz de contralto, sin sospecharlo siquiera, y Mercedes la escuchó sorprendida.

—Hermosa voz, dijo; lástima que no esté educada.

—Es mi hija, dijo el aperador que andaba alrededor de los amos, sin dejar por eso de recoger la aceituna extraviada, la ramita de leña que rompía la vara, el pico del manton mal sostenido ó la espuerta que de puro llena se derramaba al llevar el negro y reluciente fruto á engrosar el manton.

—Y por qué no la ha llevado V. donde pudieran enseñarla y con esa voz ganar mucho dinero?

—Adónde la he de llevar yo más que á donde yo esté? Más vale pobre con su padre que rica de

su solo cabo... Además, es verdad' que canta bien, pero es muy fea y no tendría feria... Bueno está San Pedro en Roma y buena está aquí Catalina... si *tóo* lo bueno se fuera á la córte, qué iba á ser de los pueblos? Allí no haria *naica* y aquí nos alegra siquiera cuando canta.

Mercedes miró á su tio, que la sonrió comprendiendo su intencion.

—Quieres ver la casa? la dijo; vamos dando un paseito.

Dió algunas órdenes, hizo algunas preguntas y tomó el brazo de su sobrina, que recogia graciosamente su amazona para dirigirse á la casería.

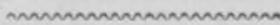
Mercedes se volvió al llegar á una altura para contemplar el cuadro que iluminaba el Sol al descender á su ocaso.

Entre las olivas iban y venian las muchachas, con sus sayas cortas, risueñas, felices: continuaban los hombres en su rudo trabajo, y en toda la ámplia extension la naturaleza reposaba con su ligero matiz verde, semejante á un bordado sobre el fondo gris de la tierra.

Formaba el Sol al cruzar con sus rayos las hojas de los olivos, flechas luminosas que se encendian y se apagaban rápidamente, y el cielo sin nubes, de sereno azul, cubria con amor el campo

donde el hombre buscaba su sustento.

—Ah! dijo avanzando hácia la Casa Blanca, y suspirando, con qué poco son felices los que nada saben y nada desean.





## CAPITULO X.

Mercedes Vega Real no sospechaba que aquella casa de campo, tan cercana al pueblo, estuviese provista de todo lo necesario, no sólo para habitarla una temporada, sino para tener en ella relativa comodidad.

Es verdad que el menage era de lo más caprichoso, pero no exento de mérito artístico, que hubiera explotado un anticuario para satisfacer los gustos del día, pues los dueños de la casería, de padres á hijos, habian ido relegando allí los muebles que desechaban al renovar los de la casa solariega, y entre los destinados á la casería los habia muy notables.

En la habitacion principal, que ocupaba el frente

de la casa y que podía considerarse como el punto de reunión de la familia, ya que en el campo no podía ser sala de recibir, llamó la atención de Mercedes una gran sillería de tisú descolorido, á grandes listas, con tallados que habian sido en sus buenos tiempos dorados, y que se habian convertido en rojos, cuyos altos y tiesos respaldos y duros asientos acusaban algunos siglos de existencia, cuando los hombres eran mas fuertes y más sóbrios en sus costumbres.

De la misma fecha debia ser una estrecha mesa de arqueados piés, que como los de la sillería remataban en garras de águila, oprimiendo gigantescas bolas, que debieron parecer de oro.

Sobre ella se ostentaba un reloj y unos candelabros, oscurecidos por el tiempo, de relevante mérito.

Pero lo que era una verdadera joya artística era un escritorio que ocupaba un testero de la sala sobre un banco de roble, cuyos piés se reforcian y se cruzaban formando una X.

Sus columnillas y portezuelas tenian incrustaciones de metales preciosos y medallones de esmalte, limpios y brillantes como si acabaran de colocarse en el precioso mueble.

—Pero esto es lindisimo, dijo Mercedes asom-

brada, vale un dineral, por qué lo tienes aquí?

—Lo mandó traer mi madre, tu abuela María, á la que tanto te pareces, y aquí se quedó.

—Es lástima!...

—Por qué, hija mia? En el pueblo no hay quien pueda admirarlo en su verdadero mérito, y para nosotros lo mismo está aquí que allí.

—Pud eran robarlo.

—No lo temas: esta pobre gente roba, segun tú dices, ó toma, segun creo yo, un puñado de espigas ó de aceituna que cambia por un pedazo de pan, pero no se interesa en aquello que no es del campo.

—Más vale así.

—La última vez que estuvo aquí tu padre se lo ofrecí y quise que se lo llevara.

—No lo admitió?

—No. Prefirió dejarlo donde lo habia colocado nuestra madre que pasaba aquí largas temporadas en la época primaveral, pero lo que tu padre no aceptó puedes tú aceptarlo: ¿quieres que te lo lleven á tu habitacion? Yo te lo regalo desde ahora.

—Lo acepto, dijo Mercedes riendo, pero no quiero moverlo de aquí; con eso tendré una propiedad con que envanecerme cuando vengamos á Casa Blanca.

—Sea, y desde ahora te advierto que tú cuidarás de su aseo y conservacion; voy á entregarte las llaves de tu propiedad, dijo D. Francisco sacando de un hueco disimulado de la mesa en que se sostenia dos llavecitas doradas sujetas con una cadena del mismo metal.

—Tengo un escrúpulo, tio, dijo Mercedes, que habia tomado el asunto á broma, sin recoger las llaves.

—Cuál?

—Este es un mueble demasiado precioso para despojar de su posesion á sus legitimos dueños. Consultaremos á tus hijos.

—Mis hijos aprueban siempre cuanto yo hago, sin necesidad de consultarles.

—Bueno; pues guarda las llaves en donde estaban y sigamos viendo la casa. Ya hablaremos de eso.

—Corriente, pero nada tenemos que hablar puesto que tú lo aceptaste.

—Fué por sorpresa: repara que no tomé las llaves.

—De todos modos es tuyo.

Llegaban á este punto de la conversacion recorriendo el espacioso cuadro que formaba el centro de la casa, y que en más de una ocasion habia

servido de salón de baile ó de comedor para un gran convite, cuando se abrió una puerta y una mujer enlutada seguida de un niño pequeño vino hácia ellos.

—Buenas tardes, D. Francisco y la compañia, dijo con tono humilde; no sabia que estuviesen los señores aquí y habia ido á lavar al arroyo; me lo han dicho y he venido en seguida.....

—Cómo te vá, mujer? preguntó con bondad D. Francisco.

—Cómo quiere su merced que me vaya, dijo limpiándose las lágrimas; bien porque no me falta el pan ni á mí ni á mis hijos; Dios se lo pague á usted y á la señora, y les dé más vida que yo para mí deseo, pero mal sin el calor de mi pobre marido...

—Bien, bien, no hablemos más de eso, nada de tristezas, lo que Dios hace se bendice y se acabó. Ea, abre la capilla que la vea la señorita, y el armario del comedor que le gusta ver los platos antiguos... Están abiertos los dormitorios?...

—Todo está limpio y arreglado...

—Pues anda, ve abriendo que es tarde...

La viuda de Juan el cochero, que ella era, obedeció.

—Sabes, tio, que eres muy bueno, dijo la mar-

quesita con jovialidad... por todas partes vas dejando recuerdos de obras de caridad...

—Para recoger cariño y gratitud, hija mia, hay que sembrarlo; no creas tú que existen esos hombres malvados que nos pintan que pagan con ódio el bien que reciben; si hay alguno será un monstruo; el hombre honrado es agradecido siempre.

—Cuéntaselo á los anarquistas y á toda esa gente acabada en *ista* que se empeña en deshacer el mundo para enmendar la plana á Dios haciendo otro mejor.

—Y qué son los anarquistas, los socialistas, los nihilistas y todos cuantos se parezcan á ellos, más que seres desesperados, de los que nadie ha tenido compasion y á los que nadie ha tendido su mano para salvarlos del abandono?

—Ah, tío, todos no!

—Todos, en uno ó en otro caso han sido heridos por el egoismo social, por la indiferencia que ha sustituido á la generosidad, por el desaliento de la fé perdida. ¿Qué serian esos tres niños huérfanos cuya pobre madre acabas de ver llorar de gratitud, si hubiesen quedado en el abandono?

—Pobres jornaleros, como lo serán; la caridad es siempre insuficiente.

—No lo creas, la caridad alienta y sostiene y

la gratitud completa la obra. Estos niños sin protección de nadie hubieran sido mendigos, perdiendo toda idea de dignidad personal, ó pilluelos que pervertidos por el abandono, hubieran sentido ódio hacia la humanidad.

—No todos los anarquistas son pobres.

—Desde luego; pero la masa, la gran mayoría lo es, y si fuera posible suprimir la causa de esa manera de ser, encontraríamos lágrimas, desesperación y luchas, que los han llevado á ese extremo.

—Pero y los ricos?

—Ricos anarquistas no debe haber, porque la doctrina que los une es contraria á la propiedad; hay fanaticos en clases más ilustradas, y explotadores que se valen de la ignorancia de esas pobres gentes que los siguen, para que su fuerza les sirva de palanca y remover los obstáculos que se oponen á sus propósitos.

—Aquí no hay huelgas?

—Las que determinan las lluvias ó las sequías, que no son pocas, y muy sensibles por cierto, dijo D. Francisco siguiendo en su visita á las habitaciones.

Después de recorrer los dormitorios, dispuestos como en la casa del pueblo, los destinados á los

hijos próximos á la alcoba conyugal, Mercedes se detuvo para admirar un magnífico mueble, contemporáneo de la sillería que en la sala de la familia habia llamado su atencion, y que llenaba la alcoba principal.

Era un lecho monumental, cuyos pilares se elevaban semejando palmas airosas talladas en preciosas maderas con remates dorados. El cabecero lo formaban arcos de palmas inclinadas, respaldados por rico brocado rojo, repujado de palmas de oro, que aunque algo desteñido, se conservaba sin deterioro notable.

—Qué cama tan antigua y tan hermosa, dijo Mercedes, es admirable; cómo teneis aquí estas riquezas?

—Y qué hemos de hacer con ellas, hija mia? Aquí no se sabe lo que es una almoneda, ni una venta de muebles, no hay anticuarios, ni baratilleros... Los hijos heredan los muebles de sus padres, y los conservan... eso es todo.

—Pero esto vale hoy muy caro..

—Nunca me daría su precio la satisfacción que me dá el recuerdo de sus antiguos dueños.

—Quiénes eran?

—Mis abuelos y bisabuelos tuyos.

—Esta cama de quién fué?

—De mi abuelo D. Alonso de Fonseca, señor de la Cañada Honda, que acompañaba á S. M. el Rey D. Carlos III en sus partidas de caza, y veían su sueño como Mortero de Espinosa. Vino á esta provincia casualmente, se enamoró en ella, se casó, y como Garcia del Castañar se retiró al campo para comer lejos de la corte, blanco pan en limpia mesa, y una perdiz para cada uno.

—Tambien cansan las perdices si se repiten, murmuró Mercedes que lo escudriñaba todo alegremente.

—Lo bueno no cansa; mi abuelo hizo bien.

—En su tiempo puede ser, en el nuestro ya es otra cosa...

Fonseca iba á decir algo, pero temiendo recordar á Mercedes la catástrofe de su padre, se volvió y señalando un cuadro de grandes dimensiones que adornaba un testero, dijo:

—Mira las armas de nuestra casa.

—Ah, sí! El campo de oro con las cinco estrellas rojas... Ya sé la historia... tenemos el honor de descender de los caballeros de la tabla redonda... Y esa es pintura?

—¡Qué ha de ser! si está bordado por la dueña de aquella cama, tu bisabuela Doña Beatriz Acebedo, señora de Villaclara.

—Pues está muy bien. Y dime, tú por qué no reivindicas esos títulos? C: si todos los señoríos se han elevado á marquesados, baronías, etc., etc.

—Bah! Yo llevo el título mejor: el nombre de mi padre respetado; desde que los títulos se dan á to lo el mundo, no valen más que lo que cuestan.

Mercedes guardó silencio: la respuesta no le agradó, pues su título era de concesion reciente, pero no podía creer que su tío tuviese intencion de molestarla.

D. Francisco se apercibió de su torpeza despues de cometida, y para borrar su efecto dijo aparentando prisa:

—Pero vamos, niña, que es tarde; tiempo tendrás de verlo todo, verás la capilla que tiene ornamentos preciosos, y la vajilla que es notable.

Mercedes lo siguió.

—He leído en un periódico, dijo D. Francisco, que una princesa invitó en Paris á un té á gran número de amigos, imponiendo como condicion precisa á los invitados la obligacion de llevar la taza y el platillo. Llevaron cada uno lo más rico, lo más caprichoso, lo más antiguo en el género, y como no se cuidaron de recogerlos al retirarse, la princesa reunió en un dia una coleccion verdaderamente original...

—Y qué? preguntó Mercedes, que se había detenido ante el balcon admirando el magnífico panorama que desde allí se descubría.

—Pues, nada, que nosotros sin pedir platos á nadie tenemos en cerámica una coleccion más rica y variada que la de la princesa: mira.

Mercedes estaba absorta; las fábricas de Triana y Valencia, las antiguas del Retiro, las de Sajonia, Sevres, Berlin y el Japon, parecian haber enviado en competencia sus porcelanas más bellas en toda clase de objetos. Una salvilla para el chocolate, de arabescos de oro con tornasoles rosados; un jarro de asa retorcida y anchos medallones de flores en su panzudo seno, y un plato con miniaturas llamaron de tal modo la atencion de Mercedes, que volvió á protestar de que aquellas bellezas se encerrasen allí...

—Pero criatura, dijo riendo D. Francisco, quién puede verlo mejor que nosotros? Eso de mostrar á los extraños lo bueno que uno posee, es la más necia de las vanidades.

—Y ocultándolo para qué sirve?

—Para gozarlo? Desengáñate, hija mia, todo lo que no nos interesa no debe penetrar en el interior de nuestra vida, resguardada, como por una muralla chinesca, por la reserva más absoluta.

Mercedes se asomó al balcon. Desde allí se veía un amplio espacio iluminado por los reflejos del Sol poniente, que como hostia de oro sostenida por manos invisibles se elevaba sobre el altar grandioso de la sierra, cubierto con los immaculados paños que habían tejido las nieves, bordándolos con hilos de brillantes los hielos y la escarcha.

La campiña iluminada en sus lomas se oscurecía en los valles con una riqueza de tonos y una limpieza de ambiente que permitía apreciar el menor detalle.

Los olivos cenicientos en sus copas verdegueaban en su fondo, como si callese sobre ellos una lluvia de polvo rosa neblina.

La cuadrilla de aceituneros recogía sus útiles de trabajo para volver al pueblo.

Por todos los caminos que afluyan á éste, avanzaban con tranquilo paso muleros que conducían el par de mulos con que habían arado las tierras que debían sembrarse de semillas, ó las que se quedaban de barbecho, reservándose el sembrarlas para el siguiente año.

Unidos los mulos por una cuerda ó ronzal, en uno de ellos se veía colocado con verdadero primer el arado, combinadas de tal modo las diferentes piezas que lo forman, que puede conducirse

con la mayor comodidad y sencillez. En el otro solía ir montado el campesino si venía de lejos, ó conducirlo, liado el cabestro al brazo, conversando con sus compañeros.

Las cuadrillas de jornaleros que volvían de cavar ó de recoger aceituna, hablando ó cantando alegremente, formaban grupos pintorescos en las vertientes de las lomas, al rodearlas para acortar el camino.

Grandes manchas de blanco y negro formaban las ovejas que iban á encerrarse en el aprisco, y las locas cabras, subiendo y bajando por las lomas, daban una nota de caprichosa animación al cuadro.

—Dios mio! qué hermoso es esto! exclamó Mercedes con admiración.

—Ya ves cómo la naturaleza no reserva sus bellezas tan solo para adornar las grandes ciudades... las reparte para todos...

—Calla! dijo Mercedes, están cantando...

—Es Catalina...

La voz clara y vibrante de la cogedora de aceituna cantaba:

La pena y la que no es pena  
todo es pena para mí  
ayer penaba por verte  
hoy peno porque te ví...

La voz se fué alejando.

La luz tambien se desvanecia, confundiéndose ya las lontananzas del paisaje como si sobre él se corriese una gasa oscura.

—Vámonos, tío, que se acerca la noche.

—No qu'eres tomar una copa de vino?

—Otro día.

—Hay tiempo aún, y te advierto que aquí puedes pedir lo que quieras; hay conservas, galletas, vinos, cervezas, té, café, chocolate...

—Pero esto es un cast llo encantado!

—No, una casa de campo con provisiones por si se ofrece... Nos vendremos aquí todos un día entero, y lo verás despacio...

—Ay, sí! te confieso que me encanta.

Cuando Mercedes y su tío llegaron al pueblo, la noche extendia ya sus velos oscuros sobre los campos borrando el paisaje en un difumino de sombra.



## CAPITULO XI

La familia de Fonseca se hallaba reunida en torno de una mesa-camilla, «el calorífero más cómodo que se ha inventado,» según Fernan Caballero, en la noche del mismo día en que hemos visto á su jefe D. Francisco paseando con su sobrina por sus posesiones.

Doña Manuela hacía calceta, esa labor tan sencilla y cómoda, que entretiene sin molestar, y que por su humildad y modestia ha sido relegada al fondo de los hogares campesinos, ya que en los de las grandes ciudades se ha entronizado la holganza, alegre compañera del desórden y el vicio.

Isabel hacía cuadros de *crochet* para formar una colcha, y Mercedes, que estaba preocupada y si-

lenciosa, jugaba con D. Francisco al ajedrez, tan distraída, que se dejaba dar jaque sin apereibirse de ello.

—Con que tanto te ha gustado la casería? preguntó Doña Manuela dirigiéndose á la marquesita con amable sonrisa.

—Sí, dijo ésta, es una hermosa casa de campo, y teneis allí preciosidades.

—Antiguallas, dijo Doña Manuela, que se han ido quedando donde las colocaron sus dueños. Yo hubiera traído algunas cosas á casa, pero ni tu tio ni tu primo han querido tocarlas.

—Aquí no hacen falta, dijo D. Francisco, y allí son recuerdos sagrados que nos hablan de los que nos precedieron... Si todos respetaran el pasado, la vida no sería tan vaga como una sombra, porque viviría uno en la memoria de los suyos.

—La vida es siempre nueva, dijo Mercedes, nada queda del ayer...

—Sí, cuando el ayer fué un dia perdido para la labor continua que debemos realizar en ella, pero cuando hemos hecho algo bueno, queda siempre.

—Mi hijo pretende, dijo Doña Manuela, que la casa solariega de la familia era la Casa Blanca, y que la Villa que llegó á pertenecerles por el

casamiento de uno de los Fonseca con una dama que la trajo en dote, no era más que el conjunto de viviendas de los que de ellos dependían, ampliadas despues y enriquecidas con esta casa.

—Y así era, en efecto, afirmó D. Francisco.

—Has visto el cuadro bordado por Doña Beatriz de Acevedo, la dueña de la villa?

—Sí, nuestro escudo; las cinco estrellas...

—Sabes lo que significan? preguntó Doña Manuela.

—No por cierto; un pedazo del cielo, sin duda, cambiando los colores...

—Pues, no lo digas en broma, que todo lo que nos ennoblece es muy importante para desdeñarlo; las cinco estrellas significan la Verdad, la Luz, la Caridad, la Paz y la Patria, cosas todas que engrandecía y ensalzaba tan ilustre familia.

—Ay, tía, dijo Mercedes burlonamente; sin el oro en que campearon, esas estrellas hubieran tenido poco valor.

—Pues yo, dijo Isabel que habia permanecido callada, lo encuentro todo muy bien, ménos que nos dieran por distintivo una Fuente Seca, porque sino tiene agua, de nada sirve.

—Miren la malva-rosa, dijo Doña Manuela, que solian llamar así á su hija, aludiendo á su

condicion suave y á su belleza, cómo suspira por agua...

—Así se llamaba el solar que se nos dió en señorío, por cierto en Galicia, ese noble país en donde se han fundado los linajes más excelsos, Fuente Seca, pero el trabajo y la virtud han sabido llenarla.... Hermosos tiempos aquellos en que la nobleza se ganaba con acciones nobles!.... Y sabes, Manuela, que he regalado á Mercedes el escritorio?

—El de la sala?

—Sí.

—Me alegro mucho: es precioso.

—Yo no he aceptado, dijo Mercedes.

—Poco á poco, exclamó D. Francisco; tú aceptaste en principio...

—Pero me negué á tomar las llaves.

—Por un escrúpulo pueril.

—Pues debes aceptarlo, hija mia, dijo Doña Manuela; te lo traen á tus habitaciones y guardas en él tus cositas...

—Aunque lo aceptara no lo movería de allí.

—Tú puedes dejarlo ó traerlo, pero desde luego es tuyo.

—Y porqué no lo quería? preguntó cándidamente Isabel.

—Qué se yo! dijo D. Francisco, cosas de niña!...

—No, tío, cosas de mujer... Es demasiado precioso para que yo lo acepte en perjuicio de tus hijos.

—Mis hijos acatan cuanto yo dispongo.

—Pues ya lo creo! dijo Isabel, no faltaba más! Yo por mi parte eso y cuanto te guste, y mi hermano que es la generosidad misma... Pues tendrá en ello una alegría.

Una ola de sangre subió al rostro de Mercedes, enrojeciéndolo y agolpando el llanto á sus ojos.

Ellos, los ricos, los felices, los hijos abrigados en el hogar como en nido bendito, disponían de todo, podían ofrecer algo que les sobraba, ser generosos, expléndidos, sin perjudicarse en lo más mínimo... Ella, sin padres, sin porvenir, recogida por caridad, debía admitir con gratitud aquel donativo de compromiso...

Quedó inmóvil, como si esperara dominar aquella rebelía de su espíritu y lentamente fué reponiéndose, volviendo á su rostro la palidez delicada que le era habitual.

—Mira que estás jugando muy mal, dijo Don Francisco; te distraes y te voy á ganar.

Mercedes sonrió.

Para todos habia pasado desapercibida aquella muda protesta de su orgullo.

—Y has visto la capilla? preguntó Isabel siguiendo la conversacion.

—No hubo tiempo, dijo D. Francisco, pero ya la verá...

—Es muy buena, dijo Doña Manuela, sobre todo el camarín de la Virgen, que se conserva intacto... Hay vestiduras muy ricas, aunque ya muy deterioradas en su mayoria, y reliquias muy veneradas.

—Es grande?

—No, pero es suficiente para los trabajadores del llano que acuden á oír Misa. Nosotros tenemos una tribuna, dijo Doña Manuela; pero eso es obra moderna; hubo que prolongarla para dar más sitio al público, y como el gabinete de la sala quedaba dentro, se cerró dejándolo para tribuna.

—Yo encuentro mal que allí no haya flores, dijo Isabel.

Doña Manuela sonrió.

—No tiene pocas el campo, dijo.

—Pero yo las quiero finas...

—Con las flores pasa como con las personas, dijo Mercedes con su risita irónica; las más bellas resultan las más inútiles; siquiera las de los campos sirven para algo.

—Todas sirven y todas son hermosas, dijo Isabel.

—Para qué sirven la camelia y la dalia? insistió Mercedes; en cambio el amapol y la borraja son muy útiles.

—Pues también la camelia sirve, porque recrea la vista y adorna como la dalia.

—No insistas, Isabel, dijo D. Francisco riendo, Mercedes tiene razón: lo útil vale más que lo bello.

—Las dos cosas.

—Todo cumple su misión, dijo Doña Manuela; sin las flores de los campos no fabricarían miel las abejas, ni vivirían las mariposas, pero sin las flores cultivadas no se adornarían los altares, los salones, las mesas y las mujeres.

—Y se pasaría sin todo ello muy bien, dijo Mercedes, que instintivamente gozaba en contrariar á su prima; entre tanto nos hacen falta las flores cordiales para los catarros, y la miel para los postres.

—Pero es que allí no hay ni flores cordiales, dijo Isabel, trigo, cebada, garbanzos, olivos y nada más.

—Y te parece poco? Eso es mucho mejor!

—Pero pudiera consagrarse un pedacito á jardín.

—Lástima de tierra perdida! insistió Mercedes. Los señores de Fonseca sonreían de la discusión de las dos jóvenes.

—Perdida!... Pero si hay allí mucha que no se siembra. . Y qué podía perderse con eso?

—Mucho, contestó Mercedes; un puñado de trigo vale más que un haz de flores.

—En la casa de la Sierra pasa igual, dijo Isabel, tampoco hay jardín.

—En las casas de labor no puede haberlo, hija mía, dijo Doña Manuela; todo se destrozaría al menor descuido, y además no hay allí quien lo entienda. En Casa Blanca, solo el piso principal está reservado; el bajo exceptuando la capilla que está aparte, todo está lleno de cuerdas, cocinas, graneros y dependencias para los caseros y mozos.

—Buena cuenta darían de tus flores, dijo Don Francisco, las gallinas, los palomos, los caballos que se sueltan, las ovejas que se escapan... Tomarías un disgusto cada día.

—Y además, dijo Doña Manuela, para el rato que vamos no hace falta ese entretenimiento. En Mayo brotan entre las piedras los rosales de Alejandría; los lirios y las campanillas abren toda la primavera; las margaritas tapizan el suelo... Qué más quieres?

—Pues mi hermano dice que papá debía hacer una casa de labor más cerca de las olivas, dejar ésta sólo para nosotros, cercarla con un jardín y un parque, arreglar el piso bajo poniendo sala de billar, de lectura, de juegos, y convidar amigos, pasar allí temporadas y lucir la casa...

—Bah!... Bah!.. Sueños de tu hermano! Eso sí que resulta inútil y tonto... Arruinarse para obsequiar á una porcion de personas extrañas que no han de agradecerlo y que han de criticarlo, buena bobada! Goce uno lo que tenga con los suyos y no le importe que los demás lo sepan ó no.

—Este campo no se presta gran cosa para eso, dijo Doña Manuela; más bien en la sierra.

—Aquello es un cortijo, dijo Isabel, no tiene nada bueno.

—Pero el monte es hermoso y más pintoresco.

—Tú opinas que debe hacerse en la casería un *chateau* ó un *chalet*? dijo Don Francisco riendo, dirigiéndose á Mercedes.

—Yo no tengo opinion, dijo ésta con frialdad, ni aunque la tuviera no valdria nada.

—Valdria tanto como la que más, y en cuanto á tenerla, no lo dudo, puesto que la tienes probada.

—Yo! cómo?

—No preferías el trigo á las flores?

—Ah! Pues bien, yo creo que no debe cambiarse nada: que está muy bien.

—Santa palabra, dijo Don Francisco dando por terminado su juego; y es un voto en contra de gran valla...

—Ya lo sabrá José, dijo Isabel, porque se lo escribiré yo.

Mercedes frunció imperceptiblemente las cejas.

Siempre ese empeño de mezclar el recuerdo del ausente en su conversacion.

—Y si yo hubiera sabido que hoy iban ustedes á Casa Blanca, hubiera ido para explicarle á Mercedes nuestros proyectos, insistió Isabel.

—Pues ya se los explicarás otro día y de paso le enseñarás el escritorio, pues no lo ha visto por dentro.

—Es inútil, dijo Mercedes, ya está dicho.

—Hasta que no sepas lo que contiene no debes oponerte; ya verás cómo te gusta.

Mercedes guardó silencio y se despidió para retirarse.

—No sé qué noto en esta niña, dijo Doña Manuela que no acabo de comprenderlo. Cualquiera diría que la visita á la casa de campo la ha disgustado.

—Estaba contenta, dijo D. Francisco, y le recordé incidentalmente á su padre, disgustándola sin quererlo; su situacion es tan triste...

—Es cierto: hay que esperar que se vaya acostumbrando á una nueva existencia, que adquiera confianza... sólo una cosa me alarma...

—Cuál?

—La venida de mi hijo!

—Por qué?

—Yo misma no lo sé, pero la temo.

—No comprendo por qué.

—Miedos de madre... no sé lo que temo, pero por mi gusto no vendría.

—Pues, no faltaria más!... No venir á su casa? Qué motivo hay? Eso sí que seria extraño!

Isabel volvía despues de dar algunas órdenes.

—Calla, dijo Doña Manuela, que nadie se entere... tienes razon, es una tontería... Aún falta algun tiempo... acaso sus ocupaciones lo detengan... Me alarmo sin motivo... Pero tengo miedo!





## CAPÍTULO XII.

Pasaban los días con esa igualdad tranquila, tan grata á los habitantes de los campos, tan insoponible y aburrida para los que tienen la costumbre de la vida activa y vertiginosa de las grandes ciudades.

El retraimiento de la marquesita de Vega Real en la casa de sus tíos era tan completo, que podía asegurarse que sólo en las comidas tenían ocasión de verla.

Apenaba á Don Francisco ese empeño de aislarse de su sobrina, pero no se atrevía á contrariarla por temor á herir su delicadeza.

Sabia que de haberle dicho que debía hacer la vida de familia hubiera obedecido sin replicar, pe-

ro esa obediencia pasiva era más dolorosa para ella que la soledad que por su gusto sufría.

Isabel había perdido la esperanza de tener una amiga íntima en su prima, una hermana, con quien charlar noche y día, correr por el jardín y salir á paseo.

Mercedes siempre sería, siempre irónica, siempre extraña, parecía recordarle que los hermanos los dá Dios y no la casualidad.

La única que no sentía tal estado de cosas era Doña Manuela.

Había estudiado á Mercedes y le había parecido descubrir en ella dureza de corazón, egoísmo é indiferencia, y no sentía, ántes bien, se alegraba mucho, de que su hija no adquiriese con ella intimidad alguna, pues aquel afable y noble carácter, aquel entusiasta sentimiento, aquel corazón tiernísimo que parecía llevar sobre sus esculturales manos para que más fácilmente llegasen á él los reflejos del dolor ajeno, hubieran sufrido con el contacto rudo de cualidades tan distintas, una lucha dolorosa.

La buena señora daba gracias á Dios de que su malva-rosa, tan suave y delicada, no tuviese que sentir las espinas punzantes de aquella planta exótica, trasplantada por la desgracia al humilde

campo donde crecían en paz las ramas floridas con que se renovaba y fortalecía el noble tronco de aquella antigua casa.

Un temor agitaba su espíritu: su hijo.

Mercedes era una de esas criaturas atractivas, á cuyo encanto es muy difícil sustraerse.

Ella misma, que la estudiaba con imparcialidad, que creía haberla comprendido, no podía borrar la impresion simpática, la influencia que ejercía sobre su espíritu, como sobre todo cuanto la rodeaba.

Acaso su retraimiento contribuía más que su propio mérito para hacerla deseada; pero era el caso que su presencia era grata para todos.

Su conversacion amena, seria, interesante; su oportunidad en obrar; su gracia singular en el decir; su elegancia nativa; su belleza delicada, que se reconocia por la impresion que causaba, sin que se confirmase con los detalles de una perfeccion que no existia; aquel aspecto de tristeza que parecia envolverla en una reserva digna y noble; la altivez con que sostenia su posicion; la educacion que la adornaba; todo en fin, hacia de la huérfana una criatura de tal modo adorable, que Doña Manuela se estremecia pensando en que su hijo pudiera llegar á conocerla, pudiera tratarla en la vida íntima de la familia y sin pensarlo y sin pre-

tenderlo sentir por ella una pasion que lo hiciese desgraciado.

José Luis de Fonseca y Paez era en lo físico un arrogante mozo, alto, buen color, barba castaña y hermosos ojos negros, y en lo moral un campesino ilustrado, de gran corazon, alma sencilla y crédula, y pensamiento levantado y entusiasta.

Con muy clara inteligencia para adaptarse los ajenos conocimientos; con una memoria sana, si se nos permite calificar así esta facultad cuando no ha sido herida por luchas y desórdenes, habia sido muy buen estudiante, y al terminar su carrera prometia ser un hombre de provecho.

Tenia ánsia de ver, de moverse, de servir para algo, y consiguió de su padre que en una de las ocasiones en que como senador necesitó ir á Madrid, pidiese para él se le agregase á una comision encargada de hacer estudios en el extranjero, ó se le destinase con una mision especial.

Obtenido fácilmente este empeño, el jóven ingeniero pudo marchar á París, su sueño dorado, dejando en aquel escondido hogar en que se le adoptaba, el afan constante de volverlo á ver, y la alegría, renovada con cada una de sus cartas de saber que estaba contento y era feliz.

Dos veces habia venido á pasar un mes de li-

(II)

cencia con sus padres, mes dichoso, que compartía la caza, las excursiones á los pueblos cercanos y las expansiones de la familia.

En cada una de aquellas visitas traía á sus padres y á su hermana infinidad de regalos, estimados como dones de un rey, y conservados ó usados con íntima satisfacción.

Ni los estudios ni los viajes habían podido cambiar la condición apacible y francade su carácter, ni había adquirido en su vida errante la malicia ni la desconfianza que suele caracterizar á los hombres de mundo.

Sencillo en su trato, sincero en su fé, crédulo en su confianza, demostraba con su palabra leal y su risa juvenil que en el fondo del hombre educado santamente, queda siempre algo del niño bueno, como si el amor de los padres cultivase para que floreciese en la dicha aquel gérmen de inocencia que Dios depositó en su alma.

Sano de cuerpo y de espíritu, rodeado de consideraciones y de cariño, sin necios derroches ni privaciones sensibles, José Luis Fonseca iba á cumplir veinte y seis años sin conocer ni los sufrimientos ni las decepciones; ántes bien, dudando de esas grandes pasiones que determinan horribles catástrofes, suponiendo esa obsesión de un

ideal una neurosis curable, y creyendo, como naturaleza bien equilibrada, que en la vida real no caben ni la tragedia ni el sainete, producidos por exagerados sentimientos, pues en el desarrollo natural de los sucesos, esos viciosos extremos del sentir son desterrados por todo espíritu serio y todo pensamiento educado.

Doña Manuela conocia á su hijo como conocen las madres buenas al ser que es vida de su vida; esto es, por lo que son y por lo que pueden ser. Sabia que en aquel pensamiento [fácil á toda idea generosa y en aquel corazon abierto á toda pasion noble, podia surgir y arraigar un sentimiento profundo, peligroso al ser contrariado, mortal acaso, al declararse imposible.

Aquella frase de Mercedes, dicha en un momento de exaltacion nerviosa: *¡La muerte va conmigo!* no se habia borrado, por singular efecto del cariño maternal, de la memoria de Doña Manuela.

Preveia el peligro sin determinar el motivo casual que debia producirlo.

Lo sentia, se inquietaba, luchaba por arrojar de sí aquella tenaz idea, y no conseguia otra cosa que embrollarse y confundirse.

Quiso indicar algo á su marido, pero Fonseca, sencillo como sus hijos, y como ellos franco y

leal, sin comprender bien lo que su mujer temía, se burló de sus temores y no logró tranquilizarla con su tranquilidad.

—Pero, qué es lo que puede suceder? le preguntaba al verla inquieta y azorada al hablar de la venida de su hijo; que se enamore de su prima? Pues mejor que mejor! Que se casen? Pues miel sobre hojuelas! Precisamente esa era la aspiracion de mi pobre hermano, y esa es la mia!

—Pero y si ella no lo quiere?

—Mujer! estás en tu juicio! No querer á José, al mejor mozo de la provincia de Jaen, al heredero de los Fonseca, al gallardo ingeniero de comision en París... Vaya, vaya; pues ahí es nada... La muchacha se volverá loca en cuanto lo vea, y él tambien, palabra de honor, porque mi sobrina es una monería, un dije, una muñequita de marfil... Vamos, vamos; tal para cual.

Doña Manuela no insistió. Pensaba muchas cosas que no se atrevia á decir y prefirió callar, rogando á Dios que siguiera protegiéndola con la paz de su espíritu y de su hogar, y que asegurara la dicha de sus hijos.

El invierno iba cediendo el paso á la primavera;

Su manto de armiños salpicado de diamantes

se deshacía bajo la lluvia de oro que dejaba caer el sol con sus calientes rayos.

El campo no era ya un inmenso tapiz ceniciento y blanco, sino un alegre mosaico en que se combinaba el color oscuro de la tierra recién movida por el arado, el verde radiante de los trigos, el verdoso matiz de las matas en los barbechos, y los tonos grises de los olivos cargados de la menuda flor en donde cuaja la aceituna.

Las blancas ondas que la nieve bordaba sobre la mole azul de las sierras lejanas, parecían haberse elevado en vapores sutiles para adornar el limpio horizonte.

Todo reía en el campo, favorecido por las recientes lluvias.

Mercedes se entretenía en ver desde su colosal balcon, donde pasaba una parte del día leyendo ó dibujando, cómo se cuajaban de hojas los árboles y de capullos las plantas.

Un delicioso olor á violetas la acariciaba cuando abría los cristales; las lilas con sus grandes ramilletes blancos y morados, movidos cadenciosamente por el viento, parecían saludarla llamándola á compartir las alegrías de la primavera, bajo el trasparente velo de luz que las envolvía.

Mercedes, aunque poco sensible á la poesía bu-

cólica, no era indiferente á la exuberante vida que se desbordaba en la naturaleza, y aprovechando su aislamiento, bajaba al jardin con un libro en la mano, buscaba un sitio muy escondido, muy solitario, y allí pasaba horas y horas, hasta que llegaba aquella en que tenia necesidad de presentarse á la familia, y entónces dejaba su sitio con pena, saturada del olor de las plantas que la habian ocultado durante aquel grato reposo, y vivificada con el contacto del sol y del aire que dejaba en sus mejillas un leve matiz de rosa, y en sus ojos el brillo de la juventud y de la fuerza.

Casi todos los de la casa conocian aquellas escapatorias de Mercedes para respirar libremente en el jardin, pero todos aparentaban ignorarlas, por no privar á la entristecida jóven de aquella inocente distraccion.

Debemos añadir, para completar estos detalles, que el luto riguroso que vestia y la desgracia que lloraba justificaban plenamente para cuantos la conocian su retraimiento absoluto, y hasta su mismo, y seguramente su prima, atribuian á esta justa causa aquella extraña manera de obrar.

Sólo Doña Manuela veia en aquel alejamiento una protesta constante contra su situacion y un desden amargo hácia la proteccion que se le ofre-

---

cia; pero dentro de aquella familia ella era la única extraña para Mercedes, y aunque su corazón se identificaba por completo con los sentimientos de su marido y de sus hijos, profundizando en el asunto, hubiera podido creerse que la huérfana admitida en su casa la molestaba.

Prefirió callar, y creer ó hacer como que creía lo mismo que todos, para no empeorar la situación, si por ventura no acertaba en sus temores, y en último caso, para no hacer prevalecer su juicio si no se engañaba.



### CAPÍTULO XIII.

Era un hermoso día de Marzo

Mercedes había tomado el chocolate en su cuarto, según costumbre, cuando se le ocurrió pasar á la salita que unida á su alcoba debía servirla de cuarto de labor ó estudio, pero que nunca utilizaba, porque prefería el gabinete, desde cuyo balcón se dominaba tan amplio horizonte.

Estaba envuelta en un elegante peinador de fina lana blanca y peinada de cualquier modo, pero con suma gracia.

Como salía tan pocas veces de sus habitaciones, y esto para asistir al comedor ó bajar al jardín, podía asegurarse que desconocía por completo el órden de la casa y que pasaban desapercibidas para

ella las innovaciones que á su lado se efectuaran.

Al salir á la salita notó que se habian quitado las fundas de crudillo que cubrian las butaquitas situadas á ambos lados del balcon; que habia desaparecido la cubierta del piano y se habian colocado flores en los jarrones, despojando de gasas los espejos.

Se le ocurrió que pasados los tres primeros meses del luto de su hermano, D. Francisco aliviaba en su casa las señales de duelo, le parecia natural y no pensó más en ello.

El balcon abierto, como si hubiesen acabado entónces de limpiar la habitacion, dejaba penetrar una ancha faja de luz, que en menudo polvo de oro parecia disolverse al tocar la alfombra.

Mercedes, en el deseo de sentir el calor de aquel reflejo luminoso, salió al balcon, y sin mirar apenas la triste y solitaria calle que ante ella se extendia, permaneció algunos instantes bañada por el Sol, que segun dicen los labradores *en Marzo pega como un pelmazo*.

Su figura delicada, envuelta en la tonalidad brillante de los rayos del Sol, debia adquirir tan extraordinario encanto, que un grupo de jóvenes que en traje de caza y con las escopetas terciadas de embocó en la sucia calle, se detuvo extático á contemplarla.

Aquella aparición ideal, como la de Margarita ante Fausto, sólo duró breves instantes, y la blanca figura desapareció oscureciéndose el Sol en aquel momento, como si sólo hubiera brillado para iluminarla.

—¿Quién es? preguntó uno de los cazadores.

—La hija de Fonseca, sin duda, contestó otro.

—No, dijo el que parecía ser jefe de la expedición cinegética; la hija de Fonseca, Isabelita, la he visto yo cuando he ido á pedir á su padre permiso para cazar en la sierra, en su coto; debe ser la sobrina, esa marquesita que ha quedado huérfana.

—Ah, sí! La hija de D. Luis, el banquero.

—La misma.

—Es preciosa...

—Apénas la hemos visto y no puedo juzgar... añadió otro.

—Será preciso conocerla cuando volvamos de la cacería....

El grupo de los cazadores se alejó, no sin volver la cabeza esperando ver de nuevo aparecer la seductora visión.

Pero se engañaban.

Merceditas ni siquiera los había visto.

Sintió pasos, y se ocultó como una paloma asus-

tadiza que al más leve rumor vuelve á su nido.

Al cruzar la sala vió el piano descubierto y sintió deseos de tocar algo. Lo abrió y sin temer que pudiera causar extrañeza por lo reciente de su duelo y lo inusitado del caso en el pueblo, donde el rigor era temible en los lutos, se sentó y comenzó á tocar.

Siempre habia tenido delicado gusto para la música, cosa que parecia probar que para comprender el arte no es preciso sentirlo, basta con tener educacion artística.

Su buen estilo, perfeccionado con la costumbre de oír excelentes maestros, diríase que habia ganado en expresion con la necesidad que sentia de buscar en el piano una compañía en su soledad.

Bien pronto aquella armonia, resonando en la silenciosa casa llamó la atencion de sus dueños.

Isabel fué la primera que preguntó á su madre:

—Es Mercedes? Y qué bien toca! Voy á oirla.

—No, dijo extendiendo el brazo para detenerla Doña Manuela: déjala y nada le digas. Pudiera molestarla cualquiera observacion; sobre todo que no comprenda que aquí encontrarán que es demasiado pronto para que toque el piano, eso es una murmuracion nécia propia de un pueblo

y la privaria de una distraccion agradable.

—Pero no le habeis dicho nada de la venida de José? preguntó D. Francisco.

—No, dijo vacilando Doña Manuela.

—Yo queria, contestó Isabel, pero mamá me dijo que no.

—Hay tiempo, expresó Doña Manuela.

—Pudiera sentirlo... además no veo el motivo de que no lo sepa... Es un acontecimiento en la familia y forma parte de ella.

—Aún no es seguro, dijo Doña Mañuela.

—Sí lo es; tiene concedida licencia hasta nueva orden, y naturalmente vendrá á su casa.

—Piensa detenerse en Madrid.

—Por breves dias, pero para el suyo es de creer que esté aquí. Así me lo han dicho tambien sus amigos, esos muchachos que van á cazar en el coto y que esperan verlo á la vuelta.

Isabel se puso encarnada como una rosa.

—Sí, dijo Doña Manuela, ya me enteré.... Van muchos?...

—Sí, van de Andújar, de Jaen, de Linares.... una gran partida... Al pueblo sólo han venido para obtener la licencia el chico Encinar y otros dos ó tres. Me los presentó y no me acuerdo, pero conocidos todos.

—Piensan estar mucho tiempo? preguntó Doña Manuela.

—Unos quince días...

El piano seguía tocando, causando el embeleso de las criadas que habían abandonado sus trabajos para escucharlo, y de los muchachos que pasaban que se quedaban parados debajo del balcón oyendo la música.

—Voy á ver á Mercedes, dijo D. Francisco dejando á un lado *La Epoca* que estaba leyendo, y se lo diré...

—Y yo, dijo Isabel siguiendo á su padre.

Cuando D. Francisco entró, Mercedes seguía tocando, triste y calmada como si sostuviese una conversacion con sus recuerdos.

Fonseca avanzó sin ser sentido, se inclinó y la besó en la frente.

La marquesita dejó de tocar y se sonrió al conocer á su tío.

—Vienes á proponerme que demos un paseo, le dijo?

Giró el taburete tendiéndole la mano, y entonces vió á Isabel que la sonreía.

—Si tú quieres, dijo Fonseca, lo daremos.

—Es igual, dijo Mercedes sin poder disimular su contrariedad al ver á su prima.

—Vengo á darte una buena noticia.

—A mí?

La pregunta de Mercedes encerraba tal frialdad que no parecia sino que para ella no habia nada bueno que anunciar en el mundo.

—A tí precisamente, no, pero siendo para nosotros una alegría, espero que te agradará.

—Y qué es ello? dijo levantándose y adelantando hácia el balcon.

—Que muy pronto llegará mi hijo, tu primo José Luis, al que no conoces.

Mercedes palideció, pero se repuso enseguida.

Sonrió con una sonrisa más pálida que su rostro y dijo á su tio:

—Te felicito, y me alegro.

Se volvió hácia el balcon y miró con indiferencia á la calle.

—Sabes que tocas muy bien, dijo Fonseca.

—Bah!... cualquier cosa, murmuró.

—Quieres que bajemos al jardin? preguntó Isabel.

—Tengo que vestirme... contestó, jugando con las cintas de su peinador Mercedes.

—Pues entónces os dejo, dijo Fonseca; si quereis salir decidirlo pronto.

—Sabes, preguntó Isabel apénas salió su pa-

dre, quién ha venido hoy?

—No sé nada.

—Angel Villalba, no recuerdas?... El del Encinar...

—Ah! tu novio!...

—Tanto como eso no...

—Confiesa que te gusta...

—No lo niego, pero acaso yo no le guste á él.

—Pues entónces no vendría...

—Crees tú que la caza sea un pretesto?

—Yo nada sé, pero no es difícil adivinarlo...

Y dónde están?

—Han ido á la Sierra... Van muchos, eso es aquí muy frecuente... volverá cuando esté aquí mi hermano y entónces se detendrá unos días... Eso ha dicho.

—Recibe mi enhorabuena...

—No te burles de mí...

—Dios me libre... Si me lo permites, querida, voy á vestirme...

Isabel se quedó con deseo de seguir la conversacion, pero no se atrevió á insistir.

No comprendia por qué su prima la trataba siempre con tanta ceremonia como si fuese extraña.



#### CAPITULO XIV.

Mercedes se dignaba hablar pocas veces con la humilde criada, ascendida á doncella al ser dedicada á su servicio.

Tenia horror á las familiaridades de los pueblos.

Su padre, entre burlas y veras, le habia pintado algunas veces esa vida de confiada intimidad, en la cual hay más buena fé que malicia, pero que se hace insoportable sino se saben evitar á tiempo las libertades de la ignorancia.

Algunas veces le habia propuesto llevarla á pasar unos dias en el campo con su familia, pero la poca aficion que Mercedes sentia por la vida solitaria en el seno de la naturaleza, contemplada en

su inmensidad, con sus bellezas y sus desmayos, según se la busque cuando florece ó cuando se agota, en sus oasis ó en sus desiertos, y las ocupaciones constantes de D. Luis, impidieron que se realizara ese plan, por cuyo motivo le faltaba práctica á la inteligente jóven en lo que á la vida de los pueblos se refiere, pero no teorías para evitarse sus molestias, que adivinaba sin haberlas sufrido.

El día en que la hemos visto salir al balcón de la sala de estudio cuando se acababa de levantar, proporcionó á Dolores la grata sorpresa de dirigirle la palabra en tanto que se peinaba y vestía.

—Estás muy ocupada estos días, le había dicho.

—Quiere la señorita alguna cosa? contestó la muchacha temiendo haber faltado en algo.

—No, pero lo veo.

—Estamos arreglando la casa, contestó Lola muy satisfecha. Se está haciendo limpieza en todo, porque como vá á venir el señorito y además unos señores amigos suyos...

Mercedes guardó silencio.

La muchacha la miró como preguntándole si debía continuar, y como la viese sonreír, añadió:

(11 dup.)

—Pues viene uno de estos días, no se sabe cual, pero estará aquí para San José... Todos se alegran en la casa porque el señorito es tan bueno, y tan campechano, y tan cabal... Vaya! Sino hay quien no lo quiera, si es como las onzas de oro de completo.

La marquesita seguía callando.

—Mire su merced, prosiguió Dolores, si será bueno, que tuvo mi madre una enfermedad y le pagó todas las medicinas; no hay pobreza que no socorra... Cuando viene, ya se sabe, es el paño de lágrimas del pueblo, y su padre que es un pan bendito, hace como que no lo sabe y lo deja que haga obras de caridad.

—Y quién son esos señores que han de venir? preguntó Mercedes...

—Unos señoritos de Jaen y de Andújar que están de cacería y luego llegarán aquí... Ya estuvieron ántes; uno, el que vino esta mañana á ver al amo, decian en el pueblo que se queria casar con la señorita Isabel...

—Sí? preguntó distraida al parecer Mercedes; y es verdad?...

—Yo creo que sí, porque él la miraba que se la queria comer... y como la niña Isabelica es tan buena y tan sencilla, pues, se reia y no le hacia caso.

(quib II)

—Ah!...

—Dicen que su padre es un señor marqués, que es muy rico; de modo que si se casan se junta el pan con las ganas de comer, porque la niña Isabel es muy rica también.... como que todos los años compra el amo un cortijo ó un olivar.... Dios se lo aumente!...

Mercedes dió por terminado su *toilette* y despidió á Dolores.

La muchacha salia ya cuando se volvió y dijo con timidez:

—Si la señorita quisiera bajar un ratico al jardín ó pasarse á la sala, le limpiaria bien estos cuartos.

—Están limpios, dijo Mercedes que habia recobrado su serenidad habitual; ya habrá ocasion... Dónde está mi tio?

—Pues estaba en el corral... fué á ver un novillo que se ha caido por un desmorte y han tenido que matarlo.

—Y qué se hace con eso?

—Se sala y se lo come la gente...

—Qué gente?

—Los muleros, los gañanes, los mozos ; si eso es muy bueno, es el tasajo salado.

Mercedes se encogió de hombros.

—Por ahí viene el amo, dijo Dolores mostrándolo en un extremo del jardín...

Mercedes fué al balcon.

—Tio Paco! gritó, espérame que voy á bajar.

D. Francisco sonrió acortando el paso.

Algunos minutos despues se le reunia Mercedes, que tomó su brazo y se dispuso á seguir.

—Quieres algo? dijo D. Francisco.

—Sí, queria pedirte un favor y no sé cómo decírtelo...

—Pues muy fácilmente, dijo D. Francisco encantado de que su sobrina desease alguna cosa, porque nada le afligia tanto como el pensar que se privase de algo por falta de confianza; muy fácilmente, dándolo por concedido y disponiendo que se haga.

—No me atrevo, dijo Mercedes con maliciosa sonrisa.

—Pues atrévete.

—Seria abusar de tu bondad; vale más que me decida... hablaré...

—Pues venga la peticion, no dudes más, dijo D. Francisco deteniéndose para cojer un capullo de rosa que ofreció á su sobrina.

—Quisiera irme unos dias á la Casa Blanca, dijo con gran serenidad Mercedes.

—Tú? preguntó con extrañeza D. Francisco; sola?...

—Con una criada... no hay allí una buena mujer que puede acompañarme?

—Oh! pero de noche... en el campo... Por qué no esperas un poco y nos vamos todos?

—De ningún modo... Eso es precisamente lo que yo no quiero, ser motivo para que altereis vuestros gustos ni vuestra vida; pero estoy mala, duermo mal, me canso de todo, la cabeza se me debilita... Quisiera hacer un poco tiempo vida de campo para reponerme, y si tú quieres...

—Pero te verá un médico... Te llevaré á Jaen, á Madrid, donde tú quieras. . Yo no sabia que sufrieses... Hasta me parecia notarte mejor color...

—No será nada, y desde luégo no quiero médicos... Si lo que te pido no es posible, se prescinde de ello, y no hablemos más.

—Pues no ha de ser posible! dijo Don Francisco con viveza; todo lo que tú quieras, pero es tan extraño... Quieres que consultemos con tu tia?.. Ella nos dirá su opinion.

Mercedes hizo un movimiento de indiferencia, y desprendiendo su brazo del de su tio, le dijo:

—Como quieras, pero vé á tus asuntos que no

quiero entretenerte... Me quedo por aquí. Voy á prolongar mi paseo hasta la huerta...

Se alejó tranquila y serena, entrando por un momento en el pabellon que<sup>les</sup> servia de punto de descanso en el jardin, para recoger un quitasol.

Don Francisco la miró alejarse con gran perplegidad.

Profesaba un cariño verdaderamente paternal á la gentil marquesita que con su aislamiento, con su reserva, con su firmeza de carácter, y con la atraccion de su belleza, del encanto singular que la envolvía, sabia apoderarse de la voluntad de cuantos la rodeaban, sin pretenderlo y sin desearlo acaso, y sin dar señales de comprenderlo tampoco.

Cuando aquella figura elegante, fina, distinguida, se perdió bajo los frutales que dividian como verde muro la huerta del jardin, D. Francisco dió un gran suspiro.

—No, dijo; jamás se considerará mi hija, ni tendrá esta casa como suya... acepta la hospitalidad de su tutor porque no puede negarse á ello, pero se reserva su independendencia... Quiere estar sola en la casa de campo, pero lo debo, yo permitir?...

Y D. Francisco, contrariado y afligido entró

en la casa, buscando, como lo hacia en todos sus grandes apuros, á su mujer.

Doña Manuela se ocupaba en vigilar un arreglo de colchones que bajo sus órdenes llevaban á cabo dos criadas; Isabel bordaba unas marcas en unos pañuelos.

Comprendió la señora de Fonseca que algo ocurría á su marido, y salió á su encuentro.

Cuando supo de lo que se trataba, dijo:

—Pues yo no encuentro en ello nada de particular, y te alarmas sin motivo. Cuando se ha vivido en las grandes poblaciones se tienen deseos de ver el campo, el verdadero campo, no el pueblo; ya sabes que el refran dice: ó corte ó cortijo, y tiene el capricho, ya que conoce la corte, de hacer conocimiento con el cortijo.

—Pero qué se dirá?

—No creo que se pueda decir nada malo.

—Sola...

—No, irá con ella Catalina y Ramon, además de Dolores. Allí está María José, la viuda, que es una honrada mujer, y en último caso iremos con frecuencia á verla.

—Entonces tú lo apruebas?

—Yo no quisiera contrariarla; se trata de una niña que ha dirigido ya su casa, ó al ménos que

sabe vivir sola con criados.

—Si fuera Isabel con ella...

—De ningun modo, dijo con viveza la señora de Fonseca; no lo ha indicado, añadió dominando su involuntario movimiento de protesta, y sería quitarle la libertad de accion...

—Pero acaso á Isabel le gustaria, insistió Don Francisco, y con esto evitariamos que en el pueblo se pensase mal.

—Y quién puede pensar mal de ello? dijo Doña Manuela que no queria discutir la ida de su hija, con la cual no estaba conforme.

—Hay que temerlo! Como viene José Luis...

—Tienes razon, dijo Doña Manuela, y debemos pensarlo... Buscar el medio..

—En ese caso tú hablarás con Merceditas.

—Sí: dónde está?

—En el jardin la dejé, no me atreví á decidir nada...

—Has hecho bien.

Doña Manuela encargó á Isabel del cuidado de la faena doméstica que se llevaba á cabo y cubriendo su cabeza con un pañolito blanco, porque ya picaba el sol, se fué á buscar á Mercedes.

La marquesita parecia interesarse mucho en ver á los patos chapuzarse en el estanque, porque

inmóvil y dejando caer el quitasol, miraba cómo saltaban chillando y abriendo las alas, cortando el agua sucia y verdusca que marcaba grandes surcos con el paso de aquellas aves anfibias que mojadas brillaban al sol.

—Mercedes? llamó Doña Manuela.

—Ah! contestó recogiendo el quitasol y dirigiéndose á su encuentro, como si estuviese esperando tan sólo la hora de aquella conferencia; ¡voy!

Doña Manuela enlazó su brazo con el de la elegante jóven, y siguió el paseo por una calle de almendros que se alfombraba con las hojas de las flores deshechas.

—Me ha dicho tu tío, dijo sin preámbulos, que deseabas pasar una temporada en Casa Blanca.

—Si no hay inconveniente, dijo con gran calma Mercedes, porque yo solo deseo las cosas hasta cierto punto...

—Desde luégo; eres sobrado discreta para pedir imposibles, pero eso no lo es, y en cuanto nos sea fácil complacerte lo tendrás siempre.

—Gracias... yo lo esperaba....

—Sólo hay un inconveniente que desde luégo yo no quiero resolver y que lo someto á tu buen juicio.

—Cuál?

—Mi hijo va á venir un dia de estos.

—Y bien?

—Vivimos en un pueblo, querida mia, lo cual quiere decir que tenemos que prevenirnos para ser víctimas de una vigilancia esquisita...

—No entiendo...

—Estos pueblos son tan chicos, y sus habitantes tan holgazanes, que es de rigor pasarse la vida investigando la agena, y más si se trata de los que ocupan los primeros puestos.

—Pues confieso que no sé lo que quieres decir.

—Vas á saberlo: todos nuestros pasos se cuentan, todas nuestras palabras se repiten, y claro está que todos nuestros hechos se comentan.

—Y qué tiene que comentar eso?

—Nada en realidad; pero como viene José en estos dias, ¿no podria la malicia lugareña ver una relacion secreta entre tu marcha al campo y la llegada de mi hijo?

Mercedes palideció.

Doña Manuela se habia detenido para coger unas campanillas enredadas en el tronco de un almendro, y se las dió á Mercedes que se sonrió colocándolas en su pecho.

—No habia pensado en ello, dijo.

—Lo creo, y por eso te lo advierto.

—Pues bien, no iré.

—Eso sería conceder demasiado al temor de ser murmurados, pues valdria tanto como sacrificarse á ello; busquemos un medio en que se concilie todo...

—Búscaló tú, yo no lo encuentro...

—Déjame tiempo. Tienes deseos de pasar unos días en el campo? Pues que dispongan el coche y te lleven desde por la mañana hasta la noche... Sólo vendrás á dormir.

—No será demasiada molestia?

—Para tí tan sólo, pues los criados no han de molestarse: lo mismo les dá trabajar en una cosa que en otra.

—Bueno.

—Catalina te acompañará.

—Pero no hay allí una criada?

—Sí, María José, la viuda de Juan; es muy buena mujer y sabe guisar, ella puede hacerte la comida; pero no has de ir sola.

—Y Dolores?

—Si la crees suficiente, como quieras: Miguel, el actual cochero, es honradísimo.

—Convenido, solo irá Dolores: y dime, pre-

guntó con un acento ligeramente irónico la madrileña; no murmurarán en el pueblo si vengo á dormir á casa?

—Creo que no, contestó sin inmutarse Doña Manuela; es distinto ir á pasar el día en el campo, á vivir allí...

—Son muy sutiles por lo visto estos provincianos... dijo Mercedes. Pues nada, como quieras, tú lo arreglas, y si hay alguna dificultad se prescinde de ello.

—Tengo una idea...

—Vamos á ver.

—Haré que venga el médico.

—Oh, no! dijo vivamente la marquesita que tenía horror al Galeno jienense.... á ese precio, renuncio...

—No seas niña! Yo le diré que necesitas paseos y aire puro, le recordaré que él me propuso te llevase al campo en primavera, confirmará lo que nunca dijo, y para todos será prescripción facultativa...

—Ah! de ese modo, y siendo tuya la receta, acepto...

—No quiero yo ofender por esto á D. Adriano: es muy bueno y deja hacer á los enfermos como tú, lo que quieren.

—Pues esa es la mayor sabiduría; y cuándo te parece que debo empezar á tomar esa medicina campestre?

—Esta tarde vendrá... mañana mismo.

—Perfectamente.

—Yo iré esta tarde á dar mis órdenes para que nada te falte.

—Iré contigo, si quieres.

—Iremos todos: voy á decírselo á Isabel: tu tío nos buscará allí. Te quedas?

—No por cierto. Yo tambien tengo algo que arreglar: he visto allí un piano: llevaré música, libros, y... sino fuera mucho pedir...

—Acaba.

—Pediria que me dejasen allí mi caballo y un criado de confianza.

—Miguel.

—Ése puede haceros falta: uno cualquiera, que conozca el terreno: voy á cazar algunos dias!

—Irá Ramon.

—Muy bien, y muchas gracias. Creo que ha quedado ultimado á la perfeccion nuestro asunto!...



## CAPITULO XV.

Los detalles de la estancia de Mercedes en la casería quedaron convenidos con gran facilidad.

Para todos, incluso para D. Francisco, la salud de la marquesita exigía este sacrificio, pues lo era el separarse por algunas horas de la familia, para reponer sus fuerzas en el sano ejercicio de la vida de campo.

El médico, una excelente persona, muy estimada en el pueblo, que si tenía conocimientos científicos los guardaba para mejor ocasión, adoptando un método para curar que se reducía á reglas de higiene, en las cuales entraba una complacencia absoluta, había contribuido á esta creencia, diciendo *amen* á cuanto Doña Manuela rezaba, y

pronunciando su discursito sobre las ventajas del aire libre y del movimiento corporal.

Criados, visitas, cuanto constituye el círculo de murmuracion de una casa rica en una aldea, estaban ya enterados de la necesidad física que sentia Mercedes de hacer vida de campo, y esta explicacion, que desvanecia todo misterio, cosa terrible en los centros pequeños, mataba en gérmen toda malévola suposicion.

D. Francisco estaba contento porque su sobrina vendria á dormir á su casa, y en esta forma, claro está que sólo se trataba de un paseo.

Solo Doña Manuela habia leido claro en el pensamiento de la jóven marquesa de Vega Real.

Quería sustraerse á las expansiones de familia, á la intimidad probable con su primo desconocido; anhelaba recabar algo de su libertad, si bien fuese de tan limitada manera, y en el fondo de su alma se lo agradecia aprobando su resolucion.

Habia para la madre, temerosa de que su hijo se impresionase ante aquella desgracia inmensa, y ante aquella belleza fascinadora, como una garantia en la ausencia de la encantadora jóven, que ejercia sin saberlo tan invencible dominio sobre todos cuantos la rodeaban.

Y no era que Doña Manuela se opusiera á que

su hijo se casara con su prima; léjos de eso, lo hubiera aceptado como un acto justo y noble, y lo hubiera celebrado como una felicidad.

Era que su instinto de madre se alarmaba por un temor que no definía, por algo que presentía sin comprenderlo.

La señora de Fonseca, que era una admirable mujer de su casa, arregló todos los detalles de la estancia de su sobrina en el campo, á fin de que nada le faltase; dió instrucciones á María José para que eligiese en la comida lo más agradable á Mercedes, completó con numerosos efectos la despensa provisional de la casería, y advirtió á Ramon, anciano criado que habia jugado con Don Francisco y sido compañero de D. Luis, de lo que debia hacer para cuidar de la niña marquesa, como la llamaban los criados para distinguirla de la niña de la casa, pues en varios pueblos de la provincia de Jaen, se llama niña á la señorita de casa ilustre hasta que no está casada, y á veces despues, durando en algunos casos este tratamiento toda la vida, como un distintivo de honor.

Sin duda esta costumbre importada á América por los conquistadores que acompañaron ó siguieron á Colon, es la que allí se perpetúa, con ese tratamiento que tiene algo de tierno y respetuoso.

Es verdad que en toda Andalucía se llama señorita por igual á casadas y solteras, lo que establece; en cuanto al tratamiento de inferiores se refiere, la consiguiente confusion.

Todo previsto y todo dispuesto, Mercedes propuso en la velada de familia, que iria á caballo, para evitar ruidos y molestias y porque ya las mañanas eran claras y tibias, caldeadas por el Sol.

Habia llevado algunas ropas cómodas para las horas de reposo en la casería, y nada importaba quitarse la amazona, y hasta podia montar con su negro y liso traje de luto, puesto que era muy semejante á aquella, y además nadie la veria.

D. Francisco quiso que en las mañanas frias fuese conducida en una galerita, especie de tartana, muy ligera y cómoda, y Mercedes accedió para el caso de que lloviese.

Todo convenido, hasta la salida de Mercedes por la huerta para no hacer ruido, y su llegada en la misma forma, se trasladó á Casa Blanca Dolores, la doncella, que debia quedar allí en definitiva, encargándose otra de la limpieza del cuarto de la marquesa, ya que ella no las habia de ocupar en su atavio.

—Espero, le dijo D. Francisco, que nos harás gracia de algun dia, porque sino te buscaremos en tu Tebaida.

(12)

—Sería muy gracioso que no me encontraras, dijo alegre Mercedes, porque pienso correr mucho.

—Más corren las perdices y las encuentro.

—A íros, lo cual no es la mejor manera de saludar.

—¡Es tienes que prevenirte, señora castellana de Villaclara, porque á lo mejor te caerá una nube de convidados y no tendrás más remedio que darles de comer.

—Corriente: para dos perdices dos, ya lo sabéis. Y apropósito de caza; tengo que llevar mi escopeta; no sé si vinieron con ella las bolsas y municiones...

—Todo está ahí...

—Jesús, Mercedes, dijo Isabel que ayudaba á su madre á embalar unas conservas y embutidos para que los llevase Ramon á la casería; qué miedo me daría verte tirar.

—Por qué?

—Los hombres saben manejar las armas, pero nosotras no servimos más que para manejar la aguja y cuidar las flores...

—No lo creas, servimos para todo... la cuestion es que se nos enseñe ó que la necesidad nos obligue.

—Pues yo no podría matar un pájaro.

—Bah! En tanto que no necesitates matarlo, perfectamente. Te le comes matado por otro; eso es más cómodo.

—Pero si no podría, si temblaría tanto que se me caería la escopeta de la mano...

—La falta de costumbre...

—No lo creas, dijo Doña Manuela; la costumbre se hace, el carácter no. En la naturaleza cada ser y cada cosa cumple su destino; la educación amplía ó modifica las condiciones, pero no las crea; del tallado de la piedra tosca no resulta el brillante, sino la piedra pulimentada; ni el valor ni el genio se adquieren por la voluntad, únicamente sirve ésta para que se ejerciten y brillen.

—Acaso tienes razón, dijo Mercedes que la había escuchado con interés; pero hay tantos diamantes ocultos bajo el barro y que se denuncian con la labor!

\*—Algo los denuncia siempre, pues al menor reflejo que los ilumine brota la luz de la materia preciosa.

Y cuántos se pierden!...

—Esa es ley de la naturaleza que derrocha sin cesar sus tesoros. Pero no creas, hija mia, si-

guió dirigiéndose á Mercedes, que debe lamentarse; ántes bien admirar la grandeza y sabiduría que preside á la vida universal. Figúrate por un momento lo que sería, no ya un mundo, sino un pueblo de sabios, una region en que sólo se encontrasen mujeres artistas, un espacio en el que todo se amoldase á un cultivo especial.

—Oh! en esa forma...

—Pues no cabe otra si hemos de igualarlo todo. Por eso las diferencias de cosas y personas son de tanta importancia para la vida. No debes extrañar que Isabel guste poco de los ejercicios que á tí te encantan: tú tienes un carácter firme, emprendedor, resuelto: ella es tímida y dulce en demasía: cuando tú meditas, ella llora; cuando tú reflexionas, ella rie; tú piensas y ella siente, ya ves la diferencia.

—La misma que existe en nuestra vida. Ella no ha dejado nunca el nido en donde, como á esos palomitos que veíamos esta tarde, la cobija el ala de tu cariño; yo sólo he tenido el calor artificial del colegio.

—Es verdad en parte lo que dices; pero allí como aquí hubiera sido distinta.

—Puede ser, en lo que se refiere á los sentimientos, pero no en las aficiones; todos los juegos

de *Sport* encantan á las muchachas.

—A ella la asustan, y ademís, como gimnasia higiénica, no le hace falta, pues gracias á Dios, está muy sana y fuerte.

—En cambio, dijo D. Francisco que leía reposadamente un periódico, á su hermano le vuelve loco los caballos, la caza, la pelota, las armas y todo lo que es movimiento y bulla.

—Gracias á Dios, dijo Doña Manuela sonriendo; no me hubiera gustado que el miedoso fuese el varon.

Mercedes sonrió también y se despidió como para una expedición.

Su tío le dijo al abrazarla:

—Te veremos por la noche, pero si vienes cansada y te acuestas, te advierto que te iré á buscar al campo, pues me he acostumbrado á verte y no me será fácil pasarme sin tí.

—Corriente, y si vas, me acompañarás á cazar.

—Pues permítame que te lleve á donde hay caza y te enseñe los mejores sitios mañana: con eso te entregaré las llaves de tu castillo para que tomes posesion de él como corresponde á la nieta de Doña Beatriz de Acevedo...

—Convenido, pero sólo puedo permitirlo por un

dia, pues habrás de levantarte á las siete...

—¡Qué, criatura! si á esa hora yo estoy siempre despierto! Con que hasta mañana.

Los sencillos campesinos que se ocupaban en la escarda y rastrillado de la tierra siembra, se quitaban al dia siguiente el descolorido sombrero para saludar con un respetuoso «Vaya su merced con Dios, *nostramo*, y la compañía,» á D. Francisco, que pasaba á caballo llevando al lado á su sobrina, y detrás, á conveniente distancia, al viejo Ramon.

Con la mano puesta delante de los ojos los seguian con la vista, entre la nube de polvo que en las secas veredas levantaban los caballos, abri-llantada por los reflejos del sol naciente

—Cuidado que es cosa preciosa esta niña, decia uno de ellos, volviendo á clavar la azada en la tierra; no parece de carne y hueso como nosotros, sino una masa fina, un pan de rosas...

—*Paece*, dijo otro, que se ha *quedao* pobre del *tool*! Por eso se la trajo su tio.

—La casará con el hijo! *Too* el mundo lo dice... Como ella es marquesa...

—Pues voz del pueblo voz del cielo...





## CAPITULO XVI.

Cuando Mercedes se encontró sola, después de almorzar con su tío en Casa Blanca, respiró como el que se siente aliviado de un gran peso.

El campo era la soledad, pero no el aburrimiento: podía correr, y descansar sobre la yerba húmeda, perseguir y tirar una pieza de caza, tocar sin que acudiesen á oírla, leer, llorar.... vivir, en fin!

Aquella soledad de su cuarto le daba frío; aquel jardín desordenado, lleno de flores; cuya salud y frescura le recordaba la radiante alegría de su prima, dueña de aquellas, la enojaba.

Acostumbrada á vivir en la actividad de la vida social, la mataba la inacción, crispando sus ner—

vios, y trayendo aparejada con el mal humor la neurosis.

Por fortuna el primer paso estaba dado, y no le costaría mucho el conseguir que la dejaran definitivamente en la casería, siquiera fuese por una temporada.

Como estudiante escapado del colegio recorrió á la ventura el campo, con ansia de aire libre, de sol y de movimiento.

La casería estaba rodeada de un buen número de hectáreas de tierra de labor, de barbecho y de siembra, extendiendo despues su terreno con una extensa mancha de olivos.

Cruzaba la finca un arroyo que se arrastraba como hilo de agua en el fondo de una profunda cortadura que en los grandes temporales servia de lecho á la ancha corriente cenagosa, en que se recogian las aguas de las lomas, que rodaban al llano, y las que arrastraban las mil vertientes de las cañadas y oteros.

Habia llovido durante largos dias, y al salir el sol brillaba todo el campo con la verde savia de una vida nueva, y brotaban por todas partes coronando las plantas tiernos botones que en breve serian flores, retoños de un verde pálido que enalanaban los troncos viejos, y mariposas brillan-

tes que volaban al sol, ensayando sus alas, acabadas de salir del capullo.

Mercedes se detuvo en el borde de aquella hendidura socabada por las aguas, en cuyo fondo se ocultaba el arroyo.

En el centro y los extremos de la finca se habían hecho pontanillos para cruzarlo con facilidad, pero en lo demás se formaban veredas para bajar por un extremo y subir por el otro; más utilizadas acaso que los puentes, pues acortaban el camino.

Las laderas que en toscas estribaciones se extendían desde el cauce del arroyo al terreno llano de la finca, se alfombraban con una espesa colección de plantas, entre las cuales sobresalían los juncos en gruesos macizos; los mastranzos de tosa hoja y sano olor, que se extendían lleno de lujuriosa vida, frescos y verdes; los hinojos, perfumados, finos, brindando sus tallos sabrosos y sacudiendo como penachos de fina seda los cogollos de sus hojas picadas; el tomillo, tierno y oloroso; el albor; cuya raíz quemada es un excelente sahumero, la juncia, que como el albor perfuma las humildes moradas de los campesinos cuando quemán sus raíces, y tantas y tantas yerbas como florecen en campanitas moradas, en botones

de oro, en margaritas, pajaritos, candiles, adelfas, junquillos, lirios y amapolas, sin contar las borrajas azules, donde roban las abejas las dulzuras para la miel, y los espliegos ó alhucemas, que embalsaman el aire.

Mercedes miró con sorpresa aquella florescencia espléndida, aquel arroyo claro y sutil que arrastraba las hojas desprendidas de las flores en una perezosa corriente, como si se gozase en prolongar su paso por tan escondido lugar, copiando el cielo y retratando las aves que acudían á su orilla.

Encantada por aquel descubrimiento comenzó á bajar por una estrecha senda y se detuvo junto al arroyo.

Sola allí, escondida en aquella hendidura que parecía rasgar el seno de la tierra, entre los vagos rumores de la naturaleza, su pensamiento se volvió bien pronto hácia sí misma, como el ave que medrosa de la inmensidad que no conoce, vuelve al nido que abandonó.

Vió su pasado, descolorido y triste, sin otra alegría que el amor de su padre, sin otra preocupación que las fiestas, sin otro deber que el de aprender lo que por rutina la enseñaban; se vió luégo halagada, envuelta en la brillante atmósfe-

ra del mundo, que tantas adulaciones y tantas indulgencias tiene para la mujer rica, y tan profundo desprecio, tanta indiferencia para la que de él se aleja, arruinada ó necesitando su proteccion.

Desfilaron ante ella nombres y fechas y todo aquello habia desaparecido; ninguno de sus insípidos adoradores de la *edad de oro* habia perseverado en sus pretensiones; ninguna de aquellas amigas de ocasion se habia ofrecido á consolarla.

La vida era por lo visto una gran mentira, una farsa en la cual todos desempeñan algun papel, engañando los unos, dejándose engañar los otros.

La riqueza, permitiendo imponerse, era la única realidad que aseguraba la dicha.

Tener dinero era tanto como ser una materia expotable, un filon social alrededor del cual se detenian, con la esperanza de recoger las partículas desprendidas, los parásitos de la sociedad.

Esto era muy despreciable, pero muy cierto, segun el parecer de la marquesita.

De la sociedad su pensamiento pasó á su padre.

Una gran ternura, una completa indulgencia hácia él, impedia á Mercedes juzgar del acto que le quitó la vida.

Lo consideraba tan desgraciado en aquel momento, tan solo, tan desesperado, que compren-

dia perfectamente que con pulso sereno hubiera disparado la pistola.

—Si me hubiese matado á mí ántes, decia á media voz, hubiera sido ménos cruel!

De la catástrofe pasaba su memoria á su tío, lleno de bondad, de rectitud, de ternura.

Era digno hermano de su padre, y Mercedes lo queria y lo respetaba.

Su tia era la personificacion de la esposa digna, de la madre buena, de la señorial ama de casa.

Caritativa por sentimiento, religiosa por conviccion, discreta y bien educada, ganaba todas las simpatías y merecia todos los respetos, ora por su indulgencia en juzgar, ya por su acierto en resolver.

Mercedes lo sabia y lo apreciaba, su conversacion le era grata, su compañía le interesaba siempre.

Aún hubiera ella podido ser feliz, pensaba sin atreverse á decirlo si aquellos tios fuesen solos, si no estuviese ocupado por sus hijos el hogar modelo de virtudes, en que se encerraba como una santidad venerada el brillo prestigioso de una antigua nobleza.

Pero sus primos!...

Aquella hermosa muchacha, alegre, feliz, rica, dueña en la casa donde ella era huésped, que parecía cederle por compasión familiar una parte del s tío que le correspondía...

Aquel gallardo jóven, para el que todos tenían elogios, que al venir á su casa, cansado de la vida de parisiense que habria hecho durante los últimos meses, encontraría un entretenimiento en tener en el pueblo a la prima de Madrid....

No, para estos no podía tener ni cariño, ni piedad!

Eilos eran siempre los felices, y ella, que de nada se reconocía culpable, habia absorbido toda la desventura...

No se le ocultaba que en el pueblo no habria ocasion de hacer un buen casamiento, y hasta sabia de antemano que la jóven rica vencería siempre á la pobre, cualquiera que fuese la que gustara más.

La idea que habia vertido la de Valdés, señalándole el puesto de dar compañía á sus tíos, cuando sus primos se casaran, la mortificaba como si fuese una ofensa directa.

—Oh! eso lo veremos, decia, yo no he de ser siempre menor de edad, y una vez dueña de mis acciones, no me faltarán caminos que seguir.

Una profunda meditacion la dominaba; por su pensamiento pasaban revueltos como los colores de un kaleidoscopio, recuerdos y esperanzas, temores y dudas.

La dote que guardaba para ser monja, las lisonjas que los hombres habian murmurado en su oído, el lujo que habia admirado, su cuarto solitario de Villaclara, la risa confiada y serena de su prima, el deseo postrero de su padre de que se casase con su primo...

—Oh! eso nunca, se decia con vehemencia. Se casaria conmigo por piedad, por obediencia; confirmaria con esa union el puesto que tengo en su casa, y nada más. Qué seria yo alil despues de casada? Lo mismo que ahora, la parienta pobre recogida por caridad .. Y aunque así no fuese, aunque el casamiento se hiciera bajo otros auspicios, qué bonito porvenir el que me esperaba como reina y señora de Villaclara... no, gracias, que se guarden sus dones, yo no los necesito...

Cuando Ramon, que seguia sus pasos á lo léjos, temeroso de no verla aparecer, se asomó al arroyo, creyó que estaba dormida; tal era la inmovilidad de aquella cabecita rubia que se apoyaba en su mano, miéntras sus ojos, cuajados de lágrimas, miraban, sin verla, la corriente apenas

perceptib'e de las aguas del arroyo.

Pero su meditacion no debia repetirse.

Mercedes no era un espíritu vacilante y una voluntad débil que se detiene indecisa en cada aspereza del camino.

Quería dominar sus temores, y mal ó bien, seguir adelante sin volver la cabeza.

Su resolucion estaba tomada, y esperando los acontecimientos se rodearia de relativa independencia.

Cuando apercibió á Ramon fuese hácia él serena ya y tranquila.

—Mañana, le dijo, me traerás aquí la escopeta; he visto volar palomas torcaces y saltar conejos.

—Pero si la señorita quiere, yo las mataré para ella.

—No, dijo sonriendo ante aquella sencillez Mercedes; quiero matarlas yo. Y ahora vamos á comer, que la buena María José me estará esperando.

—Qué ruido es ese? preguntó al aproximarse á la casa.

—El molino... No lo ha visto su merced?

—No. Qué molino es?

—El de aceite, donde se muele la aceituna

—Vamos á verlo, dijo, pero sacando de su pe-

cho un pequeñísimo reloj, regalo de su padre en el día de su santo, que siempre llevaba consigo, añadió: no, ya es tarde; no quiero alterar por hoy las horas de la comida; cuando acabe.

—Tiempo hay, dijo Ramon; todavía queda molienda para un mes.

—Hay mucha gente?

—Doce hombres; seis trabajan de noche y seis de día.

—Ah! no se descansa?

—No puede ser; se atrasaria la molienda y la aceituna lo pierde.

—Se seca?

—Se pudre, porque el sol y el agua que le cae la daña.

—Y por qué no se guarda en sitio cubierto?

—Porque necesita aire.

—Entonces habrá que tirar la que esté perdida.

—Lo que es eso no; como tirar, no se tira nada, y además pasa pocas veces, pero algunas suele pasar, y el aceite tiene mal gusto.

—No servirá.

—Se vende, como todo... Claro está que para la casa queda el mejor.

Mercedes no tuvo tiempo de contestar.

María José la esperaba en la puerta, muy cuidadosa, porque la comida estaba ya.

—Te advierto, exclamó Mercedes cuando oyó sus explicaciones, que no me esperes nunca á hora fija, porque comeré cuando tenga gana, y en cualquier parte.

—Como la señorita quiera, pero está tan bueno el arroz con pollo...

—Sí estará, pero segun me ha dicho el médico, dijo sonriéndose. Mercedes ante la ignorancia de aquellas pobres gentes; para que me siente bien, no debo tener ni hora ni sitio fijo, y como nadie tiene que esperarme, es igual.

—Entónces la señorita me avisará...

—No; tú tienes la comida á la hora de costumbre, y si vengo, bien; sino nada importa, y si la mando á buscar me la envias.

—Así lo haré... pero si la señorita quiere decirme lo que desea, lo que le gusta más...

—Cualquier cosa, en eso no tengo predileccion.

—Aquí hay unos espárragos muy hermosos, y unas criadillas de tierra que dicen que son muy ricas: yo no lo sé, pero á los señores les gustan... dice el señorito que son trufas...

—Y cómo se crían?

—Nadie lo sabe: ellas brotan y crecen escondidas, sin que se pueda saber dónde ni por qué.

—Y cómo se encuentran?

—Unas veces cavando la tierra, sin pensar, se encuentran un criadero y se saca una espuerta; otras, cuando ha llovido y la tierra tierna comienza a secarse, se notan unos bultitos con grietas y allí están...

—También las encuentran los cerdos, dijo Ramon que ayudaba á Dolores á desgranar una roña granada, y se las comen que es un gusto.

—Qué lástima, dijo Mercedes, una cosa tan delicada!

—Si se les ve hocicar y relamerse, enseguida se les quita de allí y se sacan, pero muchas veces no se nota hasta que ya no queda nada.

—Y no se envían á vender fuera?

—Quien va á enviar eso! Aquí se les llevan á los señores que las comen; nosotros no las comemos.

—Y hace mucho que no se encuentran? dijo Mercedes.

—Ayer mismo, y le tengo guardadas unas poquitas.

—Pues tráelas ántes que nada.

—Veremos si á la señorita le gustan, dijo Ma-

ría José volviendo con un plato en que se veía en un revuelto poco artístico, una vianda blanquecina.

Preparadas como las patatas, que cortadas en ruedas se revuelven con huevos, le fueron servidas las criadillas de tierra, delicadísimo manjar, superior á la trufa, de la cual es una especie, y cuya masa blanca, suave y lechosa se presta á todas las combinaciones en manos de un buen cocinero, pero tiene muy pocas variantes en las sencillas cocinas de la provincia de Jaen, poco adelantadas por cierto en el arte culinario.

Mercedes quedó encantada de aquel plato *de la tierra*, y encargó que se lo diesen tantas veces como lo hubiera, y como el arroz con pollo estaba excelente tambien, las sardinas de lata eran muy buenas, y la granada espolvoreada de azúcar muy agradable, Mercedes declaró que habia comido muy bien, y no quiso tomar nada más, ni siquiera almíbar de cidra que tenia preparada.

María José quedó encantada de que hubiese gustado todo á la niña marquesa, y se prometió darle á conocer todas sus habilidades.

Mercedes entre tanto se retiraba á sus habitaciones para descansar, aplazando la visita al molino para otro dia.

Habia llevado consigo libros, música, lápices y cartones, y se proponía no aburrirse en aquella anhelada soledad.

Como había madrugado mucho, el cansancio la invadió lentamente, y se quedó dormida en uno de los grandes sillones de la sala.

Y por un efecto de la luz, que parecía filtrarse por los cristales en rayos de oro para disolverse en una pálida claridad sobre los antiguos retratos que adornaban las paredes, pareció por un momento que la imagen de Doña Beatriz de Acevedo, señora de Villacara, enviaba á la descendiente de los Fonseca una mirada de amorosa compasión, de triste piedad, por su orfandad y su belleza.



## CAPITULO XVII.

Mercedes llegó al pueblo de noche.

Su ánsia de libertad no se saciaba con realizar su capricho pasando algunas horas en el campo, y quería que viesen desde el primer momento que se trataba de todo el día, y que sólo vendría á dormir, por ser condicion precisa para cumplir su deseo.

Cuando llegó, seguida de Ramon, que se hacia cruces de que la niña marquesa fuese tan valiente, se detuvo, no en la puerta principal, sino en la de las cuadras, siempre abierta para la entrada y salida de los hombres de campo; atravesó un corral donde resguardados por una gavillera en la cual sobre toscos postes y en forma de templete se co-

locaban centenares de haces de leña menuda, estas, de ramas de olivo, cortadas en su tiempo y preparadas en forma de gavillas, dormían tan ricamente algunas docenas de gallinas, acarició á los perros de la labor que salieron á su encuentro, hizo un mohín de repugnancia al oír gruñir los cerdos, amontonados en un cobertizo, y pasó por la cocina donde los muleros preparaban sus migas para el almuerzo, cruzando un pasadizo y entrando en la huerta para ganar, saliendo al jardín, la escalera de servicio y encerrarse en sus habitaciones.

Al entrar por la calle de almendros que dividía la huerta, vió adelantarse hácia ella una sombra alta, algo encorvada, cuyos firmes pasos conocía mucho.

—Buenas noches, dijo á su tío; por qué me esperabas?

—No te esp raba, es que salía á tu encuentro.

—Me has visto?

—Estaba cuidadoso de tu tardanza; ya iba á enviar á Miguel, cuando me ocurrió mirar al camino por la ventana del granero y te vi, *esbelta y gentil* como te diría un poeta, seguida de tu escudero, que para tener semejanza con el de *Don Quijote* sólo le falta el ser Sancho, pues lo que es

la panza la posee en grado sumo.

—Buena vista y buen humor tienes, dijo Mercedes que había tomado su brazo y seguía hacia el jardín.

—Pues, hija mía, cómo ha de agradecer uno á Dios las mercedes que le otorga sino es estando contento de la vida?

—De donde resulta, que el que no tiene nada que agradecer, no tiene motivos para alegrarse.

—Y quien no tiene en sí dones que deba al Creador? La salud, la belleza, la razón, el sentimiento, todas las cualidades que disfrutamos como inherentes al sér, qué son más que beneficios que se nos otorgan.

—Ay, tío, y cuánto habría que decir acerca de esas deudas!... Pero en fin, esta no es ocasión de discutirlo, dime para qué me esperabas.

—¡Cómo para qué! preguntó Don Francisco deteniéndose; en primer lugar porque tenía disgusto con tu tardanza, y luego porque te quería ver ántes de que te recogieses.

—Pero si no es tarde!... Ya vez, dijo mostrándole su relojito á la luz de la luna; las nueve y veinte, no puedo venir temprano si he de alejarme algo, á ménos que no me lo ordenes expresamente.

—Yo no te ordeno, te ruego, dijo galantemente Don Francisco; pero las noches son frías todavía, llevas poco abrigo y puede hacerte daño el relente.

—No te preocupes por eso; el traje es de paño, y uso además abrigo interior.

Cruzaban por el jardín bañado en la pálida claridad de la luna.

Las plantas parecían dormidas en el reposo absoluto de la naturaleza, empapadas en la escarcha fría que salpicaba de perlas sus hojas.

Un fuerte olor, sano y refrigerante se desprendía de aquella vigorosa vegetación, impregnándose con ráfagas fugitivas del perfume de las diversas flores.

El rumor leve y dulce del agua al caer en el mármol de la fuente, era el único que inturrumpía aquel silencio.

De repente un canto argentino, una cascada de notas metálicas vibró á lo lejos y se esparció en una onda de armonía.

—Ah! dijo Mercedes escuchando; qué cosa más bella!... Qué pájaro es?

—Un ruiseñor que te saluda... Ya verás qué serenatas te dan en la primavera! Hay muchos en la huerta.

Mercedes suspiró: en verdad que la vida en aquellos sitios, con paz y amor, era dulce y grata, pero para ella todo debía ser triste.

Al entrar en la casa iba á dirigirse á la escalera interior, pero su tío le dijo:

—Ven al comedor, te están esperando para cenar.

—Ah! yo no quiero que me esperen, eso es dar una molestia inútil... ya he tomado chocolate en la casería y nada necesito: además estoy muy cansada.

—Ven un momento...

—Sea por esta noche...

Doña Manuela y su hija salieron á recibirla.

—Qué tal has pasado el día? preguntó la señora de Fonseca; has comido bien, te has cansado mucho?

—Sí, me he cansado algo; pero creo que dormiré bien y me repondré.

—Y has cazado? preguntó Isabel, que tenía gran curiosidad de saber cómo su prima disparaba la escopeta sin miedo á lastimarse, y cómo se atrevía á matar palomas y perdices.

—Hoy no, dijo Mercedes sonriendo; pero cazaré... Ya he reconocido el terreno, me he orientado algo... Te prometo regalarte la primera pieza que cobre...

Mercedes cubrió con su mano enguantada su boquita, denunciadora con un bostezo inoportuno del fastidio que la invadía en el interior de la familia, y dijo vacilando:

—Si me lo permitís, me voy, porque me muero de sueño.

—Pero no cenas? dijo Doña Manuela.

—No: tomé chocolate con bollitos de aceite, que por cierto me gustan mucho. Te advierto que María José es muy buena cocinera, me ha dado muy bien de comer.

—Pídele lo que quieras, es decir, lo que te guste más en aquello que le sea posible hacer, y lo que no haya en la casería que envíe por ello, dijo Doña Manuela.

—Oh! A mí me es igual una cosa que otra. Lo que quiera! Pero he pensado que será más cómodo para todos hacer yo solo dos comidas en estos días; con eso tengo libres las horas de ir y volver...

—Como tú quieras; allí sólo mandas tú...

Mercedes iba á dar las gracias á su tía con la fría sonrisa de costumbre, cuando D. Francisco que se paseaba de un lado á otro del comedor, se detuvo junto á Mercedes, y colocando su mano sobre el hombro de la marquesita, le dijo de pronto:

—¿Quienes venir conmigo á Madrid?

Mercedes se estremeció como si el recuerdo de la capital de España levantase en tropel todos los dolores mal dormidos, que no olvidados, en el fondo de su alma.

—Yo! A Madrid? dijo, y para qué?

—Pues para pasar unos dias, para distraerte, para comprar lo que necesites, en fin, para lo que se hacen los viajes, para divertirse....

—Te olvidas de mi luto, dijo Mercedes que se había repuesto de su sorpresa, y hablaba con la calma que se concede á un asunto indiferente.

—Cómo he de olvidarlo si es igualmente mio! Pero tienes razon, he dicho mal, no irias á divertirte, sino á distraerte.

—Tanto monta... No se me ocurre nada en Madrid, pero iré si tú me dices que vaya!

—Dios me libre, á ménos que no fuese por necesidad y para bien tuyo! Cuando quieras que te lleve á Madrid ú otro punto, y yo pueda llevarte, cuenta con ello... miéntras tú no lo deseas, continuarás en Villaclara como reina y señora...

—Con tu permiso, por ahora no seré la señora de Villaclara, sino de Casa Blanca; la abuela Beatriz sigue reinando sin rival en su señorío, dijo bromeando Mercedes que se había puesto de pié y se disponia á marcharse.

—Bueno: pues si quieres algo ..

—Pero cuándo te vás?

—Mañana.

—Permíteme una pregunta...

—Las que quieras.

—Se trata de algun asunto de mi pobre padre?

—No; un fastidio de la política... se trata de la senaduría, que despues de todo para nada me sirve...

—Vuelves pronto? preguntó Mercedes que desde que supo que no le interesaba el motivo no tuvo empeño en conocerlo.

—Crco que sí, pero si me encargas algo tendré tiempo de buscarlo.

—En todo caso no te incomodaria á tí para eso, te daría una nota para mi modista y ella lo buscaría...

—Pues, dámela...

—Ya veremos...

—Dásela, dijo Isabel, y la misma señora me enviará á mí unas cosillas.

—Con mucho gusto, dijo friamente Mercedes; entónces dejaré escrita la nota...

Isabel se apresuró á traerle tintero y papel.

Mercedes con una elegante letra inglesa, fina y correcta, trazó el nombre y señas de su modista

y consignó algunos ligeros encargos.

—Tú añadirás los que quieras en nota aparte, dijo á Isabel, y enviarás medidas si se trata de un traje... sin concertar no es fácil que acierte con lo que mejor te esté.

—Tienes razon, dijo D. Francisco, y habria un medio más fácil...

—Cuál? preguntó Isabel.

—Que vengas conmigo y lo compres tú. Con eso si llega tu hermano lo verás antes.

Isabel miró á su madre sin atreverse á contestar.

—Qué te parece, mamá? dijo:

—Lo que tú quieras, hija mia: vé con tu padre si lo deseas.

—Pero te quedarás sola..

—Sola ¡Pues estoy poco acompañada!

—Como Mercedes se vá al campo...

—Si es preciso, no me iré...

—No, no, dijo Doña Manuela, no faltaba más... por qué habias de privarte de lo que tu salud necesita?.. yo no lo consiento.

—Hay una solucion mejor, dijo alegremente D. Francisco.

—Cuál?

—Te vas á la caseria con Mercedes y yo me llevo á Isabel á Madrid.

Allí estaremos pocos días, continuó, y como avisaremos, te vuelves para esperarnos, ó nos vamos contigo... probablemente vendremos con Pepe...

—Dios lo haga, dijo con viveza la madre, y añadió volviéndose á Mercedes:

—Qué te parece el plan?

—Muy bien, tia, dijo la marquesita que, descartada la prima, no le molestaba, ántes bien le era grata la compañía de la mujer de su tío: verá V. que bien lo pasamos allí.

—Pues convenido, dijo D. Francisco: preparar la ropa de Isabe!, que no lleve más que lo preciso; allí comprará lo que le falte; mi equipaje está pronto listo...

—Pudieras detenerte un día?, dijo D.<sup>a</sup> Manuela.

—No, no, ni una hora, ya lo he anunciado... además pasa el expreso y es más cómodo... mañana mismo...

—A qué hora? preguntó Mercedes.

—A las cinco de la tarde saldremos de aquí para la estacion.

—Entónces hasta mañana, que vendré á despediros... Buenas noches!...

—Qué lástima, dijo Isabel cuando la vió alejarse, que no vin'era con nosotros. . ella que conoce allí á todo el mundo.

—Es natural que no quiera ir, contestó Doña Manuela; el horror de la catástrofe que la hizo su víctima está todavía fijo en su pensamiento... Si el campo la distrae, no la contrariemos en cosa tan sencilla.

—De ningún modo, replicó Don Francisco; que se distraiga es lo esencial para que se tranquilice... tú te vas con ella, que no te vendrá mal tampoco descansar unos días.

—Pero tengo algunas cosillas que arreglar todavía para la venida del niño, dijo Doña Manuela, y en Madrid hará mucho frío para Isabel...

—Vamos, vamos, cada mochuelo á su olivo; á dormir, que si hablamos del viaje le vas á encontrar un pero...

—Si tú no quieres no voy, dijo contenta Isabel.

—Yo quiero que te diviertas, alma mia, que veas y que goces... Pero no sé cómo voy á pasar sin mi malvarosa, añadió por lo bajo, estos días y estas noches...





## CAPITULO XVIII.

Mercedes se encontró muy á su gusto instalada con Doña Manuela en la Casa Blanca.

Sabía muy bien que la inteligente señora en nada la molestaria, al contrario, haria gratas sus veladas y sus comidas con su amena conversacion y su respetable presencia.

El corazon de la marquesita parecia aliviado de un gran peso cuando no veia á su prima tranquila y feliz, cuando no oia los argentinos ecos de su sonora risa, ni comparaba entre aquella actividad alegre y dichosa de ama de casa, y su inaccion forzada de huéspedena á todo.

Al ménos cuando estaba sola evitaba esas odiosas comparaciones que son el martirio de las po-

siciones falsas, y que como un nivel imperceptible van señalando diferencias.

Doña Manuela estaba tranquila: algo faltaba en su vida al faltar su hija y su marido; pero aquella pobre niña estaba siempre encerrada en el pueblo, y era forzoso privarse de ella siquiera fuese por unos días, para que tuviera ese placer de toda muchacha al hallarse en una importante capital, ver sus teatros, alternar en sus paseos, comprar sus modas, y conocer en fin, otro mundo que el lugar en que vive.

Doña Manuela conservaba en Madrid alguna familia, y como Don Francisco iba con frecuencia y contaba con muchos amigos, Isabel debía pasarlo bien en su viaje.

Por otra parte esperaban á José, que una vez en la córte se constituiría en caballero de su hermana para pasearla y divertirla, pues la quería apasionadamente.

El cariño de una madre tiene, como el cristal, la propiedad del reflejo; la dicha de su hija era sentida desde léjos por aquel corazón que la seguía con su amor á todas partes, y esta irradiación de una santa alegría calmaba el sentimiento que podía producir la ausencia.

En cuanto á Mercedes, respiraba aquel aire de

libertad á plenos pulmones, y procuraba no pensar en Madrid para no acordarse de Isabel.

No deseaba volver á la córte, donde todo parecia haberse borrado ante ella, hogar, familia, amistades, nombre, posicion...

Todos la habian olvidado.

Sólo una compañera de colegio le escribió el pésame de su padre, y por distraccion ó indiferencia usó un papel adornado con un ramo de flores disecadas.

Mercedes, indignada, rompió la carta y olvidó el nombre que la suscribia, para no contestar á ella.

No deseaba, de ningun modo, presentarse pobre y sola donde habia brillado como rica heredera, ni remover cenizas de ingratitudes para buscar chispas de recuerdos.

La idea de cruzar Madrid escondida en el fondo de un coche de alquiler, viendo desde allí el lujo de sus antiguas amigas y la opulencia de los que habian contribuido á la ruina de su padre la mortificaba, produciéndole una sorda irritacion.

Doña Manuela habia comprendido que la negativa de Mercedes se fundaba en razones poderosas, y procuraba no hablarle del viaje de su marido y de su hija para no renovar sus tristezas.

Instaladas en la habitacion principal y en la más próxima, sin mútuø acuerdo y como por tá-cito convencimiento, emprendieron la misma vida de independenciam que habian seguido en el pueblo.

Doña Manuela se consagró con María José, Dolores y Miguel al arreglo de la casería, repasando sus ropas, *haciendo limpieza* en toda ella, eliminando lo inútil y dejándola *como el oro*, segun decia Lola, cuando hablaba de este arreglo á su señorita.

En cuanto á Mercedes pasaba el día en el campo, volviendo cansada y contenta; unas veces con un manojo de flores que regalaba á Doña Manuela para la capilla, otras con una perdiz, una paloma torcaz ó una liebre que habia matado, al paso y sin preparacion alguna, con gran asombro de Ramon, que al recogerla se hacia cruces, pues creía que la señorita no podia haber acertado al tirar sin prepararse ántes.

Siguiendo en esta forma de vida, la marquesita salió un día muy temprano á caballo para extender su campo de operaciones cinegéticas.

La mañana estaba clara y templada; el campo semejaba un gran mosaíco en que alternasen los tonos verdes y grises con las manchas de color de las flores.

El azul radiante del cielo parecía trasparente junto al azul profundo de las sierras, que ostentaban monteras blancas, como si de toda su vestidura de nieve sólo conservaran la de sus cimas, resistente á las tibias manos de la primavera, que deshacian en hilos de plata aquel duro tejido en que el hielo aprisionó los copos vaporosos que bordaron sus faldas con festones cristalinos.

Todo renacia en el campo con una vida nueva y exuberante.

Brotaban hojas de los troncos que un mes ántes parecían secos; abrian las flores campesinas sus cálices cuajados de rocío; volaban las mariposas junto á la tierra de donde acababan de salir, y se elevaban los pájaros al cielo, donde parecía que ansiaban penetrar, formando esta armonía de movimientos y colores un cuadro sublime de sencillez y grandeza, al cual servía de fondo el radiante espacio lleno de ambiente y de luz.

Mercedes iba acostumbrándose al goce profundo y triste de la soledad ante lo infinito.

Pensaba que ni en el límite que marcaba aquel horizonte de fajas rosadas, ni más allá, en cuanto no alcanza la vista y alcanza el pensamiento, había nada suyo, nada que le fuese propio, nada que desease su presencia ó que sintiera su muerte.

Ni un grano de aquella tierra que pisaba, ni una hoja de aquella siembra que veía tendida á trechos como tapiz de terciopelo, ni una piedra de aquellas montañas, nada le pertenecía... Ella era el átomo que flota sin destino á donde el viento lo lleva, y cae ó sube sin conciencia del sitio que ocupa.

Pensando así, gozaba en envolverse en el reflejo del sol, tesoro que nadie podía disputarle; en respirar aquel aire sano y puro, formado para todos, y en arrancar las flores que abrían á la orilla del camino, propiedad del primero que las deseara.

La situación de Mercedes era realmente triste, pero no tanto como su altivez lo imaginaba.

Todo descenso, todo cambio lleva consigo la amargura del recuerdo, la perturbación de la costumbre, pero á la edad de la marquesita la juventud, que es otra primavera, tiene florescencias y armonías que llevan al alma la dulzura de la esperanza.

De todos modos, por tristes que fuesen sus pensamientos, el campo fortificaba sus nervios y vigorizaba su sangre.

Sus mejillas de marfil iban coloreándose como la fruta en sazón, sus ojos brillaban con las olea-

das de una vida nueva, y sus formas, delicadas como las de una muñeca, se redondeaban con la rica tersura del busto humano.

Estaba muy bella, con su vestido de paño negro ceñido y liso, abrochado sobre un imperceptible cuello blanco, su gorrilla de paño que no ocultaba sino en parte la fina cabeza, coloreado el rostro por el ejercicio y flotantes los rizillos dorados de su cabello.

Se habia alejado mucho en un largo trote, y Ramon, que apenas podia seguirla, se habia quedado en el sitio donde acostumbraba á detenerse despues de esas excursiones que tanto le agradaban á galope tendido.

Hay que advertir que el anciano criado no se creia obligado á vigilar á la señorita desde que estaba en la casa la señora mayor, y sí sólo á servirle en cuanto le mandase.

Apénas habia cruzado las olivas internándose en la dehesa donde cazaba, pues entre sus matas se ocultaban centenares de madrigueras, cuando sintió un fuerte movimiento en las hojas de los chaparros que formaban como un macizo en el monte bajo, y detuvo el caballo sorprendida y curiosa, pues allí sólo habia encontrado caza menor, y aquel ruido le parecia extraordinario para

una perdiz, una liebre ó un conejo.

Miró á su alrededor y notó que se habia alejado mucho de la casa.

El caballo levantó las orejas, como si olfatease algo extraño, y en tanto que Mercedes enrollaba la brida á su brazo izquierdo y descolgaba su escopeta, verdadera joga de arte, que más parecia un juguete que un arma mortífera, dos perros salieron del chaparral, rodearon con vertiginosas vueltas el llano y tomando una carrera desesperada desaparecieron entre las matas.

Mercedes inmóvil y con la escopeta preparada, esperó.

Un gamo pequeño, perdido en la dehesa y asustado sin duda por la persecucion de los perros, ciego en la huida, cruzó el camino como una exalacion.

Sonó un tiro, y el gameino saltó sobre sus patas y cayó, enseñando su panza rubia manchada de sangre.

Los perros que habian vuelto al olor de la caza, ladraron alegremente girando alrededor del gamo muerto, y en aquel mismo instante, un caballo á galope desembocó en el extremo de la trocha que cortaba el monte, conducido por un caballero jóven, de elegante aspecto y barba rubia, que se

detuvo asombrado ante el espectáculo que á sus ojos se ofrecia.

Cuentan que Napoleon III se enamoró de nuestra compatriota la condesa de Teba en una carcería.

La hija del Conde del Montijo, que con el nombre de Emperatriz Eugenia, debia llamar la atencion del mundo, asistia á una fiesta cinegética dada por uno de los más ricos banqueros de Paris, en obsequio de Napoleon.

Vestia la hermosa española un traje de terciopelo granate que marcaba sus soberbias formas; una gorrita de igual clase rodeada de una gran pluma blanca, dejaba apreciar su magnífica cabellera rubia, y hacia gala de un valor, de una osadía á toda prueba, para desafiar los mayores peligros y manejar el caballo como amazona consumada.

Una de las piezas perseguidas logró huir, dirigiéndose hácia donde se encontraba la bella andaluza, que se habia separado en la persecucion de la res, del grupo de los cazadores.

Los que se apercibieron del peligro temieron por la vida de la ilustre dama, y Napoleon Bonaparte fué el primero que revolvió su caballo para acudir á su defensa, dejando atrás á sus compañeros.

Cuando llegó á descubrirla, sonaba un tiro, y rodaba el cuadrúpedo sobre la nieve manchada de sangre, en tanto que Eugenia de Guzman, con las bridas del caballo entre los dientes y la escopeta humeante entre las manos, miraba tranquilamente la res que se revolcaba agonizante, como si comprendiera que el delito de amenazarla debía pagarse con la vida.

Desde aquel momento quedó decidida su suerte.

La bala que mató al ciervo le ganó un sitio en el trono imperial de Francia, porque el emperador se enamoró como un colegial, y no tuvo otro remedio que casarse para no volverse loco, venciendo cuantos obstáculos pudo oponer la razón de estado, no muchos, á la verdad, pues los cimientos de aquel trono levantado por un golpe de audacia no eran tan firmes que pudieran disputar el sitio á la dama española las princesas casaderas de casas reinantes, por la gracia de Dios.

Hemos recordado este episodio, no porque el sencillísimo que acabamos de narrar tenga, ni con mucho, su importancia y trascendencia, sino por la semejanza.

Nada más fácil que extraviarse un cazador persiguiendo una pieza que huye desorientada acosada por los perros, pero esto que sucede todos

los días, no suele tener como término el que una elegante dama remate la caza, esperándola á su paso para disparar sobre ella.

Aunque los ejercicios de *sport* se enseñan hoy por igual á los dos sexos en las grandes capitales, y alternan en expediciones arriesgadas damas y caballeros, en el interior de una provincia española y de las más atrasadas en innovaciones acerca de la enseñanza femenina, el caso era tan excepcional, que el cazador, que se habia detenido absor-to, se llevó la mano á los ojos temiendo que fuese un espejismo, una ilusion soñada, aquella aparicion seductora.

Al mirar de nuevo Mercedes habia colocado la escopeta en su sitio y se disponia á volverse en busca de Ramon para que recogiese la caza.

El caballero habia adelantado su caballo y se quitaba respetuosamente el sombrero.

—Seberbio tiro! dijo sonriendo; es admirable y os felicito por ello.

Mercedes saludó en silencio y volvió el caballo.

—Me hará V. el favor de decirme á dónde debo enviar el gamo? preguntó metiendo espuelas al caballo y colocándose al lado de la gentil cazadora el recién llegado.

—Es inútil, dijo Mercedes con altivez, vendrán á recogerlo.

—Ah! entónces no está V. sola, es una partida de caza y V. se ha alejado de los demás?.. Eso me ha pasado á mí...

La marquesa no contestó.

—Usted no debe ser de por aquí, dijo el caballero que por lo visto tenia muchas ganas de conversacion; las señoritas de este país tienen miedo á las escopetas y horror á matar los bichos...

Mercedes saludó con el látigo y puso el caballo al trote.

—Pero no me hará V. el favor, dijo insistiendo en alcanzarla el de la barba rubia, de decirme siquiera su nombre?..

Mercedes se inmutó. Su orgullo avivado por lo que entendia que era una falta, se revolvió dentro de su sér como una serpiente que se despierta con un latigazo, y volviéndose al importuno acompañante que se empeñaba en seguirla, le dijo con temblorosa voz:

—Mi nombre no se le dice al primero que se encuentra en un camino, lo saben los que son dignos de que yo los conozca, sabiendo ántes el suyo.

Y apretando los dientes y con resuelto ademan,

dió un latigazo al caballo y salió á galope, entrando muy pronto en las olivas que cruzó sin volver la cabeza.

El cazador se quedó absorto viendo cómo desaparecía.

—En qué he podido ofenderla? preguntóse lentamente: en verdad que no lo sé; le ofrezco enviarle la caza que yo he levantado para que ella la mate; me brindo á acompañarla, y se enfada por que le pregunto su nombre; pues qué tiene eso de particular?

El ginete quedó inmóvil mirando ora el gamo muerto que nadie venia á recoger, ora el polvoriento camino por donde la jóven enlutada habia desaparecido.

—Quién será? volvió á preguntarse sin atreverse á seguirla. Alguna de las aguanosas de Mar-molejo que recorrerá estos sitios, ó acaso una de las que han venido de temporada á Andújar para cazar en Sierra Morena... Pero no puede estar sola aquí, formará parte de alguna expedicion numerosa... El caso es que no se vé á nadie, ni vienen á recoger la caza... A quién preguntaría yo?

Se escuchó en la soledad del campo el rumor producido por las pisadas de varios caballos sobre

la maleza, y el ginete picó espuelas y llamando á los perros salió á encontrarlos, para que no viesen el animal muerto, pues ni podia decir que lo habia matado él, ni queria darles cuenta de lo que vió.

—Y el caso es, murmuraba el de la barba rubia al alejarse con pena de aquel sitio, que es bonita como una perla, y que no sé en dónde, pero creo que yo la he visto ántes de ahora.



## CAPITULO XIX.

Tenemos necesidad de presentar en escena un nuevo personaje.

Nuestros lectores pueden estar tranquilos que no llevaremos su espíritu de intriga en intriga, ni de laberinto en laberinto.

Esta historia sencilla y corriente no tiene enredos, ni sorpresas alarmantes.

Aunque en la vida real se desarrollan á veces dramas más terribles que cuantos sueña el novelista, aunque el romanticismo que hemos echado de los libros con cajas destempladas, se ha metido en los hogares, así en los más humildes como en los más encumbrados, produciendo catástrofes sin cuento, ora en suicidios lamentables, ya en críme-

nes horrorosos, el cuadro que hemos escogido para formar nuestra novela, no es ni el suceso dramático, ni el idilio amoroso, sino un relato vulgar de algo que pasa en una familia y puede ocurrir en cualquiera otra, eligiendo como fondo de las figuras un humilde pueblo donde se reflejan las costumbres de una provincia de Andalucía.

Hecha esta ligera salvedad, para que no crean nuestros lectores que cortamos el hilo de los sucesos, con la intención de poner en tensión sus nervios, si es que nuestros personajes han tenido la fortuna de inspirarles interés, volvamos á nuestro asunto, que no es otro que seguir al cazador que había encontrado á Mercedes en la dehesa donde matara el gamo.

Don Angel Villalba y Quesada, hijo del marqués del Encinar, rico propietario de Jaen, era un jóven de simpático aspecto, que apenas contaría 26 años.

De mediana estatura, buen color y barba rubia, su figura tenía un aspecto juvenil y risueño que parecía reflejar su carácter ligero y jovial.

Educado con excesivo mimo por su madre, que había rodeado su infancia y su juventud de todos los placeres y comodidades, y había muerto con la pena de no verlo con el birrete y la toga de aboga-

do, que sólo obtuvo dos años después; tolerado por su padre en sus ligerezas juveniles, y adulado por sus amigos, que veían en él un excelente filon que explotar para toda clase de diversiones, en las que generalmente era *el pagano*; orgulloso con su posición y satisfecho con su figura, era un Tenorio vulgar, un Don Juan de ocasión, que se creía invencible en la conquista, y perseguido más de una vez por su buena suerte con las mujeres.

En el fondo era un buen muchacho, franco, dadivoso, hablador, con regular ilustración y adocenada inteligencia.

Pero en la apariencia era de tal modo pretencioso y pedante, que sus conocimientos le llamaban *el ángel de sangre azul*, dándole bromas sobre los escudos que llevaría al cielo para distinguirse de sus compañeros democráticos.

Ángel Encinar, como generalmente se le llamaba, siguiendo la costumbre de dar el título como apellido para simplificar el nombre, le evaba siempre, como presunto heredero de un marqués, la corona unida á su cifra en todas aquellas prendas que admiten esa ostentación, y se dejaba llamar *señor marqués* á buena cuenta, y como un adelanto en un tratamiento que le pertenecía.

Como señal de buen tono, pasaba largas temporadas fuera de su casa, ora cazando, ya en cotos viajes, pues su padre no le permitía con frecuencia traspasar la frontera.

Ya supimos había pasado por Villaclara para una expedición en la sierra, y al encontrarlo ante Mercedes volvía precisamente de la cacería, adelantándose al perseguir una pieza levantada por los perros en el monte, y encontrándose solo por este motivo.

Al unirse á sus compañeros, desviándolos del sitio en que se encontraba el gamo muerto, con pretexto de acortar el camino, les participó que se quedaba por unos días en Villaclara, en casa de sus parientas las encopetadas señoritas de Valdés, y que no podía por tanto marchar con ellos.

—Ya sospechaba yo que harías una visita á tus primas, dijo con retintín uno de ellos.

—Me lo recomendó mi padre, dijo Angelito, evitando, contra su costumbre, dar explicaciones.

—La prevision paterna es admirable, dijo otro de los cazadores. Adivinaba el buen marqués que á su hijo le haría falta descansar en Villaclara.

—No seáis guasones y no me tireis de la lengua, dijo Anglito; vais errados, sin hache, se su-

pone, en vuestros maquiavélicos cálculos.

—Ni con hache ni sin ella quiero yo ir así, dijo riéndose el que habló primero; con que retira la palabreja.

—Bien; vais por mal camino para acertar.

—Entonces si no es por ver á la chica de Fonseca por lo que te quedas en el pueblo, será por ver á tu prima la menor; todavía puede pasar...

—Nada, nada, no me pincheis porque no hablaré.

—Te reservas para sorprendernos.

—Puede.

—En ese caso, Angel celeste, Angel azul y oro, te prevengo que á mí no me sorprendes: sé de la cosa tanto como tú, dijo el que parecia más formal entre ellos.

—Y qué sabes? dijo cuidadoso Angel.

—Me lo reservo.

—Bah! tonterías.

—Es verdad, son tonterías lo que he visto... y algo que he adivinado...

Los jóvenes cazadores llegaban á la estacion del ferro-carril con el tiempo absolutamente preciso para tomar el tren.

—Vente con nosotros, dijo el que parecia tener mayor intimidad con Angel, y déjate de sueños.

—He dicho que no.

—Pues, buen provecho! gritó riéndose otro.

—No seais tontos! A ver si vais á Jaen con algun cuento fantástico...

—Contaremos, dijo el que parecia enterado, la aparicion de Margarita á Fausto...

—Cuenta lo que quieras, pero te aseguro que la que me hagas me la pagas.

—Trabajo te mando, soy insolvente.

—Lo veremos!

—¡Viajeros al tren! gritó imitando la voz del mozo, que no se habia cuidado de anunciarlo, uno de los expedicionarios:

—¡Adios chico! que te diviertas!... Avisa la llegada.

Los alegres viajeros se precipitaron á un coche de primera.

El tren se puso en movimiento.

Angel Villalba, que se habia comisionado de enviar los caballos de los cazadores con sus respectivos criados, dió algunas órdenes para que salieran inmediatamente á su destino, y ántes de que el tren desapareciera por completo, tomó á galope el camino del pueblo.



## CAPITULO XX.

Mercedes no habia mandado recoger el gamo que habia matado de un tiro.

—Para qué? se preguntaba con la indiferencia con que lo apreciaba todo.

No tenia ante quien lucir su triunfo, y se exponia á que el jóven cazador, que parecia empeñado en conocerla, preguntase al criado por el nombre de la que se habia aparecido de una manera tan inesperada.

No tenia motivo para ocultarse, pero la pregunta del cazador le habia parecido tan impertinente, que deseaba evitar ocasion de que realizase su deseo.

Cuando llegó al sitio donde Ramon la esperaba,

el pobre viejo estaba lleno de cuidado por su tardanza.

—Caramba, señorita, dijo adelantándose y caminando al lado del caballo, llevando el suyo detrás con las bridas pasadas por su brazo; y qué paseo... Ya estaba cuidadoso y arrepentido de no haberla seguido en su carrera.

—No temas nada, dijo la marquesa con su habitual frialdad; el campo es seguro y á mi me gusta correr sola por un poco tiempo.

—Sin embargo, mi obligacion es seguirla, puede caer, puede ocurrirle alguna cosa, y la señora me echaria una buena peluca si supiera que va sola.

—Bah! No hay cuidado!

Mercedes agitó su pequeño látigo y salió á medio trote dirigiéndose á la casa.

Ramon montó y la siguió en silencio.

Doña Manuela salió á su encuentro cuando la sintió subir la escalera.

—Mira, mira, le dijo con la afectuosa solicitud con que le hablaba siempre; si hubieras examinado tu escritorio, hubieras encontrado en él preciosidades; pero no has querido y he tenido que hacerlo yo para entregártelo limpio y arreglado.

—Mi escritorio! dijo Mercedes con extrañeza.

—Pues es claro! Ya verás qué de primores encerraba... Vamos á comer que ya tendrás tiempo de contemplarlos.

—Qué era lo que tenia?

—Miniaturas, abanicos, ya verás...

—Mercedes se dejó llevar al comedor, no sin entrar ántes á la sala para echar una rápida ojeada al hallazgo y quitarse el sombrero y los guantes.

Doña Manuela, como ya hemos dicho, se habia dedicado al arreglo de la casería durante los dias que iba á pasar en ella.

Tocóle la vez en este arreglo al escritorio antiguo que ya conocemos, y del fondo de sus olorosos cajones de cedro, tanto tiempo cerrados, fué sacando algunas antiguallas, verdaderamente primorosas, olvidadas allí por los sucesivos poseedores.

Conociendo los gustos de Mercedes, formados no precisamente en la aficion al arte retrospectivo, sino en la moda actual que dá valor á los recuerdos de otras épocas, se alegró de ofrecerle aquel entretenimiento para distraerla y animarla.

—Mira, le dijo al volver al salon terminada la comida, en la que apénas se habló de otra cosa, y mostrándole un velador sobre el cual se hallaban extendidos algunos objetos.

Mercedes se aproximó y fué examinando una por una y con atención cuidadosa, unas hojas de vitela, en las cuales había pintados escudos, monogramas, alegorías, en finísimos colores que resaltaban sobre el amarillento pergamino.

—Qué preciosidad! dijo Mercedes encantada del hallazgo: y dónde estaba esto?

—En tu escritorio...

—Mio no, tia, dijo suavemente la jóven, esa fué una broma.

—Broma ó veras tuyo es, y voy á colocarlo en tus habitaciones; por eso lo estoy limpiando.

—Eso no, tia, de ningun modo permito que cambie de sitio; si hubiese de aceptarlo seria igual que estuviese aquí.

—Bueno, pues ayúdame á arreglarlo para entregarte la llave.

—La dejaremos en su sitio.

—Como quieras; pero podías hacer una cosa muy útil, que era coleccionar en él todas las antigüedades que te gustaran; aquí hay muchas, y eso te distraería.

Mercedes iba á contestar que ella no tenía nada y no podía adquirir cosa alguna, pero se contentó y guardó silencio.

—Tanto aquí como en el pueblo tenemos mu—

cho viejo, porque aquí nada se vende ni se tira; ántes bien, se conserva de generacion en generacion. Cuanto te guste lo apartas y lo guardas para tu coleccion.

Mercedes sonrió sin negar.

Le agradaba la idea de ocuparse en algo, y como el ofrecimiento era tan sincero y franco, no se atrevia á negarse, tanto más cuanto la coleccion quedaria allí.

Dejó las hojas sobre el velador, y se aproximó con interés al escritorio abierto.

—Eso es todo? preguntó.

—Debe haber más; buscaremos, porque hay cajones de doble fondo, y además yo no los he mirado todos.

Mercedes no se atrevia á tocar el escritorio, esperando que fuese su tia la que iniciase la requisa.

—Ayúdame, niña, dijo ésta cariñosamente; súbete en ese banquillo y abre los cajones altos que yo no alcanzo.

Mercedes iba perdiendo su aspecto frio y reservado, atraida por aquel cariñoso acento y por la curiosidad de examinar el antiguo mueble.

—Veremos ántes lo que hay aqui, dijo, tú lo has visto ya, pero yo no.

—Tienes razon, y además tenemos tiempo, pues en algo nos hemos de entretener.

Y diciendo así sentóse Doña Manuela con Mercedes, dejando abierto el *secreter*.

Las hojas pintadas no eran todas de pergamino; habia trozos de seda roja, descoloridos por el tiempo, que servian de fondo á escudos nobiliarios, pintados con oro, plata, azul y negro.

Las aspas, los castillos, las águilas, las cimaras de enroscadas plumas, se conservaban intactas, entre el azul y el oro del fondo, segun las habia guardado en aquel sitio oscuro alguna mano aristocrática, encariñada con los distintivos de su familia.

—Estos escudos son los nuestros? preguntó Mercedes.

—Sí, deben serlo, dijo Doña Manuela, ó por lo ménos forman parte de los que por enlaces han ido uniéndose á los Fonseca.

—Esto es muy curioso, pero habria que buscar la historia de cada uno.

—Pues muy bien puedes hacerlo: en la biblioteca de casa tienes el Argote de Molina, donde se consignan los orígenes de todas las familias nobles de Andalucía: forma un álbum en el cual colocarás estos escudos, añadiendo una explicacion

de cada uno de ellos, y completando, ya que dibujas tan bien, las que falten, relativos á nuestra familia.

—Buen papel harían mis dibujos de borroso lápiz al lado de estos colores.

—Pues el contraste no dejaría de tener mérito.

—Lo intentaré, dijo Mercedes casi convencida.

—Entónces, dijo Doña Manuela con viveza, pues comprendía que el medio más seguro de amansar aquella águila real que se cernía siempre sobre las nubes de la indiferencia, era ocuparla, asociándola á la vida de familia, voy á escribir á tu tío para que te traiga el álbum; aquí no hay nada de eso.

—Tendré que darle instrucciones...

—Bueno, pues escribe tú.

—Pudiéramos prepararlo en hojas sueltas y luego lo encuadernarían.

—Si, pero hay que pedir las hojas. Dame una nota de lo que necesitas...

Mercedes siguió descubriendo los papeles amarillentos.

—Ah! qué es esto? preguntó.

Envuelto en un tafetan, cuyo color el tiempo

había convertido en oscuro como el tabaco, cuando debió ser blanco, apareció un trozo de pergamino que como una hoja de marfil servía de fondo á una coleccion de miniaturas de una delicadeza tal que semejaba un esmalte.

En primer término se hallaban arrodillados dos personajes, con alto peinado acabado en punta, la señora, y con vuelillos de encaje y empolvados bucles el caballero.

Exteudían las manos como para ofrecer tres niños, semejantes á tres serafines rubios, á la imágen de Nuestra Señora del Cármen, que entre una gloria de nubes, vaporosas como el algodón, asomaba su ideal cabeza sonriendo á la feliz familia.

Mercedes quedó asombrada: no recordaba haber visto nunca unas miniaturas más delicadas, ni unos colores más finos.

En cambio la pintura carecía de ambiente, de fondo, de perspectiva.

Parecía que los padres y los hijos estaban pegados en fila sobre el papel y que la imágen de la Virgen pesaba sobre sus inclinadas cabezas.

—Esto debe ser, dijo Doña Manuela, la portada de una ejecutoria de la familia de Acevedo; he visto algo semejante en un grabado.

—Es admirable el color y la finura.

—Debió prepararse para un libro y acaso no gustase, ó que fuera olvidada.

—Está intacta.

—Sí, ya tienes portada para tu álbum.

—Tienes razon, nada más propio...

Mercedes continuaba en su inspeccion de papeles, y ya se disponia á ver el abanico, una monería semejante á un juguete de carey, con vitela de gasa bordada de oro y esmeraldas en los clavillos, cuando María José apareció, diciendo con gran misterio que habia llegado de visita un caballero.

—Tú lo conoces? preguntó Doña Manuela.

—Yo no, pero es un señorito rubio, muy precioso; ha venido á caballo.

Mercedes habia fruncido las cejas con un movimiento de disgusto.

Sospechaba que el precioso señorito, segun María José, y el cazador, era una sola persona, y temió que la hubiese seguido á lo léjos.

—Lo recibiremos, dijo Doña Manuela; esto es extraño y pudiera ser que ocurriese alguna cosa.

—Si me lo permites me retiro, dijo Mercedes. serán asuntos tuyos...

—Te iba á suplicar que me acompañaras: no sé quien es...

Mercedes, que se habia levantado, sentóse de nuevo y volvió á contemplar los escudos y el abanico sin decir palabra.

Se oyeron pasos firmes y sonoros en la gran antesala, y Angel Villalba, con su traje de cazador y un látigo en la mano, apareció en la puerta.

—Señora mia! dijo tendiendo á Doña Manuela su mano, y cómo se esconde V. por estos matorrals.

—Angelito! no sabia que fuese V., exclamó Doña Manuela, con esa satisfaccion con que acogen las madres á los pretendientes de sus hijas, cuando son buenos partidos.

Y volviéndose hácia Mercedes, que habia levantado la cabeza y miraba con fria serenidad al visitante, le dijo:

—El Sr. D. Angel Villalba, hijo de uno de nuestros mejores amigos, del Sr. Marqués del Encinar.

Angelito se inclinó. Doña Manuela, completando la presentacion, continuó:

—Nuestra sobrina, la marquesa de Vega Real. Mercedes saludó friamente.

—Tengo mucho gusto en conocer á esta señorita, dijo Angel Encinar; conocí mucho á su padre, y espero que seremos amigos.

Mercedes se tranquilizó.

Temia una a'usion al encuentro de la mañana en la sierra, y aunque no deseaba ocultar un incidente que nada tenia de extraño, le hub'era parecido de muy mal gusto.

—Y el Sr. de Fonseca, y la amable Isabel y Pepito? cuénteme V..., dijo Angel.

Doña Manuela sonrió halagada por la pregunta. De qué podian hablarle que le fuese más grato?

—Paco fué á Madrid unos días, porque tenia negocios y se llevó á su hija para distraerla un poco, porque la pobrecilla se pasa la vida encerrada en Villaclara, y José no debe tardar, pues lo esperamos en estos días.

--Y esta señorita no quiso ir á Madrid? preguntó por decir algo Angel.

—No señor!... contestó secamente la marquesita.

—Con el luto, añadió por via de explicacion Doña Manuela, está muy retirada; además el médico le ha recomendado el campo... Y su padre de usted?

—Tan bueno, pero tan apoltronado: no hay quien lo saque de su casa.

—Y cómo es que se le vé á V. por aqui?

—Volvemos de la cacería en la sierra, en el co-  
to de ustedes...

—Y se han divertido?

—Mucho; hemos pasado unos días deliciosos  
y el tiempo nos ha favorecido; al volver quise dar  
las gracias á Fonseca por el permiso que nos dió,  
y supe por las primas que V. estaba aquí, y en  
Madrid D. Francisco.

—Ha estado V. en el pueblo?

—Despedí en la estación á los compañeros y  
fui á saludar á las primas...

—Vuelve V. á Jaen?

—Me quedaré unos días con la familia: hace  
tiempo que no las veo, y están picadas porque no  
llegué al pasar.

Doña Manuela sonrió.

Adivinaba ó creia adivinar el empeño de Ange-  
lito en despigar á las solteronas.

—Y qué hacen ustedes aquí? preguntó el del  
Encinar que se daba aires de gran confianza.

—Pues ya lo vé V., tomar el sol, y entretener-  
nos rebuscando antiguallas. Mercedes pasea á ca-  
bal o ó á pié y le sienta muy bien.

Angel hab'ia visto desde luégo que Mercedes te-  
nia el mismo traje con que montaba y que esta-  
ban sobre un sillón el sombrero, los guantes y el

La tiguillo de puño de oro que había visto en su mano.

Si alguna duda hubiera podido tener de que era ella la amazona, la hubiera disipado la evidencia de aquellas pruebas.

—Y esta señorita pinta? preguntó mirando con pedantería las hojas esparcidas en el velador.

—Esas pinturas son muy antiguas, dijo Doña Manuela; son escudos, emblemas, alegorías: los hemos encontrado en el escritorio... vea V. que notables son...

—Preciosos, dijo; pero qué veo! Estos son mis escudos, es decir, algunos de ellos, los correspondientes á mi familia materna... Vea V., Quesada de Jaen, estas son los ocho calderones negros vueltos al revés, lo cual, entre paréntesis, pudiera significar que estaban vacios; Toledo, ó García de Toledo con las palomas azules de piés y picos rojos... Es un hallazgo!...

—Pues no puedo ofrecérselos á V., dijo Doña Manuela, porque son de mi sobrina.

—Muchas gracias; yo los tengo, en todo caso los copiaria... Esta señorita gusta de la heráldica? preguntó dejando sobre el velador los escudos y mirando á Mercedes con osadía.

—Son muy interesantes estos recuerdos de otras

épocas, dijo sin contestar á la pregunta la marquesita.

—Oh! pues si V. quiere yo puedo proporcionarle antigüedades... En monedas las tenemos preciosas; en libros dicen que son una maravilla los bibliófilos, por más que yo los tengo por papeles viejos; en porcelanas...

—En su casa de V. debe haber mucho bueno, dijo Doña Manuela, que sentia la actitud altiva de Mercedes y deseaba cambiar la conversacion; pues en ella se han refundido dos ó tres muy antiguas.

—Todo está á su disposicion, y tendré el gusto de ofrecer á esta señorita para su coleccion...

—Gracias, interrumpió Mercedes; pero yo no colecciono...

—Quiere V. tomar alguna cosa? preguntó Doña Manuela al jóven impidiéndole contestar á Mercedes.

—No señora; las primas me han hecho comer en su compañía.

—Entónces tomará una copa de vino, una taza de café...

—Acepto el café, si no les causa molestia.

—De ningun modo, dijo la señora de Fonseca, y voy á pedirlo...

Doña Manuela salió.

Angelito se inclinó rápidamente hácia Mercedes y le dijo á media voz:

—He venido solo por V.; necesito hablarla: dígame dónde podré verla...

Mercedes enrojó.

Le parecía una libertad necia y grosera la que usaba Encinar hablándole así.

—Sin duda me equivoca con mi prima, le dijo con desdeñoso acento.

Encinar creyó que la frialdad de la jóven era debida al conocimiento de sus galanteos con Isabel; sonrió ufano, se atusó la barba y dijo con petulantia:

—A V. no se la puede equivocar con nadie... Vale V. más que todas las mujeres, es V. un ángel...

Mercedes iba á contestar algo muy duro, á juzgar por la expresion de su rostro, cuando se oyó la voz de Doña Manuela que daba sus órdenes á María José.

Angelito, aprovechando los momentos, y sin fijarse en el gesto de Mercedes, murmuró rápidamente:

—La bala que mató al ciervo, me hirió á mí en el corazon... ¡nos veremos!

Una sonrisa de desprecio plegó los finos lábios de la marquesita.

Aquella declaracion cursi y vulgar no merecia, en su concepto, tomarse en sério.

Debió comprender, pensaba, que el adorador de su prima seria un nécio provinciano, pero no sospechaba que lo fuese tanto.

Doña Manuela nada habia oido, y no pudo sospechar que el aspecto disgustado de Mercedes respondiese á un atrevimiento del amable Angelito.

Más bien pensó, guiada por su amor de madre, que la jóven recibia con frialdad al pretendiente de su prima, por esa envidia inconsciente que las muchachas sienten ante el novio de otra, ó acaso por excesiva delicadeza, ya que Encinar parecia haberse fijado en Isabel.

En cuanto á Angel no se dió por entendido, y siguió impasible hablando de heráldica, sin que Mercedes se dignara alternar en la conversacion.

—De suerte que ustedes cuándo se van al pueblo? preguntó terminado el café.

—No lo sé, contestó Doña Manuela; si Fonseca viene con los niños y quiere que continuemos aquí, pasaremos una temporada; si no viene Pepe, probablemente nos iremos nosotros al pueblo para esperarle.

—Pues si V. me lo permite, tendré el gusto de saludarlas...

—Cuando V. quiera; ya sabe V. cuanto lo apreciamos.

Angelito se despidió muy satisfecho.

Estaba tan pagado de su mérito personal que no podía ni sospechar que una mujer lo desdeñara.

La sequedad de Mercedes le parecía cortedad, sorpresa, ó acaso enfado porque sabia que galanteaba á su prima.

—Esta es más bonita, se decia, en tanto que caminaba hácia Villaclara; es verdad que la otra es más rica, más alegre, pero no hay en ella novedad ninguna, es una muchacha de pueblo, sin mérito ni condiciones... Esta es una marquesa, educada en París, que monta á caballo, caza, pinta... una joya... es verdad que yo galanteaba á Isabel, pero no se habia formalizado nada, y ésta me gusta más... Calla! estoy como Telémaco, que prefiero la rubia... Es muy mona, con su gesto de enfado y sus naricillas levantadas... Y poco pisto que me daré yo diciendo: mi novia, la marquesita de Vega Real, está coleccionando escudos nobiliarios y estoy buscándole los de mi casa... Ya estoy deseando decírselo á mis amigos...

Angelito, agasajado por los Pinos, que se cre-

cian con llamarlo primo á boca llena, se instaló en Vilaclara dispuesto á pasar allí unos dias.

Cuando pidió noticias de la marquesita, el Pino Chico, que creia que las aguas iban por otro lado, se apresuró á presentarla á su primo como una muchacha vanidosa y rara, que no queria tratar á nadie, que se pasaba los dias encerrada en su cuarto.

—Además, añadía el Pino Gordo, no tiene nada, no sirve para nada, y es muy exigente... el pobre de su tío no sabe cómo contentarla. Antes, cuando Fonseca hacia un viaje llevaba á su mujer y á su hija; y ahora, como la niña se empeñó en ir al campo, la pobre Doña Manuela tuvo que irse con ella por no dejarla sola.

—Y tenia amores en Madrid? preguntó con interés Angel.

—Qué habia de tener, dijo el Pino Largo, si no vale nada! y además se ha quedado en la miseria... Si no hubiera sido por sus tios, no sé lo que hubiera hecho...

—Pero es bonita, dijo Angel.

—Como es jóven y blanquita, con su a' recito de princesa, pero á mí no me gusta, ni aquí le gusta á nadie.

Angel re guardó muy bien de decir que le gustaba á él.

Sabía que las solteronas eran implacables con toda muchacha casadera.

—Bueno, dijo, ya sabemos que la marquesita no es santo de vuestra devoción, en cuanto á Isabel...

—Esa es otra casa, dijeron á duo las Baldías, que si pensaban no pecar pegando en la primera, se guardaban muy bien de tocar á la segunda: tan amable, tan corriente, tan buena...

—Y tan rica! añadió Angel.

—Ya lo creo, hijo, como que su padre aumenta el caudal que es una bendición: es un gran partido.

—Algo simplona, dijo el Pino Chico, que no quería que el elogio fuese completo; pero eso no es tacha.

—Ya veremos, dijo Angelito riendo, creyéndose un sultan que no tenía otro trabajo que elegir entre sus esclavas sumisas; tampoco me gusta del todo: el tiempo dirá... ahora me divertiré, que tiempo hay para casarse.

—Ya lo creo, hijo, y para cansarse...

Rieron la gracia y Angelito, anunciando á sus parientas que iba á permanecer unos días en Villaclara, les participó que estaba encargado por su padre de ofrecerles un obsequio en su nombre.



## CAPITULO XXI.

Mercedes se dirigió al escritorio al desaparecer Angel Villalba y continuó su inspeccion sin ocuparse para nada de la visita recibida.

Doña Manuela que habia despedido cortesmente á su amigo, la dijo al volver:

—Qué te parece este muchacho?

—Muy nécio, contestó sin vacilar Mercedes.

—Es hijo único, rico, y educado en una poblacion pequeña, por cuyo motivo su educacion tiene que ser defectuosa, pero es agradable, y tiene muy buen fondo.

Mercedes, que se habia subido en una sillita para mirar en los cajones altos del *secreter*, se volvió hácia su tia y sonriendo la dijo:

—Hágame V. el favor de decirme lo que entiende por fondo bueno en una persona.

—Pues hija, los buenos sentimientos... creo que son la base, el fondo, de los actos de la persona.

—Y qué actos ha realizado ese caballerito que acrediten sus buenos sentimientos?

—Es buen amigo, franco, cariñoso; no niega un favor, es caritativo... Qué más quieres?

—No quiero, ni tanto; me parece que eres muy benévola con ese Angel, desterrado del Limbo.

—Vamos, no te ha sido simpático.

—Seguramente; pero aunque no lo fuese, si le reconociera algún mérito lo diría; la justicia lo primero.

Doña Manuela no quiso insistir. Le parecía que en aquella apreciación entraba por mucho el que Angelito prefiriese á su hija.

—Sobre gusto no hay nada escrito, dijo.

—Por fortuna, añadió Mercedes; porque el ilustre vástago de los Encinares, se quedaria solo con su poco apetitoso fruto, si todas las muchachas pensarán como yo.

Doña Manuela no pudo ménos de sonreír.

Cuando Mercedes estaba comunicativa y amable ostentaba una gracia cáustica, una sátira fina

y mordaz, que no podia ménos de ser admirada.

—Qué miras con tanto afan? preguntó Doña Manuela, que deseaba cambiar de conversacion.

—Ay, tia! Es admirable! Qué cosa tan bella! Mira, mira...

Y bajándose de un salto de la sillita que ocupaba, le mostró una caja de nácar, que parecia haber sido una tabaquera, en cuyo fondo habia un objeto.

Ah! dijo Doña Manuela, el retrato de tu abuela María! Una miniatura que tu tio ha buscado largo tiempo sin encontrarla... Parece que este retrato tenia un marco de ricos brillantes, pero tu abuelo, que lo llevaba siempre consigo, tuvo necesidad de vender la pedrería cuando la guerra de la Independencia, en ocasion en que se vió obligado á huir para ponerse en salvo, y se encontró sin recursos.

—Qué cabeza tan ideal, tan delicada, decia Mercedes contemplando la miniatura... no puede soñarse nada más bello.

—Era preciosá; y sabes lo que noto en ella? Una admirable semejanza contigo...

—Oh, tia!...

—Te lo aseguro...

—Si me lo permites, dijo Mercedes, seré yo la

que ofrezca este hallazgo á mi tio: creo que habrá de serle muy grato el recobrar tan preciado recuerdo.

—Desde luego; tú eres quien lo ha encontrado.

—Creo que podemos estar satisfechas de nuestras pesquisas.

—Es un tesoro ese hallazgo; pero das por terminado el registro?

—Acaso hay algo más?

—Que se yo!

—Nunca lo habeis mirado?

—Por encima, para guardar algun objeto raro, pero no creiamos que encerrase otra cosa que antiguos manuscritos y papeles de familia.

—Pues yo creo que no hay nada más, dijo Mercedes que habia ido sacando todos los cajones y colocándolos sobre el velador; á ménos—añadió acercando al mueble su carita animada de una expresion de curiosidad femenina—que no haya un doble fondo.

—Lo crees así?

—Pudiera ser.

—Míralo bien.

Mercedes miró y tocó el precioso mueble en todos sentidos.

—Nada encuentro, dijo: qué olor tan fino des-  
pide el cedro tantos años encerrado; qué precioso  
trabajo. Ah! exclamó de pronto, en tanto que su  
mano se detenía en el interior del mueble; aquí  
hay algo extraño...

—Qué?

—No sé, parece un adorno, un capricho, y pu-  
diera ser una señal: es una roseta que termina en  
un boton...

En aquel instante, la tabla que formaba el fon-  
do del hueco destinado á contener el cajon cen-  
tral, se desprendió con fuerza y saltó, dejando al  
descubierto un espacio hondo y estrecho.

Mercedes habia tocado sin duda el resorte de  
un secreto tan perfectamente oculto, que sólo la  
casualidad podia descubrirlo.

Doña Manuela, vivamente impresionada, se  
aproximó.

—Un secreto! dijo; siempre sospeché que de-  
beria tenerlo, pero tu tio sostenia que nó.

Mercedes habia retrocedido al sentir despren-  
derse el tablero que ocultaba el escondite, y al ver  
aproximarse á Doña Manuela se mantuvo léjos del  
escritorio por un sentimiento de exquesita deli-  
cadeza.

Doña Manuela sacó una caja de hierro oculta

en aquel secreto lugar y fué á sentarse para abrirla en una silla colocada junto al balcon.

Mercedes se dirigió á la puerta de la habitacion con ánimo de salir.

—Dónde vas? preguntó Doña Manuela.

—Volveré luégo.

—No, hija mía; yo no sé lo que aquí se guarda, pero sea lo que sea, cuanto se relaciona con la familia es cosa tuya, y puedes saberlo.

—Despues me lo dirás.

—De ningun modo: reclamo tu presencia; en realidad tú eres quien lo ha descubierto.

Mercedes hizo un gracioso movimiento de protesta y volvió junto á su tia.

—Ahora falta, dijo ésta, que yo pueda abrir la caja. Prueba tú, ya que te has dado tan buena maña á descubrirla.

Mercedes la tomó y dijo:

—Tiene llave.

—Entónces, nuestro gozo en un pozo, dijo Doña Mañuela; tendremos que esperar que la abran á la fuerza.

—Calla! exclamó Mercedes; en la cajita de la miniatura debe haber algo... Y se avalanzó al velador, sacó con cuidado la placa de marfil y tomó un pequeño papel amarillento sobre el cual descansaba.

—Ah! dijo, cabel'os rubios... sin duda de mi abuela... esto completa el hallazgo.

Doña Manuela con la cajita en la mano se aproximó.

—Qué alegría para su hijo! exclamó; es una verdadera fortuna! Si vieras cuanto ha lamentado esa pérdida! Porque el retrato y el cabello estaban unidos bajo dos cristales que cerraba un marco de pedrería. Su padre creía haberlo perdido en sus viajes...

—Pero la llave no se encuentra, dijo Mercedes.

—Y qué hemos de hacer! Esperaremos, dijo Doña Manuela. Confieso que me hubiera gustado saber lo que la caja contiene, pero ya lo sabremos despues.

Mercedes no se daba por vencida. Revolvió los papeles antiguos, el abanico, los pergaminos, y volvió al escritorio, mirándolo todo con gran cuidado.

Se subió en la silla y llevó su mano al lugar donde estaba la caja.

Una exclamacion de alegría advirtió á Doña Manuela que sus pesquisas no eran infructuosas.

—La encontraste?

—Encontré esto en una herdidura del cedro, dijo.

Y presentaba una especie de punzon de oro, que no parecia que pudiese servir para hacer oficios de llave.

—Pero eso no es una llave.

—Probaremos.

Mercedes tomó la caja y clavó el punzon en el sitio que semejava el muelle de una cerradura.

La caja se abrió sin el menor entorpecimiento.

—Eres una providencia, Mercedes, dijo Doña Manuela. Estás en vena de acertar... Vamos á ver.

Las dos señoras se aproximaron al velador donde la caja habia sido colocada.

Con mano temblorosa sacó Doña Manuela un grueso paquete que se envolvía en un pergamino amarillo, y lo desdobló, en tanto que Mercedes, inmóvil en su sitio, miraba fijamente aquella caja que habia permanecido oculta por tanto tiempo, para venir á ser descubierta por su mano.

Doña Manuela leía los documentos que habia desdoblado y una agitacion que no podia dominar hacia temblar sus manos y palpar su seno.

—Dios mio! exclamó, son los documentos por cuya pérdida tantos perjuicios se han ocasionado á la familia de Fonseca! Y conmovida é impresionada, se dirigió á Mercedes, la abrazó y rompió á llorar.

—Pero es importante? preguntó Mercedes sorprendida de aquel arranque.

—Importantísimo: es la alegría, la dicha para todos nosotros: habia en nuestra familia algo tan triste como una sombra eterna, y esta desventura, esta mancha, desaparece con estas pruebas. Dios sin duda te ha inspirado! Tus manos inocentes debían devolver á los tuyos la única felicidad que les faltaba! Que Dios te bendiga mil veces!

Mercedes estaba absorta.

Aquella exaltacion de su tia le parecia incomprendible.

El motivo debía ser muy poderoso, cuando el apacible carácter de la noble dama se transformaba en apasionado y vehemente.

—Es fuerza avisar á tu tio y á tu primo, dijo Doña Manuela que conservaba en sus manos los documentos como si fuesen una reliquia.

—En el cofrecillo hay algo más, indicó Mercedes.

Doña Manuela dobló los pliegos que tan profunda alegría le habian causado y los envolvió en su cubierta de pergamino.

En el fondo de la caja habia dos bolsitas, de finísimo cuero la una y de terciopelo la otra.

Doña Manuela levantó la primera produción—

dose un sonido argentino.

La abrió, cortando el cordón de seda anudado que era imposible desliar y volcó el contenido sobre su pañuelo.

En el fondo de la bolsa había trece onzas de oro, un anillo y un papel.

Con una letra gruesa y clara, completamente descolorida, decía este: «arras y anillo de la boda de D. Francisco de Fonseca y Doña María Jaramillo.»

Mercedes miró con curiosidad aquellas monedas, cuya antigüedad las hacía notables, y aquel grueso anillo que tenía incrustada una hermosa perla.

—De tus abuelos, dijo Doña Manuela, de los padres de tu tío.

Mercedes encerró en la bolsa las monedas y la sortija.

Doña Manuela abrió la otra y sacó igualmente el contenido.

Una pirámide de perlas rosadas, iguales y hermosas, se formó sobre el pañuelo.

El hilo del collar, podrido por el tiempo, se había convertido en polvo, y las perlas, hermosas como todo lo eterno, guardaban en aquella profunda sombra su purísimo oriente y sus nacarados reflejos.

—Dios mio! dijo Mercedes, qué cosa tan hermosa! qué iguales, qué limpias! Es una maravilla.

—Aquí hay un papel, dijo Doña Manuela desdoblando uno semejante al que acompañaba á las arras.

—Qué dice? preguntó Mercedes.

—Vamos á ver, contestó Doña Manuela, y leyó: «Este collar lo regaló D. Francisco de Fonseca á su esposa el día de sus velaciones en la capilla dorada de la Catedral de Jaen. Tiene sesenta perlas en memoria de los sesenta dias que estuvieron casados sin unirse hasta no haberse velado como lo requiere el Santo Sacramento del Matrimonio. Doña María Jaramillo regaló á su esposo un retrato en miniatura, cuyo marco lo formaban tambien sesenta diamantes en memoria de estos dias.»

—Qué detalle tan interesante! dijo Mercedes: sabes que es un hallazgo valiosísimo, incomparable?...

—Ah! no lo sabes aún muy bien! Algun dia podrás apreciar todo lo que vale.

Doña Manuela colocó de nuevo las perlas en la bolsa que las contenia, y todo en la caja de hierro que probó á abrir y cerrar para asegurarse:

de la facilidad de sacar los documentos encerrados en ella.

Los mismos ensayos hizo en el escritorio y cuando estuvo segura de conocer el secreto, así como Mercedes, lo colocó todo en el mismo lugar, y lo cerró cuidadosamente.

Nadie se había apercibido de lo que ocurría en la sala.

María José preparaba tranquilamente su comida, cuidando más de la salsa de los poyos que de documentos de familia.

Tan solo las golondrinas que, como las que Bequer cantaba, volvían todos los años á pararse en los balcones de Casa Blanca, para volar desde allí á los nidos que fabricaban en los techos de los portales, y que dejaban preparados para que los ocupasen sus hijos en la próxima primavera, hubieran podido ver llorar de alegría á la señora de Fonseca.

En cuanto á Mercedes el secreto estaba bien guardado, tanto más cuanto sólo sabía que se habían encontrado unos papeles interesantes, pero no su contenido.

Doña Manuela que apenas comió, excitada y nerviosa, dijo á la marquesita de Vega Real cuando se despidió de ella para encerrarse á escribir á su esposo:

—Todo lo sabrás algún día, y entónces comprenderás que has hecho á tu familia el mayor de los beneficios.

—Yo no he hecho nada, fué una casualidad que encontrase el resorte...

—No ha sido la casualidad, ha sido la Providencia. Dios ha querido que fueses tú quien realizara el milagro.



## CAPITULO XXII.

Mercedes durmió muy mal.

El hallazgo de los papeles la preocupaba á pesar suyo.

Muy importantes debian ser cuando su tia, tan dueña de sí misma, tan serena en sus impresiones y tan mesurada en sus actos, había sentido tan extraordinaria agitacion.

Que los tales papeles eran importantísimos, no tenia duda; que habian estado durante muchos años perdidos para la familia, era evidente tambien.

Mercedes excitaba sus recuerdos, buscaba algo que le diese la clave del problema y no hallaba nada seguro en el laberinto en que se perdía.

Algo había oído de un pleito ruinoso para los Fonseca; pero ese algo era tan vago que no sabía por qué ni por quién se había sostenido.

Se había ocupado tan poco de negocios!

Además, su padre no recordaba otros que los de Bolsa con sus alzas y bajas, sus cambios y sus liquidaciones.

Pretendía esclarecer el enigma como una curiosidad, no porque sospechase que pudiera tener interés personal y directo en el asunto.

Acaso todos los bienes de sus abuelos no fueron como vinculados que eran, á su tío?

Y qué azar, qué providencia, como decía su tía, había puesto en sus manos aquel secreto!

Aquel escritorio que su padre no quiso llevarse, dando así ocasion para que fueran conservados en su familia los documentos que tanto la interesaban; aquel regalo extraño que ella por su parte tampoco quería aceptar, y por último, aquella curiosidad que la hizo buscar antigüedades como un entretenimiento, cuando nunca se ocupaba de nada extraño, se enlazaban en su mente como providenciales sucesos que debían ser motivo de algun acontecimiento trascendental.

Nerviosa y agitada se levantó temprano y salió al campo sin llamar á nadie, procurando no molestar á su tía.

Ramon estaba sentado á la puerta de la casa trenzando una soga de esparto, y al sentir los pasos de la marquesita levantó la cabeza y se aproximó á su jóven señora abandonando en el suelo su labor.

—Buenos días, dijo con la respetuosa franqueza con que trataba á sus señores; qué tempranico vamos hoy de paseo... ensillo los caballos?

—No, dijo sin detenerse Mercedes; voy á pasear un rato por aquí.

—Pues vamos...

—Si no quieres venir, voy cerca, á la Cañada, y te llamaré si te necesito.

—Como su merced quiera, dijo Ramon volviendo á tomar su trenza de esparto y sentándose en el banco de piedra que se extendia delante de la casa; yo tengo buen oido, así tuviera la vista, y en cuantico que oiga llamar, allá voy yo.

Mercedes se habia alejado rápidamente dirigiéndose á la profunda cortadura que engalanaba una espesa vejetacion, y en cuyo fondo corria el arroyo delgado y limpio como una cinta cristalina.

El sol naciente no alcanzaba todavía al perfumado escondite donde Mercedes gustaba descansar sola, y las laderas de aterciopelada verdura

conservaban aún la humedad del rocío.

Mercedes contempló con delicia aquel fresco nido, deteniéndose para no espantar á las palomas que mojaban sus plumas en el agua del arroyo.

—Si yo fuera romántica, murmuró sonriendo, qué gran ocasión de poetizar se me presentaba! En verdad que el campo es muy hermoso, la luz vivifica, el aire libre sana el cuerpo y la mente... el gas y la atmósfera social aniquilan!... Lástima que mi padre no lo haya creído así, sería un campesino feliz y yo no estaría sola en el mundo!

El recuerdo de su padre renovó la agitación que apenas había calmado el aspecto de la naturaleza.

Se le ocurrió que si los papeles descubiertos interesaban á su tío, por la misma causa debían interesar á su padre, y por tanto debían ser de interés para ella.

Esta idea le pareció verosímil, y casi se resolvió á preguntar á su tía, pero en el acto desistió de ello; esta señora había estado bastante explícita al hallarlos, y sino dijo más era sin duda porque no debía decirlo: ella tampoco debía tratar de averiguarlo.

La idea de que se tratase del mayorazgo, del

vínculo que su tío había heredado apagó su curiosidad, pues siendo así nada debía interesarle el asunto.

El hallazgo no variaría en nada su situación y como esto era lo único que podía interesarla, procuró desimpresionarse y no pensar más en ello.

Para conseguirlo más pronto sacó de su bolsillo una hoja y un lápiz y se puso á dibujar un detalle de aquel retiro delicioso, que por lo escondido y solitario le parecía ser suyo.

Tan abstraída se hallaba en su trabajo que no sintió unos pasos que rompían con su rudeza las tiernas yerbecillas que alfombraban el declive del otero.

Inclinada sobre el dibujo, mostrando su fino y blanco cuello doblado en suave escorzo, y su graciosa cabeza rubia en un correcto perfil, ofrecía á la clara luz de la mañana, sobre aquel fondo de fresca y vigorosa vejetación, la más poética y bella de las apariciones que pudiera soñar la fantasía.

Angel Encinar, que con la escopeta terciada á la espalda, las altas polainas de gamuza mojadas por el rocío de la siembra que había atravesado para llegar más pronto á la casería, y la gorra que completaba el traje de caza caída sobre los

ojos, habia llegado al lado de Mercedes sin ser sentido, la contempló extasiado durante algunos minutos.

Comprendiendo que su presencia no podia pasar inadvertida mucho tiempo, se decidió á saludar como si fuera la casualidad la que lo hubiera llevado por aquel sitio, en el momento de hallarse en él Mercedes.

—Buenos dias, señorita, dijo; cómo se ma-  
druga!

Mercedes levantó la cabeza sorprendida.

—Buenos dias, contestó sin demostrar sorpresa y bajando de nuevo la vista sobre el papel en que dibujaba.

—Sentiria mucho molestar á V., siguió Angel; pero yo no podia imaginar que tuviese un encuentro tan agradable. Aprovechando la estancia en el pueblo salgo á cazar temprano...

Angel Villalba se detuvo al ver que Mercedes nada le decia, y seguia dibujando como si estuviese sola.

—No quiere V. hablarme? preguntó aproximándose á la jóven: tanto me odia V. que no merezco que me conteste?

—Ruego á V., caballero, dijo severamente la marquesita, que comprenda la inconveniencia de

esta conversacion. Usted en uso de su derecho cruza esta linea cazando; yo, usando del mio, elijo este sitio para dibujar. Nos encontramos un instante, cambiamos un saludo y cada cual sigue su camino, esto es lo corriente; pero si nos detenemos para celebrar una entrevista, faltamos á todas las conveniencias, porque, ni yo tengo nada que decir á usted, á quien apenas conozco, ni V. tiene derecho alguno para dirigirme la palabra.

Encinar escuchó asombrado á Mercedes.

Aquella frialdad, aquel desden hiriente, le ofendian ménos que le extrañaba la gravedad de la jóven.

Acostuumbado á las maneras francas y sencillas de las muchachas provincianas, que en su mayoría le tuteaban como pariente más ó ménos lejano, no comprendia aquella forma severa y fria de una etiqueta inútil.

—No ereia molestarla, dijo apareciendo picado por la leccion que recibia, deteniéndome á darle los buenos dias, cuando si V. me conoce poco, soy antiguo amigo de su familia, pero si V. se ha de ofender, me retiro...

—Gracias, dijo Mercedes secamente.

Encinar vaciló un momento.

En realidad habia buscado á Mercedes en aquel

sitio y deseaba hablarla, temiendo no encontrar mejor ocasion.

Hizo ademán de retroceder y volvió á su sitio.

—Mercedes! murmuró, por piedad, óigame usted, yo no puedo ofenderla porque no se ofende aquello que se ama y yo la adoro á V....

Mercedes se levantó de la piedra que le servia de asiento, inclinó friamente la cabeza y se dispuso á marcharse.

—No por Dios! gritó Encinar que enrojeció de ira; no se vaya V. sin oirme, aunque luégo me ordene morir, sino quiere atenderme...

—Comprenda V., dijo la marquesita con su frio desden, que esto es ridículo.

—Y por qué? exclamó con tono declamatorio Angel: acaso se puede mandar al corazon? Mire usted lo que tengo que proponerla, óigame V. por favor un instante.

—Nada tengo que oir.

—Oh, sí! puesto que se trata de algo que puede importarle mucho, y además yo se lo ruego por lo que más quiera... un solo momento...

Mercedes continuaba subiendo por la pequeña vereda formada entre la rica vegetacion como una *hebra de tierra*, segun la elegante imágen de la distinguida escritora polaca Hayota, al des-

cribir un paisaje africano.

—Pero qué desea V? dijo deteniéndose y ya tranquila, pues acababa de ver á Ramon que se paseaba al borde de la ladera como centinela experto en el cumplimiento de su deber.

—Pues deseo decir á V., dijo Angel reanimado por aquella complacencia inesperada, que desde que la ví, como una aparicion celestial, en un balcon de la casa de su tio, cuando cruzaba el pueblo para ir á la sierra, su imágen no se ha borrado ni un instante de mi pensamiento; que la amo, que la adoro, que estoy loco por V...

—Y qué más? preguntó con su burlona frialdad Mercedes.

—Que soy rico, que soy ó seré marqués, como usted, que mi padre me adora, y que ruego á usted me acepte por esposo para llevar la alegría á ese hogar vacío, donde ocupará V. el lugar que mi santa madre hizo respetable...

Encinar estaba tan conmovido al expresarse así que su voz temblaba y las lágrimas asomaban á sus ojos.

Voluntarioso y vehemente, la menor contrariedad lo exaltaba, y el desden de la marquesita lo habia puesto fuera de sí, dando caracteres de gran pasion á lo que apenas era empeño.

Mercedes lo miró con fijeza, si bien con menos desden, pero sin emocion alguna.

—Doy á V. las gracias, dijo, por el honor que me dispensa, pero no puedo aceptarlo.

—Qué motivo puede tener?

—Ninguno que sea ofensivo para usted; otra mujer en mi lugar aceptaria con gratitud, pero yo no puedo aceptar.

—Tiene V. algun compromiso anterior? preguntó con altivez Angel, que no podia comprender que una jóven huérfana y pobre rechazara tan excelente partido.

—Tengo mi dignidad de mujer que no me permite aceptar un marido por la sola condicion de ser rico, y sin profesarle afecto alguno.

—El amor vendrá despues.

—No lo espere V., caballero; la simpatia se revela desde el primer momento, y además el deber me alejaría de V. siempre.

—El deber? No comprendo.

—No ha hecho V. esperar á mi prima Isabel que será su esposa?

—Jamás! Todo se ha limitado á insignificantes galanteos, á confianzas de amistad.

—Pues es bastante para hacerlo á V. sagrado para mí.

—Es que yo hablaré con su tío, con Doña Manuela, y les diré lo que sucede.

—Guárdese V. de ello, porque yo en ningún caso aceptaría, y me crearía una situación aún más difícil.

—Es que yo no amo á Isabel.

—Pues es lástima, porque es la mujer que á usted le conviene.

—Se burla V.?

—Dios me libre: lo digo de corazón: mi prima es una muchacha buena, sencilla, acostumbrada como V. á la vida de provincias, sin aspiraciones...

—Es que yo las tengo...

—No me opongo, pero sospecho que teniendo como V. tiene la realidad de una vida cómoda y feliz, su compañera debe participar de esa misma placidez y conformidad.

—Yo no amo á Isabel; me gusta porque es buena y hermosa, pero no he pensado nunca en casarme con ella.

—Pues debe V. pensarlo; son ustedes muy parecidos en condiciones y harían un matrimonio perfecto.

—Es muy singular que sea V. quien me lo aconseje.

—Y por qué nó? Digo lo que siento.

—Isabel encontrará muy fácilmente con quien casarse.

—Desde luego.

—Y yo á quien amo no es á ella sino á V.

—Pues procure V. olvidar ese capricho, dijo Mercedes con altivez, porque yo no he de variar de opinion.

Y ántes de que pudiese contestar Angel Villalba, ántes de que pudiera oponerse, hizo una graciosa cortesía y se alejó, serena, tranquila, sonriendo á Ramon que le salió al encuentro, y preguntándole si era hora de almorzar, se dirigió con él á la casería.

—Angel quedó desalentado, ofendido, furioso.

La marquesita la habia desairado de la manera más completa. Lo habia rechazado como amante, lo desleñaba para esposo y lo dejaba con la palabra en la boca como amigo.

Y era él, Angel Encinar, el niño mimado de las muchachas, el rico heredero, el *Don Juan* provinciano, quien sufría semejante ofensa!...

Necesitaba vengarse, humillar á la marquesita, vencer en la lucha.

Qué dirían sus amigos si lo supieran?

Él, desairado, rechazado, y por quién? Por una

jóven sin dote, recogida por caridad en casa de unos parientes... Eso era inconcebible.

Una sola idea lo consolaba: que Mercedes hubiera empleado aquel desden para empeñarlo más y más, para enloquecerlo.

Sentia haber hablado de boda tan pronto, pues debió guardar ese recurso para el último extremo.

La cuestion quedaba planteada de todos modos y habia que resolverla.

Si la orgullosa marquesita pensaba que él habia de ceder se equivocaba; en todo caso, despues de vencer podria plantear la retirada, pero ántes, nó.

Angel Encinar se alejó en direccion al pueblo, contrariado y sombrío.

Mercedes supo al llegar á la casería que su tia habia recibido un telégrama anunciándole la llegada de D. Francisco y sus hijos para el dia siguiente.

—Iré á esperarlos, le dijo, y nos iremos desde la estacion al pueblo. Quisiera que tú vinieses conmigo, pero no te lo exijo, lo dejo á tu voluntad.

—Iré, dijo sencillamente Mercedes.

—Pero solo á la estacion?

—A la estacion y al pueblo, si así, lo deseas.

Lo deseo tanto que te lo agradezco sinceramen-

te: era para mí muy triste que faltases tú en uuestra alegría.

Mercedes sonrió con amargura.

—Gracias, le dijo, yo en ella nada significo, pero gozaré contemplándola.

Doña Manuela no quiso protestar de la afirmación de su sobrina y como si no la hubiera oído, dijo:

—Pues nos iremos mañana. Quieres que esta tarde demos un paseo?

—Con mucho gusto: me llevarás al molino de aceite.

—Convenido: y ahora vamos á almorzar, pues tengo que enviar mis órdenes al pueblo.

Las dos señoras se dirigieron al comedor.

Mercedes se alegró de la casualidad que la arrancaba de aquel sitio, donde no estaba segura de los atrevimientos de Angel, temiendo por tanto quedarse sola.

En cuanto á Doña Mañuela tomaba por una conquista aquella inusitada afabilidad, y se regocijaba de haber suavizado las asperezas de carácter que hacían aparecer á Mercedes como alejada de su familia.

El almuerzo fué alegre y cordial.



## CAPITULO XXII.

Mercedes no salió al campo á la mañana siguiente, cosa que nadie extrañó, pues se preparaba así como su tía, para volver al pueblo desde la estación del ferro-carril.

Entre las dos señoras no habia vuelto á cruzarse ni una palabra siquiera referente al hallazgo del escritorio, la una porque era muy altiva para preguntar, la otra porque era sobrado prudente para aventurar esperanzas que no sabia si podrian convertirse en realidades.

—No olvides tus antigüedades, dijo Doña Manue'a á Mercedes, pues tu tío debe traer las hojas para el álbum.

—Ya están empaquetadas, contestó Mercedes.

—Has escogido las porcelanas que te agrada-  
ron?

—Para qué, tia? Aquí están bien.

—Tu tío te traerá un mueblecito para que las coloques, ya que no quieres llevarte el escritorio, que en verdad no serviría para eso, pues en una vitrina lucirán más.

—Cuanta molestia!...

—No lo creas, tanto tu tío como yo desearia-  
mos satisfacer todos tus deseos para verte conten-  
ta: sólo sentimos que no tengas ninguno, y que si  
los tienes no los manifiestes.

—Sois muy buenos para mí, y nada tengo que  
pedir.

Mercedes quedó silenciosa y pensativa despues  
de esta conversacion.

En realidad no podia desear ni más cariño ni  
mayor delicadeza, y debia considerarse feliz de  
tener tales parientes; porque bien pudo no tener-  
los, ó que fuesen unos rudos y oscuros lugareños,  
y entónces hubiera sido para ella horrible.

Pensando en su orfandad y en su desamparo,  
vino á su memoria la proposicion de Angel Enci-  
nar, rico, noble, jóven y guapo, que se habia ofre-  
cido á ser su esposo.

—Nunca! se dijo: En primer lugar, no podria

quererlo porque me es antipático en extremo, y en segundo, jamás cometería la vileza de quitar á mi prima el novio. Puedo quererla más ó ménos, fastidiarme de ella continuamente, pero no cometer la ingratitud de hacerla desgraciada á cambio de sus bondades.

Mercedes meditó sobre este asunto.

—Bien mirado, siguió diciendo, yo debía hacer saber á Isabel ó á su madre, qué clase de persona es Angel Encinar. Están completamente engañadas acerca de él, y sería una lástima... Pero me creerían?... Él es capaz de negarlo y yo no tengo prueba alguna...

Doña Manuela apareció en la sala.

—Te voy á pedir un favor, dijo: quisiera que vigilaras cómo arreglan la capilla, cubriendo con las telas los cuadros y las imágenes para que no las dañe el polvo. Desde la tribuna puedes verlo, sino quieres bajar.

—Bajaré, no tengo nada que hacer.

—Como quieras, si no te molesta.

—De ningún modo.

Doña Manuela al quedar sola, sacó y guardó en una bolsa de seda que ocultó en su pecho los famosos papeles y joyas descubiertos por su sobrina.

—Debo llevarlos conmigo, murmuró; mi pobre Francisco vendrá ansioso de verlos.

Mercedes entre tanto habia bajado á la capilla, donde Lola y María José arreglaban los altares con manteles de ménos lujo que los que se empleaban cuando se adornaba en la estancia de los señores.

Al verla bajar Ramon salió á su encuentro.

—Señorita, le dijo, esta carta me han dado para su merced.

—Quién, preguntó Mercedes sorprendida.

—Ese señorito rubio que el otro dia vino á casa. Ayer me preguntó dónde estaba V., y como yo creí que era de la familia, le dije que en la cañal del arroyo.

Mercedes iba á rechazar la carta diciendo á Ramon que habia hecho mal, cuando se le ocurrió que podia servirle algun dia, y la tomó diciendo á Ramon:

—No vuelvas á tomar ninguna, porque no me gustan esas comisiones; por esta vez la tomo para que no te cause un disgusto.

—Yo creia, dijo Ramon confuso, que eso no era ningun mal...

—Pues ya lo sabes para siempre, dijo Mercedes tomando la carta que guardó en el bolsillo

antes de entrar en la capilla.

Cuando volvió á su cuarto y la leyó, una expresión de triunfo se reflejó en su rostro.

La carta era una nota de todo lo ocurrido.

El amor que el jóven creía sentir, su oferta de casamiento, sus protestas de no haber amado nunca á Isabel, su extrañeza de que Mercedes lo rechazara con tanta dureza y la promesa de probarle dónde y cómo quisiera su amor, insistiendo en la idea de hacerla su esposa.

Era una prueba plena de lo que moralmente considerado valia el heredero del marqués del Encinar.

Mercedes la guardó tranquilamente.

Compadeció á Isabel que habia podido fijarse en el pretencioso aristócrata, y se imaginó que librándola de él pagaba á su tío su deuda de gratitud.

—Al fin es una Fonseca, se decia.

Cuando ocupó con su tia el familiar que debia llevarlas á la estacion, el aspecto de su rostro era ménos frio y duro que de ordinario.

Parecia animada de una vaga esperanza, y esta emocion completando el efecto que la vida campestre habia ejercido sobre su salud, daba á su belleza delicada un nuevo y poderoso encanto.

Doña Manuela la miró con dulce sonrisa y la dijo:

—Estás hoy guapísima...

—Tía! murmuró Mercedes sorprendida

La belleza, como la verdad, resplandece, y yo no tengo por qué ocultártelo; parece que la tuya aumenta por días, y es que te vas reponiendo y tranquilizando.

—Dí más bien que tú me miras con cariño...

—Es verdad, dijo Doña Manuela; pero también lo es que estás hoy bellísima.

Mercedes estaba de buen humor y se contentó con sonreír.

Doña Manuela tenía el tacto especial de no hablarle de su hijo, al que esperaba con devoradora impaciencia.

Tenía lo que ha dado en llamarse el sexto sentido; es decir, el de *hacerse cargo*, y comprendía que á la pobre niña que no podía gozar de las caricias de sus padres, había de mortificarla la dicha de los hijos felices.

Cuando el coche se detuvo y Doña Manuela supo que el tren llegaba sin retraso, una impaciencia nerviosa la hizo moverse en el anden como si quisiera correr al encuentro de los que esperaba sin que pudiera pronunciar una sola palabra.

Cuando á lo léjos apareció el tren ondulando como serpiente monstruosa que avanzaba rugiendo, la amante madre tuvo que llevarse las manos al corazon para contener sus latidos.

—Ahí están! pudo decir con voz temblorosa.

Un momento despues gritaba al ver abrirse una portezuela, cuando el tren aún no habia parado.

—No te bajes! Espera... Espera...

Un arrogante mozo bajó de un salto y se arrojó en sus brazos.

Isabel y D. Francisco bajaron despues, ocupándose éste en dar á Ramon los bultos que traia á la mano y el talon para el equipaje.

Isabel abrazó á su madre y corrió á Mercedes que estaba inmóvil á corta distancia de Doña Manuela.

—Ya estamos aquí, la dijo abrazándola: verás cuánta cosa te traigo.

Don Francisco llegaba en aquel momento con su hijo.

—Cómo estás, hija mia? le preguntó abrazándola; muy buena segun veo; el campo te sentó bien; ya me lo escribia tu tia... Aquí tienes á tu primo José Luis.

El ingeniero se descubrió y tendió la mano á su

prima, que involuntariamente se turbó.

El tren partía en aquel momento.

—Vamos, vamos, dijo D. Francisco, al coche, en casa hablaremos.

Y dejando á los tres jóvenes se adelantó con Doña Manuela.

—Qué sorpresa! qué alegría! Ya puedo morir tranquilo... Y cómo fué?

—Ya hablaremos...

• —Mercedes sabe la importancia del hallazgo?

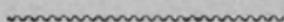
—De una manera incompleta.

—Es su porvenir... se hará justicia, nos devolverán nuestros bienes y ella tomará la parte de su padre.

—Gracias á Dios! exclamó Doña Manuela.

El coche tomó el camino del pueblo.

Entre el alegre sonido de los cascabeles que adornaban á las mulas, se oía á intervalos la voz de Isabel y su fresca risa al contar á su madre los episodios de su viaje.





## CAPITULO XXIV.

Mercedes subió á sus habitaciones despues de una sencilla comida de familia, y su cuarto, al que volvía despues de su excursion campesina, le pareció más triste que nunca.

La luz brillantando el cielo con reflejos de oro y rosa parecia una sonrisa de la naturaleza, satisfecha de las galas de la primavera; las flores bordaban el manto de hojas en que se envolvía la tierra, y los pajarillos en pleno celo, enamorados y gozosos, volaban piando alrededor de los árboles donde formaban su nido.

Mercedes encontró insoportable tanta luz y tanta alegría y se apartó del balcon.

Pero si el espectáculo de aquella exuberancia de

vida la enojaba, el que sin verlo presentia, oprimia su alma con el peso de una angustia indecible.

Le parecia escuchar en el interior de la gran casa que le daba asilo en su orfandad, rumor de besos y bendiciones, santas caricias maternas, risas de felicidad y murmullos de íntimas confidencias.

Veía á sus primos ir y venir, sonriendo á sus padres, acariciando con la mirada todos aquellos objetos que les pertenecian, recibiendo cariñosas felicitaciones de sus servidores.

Descubria á los dos hermanos acariciándose, jugando como dos niños, dándose cuenta de sus impresiones juveniles.

La figura de José Luis, hermosa, simpática, noble y severa, la impresionaba á su pesar.

Su palabra sóbria y oportuna, sus correctas maneras, la bondad que en su mirada se reflejaba, producian en Mercedes una singular fascinacion.

—Si fuera mi hermano!... murmuraba, con qué alegría me apoyaría en él, le confiaría todos mis pensamientos, le daría todo mi cariño!

Abstraída y silenciosa, con la mirada vaga y oprimido el pecho por terrible angustia, no sintió que las horas se iban y que con ellas se iba la

luz del sol, para dar á la tierra el descanso de la noche.

Su imaginacion exaltada por la emocion nerviosa que la agitaba, veia pasar sombras de esperanzas, fantasmas de recuerdos, que no acertaba á reconocer.

Le parecia que su padre pasaba ante ella llevando de la mano un sér que en todo le era semejante, en el cual la marquesita reconocia á su primo José.

Sentia que la mano helada del suicida unia la suya á la de aquel hermoso jóven, que la recibia sonriendo.

Extremeciéndola de dolor veia despues á su prima Isabel, siempre sonriente y feliz, separar aquellas manos y alejar á su hermano del lado de la huérfana pobre y sola para llevarlo junto á una dama resplandeciente con las blancas galas de la desposada, adornada con un magnífico collar de perlas.

En medio del ensueño que la envolvía veia á su tío Francisco ir y venir satisfecho y feliz, á su tía Manuela colocar en un marco de pedrería un retrato de mujer que ¡cosa extraña! se le parecia á ella, y entregárselo como presente de boda á su muy amado hijo.

¡Y qué fascinación tan tenaz! Ni sus lágrimas, que rodaban sin esfuerzo, borraban aquella imagen que parecía adherida al cristal de sus ojos, ni el velo de sus párpados que procuraba interponerse entre ella y su pensamiento lograba ocultarla.

Su padre y su primo flotaban en aquella pesadilla como sombras que surgían de su pensamiento y en él penetraban de nuevo para identificarse á su sér.

Dos golpecitos dados á la puerta de su habitación la despertaron de aquella fascinación extraña.

—Quién és? preguntó secando sus lágrimas y dándose cuenta por la oscuridad que reinaba del tiempo transcurrido.

—Soy yo, Isabel, dijo una voz fresca y sonora; como no bajas vengo á buscarte.

—No estoy buena, dijo Mercedes, y te ruego que me disculpes si no voy.

—Pero qué tienes?

—Me duele la cabeza, me levanté temprano, será sueño.

—Pero se lo diré á mamá y te dará alguna cosa; ella no sabe nada.

—No, me acostaré; mañana habrá pasado.

—Y yo que te iba á traer mis encargos, mis

compras... Quieres venir conmigo, verás como te se pasa el dolor de cabeza?

—No, mañana.

—Pues déjame decirlo á mamá; quieres que te encienda las velas? no se vé nada.

—No, no, dijo con viveza Mercedes. Me dolería más la cabeza.

—Vaya por Dios! dijo Isabel con sencillez; yo que estaba deseando de llegar, y desde que llegué no sé dónde ir para poder hablar con alguien.

—Pues cómo, dijo Mercedes con curiosidad, estás sola?

—Como si lo estuviera; papá y mamá se fueron con José al cuarto de éste, y aún no han salido; he pasado dos ó tres veces por delante de la puerta y no se oye nada; deben hablar bajo ó no hablar, porque la puerta está cerrada y parece que no hay nadie.

—Es singular! dijo Mercedes pensativa.

—Cansada de ir de mi cuarto al comedor he venido á buscarte, por si quieres ayudarme á sacar los encargos de Madrid.

—Mañana, querida, dijo preocupada Mercedes, tiempo habrá de sobra.

—Entonces ven conmigo al comedor; si tardan en salir hablaremos de muchas cosas.

Mercedes iba á negarse de nuevo, pero las revelaciones de Isabel habían despertado su interés y contestó con negligencia:

—Me arreglaré un poco, estoy despeinada y sucia.

—Yo te ayudaré, dijo encantada Isabel que se apresuró á buscar los fósforos para encender las velas.

Ayudó, en efecto, á Mercedes que cambió su traje de campo por un sencillo y elegante traje de luto, despues de arreglar sus cabellos y lavar su rostro.

Cuando bajaban las dos jóvenes se oyó la voz de Doña Manuela que decia:

—Dónde están las niñas? Isabel!...

—Aquí estoy, mamá, con Mercedes.

—Ah! no te encontraba, vamos al comedor, allí está papá y Pepe.

Las dos jóvenes siguieron á la señora de Fonseca.

—Mercedes está un poco mala, dijo Isabel, se quer'a acostar y yo la he dicho que venga un rato al comedor para ver si se mejora.

—Qué tienes? Preguntó Doña Manuela deteniéndose.

—Muy poca cosa; me duele la cabeza.

—En efecto estás pálida, será cansancio: te acostarás temprano.

Don Francisco salió á recibirlas á la puerta del comedor, y pasó su brazo por el talle de Mercedes, llevándola abrazada.

—Con que tan bien han aprovechado ustedes el tiempo en la casería? dijo: ahí te traigo el álbum, los lápices, el papel, todo lo que deseabas; tengo empeño en que me regales ese libro, yo en cambio te ofrezco otro regalo.

—Tuyo sería siempre, dijo Mercedes que encontró una sonrisa en medio de su tristeza para corresponder á tanto cariño.

—Pues ya ves si soy ambicioso que te lo pido sin que me lo ofrezcas. Pepe puede ayudarte porque dibuja muy bien y es muy inteligente en heráldica.

Mercedes, que se habia ya apercebido de que su primo no estaba en el comedor, nada dijo respecto á la colaboracion que se le ofrecia.

—Desde mañana, dijo D. Francisco, te instalarán una mesa en el cierrø del gabinete que dá al jardin, y allí irás ordenando tus dibujos: yo te acompañaré muchos ratos... prefiero que la tengas aquí, pues en tu cuarto me sería penoso interrumpirte por temor á molestarte.

Mercedes no dijo nada. Comprendió que su tío deseaba que viviese entre la familia, que abandonase su retraimiento, y se valia de un recurso discreto que ella no podía rechazar.

Pensó en la imposibilidad de volver á la casería en tanto que el *chico de Jaen*, como llamaban á Angel, rondase por los alrededores de la Casa Blanca, y sintió un vivo enojo contra el importuno que así inutilizaba sus meditados planes.

—Imbécil! pensaba; con esa nécia persecucion de que me hace objeto, me obliga á permanecer aquí, pues no he de dar lugar á que se crea que busco la soledad por él.

Don Francisco no podia disimular una gran alegría. La satisfaccion rebosaba en su honrado semblante y se reflejaba en una sonrisa llena de bondad.

—En qué piensas? preguntó á Mercedes tomando su mano y atrayéndola hácia sí.

—En nada; en qué quieres que piense yo?

—En muchas cosas buenas.

—Entónces no serian mias...

—Ab! Picarilla! Ya lo creo que serian tuyas. Nada me preguntas de mi viaje?

—Te veo bueno: lo demás no me interesa.

—Pues hay algo que debe interesarte; pero en fin, ya lo sabras.

Doña Manuela llegó anunciando la cena: José venia con ella.

La madre feliz y sonriente oia lo que su hijo le decia con tal expresion de beatitud, que á Mercedes le pareció que al escucharlo murmuraban sus labios bendiciones.

—Qué hermoso debe ser tener una madre que nos ame! pensó.

—Mercedes, dijo José con una naturalidad semejante á la que marca las conversaciones de dos hermanos; cuándo quieres que comencemos este álbum que mi padre desea?

—No hay nada preparado, dijo Mercedes animada por aquel tono sencillo y franco.

—Pues se prepara, dijo D. Francisco; dí lo que necesitas y mañana lo tendrás todo.

—Si traemos ahí todo lo que mamá nos encargó, dijo Isabel.

—Si quieres, dijo el ingeniero yo lo prepararé y te ayudaré en algo.

—Tenemos pocos escudos pintados para seguir el orden cronológico de la familia, y resultará incompleto.

—No, dijo Doña Manuela, porque podeis pintar los que faltan: los tenemos todos.

La conversacion siguió durante la cena animada y familiar.

Mercedes, muy páida aún, por efecto de la pasada crisis nerviosa, estuvo más comunicativa que de costumbre, si bien recaía en su singular ensimismamiento y en la obsesión continua de su aislamiento y soledad, en el seno de aquella familia que era la suya.

Cuando se despidió para retirarse, José no se levantó ni volvió la cabeza siquiera hácia ella.

—Buenas noches, dijo sencillamente, hasta mañana.

—Qué te parece? preguntó Don Francisco á su hijo en tanto que Doña Manuela esperaba con ansiedad la respuesta.

—Una niña muy simpática y muy inteligente: su tristeza es natural y hay que agradecerle el talento con que procura dejarnos libertad en nuestra casa.

—Es muy bonita, dijo Isabel.

—No me parece fea, dijo Pepe sonriendo á su hermana, pero no es una belleza. Fina, distinguida, elegante, nada más: la señorita Isabel de Fonseca es más hermosa.

—Adulador! dijo Isabel riendo como una loca.

—Vanidosa! contestó él en el mismo tono.

—Vete á acostar, hija mía, que estarás cansada, dijo Doña Manuela.

Isabel dió un beso á su hermano, abrazó á sus padres y se retiró.

—Has escrito ya? preguntó Don Francisco á José.

—Sí; todo está arreglado, copia y cartas; ven á firmar y se enviarán al correo.

—Tú crees el éxito seguro?

—Indudable, resuelto favorablemente en el acto, por necesidad.

—Dios se ha valido de un milagro para devolvernos honra y hacienda. Me alegro sobre todo por tu prima.

—Volverá á ser rica?

—Así lo espero: yo hubiera dividido de buen grado mi capital en tres partes y la hubiera considerado como hermana vuestra; pero ella no lo hubiera aceptado.

—Y qué motivo podia tener para rehusarlo?

—Es muy altiva.

—Es Fonseca.

—Sí, su carácter firme y resuelto no se dobla jamás. La bondad está en su sér como la perla en el mar, muy honda y muy oculta. Para encontrarla hay que arrostrar corrientes y oleas.

—Bah! juzgais mal á esa niña, y me habiais

hecho creer otra cosa. Yo pensaba que tenía que habérmelas con una mujer de mundo, sagaz, profunda, con diplomacias peligrosas y maquiavelismos diabólicos.

—No tanto, dijo riendo Fonseca, pero es un carácter impenetrable.

—No lo penseis! Es una niña caprichosa, contrariada por su terrible desgracia, que incapaz de luchar se replega en sí misma y hace de su dolor un muro para aislarse de todo. Es una inocente, y no se la debe contrariar, sino compadecer.

—Nadie la contraría, dijo Doña Manuela; al contrario, procuramos atraerla suavemente.

—Pobrecita, dijo Pepe con tristeza, es una situación tan dolorosa, que tiene razón en creerse desgraciada. Vienes á firmar, papá? añadió levantándose y dando por terminada la conversacion.

—Ahora mismo, dijo Fonseca saliendo del comedor con su hijo.

Doña Manuela quedó sola disponiendo los asuntos de la casa para el siguiente día.

Una sonrisa de satisfacción vagaba en sus labios.

Sus temores se habían desvanecido.

Su hijo no había recibido impresión alguna á la vista de su prima.

La encontraba simpática y desgraciada, pero nada más.

Este era el colmo de la dicha, porque Doña Manuela no hubiera temido que su hijo amara á Mercedes, si hubiera sospechado que ésta podía ser para él una amante esposa; lo que temía era que la amase sin ser correspondido.

Y en tales dudas, claro está que lo mejor de los dados era no jugarlos.

---



## CAPÍTULO XXV.

Fonseca llegaba á su casa ansioso de saber el valor de los misteriosos papeles hallados en el fondo del antiguo escritorio.

Doña Manuela no se habia atrevido á darle detalles al llamarlo por telégrafo, y sólo sabia que se habian encontrado documentos importantísimos, que por esta cualidad sospechaba los que pudieran ser.

Su padre, D. Francisco de Fonseca y Acevedo, habia tenido una gran pérdida en sus intereses, pérdida que le arrebató la parte libre de su caudal mayor aún que la vinculada.

A la muerte de su abuelo, y cuando su padre, como hijo único que era, tomó posesion de su he-

rencia, se presentó una reclamación en regla, por una deuda que había contraído el difunto y que ascendía á muchos miles de duros.

El reclamante apoyaba su petición en un escritura otorgada por D. Pedro de Fonseca, hipotecando sus bienes libres á responder de la cantidad recibida.

Claro está que de presentarse otro documento probando haberse pagado la deuda, la reclamación no hubiera tenido efecto legal, y hubiera sido denegada como improcedente.

Pero desgraciadamente para Fonseca esa prueba no podía presentarse.

Sabia, como una vaga reminiscencia de un recuerdo infantil, que su padre, comprometido en las revueltas políticas de fines del siglo XVIII, había tenido que emigrar á Francia, asegurando sus fincas, que temía ver confiscadas, con una escritura de venta que respondía al pago de cantidades recibidas, y creía saber también que otro documento de idéntica forma, aseguraba á su padre la posesión de sus bienes, pues dejaba libres las fincas por el pago de la supuesta deuda.

¿Pero dónde hallar esos documentos si en efecto habían existido?

En vano se buscó, en vano se revolvió la casa

con las angustias que produjo el pleito entablado y las zozobras de la ruina, nada se halló que pudiera dar luz respecto al asunto.

La madre de Fonseca, que hubiera podido dar noticias del suceso, había muerto también: el hilo de aquel misterio se había roto y sólo la voluntad de Dios podía reanudarlo en el porvenir.

El pleito se perdió, y quedó en aquella noble casa la huella imborrable de un gran dolor y de una gran vergüenza, puesto que pesaba sobre su representante la duda suscitada por los incidentes de aquel ruidoso pleito, de que hubiese querido retener un caudal que había dejado de ser suyo.

Este golpe cruel quebrantó la salud del heredero de los Fonseca y esparció sobre su familia la sombra de una eterna tristeza.

Él sabía bien que su padre era incapaz de conservar lo que no le pertenecía; estaba seguro de que era suya la parte arrancada de su hacienda para pagar aquella deuda ficticia; pero la ley no sentenció por indicios morales, que no tiene motivo para apreciar, sino por pruebas fehacientes.

No podía quejarse de los que reclamaban, si lo hacían convencidos de su derecho. En aquella catástrofe sólo podía culparse al descuido, á la buena fé exagerada de un caballero que había lleva-

do el extremo de su confianza en un amigo hasta dejar en sus manos el porvenir de su familia.

Don Francisco pagó religiosamente á sus acreedores, sin regatear nada, sin pedir plazo alguno, empleando la parte libre de sus bienes y su legítima materna, pues al saldar aquella deuda parecia quedar libre de un gran peso, pero al entregar la hacienda que constituía el porvenir de sus hijos, sabiendo que aquella entrega era injusta, una gran tristeza, un abatimiento inmenso pareció quebrantar las fuerzas que le quedaban.

Su hijo mayor, Pedro, habia muerto niño; sus hijos Francisco y Luis recibían educación en Granada y Jaen respectivamente, y no podían con sus inocentes alegrías llevar un rayo de consuelo al triste hogar invadido por la desventura.

Una nueva y amarga prueba vino á herirle. Su esposa, una belleza delicada y dulce, semejante á una suave rosa blanca, se marchitó en aquel ambiente de dolor, y murió jóven y resignada con su destino.

No tardó él mucho tiempo en seguirla, quedando á su hijo mayor la parte del vínculo, y encontrándose el segundo completamente pobre.

Don Francisco, con orden y economía, al par que con inteligentes cuidados, habia aumentado su

hacienda hasta el punto de no echar de ménos lo perdido, y en cuanto á Don Luis, ya hemos visto que pidió á la muerte el arreglo de sus cuentas.

Nuestros lectores habrán comprendido ya que el documento hallado por Mercedes en el escritorio, y que tan vivamente impresionó á Doña Manuela, era la escritura que consignaba el pago de la deuda y levantaba la hipoteca de las fincas de Fonseca, anulando el efecto de la simulada venta.

Apénas terminada la comida, sin detener á Mercedes que subió á sus habitaciones, ni á Isabel que tenia ansia de ver sus flores y sus palomas, entraron los esposos con su hijo en el cuarto de éste, y cerraron la puerta para conferenciar con tranquilidad.

—Veamos, dijo D. Francisco, esos documentos; no sabes qué largo se me ha hecho el camino, ansiaba llegar, y tenia miedo de morirme sin verlos.

—Es providencial, dijo Doña Manuela, ya te contaré cómo las encontramos; creo que esto lo salva todo.

Y sacando de su pecho el envoltorio que le hemos visto guardar en la casería, fué extendiendo

sobre un velador la escritura de amarillentas hojas.

Don Francisco la asió con afan, leyó con gran trabajo sus rectos renglones escritos con rasgueada y larga letra, y tuvo que llevarse las manos al pecho para oprimirlo y respirar entre la emocion que lo ahogaba.

—Padre mio, padre de mi alma, dijo secando sus lágrimas, lo que me queda de vida lo daría porque hubieses sido tú quien hallase este papel.

—Cálmate por Dios, dijo enjugando su llanto Doña Manuela, no ha sido él, pero eres tú, que llevas su nombre y su sangre.

—Sí, tienes razon, hay que desvanecer esa sombra arrojada sobre nuestra honrada casa; no se trata solo de recobrar nuestra hacienda, sino de volver por nuestro honor. José, dijo á su hijo que inmóvil lo contemplaba con los hermosos ojos llenos de lágrimas, hay que obrar inmediatamente, no podemos perder tiempo. Mi padre, desde la Gloria, espera ese regocijo para su espíritu atormentado por el dolor.

—Qué quieres que haga? preguntó el ingeniero con cariño.

—Escribir á un abogado de confianza, yo te daré una nota; enviar copia de esta escritura y de la sentencia que nos despojó: yo no estoy para nada.

—Yo lo haré, está tranquilo.

—Pero hoy mismo, hay cosas que no admiten espera.

—Ahora mismo, tranquilízate; queda de mi cargo.

—Quieres que te ayuden á copiar?

—Nadie debe conocer de este asunto más que nosotros.

—Tienes razon, pero te fatigarás.

—No: estoy acostumbrado al trabajo.

—Y dime, murmuró Fonseca dirigiéndose á su esposa, cómo fué el hallazgo. No me canso de pensar en esto.

—Mercedes lo encontró.

—Dios la bendiga!

—Arreglábamos el escritorio, buscaba en él los objetos antiguos, cuando sacando los cajones halló el resorte del secreto.

—Mi madre afirmaba que debía tenerlo, dijo Don Francisco; pero nunca lo encontramos.

—Pues tu madre debió conocerlo.

—Por qué?

—Porque unidos á la escritura, en el mismo cofrecillo de hierro, estaban las arras de su boda, su anillo y las perlas de un collar que tu padre le regaló en sus velaciones.

—Ah! exclamó D Francisco, lo comprendo perfectamente! Fué mi abuela Beatriz, la dueña del escritorio, la que guardó esas joyas que mi madre estimaba como reliquias, para ponerlas á salvo sin duda en algun momento crítico. La muerte la sorprendió sin poder decir dónde se guardaban, y mi madre las consideró siempre perdidas.

—Pues hoy las recobras.

—Para tí; ese hallazgo te pertenece.

—Yo habia pensado otra cosa, pero ya hablaremos de eso.

—Sí, desde luégo será lo que tú quieras, que será lo mejor.

—Quisiera hablarte además de otro recuerdo muy valioso, pero he prometido guardar el secreto.

—Cómo es eso?

—No tengo valor para ocultártelo, pero ténlo tú para callarlo: hemos encontrado un retrato de tu madre.

—De veras?

—Una miniatura delicadísima. Mercedes quiere dártela: se le parece extremadamente.

—Estaba unida á los demás objetos?

—No: envuelto en un pergamino en el fondo de una caja con un mechón de cabellos rubios.

—Los suyos! Cuanta felicidad me reservaba Dios!

—Quieres decirme, dijo Pepe que habia comenzado los preparativos de su trabajo, dónde hallaré la sentencia que he de copiar?

Te la traeré yo, hijo mio, y la iré leyendo para que te sea más fácil escribir.

—Como quieras.

—Debo dirigirme á mi abogado, pero estoy tan nervioso, tan excitado, que acaso sea mejor dejarlo por hoy: si te parece mañana escribiremos.

—Yo escribiré en tu nombre.

—Pero hay que copiar mucho.

—No importa, tú me lees y yo escribo, no podemos perder ni un dia: ellos no lo perdieron para arruinar á tu padre.

—Lo creerian justo! hubo momentos en que examinando yo la sentencia la creí tambien ajustada á la razon.

—La sentencia, sí; la reclamacion, nó; porque ellos debian saber que la deuda no existió nunca.

—No lo sabrian; nadie arrostra las consecuencias de una reclamacion falsa, ni carga su conciencia con el peso de una culpa tan grande.

—Y son muchos hoy los poseedores de esos bienes?

—Deberían ser dos, dijo D. Francisco, pero falta uno de ellos y lo representan sus hijos, que no sé cuántos son.

—Desgraciados! exclamó Doña Manuela; qué sorpresa tan horrible!

—Sí, es la ruina y acaso la muerte, pero también lo fué de mi padre, y en último caso, que guarden la riqueza, pero que conste que mi padre no mintió jamás, ni disfrutó lo ajeno.

—Vamos ahora á lo que importa, dijo Pepe; trae esos documentos que hay que copiar.

—Y mientras vosotros escribís voy yo á buscar á Isabel, tengo ansia de verla.

Pepe abrazó á su madre que salió, henchida el alma de alegría, para reunirse con su hija, con su malvarosa, de la cual habia estado separada tanto tiempo, que necesitaba saturarse de su perfume.





## CAPITULO XXVI.

Mercedes sentia una impresion extraña.

Su primo José, cuyo recuerdo le importunaba tanto ántes de conocerlo, no le era ni antipático ni odioso despues que lo habia visto, al contrario, su mirada clara y serena, su palabra sencilla y reposada, su varonil y hermosa figura, la producian un bienestar indecible.

Esperaba hallar en él al jóven emancipado que alardea de sus conocimientos, y juzga que es público adecuado para que lo admire desde sus padres hasta el último de sus criados.

El embrion de sabio, que se crece ante las gentes sencillas de su pueblo, explicándoles con pedantería algunos problemas científicos y algunos

descubrimientos mecánicos, gozando en hacer resaltar la ignorancia de sus oyentes con la hueca palabrería aprendida de memoria que acompaña sus explicaciones, saturándolas de un tecnicismo cursi de dudosa propiedad.

Creía que tendría que habérselas con un elegante esclavo de la moda inglesa, con un *sportant* que sólo hablase de círculos y caballos, y su error le producía verdadero asombro.

José no se parecía á ninguno de los jóvenes que había conocido en los salones de Madrid, y mucho ménos al vulgar provinciano hijo del marqués del Encinar, que figuraba allí como notable.

Era como su madre hermoso y distinguido, y como su padre leal y bueno.

Su sencillez, su franqueza, completaban el encanto que de su conversacion se desprendia, como una atraccion simpática.

Mercedes se reconocia incapaz de odiarlo, como lo había temido, y esto pensaba la pobre huérfana que era debido al parecido extraordinario que notaba entre su primo y su padre.

—Es particular, se decia; los encuentro semejantes, y sin embargo, ni se parecen en el rostro, ni en la voz, ni en el cuerpo. Es la expresion, algo que yo no sé definir, que me hace creer que

oigo á mi padre cuando lo oigo á él.

Mercedes no alteró en nada sus horas. Tomó el desayuno en su cuarto y se ocupó en ordenar sus ropas y objetos, examinando lo que Isabel le habia traído de Madrid.

Desde el balcon vió á Isabel en el jardín, corriendo como una loca detrás de un pichoncito nacido en su ausencia, que se le habia escapado de las manos al traérselo á su madre para que lo viera.

Isabel la vió tamb' en, la sonrió con su angelical alegría, y le dijo á voces:

—Quieres bajar?

—Para qué? preguntó Mercedes.

—Papá preguntaba por tí, contestó Isabel, echando á correr de nuevo.

La marquesita se quitó del balcon.

¡Cosa extraña! Ella que se fastidiaba tan sólo de que la mirase Isabel, se alegraba en aquella ocasion de que la hubiese llamado.

Tenia deseos de bajar sin atreverse á ello.

La soledad le parecia más triste que nunca.

Bajó la escalera lentamente y al penetrar en la sala que tenia puerta al jardin vió á su tío que leía un periódico.

—Me llamabas? preguntó.

—Te iba á buscar ahora mismo.

—Me necesitas?

—Ya lo creo! En primer lugar deseo verte, en segundo darte un abrazo, y despues decirte que ya lo tienes todo preparado para tu álbum. He visto los escudos y son muy notables. No quieres empezar á colocarlos?

—Dónde están?

—Ahí, mira lo que te he traído, si no te gusta se pide más.

Mercedes se aproximó á una mesa colocada junto al cierro de cristales.

Sobre ella estaban extendidos los escudos pintados en pergamino y seda, hojas de diversos tamaños, orlas y adornos; los pinceles, los lápices, goma, tijeras, modelos para la colocacion de las orlas, que debian formar un marco á los viejos dibujos, y cuanto pudiera necesitarse para el objeto que se proponian.

—Has pensado en todo, dijo Mercedes.

—Lo compró José Luis, dijo sencillamente Don Francisco; ya te explicará él todo eso.

Mercedes sintió un vivo deseo de preguntar algo más, pero no se atrevió.

Se aproximó á la mesa y comenzó á poner en orden los objetos allí colocados.

—Puedes ir formando á tu gusto las hojas, que luégo se ordenarán segun el índice cronológico que formará José, teniendo á la vista los documentos de familia y el Argote.

—Es que si algunos de estos escudos no son nuestros resultará inútil prepararlos, dijo Mercedes que sin darse cuenta de ello parecia desear no trabajar sola.

—Puedes estar tranquila; cuando estaban guardados en el escritorio es prueba segura de que nos interesan, más ó ménos directamente.

—Es posible, pero tambien pudo ser curiosidad ó capricho el adquirirlos.

—No lo creas: nuestros abuelos no se preocupaban de esas curiosidades. Además no tenian interés en ello, cada familia guardaba los suyos, y el caso no ofrecia novedad, como sin duda la ofrecerá hoy ese libro que vas á preparar, y que será un anacronismo interesante dentro del medio en que vivimos.

—Aquí no. Tú estás respirando el ambiente del pasado á plenos pulmones.

—Burloncilla! Vaya una manera de llamarme antiguo!

—No tal, pero compara la distancia que hay de tus costumbres á las de la sociedad moderna.

—Esa distancia, hija mia, la habrá siempre entre la ciudad populosa y la olvidada aldea. Aquí no llegan las innovaciones de repente, sino por una gradacion lenta y difícil. El cambio dá lugar al paso de una generacion, pero ésta se lleva consigo sus costumbres, cediendo el campo á la nueva, que lo plantea.

—Cada vez se caminará más de prisa...

—Desgraciadamente, cada vez tambien la vida es más corta: parece que asistimos á una decadencia rápida de todos los elementos que constituyen la existencia física y moral. Pero en fin, no hablemos de cosas tan hondas, y déjame decirte que estoy muy contento, que soy muy feliz y que á tí te lo debo.

—A mí? exclamó verdaderamente asombrada Mercedes; y por qué?

—Porque tú, hija mia, has sido elegida por la Providencia para devolver á tu familia la tranquilidad y el honor.

—No comprendo.

—Ya lo comprenderás algun dia; hoy no puedo decirte más, pero ten la seguridad de que al par de nuestra dicha has hecho la tuya, y de que al cariño que siempre te hemos profesado se une hoy una especie de gratitud por lo que te debemos,

y de veneracion por haber sido destinada por Dios para traernos tan gran ventura.

—No comprendo, murmuró de nuevo Mercedes mirando absorta á su tio; pero de improviso, como entra una ráfaga de luz en la oscuridad llenándolo todo, el recuerdo de la casería y de los papeles encontrados tan misteriosamente, surgió en su pensamiento. Ah! dijo, se trata del hallazgo de los documentos!... eran, pues, muy importantes?

—Tanto que hubiera dado la vida por ellos, y lo mismo la hubieran dado tu padre y el mio... son nuestra honra.

—Qué fortuna la mia, si he podido servir para encontrarlos! Pero mira si soy desgraciada, que hasta para hacer un bien he sido instrumento ciego del destino! Mi voluntad no ha puesto nada en ello, y por tanto nada tienes que agradecerme á mí.

—Nuestra voluntad no puede guiarnos á lo desconocido, el impulso de nuestras acciones viene siempre de Dios. Por esa teoría ninguna obra humana tendria valor. Tú has sido el medio, y tuya es la gloria.

—Seria yo muy vanidosa si me la apropiara, tio. Y puedo saber el por qué de mi triunfo?

—Todavía no, hija mía, porque quiero que cuando lo sepas sea cuando nadie pueda disputarnos la victoria, pero sabe desde luego que nos has hecho un gran bien, y que de él te alcanzará no poca parte.

—Pues esperaré sin impaciencia, porque esa sola idea es ya una buena noticia.

Se oyó la ruidosa algazara que Isabel hacia hablando en el jardín, y D. Francisco se apresuró á decir:

—Tu prima no sabe nada.

—Está tranquilo, nada sabrá.

—Es una niña y no puede ocultar sus impresiones. José está enterado de todo.

Una sonrisa fué la respuesta de Mercedes, que comenzó á examinar sus dibujos y adornos.

Isabel entró como un huracán, empujando las persianas que no podía abrir por llevar las manos cargadas de lilas, jacintos y violetas.

—Jesús! dijo D. Francisco, pobre jardín, ya pasó por él la tempestad.

—Si no se nota siquiera, dijo Isabel, si hay muchas flores! Además tengo que adornar la casa...

—Es verdad que tenemos fiesta de mi Santo, dijo D. Francisco, y aunque estemos de luto no debemos negar al Santo las flores, así como él

nos conserva su proteccion.

—Si es que tambien tengo que hacer ramos para la Iglesia. Mamá quiere que se diga una Misa en accion de gracias porque José ha vuelto bueno y sano, y que el señor cura reparta mil panes á los pobres. Ya se está preparando el amasijo.

—Todo será poco, dijo D. Francisco mirando á Mercedes intencionadamente, para dar gracias á Dios de los favores que nos ha dispensado, y será preciso que á esas limosnas que dais vosotras se una alguna otra más importante que ofrezcamos José y yo. Qué os parece que sea?

Mercedes guardó silencio.

—Habla tú, Mercedes, dijo cariñosamente Don Francisco; tú, que eres la hermana mayor. Isabel aprobará lo que tú propongas.

—Y qué quieres que yo diga! Sólo una cosa puedo ofrecerte; mil duros que guardaba para mi dote de monja, con el objeto de que los distribuyas entre viudos con hijas, que estén en necesidad.

—Pues bien, Isabel dará otros mil para dotes de doncellas pobres, pero no ahora, sino cuando yo lo acuerde. Acepto con gusto tu donativo, esa dote de monja me hacia daño.

—He oido decir, dijo riendo Mercedes, que Espronceda, ese poeta casi loco, que murió á fuerza

de tener talento, se encontró al llegar á Lisboa con dos pesetas en el bolsillo, y para no entrar en una ciudad tan grande con tan poco dinero, tiró al Tajo las dos pesetas. Yo hago algo parecido con mi pequeño caudal, aunque no pienso ir á ninguna parte.

—Tú lo haces mejor, puesto que das digno empleo á lo que no te hace falta. Te aseguro que José y yo contribuiremos con idénticas sumas, y no dudes que será una bendicion de Dios sobre el pueblo esa limosna de cinco mil duros, porque tu tia no querrá ser ménos.

—Ay que gusto! Voy á decírselo á mamá, dijo Isabel.

—Te lo prohibo; vamos á ver si tú sabes guardar un secreto.

—Pero con mamá...

—Es una sorpresa que le preparamos.

Isabel quedó pensativa revolviendo sus ramos de lilas que dejaban caer sobre la mesa sus crucetas moradas como una lluvia de flores, que perfumaba el ambiente. De pronto dijo volviéndose hácia su padre:

—Mira, papá, no voy á poder obedecerte, porque si yo no se lo digo mamá lo adivinará: no sé cómo hace que lee en mi pensamiento... además

se me olvidará que no quieres que lo sepa... como tengo costumbre de decírselo todo!

Don Francisco se echó á reir.

—Bueno, mujer, no te apures, díselo á mamá, pero sólo á ella.

—Eso sí, de los demás no me importa, aunque la noticia es tan buena que me gustaria decírselo á todo el mundo.

—Tiempo habrá.

—Pues es claro, dijo Isabel, pero por qué es eso?

—Porque debemos dar gracias á Dios de los bienes que le debemos.

—Es verdad, tienes razon.

—Pero mira, dijo D. Francisco; cuándo vas á arreglar tus flores?

—Ahora mismo, pero es que iba á pedir á Mercedes un favor.

—Cual? preguntó Mercedes con amabilidad no acostumbrada en ella cuando hablaba con Isabel.

—Que me ayu-daras en los ramos de la Iglesia. Tú cojes un puñado de flores y haces un *bouquet* precioso, yo apénas hago un tosco ramajo.

—Qué tontería! Lo harás lo mismo que yo, dijo sonriendo Mercedes; pero si quieres te ayu-daré.

—Pues vamos.

—Te advierto que ahí hay pocas flores.

—Lo ves, papá?

—Bueno, pues cojer todas las que queráis, la Primavera es generosa y las renovará sin cesar.

—Ven tú, dijo Isabel, y elige las que quieras, después haremos los ramos aquí.

—Hacerlos en el cenador y que os ayude Colás. Es un jardinero tosco, pero hará lo que le mandeis.

—Entonces nos llevaremos estas flores, dijo Isabel.

—Como queráis.

Mercedes tomó una parte de las flores y salió con Isabel.

Sin confesárselo á sí misma tenía deseo de abandonar la sala, de recorrer el huerto, de saber en fin dónde se ocultaba su primo José, del cual nadie le había dado noticias que tampoco se había atrevido á pedir.

—Y tu mamá? dijo á Isabel; no la he visto.

—Está muy ocupada arreglando la casa y las ropas; José y yo lo traemos todo muy revuelto.

Isabel llamó al jardinero y le dijo lo que deseaban; entre tanto fueron ellas cortando las flores más bellas, las más delicadas que arrojaban en una

cestita que Isabel tomó en el cenador.

—Mercedes, dijo Isabel; queria hacerte una pregunta y no me atrevo.

—Y qué es lo que quieres saber?

—Por qué hay tanta alegría en la casa; por qué vamos á dar grandes limosnas; por qué dejamos el jardin sin flores para llevarlas á la Iglesia dando gracias a Dios?

—No puedo contestarte porque no lo sé, pero creo que tus padres tienen motivos para estar contentos; todo florece á su alrededor, vuestra salud y sus negocios.

—Sí, gracias á Dios; pero esta alegría se ha entrado por la casa tan de repente!... Antes estaban tranquilos, contentos, pero no de esta manera; mamá me ha abrazado hoy llorando, y me ha dicho que le dé muchas gracias á Dios por las mercedes que nos otorga.

—Nada más natural, dijo Mercedes conmovida.

—Sabes lo que yo sospeché en un principio? Pero te vas á reir de mí si te lo digo, es una tontería.

—Qué sospechaste?

—Pues me dijo Dolores que Angel Encinar está en el pueblo, que ha estado en la caserío, y yo creí...

—Qué?

—Pues, creí que le habria hablado á mamá de mí y que esto les era grato, pero despues he pensado que no era motivo para tanto.

Una sonrisa burlona osciló en los finos lábios de Mercedes, como un reflejo del Sol sobre una rosa encarnada.

—Tienes razon, dijo sencillamente; eso no podia ser motivo para una gran alegría en tus padres.

Extrañó á Isabel el tono de Mercedes y mirándola fijamente, le dijo:

—Tú crees que no se alegrarían de ello?

—Yo no lo sé, pero no veo motivo para que se alegren.

—Siempre lo han distinguido, les ha gustado.

—Y á tí?

—A mí? Pero por qué me preguntas eso?

—Por nada; tú me has hablado de él.

—Pues mira, tiempo hacia que yo queria contártelo todo, pero no me atrevia. Ya te dije que me galanteaba, que parecia gustar de mí; pues bien, esta mañana ha venido á vernos la de Valdés, ya sabes, esa pobre señora á la que tantos nombres dan en el pueblo, así como á sus hermanas; esta es Paquita, la gorda, la segunda...

—Sí, ya recuerdo, dijo sonriendo Mercedes al ver apurada á Isabel para designar sin el apodo á una de las representantes de aquella trinidad aristocrática en decadencia.

—Pues bien; me ha dicho que Angelito está muerto por mí; que estaba esperando que yo viniera para hablar de esto á mis padres; que está en el pueblo sólo por mí.

—¡Es posible! exclamó sin poderse contener Mercedes.

—Te extraña? dijo asombrada Isabel, no comprendo.

—Y ha dicho eso delante de tu madre?

—No, tan claro no lo ha dicho, pero lo ha insinuado.

—Y tu madre qué contestó?

—Nada: mamá cambió de conversacion suavemente, porque como las hermanas Valdés son tan habladoras, no le gusta decirles nada.

—Hace bien, y tú debes hacer lo mismo.

—Sí lo haré, pero es que á tí no te parece bien?

—Yo no soy nada para aconsejarte, pero si tuviera ese derecho te diria que no debes mirarlo siquiera.

—Pero es malo, sabes de él alguna cosa?

—Creo que no te conviene, Isabel.

—Pero por qué?

—No puedo decirte más: por eso te preguntaba si te gusta.

—Pues mira, francamente, ántes de ir á Madrid me gustaba más, ahora me parece un poco cursi. Los muchachos de Madrid que me han hablado no me han dicho ni que son nobles, ni que son ricos, ni que los quieren todas las mujeres, como éste dice. Hablaban de lo que pasa en el mundo, de artes, de viajes, de algo que agrada, porque no hay cosa más aburrida que oír á una persona que sólo habla de sí.

—Me alegra mucho oírte, porque eso me prueba que conoces los méritos y defectos de los que te rodean.

—Pero como yo no puedo vivir en Madrid y Angel es rico, de buena casa y creo que es bueno...

—No pienses en él: vales tú mil veces más.

Isabel se conmovió, se le saltaron las lágrimas y dijo á Mercedes:

—Dime la verdad. Qué sabes tú de él?

—Poca cosa, dijo Mercedes riendo; que es tonto y presumido y que no te merece. Pero no te aflijas por eso, tú tendrás mejores partidos...

—No lo creas... aquí metida, dijo la dócil niña que á una leve advertencia se disponia á desistir de su empeño, no me vé nadie.

—Y quién te ha dicho que no saldrás de aquí? Ya verás como vuelves á Madrid y como vas á otros puntos.

—Papá queria llevarnos á Granada en Mayo, pero como tú no querrás ir, es una tristeza para mí ir sola.

—Ya veremos para entónces.

Oyóse el paso de un caballo que se detuvo al otro lado del jardin, é Isabel, secando rápidamente sus ojos, dijo á Mercedes:

—Es José Luis que salió esta mañana. Te ruego que no se entere. Él tampoco gusta de Angel, y me dice poco más ó ménos lo mismo que tú.

—Ah! murmuró Mercedes, me alegro.

Y guardando silencio se pusieron á escojer las flores.



## CAPÍTULO XXVII.

—Qué es eso? preguntó José apareciendo en la calle del huerto donde las dos niñas se hallaban, ¿le habeis declarado la guerra á las flores?

—Ven y ayúdanos, dijo Isabel?

—Buenos dias, murmuró Mercedes, que sintió arder su rostro en una llamarada que parecia brotar en su alma, alejándose como para buscar un capullo temprano que se entreabria, pero en realidad para ocultar su turbacion.

—Dios me libre, dijo José á su hermana; las flores protestarian de ser tocadas por mis rudas manos. Pero niñas, aquí hace calor, teneis la cabeza descubierta y os hará daño.

—No, dijo Isabel, si es un momento. Colás es-

tá cogiendo las flores, pero nosotras vamos buscando las más finas. En el cenador tenemos ya muchas.

—Pues vamos al cenador y si no teneis inconveniente os veré trabajar.

Mercedes volvía con el precioso capullo que había ido á buscar y aspiraba su aroma con delicia.

Sin decir nada siguió con Isabel y José hácia el cenador.

—Vamos, regalarme una flor, dijo José, no seais egoistas.

Mercedes se turbó. Su primo le hablaba de una manera tan íntima, tan sencilla, que disipaba todas sus prevenciones.

—Quieres esta rosa? le dijo mostrándosela. Es la única que me pertenece, porque la he cogido yo, y casi la he descubierto, pues estaba bien oculta entre las hojas.

José Luis, que apenas había oído la voz de su prima, la escuchaba con encanto. Vista en plena luz, irradiando en torno de su delicada figura el reflejo espléndido del Sol, y envuelta en el sutil aroma que de las flores se desprendía, le parecía algo bello y vaporoso como el recuerdo de un sueño, y pensando en lo que acerca del carácter de

su prima habia oido, tenia miedo de que se desvaneciese el encanto.

—Ya lo creo que la quiero, contestó alargando la mano para recibirla, si es magnífica; una rosa de España, una verdadera rosa, de su propio color, con su natural perfume, una rosa sin mistificaciones ni extrangerismo.

—Es una rosa temprana, dijo Colás que volvía cargado con un haz de malva-rosa, acacias, lilas y azahares, y habia escuchado los elogios sin comprenderlos. El rosal está bien abrigado, le dá el Sol del medio día y está que es una bendicion! Va á tener más capullos que hojas! Yo lo iba á ingertar...

—Te guardarás muy bien, dijo Pepe con un tono que hizo reír á las muchachas. A mí no me gustan los ingertos, y te prohibo que toques á ese rosal como no sea para cuidarlo!...

—Bueno, bueno, dijo Colás muy asombrado, lo que su merced quiera! Yo lo digo porque luégo hay unas rosas como panes.

—Yo no quiero las rosas como panes, sino como rosas... Te gustaria á tí un pan como una rosa? preguntó al hortelano que lo escuchaba con la boca abierta.

—Jé! jé! dijo éste riendo, claro que nó! Pero qué tiene que ver! Las roscas y las rosas cuanto

más grandes más hermosas.

—El pan hace falta que no sea chico para no quedarse con hambre, pero la rosa para ser buena no necesita más que oler bien y estar fresca.

—Tambien es verdad, dijo Colás.

—Con que ya sabes, cuídame éste rosal para que pueda cojer en él muchas rosas como esta.

—Dentro de quince dias estará cuajao too de capullos.

—A ver si es ántes.

—Veré de arreglarlo.

Colás en tanto que hablaba iba dando á las niñas ramas y flores que ellas agrupaban separándolas.

José tenia en la mano la rosa que le habia dado Mercedes como si no se atreviese á apropiársela, á pesar de la espontaneidad del donativo.

—Mira hijo, dijo de pronto Isabel, estoy buscando otra rosa para dártela y no la encuentro.

—Pero mujer, qué quieres que yo haga con dos rosas? Dáme una hojita de tu malva y haré un bouquet simbólico.

—Pues mira, te daré unas violetas.

—No, que son tristes, nada más que una hoja; yo no quiero la flor de los Bonapartes para adornarme.

—Mira que decir que son tristes las violetas! Pero en fin, á tu gusto: toma las hojas.

José colocó las hojas con la rosa en el ojal de su americana, y se dispuso á darles las flores para ayudarlas en la confeccion de los ramos.

Mercedes pidió mejorana, luisa, tomillo y sándalo, para formar con yerbas perfumadas el macedizo de los ramos, donde luégo se colocarían las flores en grupos y orlas.

Isabel preguntó si no habia ninguna camelia abierta, y como Colás dijese que nó, de una manera insegura, le preguntó riéndose:

—Es que no las hay, ó que no quieres cogerla?

—No hay bien abiertas, tardarán unos dias... son pimpollos nada más.

—Vamos á verlo, dijo impetuosamente la jóven saliendo del cenador seguida de Colás, que se esforzaba por convencerla de que las camelias en capullo no se debían cojer.

Mercedes y José quedaron solos.

El ingeniero como si no se hubiera apercebido de la ausencia de su hermana, siguió ordenando sobre el velador en grupos diversos las flores hacinadas sobre un banquillo.

Mercedes suspendió su tarea y dijo á José, no sin vacilar un momento:

—Quisiera pedirte un favor.

—Qué quieres? dijo sencillamente José, que comprendió que no tenía tiempo de vanas protestas.

—No sé si te ha dicho tu mamá que he tenido la suerte de hallar en el escritorio de la casería un retrato de tu abuela, y un rizo de su cabello.

—Sí, lo sabía.

—Pues bien, deseo regalárselo, ó mejor dicho, devolvérselo á tu padre en el día de su santo.

—Le darás una gran alegría.

—Lo sé; pero es el caso que no tiene marco.

—Quieres que le mande poner uno?

—Mejor que eso, quisiera que se lo pusieras tú.

—Yo! Cómo?

—Muy sencillo. Yo tengo un relicario de mi madre del mismo tamaño; casualmente está orlado de diamantes, como parece lo estuvo el marco de ese retrato. Yo quisiera ponerlo en él, colocando el retrato en un lado y el cabello en otro, entre los dos cristales. Lo he probado y quedará muy bien, pero yo no puedo abrirlo, pudiera romperlo, y como no quiero que nadie se entere, ni siquiera tu padre, que trataría de impedirlo, te ruego que me ayudes.

—Cuando quieras. Lo envío á buscar á tu cuarto?

—No, pudiera extrañarles; si hemos de ocuparnos despues del álbum yo misma te daré el retrato y la joya.

—Y donde guardarás las reliquias?

—En la misma caja donde estaba el retrato. Despues yo le haré poner un aro de oro liso.

—Me permites que yo me encargue de eso? Lo pediré enviando dibujo y medida.

—No, no, dijo Mercedes, despues.

—Le haremos entónces un marco de flores disecadas. Verás que bien quedan.

—Eso sí, pero más tarde.

Isabel apareció encarnada como la camelia que llevaba en la mano, riendo con Colás que todavía defendía que no se debió coger.

—Ya podeis dejar las flores porque nos llaman á comer, dijo.

—Pues vamos allá, dijo alegremente Pepe, porque tengo un hambre más que regular.

—Pero esperanos, le gritó Isabel.

—No, tengo que lavarme y cambiar de traje, pero dí á mamá que voy en seguida.

Y con un sencillo ¡hasta luégo! se alejó rápidamente.

Mercedes quedó pensativa. No se explicaba cómo aquel primo que ausente le parecia insopor-

tablo, le inspiraba la confianza de un hermano, cuando apenas lo había visto, y no sabía comprender por qué bajo la influencia de aquella grata impresión hasta transigia sin violencia con Isabel,

Cuando llegaban al salón bajo, Lola les salió al encuentro.

—Ya vamos, dijo Isabel, qué prisa!

—Si no es eso, contestó la muchacha, si es que hay una visita.

—Quién? preguntó Isabel con viveza.

—El señor marqués...

—Ah! dijo Isabel.

—Vé tú, le dijo Mercedes, pues la visita no es para mí; déjame á Dolores, y cuando me llames para comer ya estarán hechos los ramos.

—Pero yo quisiera que tú vinieras.

—La señora está en la sala, dijo Dolores como si la petición de Isabel fuera por temor de hallarse sola.

Mercedes se volvió rápidamente al cenador, donde, bajo su dirección, armó Colás seis hermosos ramos de flores y una preciosa *corbeille* de lilas, rosas de bengala, jacintos y azahares.

Se alegraba de estar sola allí, entre las flores cortadas que la embalsamaban con su perfume, alentada por una vaga esperanza que como un

rayo de sol despues de la tempestad, iluminaba las sombras de su pensamiento.

Hizo dos diminutos ramos de violetas para sus tios, y satisfecha de su obra fué á buscarlos, casi sonriente, al comedor, donde no tardaron en llegar.

---



## CAPITULO XXVIII

Isabel tenía las mejillas encendidas como la fresa en sazón, y no reía como de costumbre, sino que parecía tener ganas de llorar.

José Luis tenía fruncido el ceño y parecía profundamente disgustado.

Don Francisco no había alterado en nada su placidez habitual, y Doña Manuela sonreía á su hija, como si quisiera desvanecer las ligeras nubes que sobre su frente se cernían.

Mercedes comprendió que algo había desagradado á José Luis en la visita que había recibido, y á la que sin duda asistió, y que aquel desagrado no era grato para Isabel, pero siguiendo su costumbre pareció no apercibirse de nada, dió á sus

tios las violetas y ocupó su sitio en la mesa, en cuyo centro había colocado la *corbeille* que acababa de arreglar.

—Eres una maravilla para las flores, dijo Don Francisco á Mercedes que ocupaba su derecha, y es natural que Isabel, para lucirse, busque tu ayuda.

—Si eso no vale nada, contestó Mercedes.

El silencio volvió á hacerse entre los comensales: ese silencio forzoso que se impone en los asuntos de familia, cuando la presencia de los criados impide ocuparse de ellos.

Mercedes creyó adivinar lo sucedido, atribuyéndolo á alguna inconveniencia del engraido marqués, y algun correctivo del digno descendiente de los Fonseca.

Sospechaba que no dejarían de darle cuenta del suceso, ya unos, ya otros, y no se interesaba por conocerlo.

La marquesita tenía buen instinto y su observacion no podía ser más exacta.

Angelito, que como la mayoría de los hombres de su condicion, creía que el medio más fácil para hacerse querer por la mujer que los desdenea, es demostrarle que están enamorados de otra, ofendido con Mercedes, pero empeñado en su

conquista, había ideado exagerar sus galanterías con Isabel, *hacerle el amor* como pudiera haberlo hecho un estudiante á la modistilla que viviese enfrente de su cuarto de estudio; esto es, con miradas, suspiros, frases intencionadas y todo género de mímica expresiva, sin comprometerse con una sola palabra.

Isabel era sobrado inocente y sencilla para darse cuenta de la falsedad que acusaban aquellas exageraciones y de lo inconveniente y grosero de aquella manera de proceder, tratándose de una señorita tan distinguida y bien educada como la hija de los Fonseca.

Doña Manuela no se había apercibido de este manejo, cegada por la confianza que de antiguo tenía en que el hijo del marqués del Encinar profesaba á su hija un amor profundo y sincero, y no hay que decir que nada había notado Don Francisco, cuya buena fé dejaba pasar sin el menor recelo todo lo que procedía de la malicia ajena.

Angelito había notado la ausencia de Mercedes con verdadera ira, pues contaba con humillarla y atraerla echándose las de vencedor en su presencia, al merecer las atenciones de Isabel, de cuyo resultado no dudaba.

Irritado por aquel desaire, incitado por la belle-

za fresca y radiante de Isabel, comenzó un asedio de galanterías, que hicieron ruborizar á la sencilla niña, no acostumbrada á tales atrevimientos.

No podían los amantes padres sospechar que en aquellas frases dichas á media voz en los paréntesis de la conversacion general, se encerrasen alusiones atrevidas, peticiones de citas y otras inconveniencias.

Seguros de que Angelito era un caballero, no les hubiera ocurrido nunca dudar de su delicadeza, de su honor, de su perfecta educacion, ni hubieran sospechado tampoco que harian mal en permitir que dirigiese la palabra á su hija.

La timidez de Isabel ayudaba, como suele suceder en tales casos, á la osadía del flamante aristócrata, que infatuado con serlo, se creia dispensado de guardar los respetos que tienen como un deber los hombres de corazon.

José Luis buscó á su familia en el comedor despues de cambiar de traje; no la halló, y suponiendo que las niñas se habrian entretenido con las flores, se fué á la sala, donde creyó encontrarlos á todos.

Al ver á Encinar hizo un imperceptible gesto de disgusto.

Le desagradaba el carácter vanidoso y frivolo

de aquel jóven, que sin emplear su vida en nada útil, hacia de su nombre un trofeo de orgullo, una patente de inconcebibles atrevimientos.

Su presuncion, su vanagloria, su holgazanería de ricacho provinciano, sus baladronadas de heredero de un nombre ilustre, eran para José Luis motivos de alejamiento, pues le inspiraban repugnancia invencible.

Habia creído entender que se trataba de casar á su hermana con el representante de los Villalba, y un profundo disgusto se habia apoderado de todo su sér ante aquel plan que le parecia irrealizable.

Habia tratado de conocer la posibilidad que para el porvenir encerraban tales proyectos, y al hablar á Isabel de sus sospechas, habia visto que se conmovia, que sus mejillas se encendian con la santa vergüenza del amor primero, y disgustado de aquella impresion que le revelaba un sentimiento indeterminado aún, pero fácil de brotar con toda la pujante sávia de la inocencia, procuró hacer conocer á su hermana el escaso valor moral de aquel hombre, tan vulgar en sus instintos como en su figura.

Isabel lo oyó sin protesta, pero extrañando que su hermano, tan generoso siempre, fuese implacable con aquel pobre muchacho, tan guapo, tan celebrado y tan rico.

Era sin duda un capricho, porque ninguna falta podia poner al chico de Villalba, al cual todos agasajaban como muy gracioso y muy bueno, y que era además un gran partido.

Si su hermano daba en la gracia de no gustar de ninguno de sus pretendientes, se iba á quedar como las Baldías, como los Pinos, sola y es-cueta.

Era una tontería de su hermano, de la que no había hablado a su mamá por no tener que decirle que pensaba en Angelito, cuando éste no la había hecho declaracion alguna.

Pero su hermano tendria la bondad de conformarse si Angelito solicitaba su mano, porque era mucha pretension la de escogerle su novio, y en último caso que le dijera por qué no le convenia, y entónces ya veria, porque su mamá, su madre misma, había oido al Pino Gordo hacer insinuaciones sobre el amor de Angelito y nada le había dicho en contra, y cuando su mamá y su papá lo aprobaban, no era regular que ella lo desairase por un capricho de su hermano.

Tales pensamientos asaltaban á Isabel, que luchaba entre su temor de disgustar á José Luis y su deseo de tener novio, y novio tan envidiable como Angelito.

Cuando José Luis entró en la sala, Encinar se levantó á saludarlo con grandes demostraciones de familiaridad y confianza.

José Luis lo recibió con frialdad, y como por azar, adelantándose á ofrecerle su asiento, se colocó entre el visitante y su hermana.

El entusiasmado jóven tuvo que suspender la expansion de su *oculto fuego*, extendiendo sobre aquel rescoldo que dejaba traslucir su calor en frases y gestos inflamatorios, la ceniza de la imposibilidad.

Esta interrupcion de aquel ensayo de idilio, acabó naturalmente con la visita, que ya se hacia pesada, y Angelito se despidió prometiendo volver.

—Cuando vuelvas, dijo José Luis con intencion, hazme el obsequio de preguntar por mí, ó pasar á mi cuarto; mis padres están siempre ocupados, y las niñas no tienen edad de recibir ni alternar en visitas.

—Sentiria haber molestado, dijo aturdido Angelito, que creyó comprender la intencion de José Luis.

—No, hombre, se apresuró á decir José antes de que sus padres contestaran con cumplidas protextas de amistad; ¡qué has de molestar! pero nos-

otros tenemos siempre que hablar, y como supongo que vienes á verme á mí....

Angelito saludó torpemente y salió.

Isabel que se habia puesto como la grana, frunció el hociquito como si por la primera vez en su vida pensara en la rebelion y sintió ganas de llorar.

En verdad que lo que Angelito la decia no le parecia bien; la ruborizaba con sus alardes amorosos; pero acaso su hermano tenia que ver en que ella tuviese novio?

—Pero hijo, dijo Doña Manuela entre asombrada y risueña, qué ventolera te ha dado? Casi has despedido al pobre muchacho!

—Ha hecho bien, dijo Don Francisco, si pensaba visitarnos diariamente ya estábamos frescos! No dice más que tonterías!

—Doña Manuela miró á Isabel, tuvo pena de su mal humor, y para no prolongar aquella situacion, dijo sencillamente:

—Vamos á comer que nos hemos retrasado un cuarto de hora.

—Gages de las visitas, dijo riendo Don Francisco.

Claro está que ninguno volvió á hablar de este incidente, que solo recordaron para sentir-

---

lo, aunque por muy distintos motivos, Angel Encinar é Isabel, que no se atrevió á referirlo á Mercedes porque sabia ya á qué atenerse respecto al juicio que á ésta merecia el infatuado marqués.

~~~~~



## CAPÍTULO XXIX.

Los pinos deben ser enemigos silenciosos de los ingenieros, cuando éstos ejercen de doctores para curar las demasías que á veces se observan en los que arraigan en el mundo vegetal, que generalmente y dentro de todos los mundos conocidos, las jefaturas no son simpáticas á los que tienen que someterse á ellas, pero no existia motivo para suponer que el Pinar Baldío de Villaclara, aquella plantacion estéril en la cual se agotaba la sávia de una ilustre familia, se revolviera contra el gallardo heredero de otra raza igualmente noble, pero engrandecida por la práctica de hermosas virtudes, y elevada por sus propios sentimientos sobre la decadencia de las aristocracias inútiles,

destinadas, como las pirámides, á acabar en punta, encerrando en su ancha base los restos de lo que representan.

Las de la Ita oyeron asombradas á su engreido pariente quejarse de la manera con que José Luis Fonseca le habia negado el permiso de visitar á su familia.

Paquita habia tomado como de siempre la palabra para anatematizar las costumbres extranjeras, que sin duda queria seguir, para darse pisto, demostrando estar educado á la moderna, el niño de Fonseca.

El Pino Largo, Doña Mariquita, refunfuñó sobre las necesidades de los ricos, y el Pino Chico, que ponía los ojos entornados para mirar á Angelito y suspiraba como un sér á quien no se comprende, encontró muy justo que su primo el marqués no mirase más á la de Fonseca, pues qué más podia ella desear que un novio de aquellas condiciones, para venirse con repulgos de empanada.

—Ella no tendrá la culpa, dijo el Pino Gordo, que alardeaba de equidad y justicia en sus apreciaciones.

—Pues si ella se interesara, dijo con rencoroso acento de protesta el Pino Chico, no hubiera sucedido eso. Isabel ha sido siempre muy guasona,

y cree que por ser hija de Fonseca va á venir un príncipe á casarse con ella.

—Isabel no tiene la menor parte en el asunto, insistió el Pino Gordo, que ya sabemos era el primero en saber, si bien el Pino Largo lo era en edad. Angelito me lo ha contado todo.

—Y será tan capaz de volver! Se necesita no tener sangre en las venas.

—Él vuelve por la muchacha, pero ya arreglará las cuentas al niño ese, que parece que se va á tragar al mundo.

—Pues si yo estuviese en su pellejo se habian de quedar con su niña para conserva, insistió Julieta, que lo que es yo no me habia de molestar en pretenderla. Si le faltará á él una mujer guapa y buena con quien casarse!

—No seas tonta, dijo el Pino Gordo con cierto desden, que si á él le gusta la muchacha no se lo has de quitar tú de la cabeza.

—Y á mí qué me importa que le guste! chilló el Pino Chico con un arranque de ira que no pudo disimular. Que le guste ó no le guste, lo que yo sé es que le han hecho un desaire y debe sentirlo.

—Pues porque lo siente quiere arreglarlo y me lo ha encargado á mí.

—A tí? preguntaron á un tiempo las dos Baldías que escuchaban.

—A mí; qué tiene eso de particular? No sirvo yo para embajadora?

—Pero qué te ha dicho? dijo el Pino Chico.

—Pues poca cosa; que averigüe lo que eso significa y voy á ir ahora á casa de Doña Manuela.

—Ahora?

—Mañana es San Francisco de Paula y voy á darle los días á Fonseca, porque aunque tengan luto, conmigo no reza eso.

—Iremos todas.

—Hubiera ido mejor sola, pero ya que quereis venir, iremos.

—Pues es claro, qué vamos nosotras á impedir que tú digas? Ya supondrán que lo que tú sepas lo sabremos todas.

—Bueno, pues nos iremos en seguida.

Los tres Pinos, con sus desigualdades de nacimiento, que parecian burlarse de las leyes de herencia y de los sellos de raza, se pusieron en marcha, no sin acordar ántes la conducta que deberian seguir.

El Pino Gordo confiaba más en el candor de Isabel que en las explicaciones de Doña Manuela, pues ésta sabia mucho, segun la solterona; tenia

más debajo que encima de la tierra, según el más joven de los Pinos; y había que *tantearla con cuidado*, según el primer ejemplar de aquella colección extraña.

Una ráfaga de viento trajo hasta las narices de las tres hermanas un riquísimo olor á flores, algo semejante á un aliento de la Primavera.

—Jesús, dijo Julita, cómo huele á violetas y anilvr-rosa. Habrá algún niño muerto por aquí?

Debemos advertir, para que á nuestros lectores no les cause extrañeza la pregunta, que en la clase del pueblo hay en la provincia de Jaen la poética costumbre de cubrir de flores naturales la mesa envuelta en blanco paño semejante á un altar, donde descansa el cuerpo muerto de un angelito.

Ante esa mesa, y como celebrando el alto destino del niño que ha volado á la Gloria, bailan las muchachas durante la noche, acudiendo al *velatorio del ángel* todas las mozas y mozos de la vecindad, con gran pena de los padres del muerto que no se atreven á oponerse á la tradicional fiesta, por temor á ofender las creencias de los que celebran su gloria.

Hay que advertir que todo el que tiene jardín ó simplemente unas matas de lirios ó rosales, ofrece sus flores con gusto para el ángel, y no es ex-

traño que en el sitio más visible de la casa, en esos portales abiertos que forman entrada, cocina y lugar de descanso en los pobres hogares de los campesinos, halleis al pasar la pequeña mesa, cubierta con el paño blanco y encima, rígido, pálido, con una palidez de cera, con las manecitas cruzadas y la cabecita rubia coronada de flores, al pobre niño que el día ántes sonreía en la tierra, y que al volar al cielo, hace sagrado el lugar en que reposa su helado cuerpecito, y las flores que lo perfuman.

Es, pues, muy sencillo preguntar al oler flores en una calle de uno de estos pueblos, donde las casas carecen de todo adorno, si habrá un niño muerto y adornado con ellas.

Sigamos ahora nuestro relato.

—No hay por aquí ningún niño muerto, contestó el Pino Largo, que estaba al cabo de todo lo que en el pueblo ocurría.

—Pues huele á flores, insistió Julita.

—Ya lo creo, exclamó Paquita, míralas! Y señaló una gran bandeja de mimbre que llena de flores llevaba un criado de Doña Manuela.

Las solteronas lo abordaron en el acto, preguntándole á dónde las llevaba.

—A la Iglesia, contestó el hombre que tenía

temor de retardarse y no queria dar explicaciones.

—Pero para qué? insistieron.

—Yo no sé nada, dijo Colás, pues él era; sino que la señora está esperándome para colocarlas.

—Entónces la señora está en la Iglesia?

—Allí está esperándome, con que á la paz de Dios.

Las tres damas tuvieron el mismo pensamiento.

—Vamos á la Iglesia, dijeron.

Era muy importante averiguar de lo que se trataba, y luégo que para encontrarse con *cara de palo*, es decir, con la respuesta de *la señora no está en casa*, que deja al visitante á la parte afuera, más valia no llegar á la de Fonseca.

Cuando entraron en la Iglesia estaba Doña Manuela muy atareada arreglando el altar mayor, ayudada por Dolores, por el sacristan y un monaguillo.

Como la puerta estaba cerrada, los Pinos habian tenido que dar la vuelta para entrar por la sacristía.

Doña Manuela hizo al verlas un gesto de impaciencia que supo disimular, volviéndose á colocar unas velas.

—Qué es esto? dijeron las solteronas encantadas de su buena fortuna, que les permitia enterarse de lo que ántes no habian olisqueado.

—Buenas tardes, dijo Doña Manuela en voz baja, como si no debiese allí entablarse conversacion alguna.

—Ibamos á tu casa, insistió Paquita, y el criado nos dijo...

—Sí, contestó en el mismo tono Doña Manuela, ya estoy acabando.

—Pero qué fiesta hay mañana? interrogó Julita como si tuviera impaciencia por prepararse para ella.

—Pues, como siempre que viene mi hijo, una misa cantada y el Jubileo para dar gracias á Dios del favor que nos dispensa devolviéndonoslo con salud.

—Como mañana es San Francisco.

—Por eso se hace en ese dia, dijo Doña Manuela, para unir dos en una.

—Y cual es la otra?

—La limosna de pan que damos todos los años.

—Vaya, hija, dijo con amargo dejo de envidia Mariquita, cuantos favores te otorga su Divina Majestad!

—Por eso no ceso de darle gracias.

—Quieres que te ayudemos? dijo el Pino Gorro dándose importancia.

—Ya está todo, solo faltaba colocar las flores.

—Qué lindos ramos! Por supuesto que esto no será obra de Colás.

—Tambien ayuda, pero los dirige Mercedes.

—Tu sobrina?

—Sí.

—Y dónde está? preguntó Julita.

—En el campo con sus primos: se fueron muy temprano.

—Vaya! Más vale así, que se diviertan!

—A Mercedes le sienta el campo muy bien.

—Y tu marido?

—Pues creo que fueron todos á Casa Blanca.

Las solteronas comprendieron que era una contrariedad para la mision que llevaban, encontrar sola á la Sra. de Fonseca, y en la Iglesia, donde la conversacion debia ser más breve, y contenida en los límites de lo indispensable.

Para dar tiempo á que Doña Manuela acabara fueron recorriendo la ancha nave que formaba el templo, las capillas colocadas á ambos lados, [el camarín del Cristo de la Expiracion, hermosísima escultura regalada al pueblo por un vecino rico, que habia merecido un favor inmenso á otra imágen que copiaba el mismo asunto de la Pasion, sin tener aquel relevante mérito artístico, la cual quedó de su propiedad á cambio de aquel regalo de

rey hecho á la Iglesia, con otros muchos, entre ellos el exorno churrigueresco del camarín, su alumbrado permanente y una dotacion fundada para costear una fiesta anual.

El milagro, según en el pueblo se refería, era el siguiente: cuidaba la madre de aquel caballero rico, que hizo tan valiosos donativos á la Iglesia, las ropas y altar del Cristo, y como lo encontrara muy deteriorado y lleno de lunares que la humedad habia producido en el barniz que cubria la escultura, pidió permiso para llevárselo con el objeto de restaurarlo, vestirlo de nuevo y devolverlo en un estado digno del culto á que estaba expuesto.

Se le concedió de buen grado, pues era muy estimada del Párroco por su piedad y por sus riquezas, que le permitian hacer bien á la Iglesia, y trasladaron la Imágen de noche para evitar la curiosidad del vecindario.

La buena señora, temerosa de que en algun momento dado pudiera resultar una falta de respeto, si bien involuntaria, para la Imágen, si quedaba instalada en las habitaciones que habitualmente ocupaba la familia, la guardó en una cocina que sólo servía en la época de verano, sobre una mesa de grandes dimensiones, en la cual se colocaron dos cirios que debían arder noche y dia de-

lante de la Imágen de Jesús en la agonía, como homenaje de fervoroso respeto.

La señora se guardó la llave sin decir nada á nadie, excepto á una criada antigua y fiel que la acompañó en su obra, deseosa de que el trabajo del restaurador, que debía llegar de Jaen expresamente para realizarlo, fuese un secreto, y el pueblo se sorprendiese de hallar un día sano y salvo de aquella especie de erupcion que habia atacado su sagrado cuerpo, llenándolo de manchas y rosetones, al Cristo de su devocion y culto.

Esta medida, aconsejada por el Sr. Prior para impedir envidias y murmuraciones del vecindario, fué seguida tan al pié de la letra por los devotos señores, que nadie se apercibió del traslado de la Imágen, ni nadie notó que detrás de la cortinilla de seda quedase vacío el nicho del Cristo.

El caso fué, que como siempre ha habido quien tenga hambre, y quien teniéndola quiera saciarla con el dinero ajeno, unos infelices que se morian de necesidad tuvieron el mal pensamiento de penetrar en la casa del rico labrador para llevarse el dinero que segun se decia guardaba en un arca en sendas peluconas de oro.

Hallaron camino fácil y seguro en la campana de la chimenea, por la cual convinieron en descol-

garse, sirviendo de cuerda las fajas de lana que se liaban á la cintura.

Habia uno de ellos prestado servicio en la casa, y sabia á ciencia cierta que aquella cocina que no servia, tenia una puerta que daba á una antesala, en la cual se hallaba la alcoba del honrado matrimonio, siempre abierta, segun costumbre de los sencillos campesinos, cuya buena fé hace inútiles llaves y cerrojos, y en la alcoba, al lado de la cama, el arca donde en gruesos talegos se guardaba el oro.

Todo dispuesto, escogieron nuestros hombres una oscura noche para llevar á cabo su mala obra, y llegada la hora se descolgó el primero sin ningun percance por la chimenea.

Pero apénas puso los piés en el suelo y asombrado de ver luz miró en derredor de sí, dió un grito agudo, clavó los ojos espantados en la sagrada Imágen y cayó al suelo dando alaridos espantosos.

Oian los dos que quedaron fuera el rumor de los gritos, y no entendiendo lo que decia, se bajó el segundo apresuradamente, quedando arriba el que debia velar protegiendo la retirada.

El pánico del pobre hombre que se lanzaba á robar más por miseria que por vicio, fué tan es-

pantoso como el de su compañero, más aún, porque á la Imágen de Cristo crucificado, cuyas heridas parecian manar sangre por los desconchados del barniz, á la vacilante luz de los hachones, se unia el horrible aspecto del hombre que habia bajado primero, tendido en el suelo, rígido, inmóvil, con la apariencia de la muerte.

Esta vez los gritos fueron tan delirantes, que no tan sólo los oyó el que esperaba en el tejado, sino que pusieron en movimiento toda la casa.

Para aquellos pobres hombres Cristo se habia aparecido en la cocina para evitar su mala accion y castigarla, y tal impresion hizo en aquellos séres rudos y creyentes esta aparicion, que el primero uedó muerto, como herido del rayo, y el segundo quedó loco.

El pueblo, puesto en conmocion, atribuyó á milagro el suceso, creencia que no habian de impugnar ni el Párroco ni los piadosos dueños de aquella morada, que eran los primeros en creerlo un favor especial de Jesús, hecho por medios naturales, que se guardaron muy bien de dar á conocer, pues para el vulgo el milagro no está en la esencia sino en el hecho; no en la inspiracion, sino en el imposible físico, y si no hubieran creido milagrosa la providencial circunstancia de hallarse allí la Imá-

gen, creían sin vacilar en la traslación mágica é invisible de la escultura.

El hombre que acompañaba á los dos infelices que bajaron á robar, lo declaró todo, arrepentido y contrito, imponiéndose grandes penitencias, y de tal modo se preocupó el pueblo del asunto, que los señores que debían tener en su casa algunos dias para su restauracion á la venerada Imágen, decidieron regalar otra á la Iglesia, convertir en oratorio la cocina y guardar para siempre la santa escultura que tal beneficio habia obrado en su favor.

El pueblo aplaudió el acuerdo, el Párroco se alegró de tener una buena Imágen para el culto y el oro que debieron robar á los bien acomodados labradores en aquella infausta noche los pobres diablos que instigados por el hambre se descolgaron por la chimenea, se invirtió íntegro en la Imágen, la capilla y el oratorio, para agradecer al glorioso guardian de la casa, su divina proteccion.

Este era el milagro, y esta era la causa de que hubiese un camarín exornado con cierto lujo en la humilde Iglesia de Villaclara.

Perdone el lector la digresion, pero como nuestros personajes guardaban silencio, por encontrarse en lugar sagrado, hemos optado por contar-

de la tradición del Cristo, más bien que por cortar el capítulo sin haberlo terminado.

El ruido de un coche que se detenía á la entrada del templo crispó los nervios de las hermanas Valdés que se apresuraron á aproximarse á la puerta.

—Adios, niñas, dijo Doña Manuela que solía llamar así por costumbre de oirlas dar este tratamiento en el pueblo, á las respetables jamonas; que lo paseis bien, siento no detenerme, pero me están esperando...

Y simulando gran prisa, evitando dar explicaciones, subió en el coche, y diciendo al criado que no se detuviera, se alejó saludando con la mano.

—Has visto! gruñó el Pino Chico con sorda irritacion; se va y ni siquiera nos dice por cumplido si queremos ir con ella.

—Yo no sé lo que les noto, dijo el Pino Gordo, pero algo les pasa. Yo iré mañana á darle los días á D. Francisco, y poco he de poder si no lo averiguo.

—Están echando unos humos, dijo por decir algo el Pino Largo, que ni una fábrica. Como son tan ricos!...

—No seas tonta! Lo mismo tienen hoy que tenían ayer... Es que les pasa algo... Yo lo averiguaré.

---

Y las tres hermanas, ya que no podían pasar la tarde en casa de Doña Manuela, se fueron *de visitas* para matar el tiempo.

Es inútil seguir las, pues tendríamos que repetir, variando los nombres, las mismas murmuraciones en cuantas casas visitaron.

---



## CAPITULO XXX.

El día 2 de Abril era para la familia de Fonseca una fiesta llena de encantos, si bien íntima y tierna como todas aquellas que se desarrollan en el santuario del hogar.

Cariñosos presentes, banquete delicado, flores por todas partes, limosnas á los pobres y rostros llenos de alegría, probaban al jefe de la casa que cuantos le rodeaban no se contentaban con desearle felicidad, sino que se la ofrecían en el día de su santo.

Formaba contraste en el año que narramos, el sombrío traje de luto que vestían, y la alegría que los sucesos que habían sobrevenido derramaba en todos los semblantes, como una involunta-

ria acción de gracias al Todopoderoso que había permitido la realización de una gran esperanza.

Hasta Mercedes, tan indiferente y triste, parecía reflejar aquel contento que se escapaba del fondo de las almas, para irradiar en las conmovidas sonrisas y en las expresivas miradas.

Muy temprano, á las ocho de la mañana, había bajado á buscar á su tío, al cual había sentido hablar en el comedor.

Doña Manuela que vió cruzar á Mercedes por la galería del jardín, á través del cortinaje de verdura que entoldaba las anchas ventanas, adivinó su intención y salió á su encuentro.

—Tu tío está solo, le dijo; ve á buscarlo.

—No quieres ver mi regalo? preguntó en voz queda la marquesita.

—Después que él; no quiero retrasar su alegría.

Mercedes sonrió y se dirigió en busca de Don Francisco.

—Buenos días, tío, le dijo; vengo á darte un abrazo, y á devolverte un objeto que creías perdido y que te será muy grato.

Don Francisco abrazó á Mercedes y la besó conmovido en la frente.

—Gracias, hija mía querida, gracias; no sabes

tú cuánta alegría te debo, que se completa hoy con este dulce recuerdo.

Fonseca había tomado el retrato de su madre y lo contemplaba, interrumpiendo su contemplación para besarlo con transporte.

—Madre mía! decía mirando la preciosa miniatura; madre adorada, cuánta hubiera sido tu dicha si hubieras podido contemplarnos tan felices y ver á esta nieta que es tu viva imágen, descubriendo ese terrible secreto, que tanto daño nos hizo.

Doña Manuela llegaba muy conmovida, queriendo compartir y calmar aquellas emociones que podían hacer daño á su adorado esposo con su profunda intensidad.

—Qué regalo, Paco! qué alegría poderla ver tal cual era! Qué preciosidad de miniatura! Y ya ves, ni se ha deteriorado, ni apenas descolorido, reservada como estaba de la luz.

—Sí, dijo Fonseca siguiendo dócilmente aquella idea que suavizaba la impresión sentida á la vista del retrato; y qué precioso marco...

—Ah! dijo Doña Manuela, á ver, á ver, es muy lindo...

Mercedes se ruborizó bajo la mirada de su tía que la interrogaba, sin atreverse á expresar su sorpresa.

—Me he permitido, dijo con timidez, unir un recuerdo de mi madre al de mi abuela; como la miniatura no tenía marco, he creído que sería muy apropiado para este objeto el relicario que yo guardaba suyo...

—Pero hija mía, niña querida, dijo sin poder hablar apénas D. Francisco, tanta era su emoci3n; eso es privarte tú por mí de lo que te es tan querido, imponerte un sacrificio...

—No tal; queria sencillamente que al guardar esa joya hubiese en ella algo mio: de otro modo no tendria mérito alguno la devolucion del retrato.

—Pues no habia de tenerlo!...

—No era más que el cumplimiento del deber, pero no hablemos de eso; aún no has visto el cabello rubio, como el mio, que he colocado en el reverso del relicario: mira, he formado con él una M, que puede decir María y Mercedes y Manuela, tres nombres que te son queridos. Ya ves si soy vanidosa que coloco el mio entre esos dos que tanto valen para tí.

Don Francisco se inclinó hácia la marquesa de Vega Real, tomó entre sus manos la rubia cabeza de aquella querida niña y la cubrió de besos.

Algunas lágrimas cayeron sobre los finos rici—

tos que ocultaban su graciosa frente.

—Han visto tus primos este retrato? le preguntó.

—José lo ha colocado en el relicario, dijo tranquilamente Mercedes; yo no podía y no quise confiarlo á manos extrañas: Isabel no lo ha visto.

Doña Manuela oyó absorta la respuesta.

¡Cómo! aquella niña discola y reservada tenia confianza suficiente para confiar á su primo una comision tan delicada? Y cómo se habian entendido que ella no pudo advertirlo!

Don Francisco no se dió cuenta del suceso.

—Llama á los niños, dijo; quiero que vean el regalo de Mercedes.

—Pues yo, con tu permiso, voy á vestirme, dijo la marquesita; me ha dicho tia que nos vamos á Casa Blanca desde la iglesia.

Y sin esperar la respuesta salió con rapidéz, como huyendo de nuevas explicaciones.

Isabel y José no tardaron en llegar. Ellos habian felicitado ya á su padre ofreciéndole tiernos recuerdos, y esperaban á su madre para marchar á la iglesia.

—Mira, mira, dijo Don Francisco á su hija, el retrato de mi madre, de tu abuela Maria; Mercedes me lo ha regalado.

—Ay, Dios mio! exclamó Isabel con su habitual entusiasmo; qué cosa tan preciosa, qué boca, qué ojos, qué cara tan fina!... Pero si se parece toda a Mercedes.

—No es verdad? dijo D. Francisco. Antes de que pareciese la miniatura ya lo habia yo dicho.

—Qué lindo marco! qué cabello tan rubio, es una preciosidad!

—El marco es de Mercedes, de su madre, y me lo regala; ha quitado un relicario que en él habia.

—Lo he cambiado yo, dijo José, ya no hay para qué guardar el secreto, puesto que lo sabéis.

—Y dónde ha colocado el relicario?

—Provisionalmente en la cajita en que estaba el retrato, pero le he prometido enseñarla á hacer un marco de flores disecadas para él.

—Qué corazon tiene esa criatura! Y parece egoista y fria! Es admirable! Si hasta me ha dado para limosnas su dote de monja!

—Cómo de monja? preguntó José; qué significa eso?

—Bah! caprichos de niña! recien muerto su padre pensó... pero eso no significa nada!

—Pero tú le harás otro regalo mejor, dijo Isa—

bel, ese es muy bueno...

—No podré hacerle ninguno que valga más, pero procuraré que le guste.

—Ya lo tengo ya pensado, dijo Doña Manuela, pero hay que esperar la ocasión.

—Cual, mamá? preguntó Isabel.

—Ya lo sabrás.

—Nos vamos? preguntó José mirando el reloj.

—Tu madre dirá, dijo Don Francisco.

—Voy á ver si está todo listo y avisaré al paso á Mercedes.

—No van ellos á caballo? preguntó Don Francisco.

—Isabel no, dice que quiere ir contigo.

—Bueno; pero por qué no vas con ellos, perezosa?

—Tengo que desnudarme luégo.

—Ve tú si quieres, dijo Doña Manuela; Isabel y yo iremos en el coche.

—No, no, iré con vosotras, porque no digais que os abandono.

—Voy á mandar que tengan dispuestos los caballos, dijo José.

Doña Manuela dió algunas órdenes y fué á reunirse con su familia, ordenando que en la puerta del jardín esperasen el coche y los caballos,

para no llamar la atención al cruzar el pueblo.

La dichosa comitiva ocupó poco tiempo despues sus respectivos puestos: Isabel con sus padres en el familiar aplaudiendo desde la ventanilla la airosa marcha de su prima Mercedes y de su hermano José, que formaban la 'pareja más linda y más armónica del mundo, si cabe armonía en lo que es distinto y al unirse completa el todo perfecto.

Doña Manuela contemplaba á su hijo con orgullo, y sentia un vago recelo de aquella intimidad inevitable en dos jóvenes que vivian bajo un mismo techo, considerándose como hermanos.

Don Francisco, para el cual no admitia duda que los muchachos se casarian, los seguia con embeleso, admirando la gentil y graciosa figura de su sobrina, al par que la varonil belleza de su hijo.

—Qué chiquilla! exclamó sin poder contener su gozo al ver á Mercedes inclinarse graciosamente sobre el cuello del caballo, desenredar sus crines, revueltas por un movimiento de la airosa cabeza, acariciarlo con la pequeña mano, y eruirse como la palma que inclinó el viento, para terminar con una sonrisa la frase empezada: ¡es una monería! Mira, mira, Isabel; qué bien lleva el caballo! Qué seguridad tiene, y qué mano tan firme!

—Sí, monta muy bien, dijo Isabel cuya alma noble y pura jamás sentia la envidia del mérito ajeno; y es tan graciosa, tan formal...

—Pobre Luis! Si viera cuánto queremos á su hija, y cuánto le debemos!

—Qué, papá? preguntó sencillamente Isabel.

—Ya lo sabrás, hija mia, una dicha muy grande....

—Se encontró el retrato de vuestra abuela que papá creia perdido, dijo Doña Manuela para aclarar las dudas de su hija; y unos documentos que nos interesaban mucho.

—Ah! por eso estais tan contentos?

—Sí, hija mia.

—Se lo pregunté á Mercedes y nada me dijo.

—No podemos hablar de eso á nadie, niña, dijo Don Francisco que temia que la sencilla Isabel diese á conocer el secreto.

—No temas, papá, dijo Isabel que procuró dar gravedad á su promesa, yo sé guardar reserva con todo el mundo, ménos con mamá.

Doña Manuela se inclinó y la besó en la mejilla.

—Con todo el mundo debes guardarla, ménos conmigo, le dijo.

—Cuidado! cuidado! gritó Don Francisco á

---

Mercedes y José que se alejaron al trote largo, que están muy holgados los caballos y tienen gana de retozo.

—Está tranquilo, dijo José al pasar, que ya nos conocen.

Las miradas de las tres personas que ocupaban el coche siguieron fijas en aquella elegante amazona, en aquel gallardo jinete, que marcaban su fina silueta sobre el fondo azul del espacio.

—Dios los bendiga! dijo Fonseca como si hablara consigo mismo; y los haga felices, así como los ha hecho tan dignos el uno del otro!

---



## CAPITULO XXXI.

Mercedes no acertaba á darse cuenta de sus impresiones.

Aquella temida presencia de su primo, del cual habia pretendido huir refugiándose en la casería, se habia convertido para ella en la dulce compañía que hace amable la vida, al llenarla con la confianza en un sér de cuya lealtad no pueda dudarse.

Sus temores, sus tristezas, su muda y sombría lucha, se habian calmado como por encanto.

Como si en la oscuridad de su pensamiento se hubiese infiltrado un rayo de luz, las sombras huian, y un reflejo de esperanzas, de juventud, de alegría desconocida aún, pero latente en el alma,

era el amanecer sereno y claro de aquella noche de dolor y angustia.

Mercedes asistía á este cambio de su situación con un asombro reflexivo y serio.

Comprendía que algo cambiaba en su pensamiento, que algo nacía en su sér, y algo acababa también en esta evolución singular de su espíritu.

Educada en una atmósfera de frío realismo, rodeada casi siempre de personas extrañas, sabiendo que los goces materiales de la vida sólo se adquieren á cambio de dinero, y que la falta de este medio de acción había determinado la catástrofe que truncó la dicha de su vida, cuando comenzaba á sentirla y apreciarla, su soledad en el seno de una familia que aún siendo la suya nada la debía y á la cual tenía que agradecer la protección que le dispensaba, había alterado su carácter con la desconfianza y la duda; su plácida indiferencia se había convertido en desvío, su frialdad en egoísmo, y en constante sarcasmo de su suerte las quejas que debió exhalar en su justo dolor.

Ni la bondad de las personas que la rodeaban, ni el cariño que le ofrecían, ni los cuidados que consagraban á su dicha, podían arrancarla de su amargo retraimiento.

Tenia empeño en aislarse, y si su corazón se dejaba arrastrar en algún momento por la gratitud, si un sentimiento de ternura vencía aquella dureza, más ficticia que real, su razón le advertía el peligro, y una triste protesta vencía aquella temida debilidad.

Nada más lejos de su ánimo que admitir la intimidad, la confianza, con aquella familia que la había recibido con tanto afecto.

Creía que era la compasión, la necesidad terrible de darle un asilo, la que había determinado aquellas demostraciones.

—Si mi padre viviera, solía decir, acaso nunca me hubieran visto, ni hubieran tenido motivo para ocuparse de mí; no comprendo que la necesidad de recibirme haya hecho nacer el cariño, que yo por mi parte no he procurado conquistar. El amor espontáneo, desinteresado, sin objeto, puede existir en los padres, pero en los parientes, por qué?

Estas ideas se habían modificado mucho. Esperaba algo importante del hallazgo de los documentos: qué sería? No podía precisarlo, pero reconociendo la lealtad de su tío y su rectitud de conciencia, estaba segura de que sus derechos serían respetados.

Doña Manuela comenzaba á infundirle confianza, y hasta Isabel le parecia ménos empalagosa, reconociendo que aquella sencillez de costumbres, aquel candor de sentimientos, aquella igualdad de carácter, tenían verdadero encanto en la vida íntima del hogar, pues demostraban la conformidad con su posicion y la alegría de un espíritu inocente en un cuerpo sano.

En cuanto á José Luis su llegada habia coincidido, sin duda, con aquel cambio, efectuado tan inopinadamente en los sentimientos de la marquesita.

Mercedes no lo sabia, no se lo explicaba, pero su presencia le era grata, su voz despertaba algo simpático en el fondo de su sér. A su lado no se consideraba sola, y sin cortedad ni temor hablabá con él como en otro tiempo habia hablado con su padre... ¡Singular coincidencia!...

José Fonseca trataba á su prima con una sencillez verdaderamente fraternal.

Nada de galanterías, ni de preferencias, ni una palabra de romántico sentimiento, ni una mirada de admiracion á sus encantos.

Amable, solícito, cariñoso, tranquilo en su normalidad de sensaciones, parecia vivir entre dos hermanas, sin predilecciones ni rivalidades.

Esta afable indiferencia, confiaba á Mercedes, que no sospechaba siquiera que á su cariño pudiera darse otro valor que el de una simpatía familiar.

El día 2 de Abril, en que para celebrar en el campo, de una manera íntima, que no ofendiese el luto de familia que llevaban, los días del jefe de la casa, los vimos salir á caballo siguiendo el carruaje en que iban los demás individuos de la familia, sentía Mercedes más que nunca ese cambio iniciado en sus sentimientos, y contemplaba con gusto aquellos paisajes bañados de espléndida luz, saturados de la frescura de la mañana.

—Te gusta el campo? le preguntó José que seguía con interés sus miradas, en las que adivinaba sus sensaciones.

—No siempre, pero hoy está tan hermoso!

—Hay días felices para todo! La naturaleza, como el rostro humano, tiene ceño y sonrisa. Hoy sonríe, nos recibe engalanada...

—Más vale así, dijo Mercedes.

—La alegría es comunicativa y nos contagia: todos reflejamos algo de esa dicha.

Mercedes bajó los ojos y se puso á acariciar el caballo. Al oír hablar de dicha, ella, que se creía tan desgraciada, sintió que las lágrimas llenaban sus ojos, y tuvo un movimiento de protesta hácia

aquella afirmacion que le parecia ofensiva; pero el acento de su primo era tan afectuoso, tan natural, que lentamente Mercedes fué dominando su dolor, admitiendo como posible aquella felicidad universal que podia envolverla como un reflejo, ya que no irradiase de su propio sér, y sin negar sonrió tristemente.

—Tú no sabes, dijo José como si no hubiera notado la impresion que sus palabras habian causado á Mercedes, cuantos motivos tenemos para estar contentos; las noticias recibidas de Madrid confirman nuestras esperanzas, el documento es decisivo.

—Qué documento?

—La escritura hallada por tí...

—Ah!

—Mi padre está tan impresionado que sólo en esto piensa, y en los que no han podido gozar de este triunfo. Es muy doloroso, pero así lo ha querido Dios, y los que vivimos sabremos agradecerlo.

—Nos alcanza á todos, segun eso?

—Quién lo duda! Tú representas á tu padre, su lugar es el tuyo; no hay puesto vacío para reclamar la justa indemnizacion de un error ó de una maldad.

—Te advierto, dijo Mercedes con gran seriedad, refrenando su caballo y mirando atentamente á su primo, que tus padres, al hablarme de un suceso feliz que puede influir en el porvenir de la familia, no me han dicho de lo que se trata, sin duda porque no lo creen conveniente.

—Y bien?... preguntó extrañado José.

—Que tú pareces ignorar esa circunstancia, y pudieras revelármelo sin yo pretenderlo.

—Admiro tu rectitud, pero no creo necesario el secreto desde el momento en que sabemos que se trata de una realidad y no de una esperanza. Sin embargo, dejo á mi padre el placer de darte cuenta de ello. Sin duda lo hará hoy: es un día solemne para nosotros.

—Realmente yo no necesito saber nada; hay un incidente que se resuelve en bien y prosperidad de la casa, y esto es suficiente para que yo lo celebre, así como sentiria lo que causara un perjuicio, sin preguntar las causas.

—Es que este suceso, que no es un incidente sino un gran acontecimiento, te interesa á tí como á nosotros; es tuyo al par que nuestro.

—En ese caso, tiempo habrá de saberlo.

Pareció á José que Mercedes demostraba cierta impaciencia, y le agradó la poca curiosidad y el

desinterés que en aquella indiferencia se demostraba.

Decididamente la marquesita tenía cualidades excepcionales que avaloraban á sus ojos las condiciones de su carácter.

No queriendo contrariarla, llevó suavemente la conversacion al asunto de que primero se habían ocupado y habló de nuevo de la vida campestre.

—Mi padre dice que la casería te agrada mucho.

—Sí, prefiero el campo, el verdadero campo, lleno de luz, de aire, de olores y de matices, al pueblo de estrechas calles y chatas casas, con sus aldeanas fisgonas y sus señoritas cursis.

José se echó á reir.

—Tienes razon, dijo; el pueblo es aburrido, el campo es delicioso.

—Para una temporada, contestó Mercedes.

—Oh, no! para la vida!

—Imposible!

—Fijate bien en ello y verás cómo me das la razon: la casa propia, el nido, el lugar del reposo y la felicidad, sola, aislada, llena de comodidades, de caprichos y de recuerdos, en el campo, sin vecindario, sin miradas extrañas, segura, tranqui-

la, libre de las molestias sociales...

—Pero siempre? eso es el desierto! exclamó Mercedes.

—No lo creas; el periódico y el libro te traen todas las novedades del mundo; desde tu casa contemplas las variantes de la moda, las innovaciones del arte, los descubrimientos de la ciencia; y tu pensamiento sigue sin interrupcion esas corrientes que empuja el tiempo y que enriquecen á cada paso el contingente que le lleva como tributo cada generacion.

—Es una vida contemplativa, dijo riendo Mercedes.

—No, una vida íntima, afectiva, repartida entre los seres amados.

—Vida de ermitaños.

—No tal; siendo dos para acompañarse, no hay soledad posible. Tú crees como la generalidad que la sociedad indiferente acompaña?

—Creo que distrae, que recrea ocupando el vacío del pensamiento que tiene sus cansancios y sus desmayos.

—Muy bien; desde luégo quedamos en que la masa indiferente y extraña no dá compañía, únicamente ofrece distraccion. No me opongo, porque yo creo como el ilustre Campoamor, que el

peor infierno es el del aburrimiento; pero vamos á concretar el asunto.

—Es decir, á bosquejar el sueño...

—Antes de ser reales son siempre soñadas nuestras dichas, primita; con que sueño ó deseo, fijate en su valor.

—Ya me fijo.

—Supongamos que un matrimonio jóven, bien equilibrado, es decir, bien unido por los gustos, las aspiraciones, la estimacion y el cariño, elige para residencia una de esas casas tranquilas, escondidas entre un parque ó una huerta, para preservarse de los indiscretos...

—Un castillo estaria más en carácter, dijo riendo Mercedes.

—Sea un castillo, pero te aseguro que el nombre me es indiferente en este caso.

—Bueno, sigamos suponiendo.

—Instalados en esta residencia, consagrándose á ocupaciones útiles y amenas, cuidando de su hacienda, educando hijos sanos y robustos, esparciendo con su caridad semillas de consuelo y de gratitud sobre esos desheredados de la fortuna, que luchan contra la miseria y el abandono, sin otras armas que la irritacion y el odio contra los felices, consagrándose al bien...

—Todo eso es tan santo que se necesita una virtud ascética para realizarlo.

—No lo creas, no es preciso ser santos, basta con ser buenos. Este matrimonio podría abandonar su residencia algunas temporadas, ir á contemplar los prodigios del arte en las grandes ciudades, gozar de la animacion de sus fiestas, elegir lo mejor de las innovaciones de la industria, y cuando se cansaran volver contentos á su retiro, cargados de recuerdos que amenizarian su soledad, y bendiciendo su paz y su aislamiento despues de sentir el cansancio de ese movimiento inútil, que aprovechan los más listos, y que sólo sirve para los inocentes de abismo inevitable donde se hunde la salud y la riqueza de los que no saben huir de su atraccion.

—Perfectamente, y como la pareja del cuento no será eternamente jóven, en el reposo de la vejez tendrá dos cansancios, el del cuerpo y el del espíritu; el uno inclinado bajo el peso de los años, el otro bajo el peso del hastío.

—La vida renace en los hijos, la primavera se reproduce; los ancianos campesinos gozarian con otras alegrías.

—La vida es hoy fiebre y lucha; el reposo es imposible, á ménos que no sea la inaccion material.

—No lo creas: cada día se acentúa más la necesidad de volver al antiguo aislamiento, si bien sea convencional y se acepte como descanso. Las más elevadas familias pasan hoy una parte del año en sus propiedades; pronto serán imitados por los más humildes y se poblarán las abandonadas haciendas de los campos, llevando este género de vida el bienestar á las familias que se unirán en su soledad, la prosperidad á los capitales que serán vigilados por sus dueños, la moderacion en los gustos, pues el lujo acabada la competencia será un derroche inútil.

La marquesita y su primo habian llegado á la vista de la casería y se detuvieron para esperar el carruaje.

—El lujo seguirá imperando donde quiera que se encuentre la sociedad rica y desocupada, dijo Mercedes con cierta amargura; es el vicio de la época, y como encierra tantos goces!...

José miró á Mercedes fijamente; aquella queja contenida en que se recordaba el fausto y la vanidad, le hizo daño.

—No creas que encierra goces, querida mia, dijo con tranquilo acento. Tú sólo has visto del lujo la parte bella, la que seduce á la mujer con su brillo y su novedad, pero tú no sabes que esa

comedia social tiene á veces desenlace dramático de resultado tristísimo.

—No lo niego, dijo Mercedes con tristeza, ó por mejor decir, lo sé muy bien, pero es tan atractivo imponerse, dominar, lucir...

José Luis miró á Mercedes que bajó los ojos.

No se atrevia á protestar abiertamente contra aquellas tendencias, que tan profundamente lo disgustaban, por temor de perder la confianza que parecia concederle su prima.

Procuró ganar tiempo desvaneciendo aquella impresion.

—Quieres que nos bajemos? preguntó; por aquí han de pasar, y como la mañana está tan hermosa podemos esperarlos.

—Como quieras.

José bajó y ayudó á Mercedes que saltó con ligereza al suelo.

José Luis llamó á uno de los trabajadores que escardaban la siembra y le encargó que tuviese los caballos, en tanto que él buscaba con la vista un sitio cómodo para que se sentase Mercedes.

Entre dos cuadrillas de trabajadores que manejando con gran agilidad los amocafres, quitaban de entre el trigo las yerbas y matojos, labrando la tierra, seca ya en la superficie, descu-

brió unas piedras sombreadas por el pico de una loma inculta, que se cubría de cardos, retamas y palmitos.

—Aquí podemos sentarnos para esperarlos, dijo.

—Como quieras.

—Señorito, dijo el jornalero que había quedado al cuidado de los caballos; ponga V. las mantas sobre la piedra para que se siente la señorita: ahí están con las chaquetas y los sombreros.

—Gracias, hombre; con mucho gusto, dijo Fonseca cubriendo con una de aquellas gruesas mantas negras y blancas, tegidas en el país, una piedra larga y lisa como un divan antiguo. Siéntate Mercedes.

—Me llevo los caballos? preguntó el mozo que contemplaba con la boca abierta á los dos jóvenes.

—Sí, dijo Mercedes, iremos á pié.

—Te cansarás.

—No.

—Bueno, pues llévatelos, y dile á Ramon de mi parte que te dé un jarro de vino para que os quiteis la sed.

—Vaya, pues Dios se lo pague; á su salud será y á la de la señora, hasta más ver; quede su

merced con Dios y la compañía, dijo el labrador deshaciéndose en cumplidos y alejándose con los caballos.

—Tú crees, Mercedes, dijo José reanudando la conversacion, que hay más felicidad en esa vida de lucha, de odios, de vanidad, que en el modesto retiro donde el cariño, como una muralla impenetrable nos oculta las miserias del exterior, donde la virtud es el brillo que deslumbra y la verdad el reposo del espíritu...

—Oh! dijo Mercedes riendo; á tal altura yo no puedo discutir. La felicidad es relativa; para mí consiste en no aburrirme, en la independenciam de mis actos, en la satisfaccion de mis gustos.

—Repara, dijo José Luis bromeando, que en esa felicidad estás tú sola, y ese es el egoismo.

—Acaso no lo estoy en la vida? preguntó con profunda tristeza Mercedes.

—No, pero aún admitiendo que lo estuvieses y ciñéndonos á la soledad moral, ésta seria pasajera. Tu vida empieza ahora, elegirás un compañero, crearás una familia, y entónces no podrás definir así la felicidad, porque ni habrás de aburrirte, ni necesitarás independenciam, ni pondrás tus gustos sobre los de los séres amados; ántes bien, los olvidarás para seguir los suyos.

Mercedes habia enrojecido al oir á José Luis, y quiso cambiar de conversacion.

—No oyes el coche? preguntó.

—Tardarán aún un rato; ellos rodean mucho y nosotros hemos seguido el camino recto por la trocha.

Una hermosa mariposa de alas aterciopeladas, teñidas de un color pardo oscuro y salpicadas de oro, levantó su pesado vuelo y se alzó como si buscara los rayos del Sol, rozando casi el rostro de Mercedes.

—Ah! exclamó ésta; qué hermosa!

José Luis tiró hácia ella el sombrero, con tal tino que la hizo caer á tierra prisionera.

La tomó con gran cuidado para no despintar sus alas y la trajo á su prima.

—Es magnífica! dijo ésta; qué tamaño y qué color! No la he visto más hermosa.

—Cómo la llevarás?

—No lo sé: si la guardo se le romperán las alas.

La habia colocado sobre su falda y el sombrero de José seguia sirviéndole de cárcel.

—Dáme un alfiler y la clavaré en tu gorrita como un adorno, verás qué sorpresa le das á Isabel.

Mercedes buscó el alfiler en su chaquetilla y

sin la menor objecion lo alargó á su primo.

José tomó cuidadosamente la brillante mariposa de alas aterciopeladas con círculos de oro, y sin deteriorarla en lo más mínimo la clavó con presteza al sombrerito de paño negro que Mercedes llevaba puesto.

Al inclinarse hácia ella y ver de cerca aquel cuello blanco y fino, aquellos ricillos rubios que el viento deshacia á su antojo, aquel talle elegante y gracioso aprisionado en la correcta amazona, un relámpago de pasion iluminó su mirada grave y serena, y un ligero estremecimiento hizo vacilar su mano al clavar el radiante insecto alado, que habia perdido su libertad y su vida en aras de un capricho.

Los trabajadores produjeron en aquel momento una gran algazara.

Era que llegaba el vino y celebraban con palmas y gritos el obsequio.

El coche apareció en aquel momento en la vuelta del camino y José y Mercedes se apresuraron á salir á su encuentro.



## CAPITULO XXXII.

Isabel tuvo deseos de seguir á pié cuando supo que Mercedes y José habian decidido dar ese paseo.

—Ay que mariposa tan linda! fueron sus primeras palabras al fijarse en la que adornaba el sombrero de Mercedes. Dónde la has cogido?

—Ha venido ella voluntariamente á buscarme, dijo riendo la marquesita.

—Mira que sí! A ver si vemos otra.

—No puedo ofrecerte ésta, dijo Mercedes en el mismo tono, porque supongo que ha venido con algun mensaje venturoso para mí; ya sabes que las malas nuevas se encargan de traerlas los mos-

cardones negros, y las buenas las mariposas doradas.

—Y qué te ha dicho? preguntó Isabel siguiendo la broma.

—Hasta ahora nada, estará meditando su discurso...

—Si quieres que yo sea el intérprete, dijo José, me ofrezco á ello: el idioma de estos sutiles embajadores no es muy claro que digamos.

—Pues tradúcelo, será curioso lo que piense una cabeza que no tiene seso.

—Pues oye; la mariposa, ántes de morir, te ha dicho, y yo lo he oído perfectamente:—aprende en mí lo que vale la libertad sin objeto y la belleza que deslumbra. Pobre gusano, era útil labrando el capullo ó reproduciendo mi especie; mariposa brillante he volado al azar encantada de lucir mis alas al sol, no para guiar á mis hermanas al trabajo, como lo hace la industriosa reina de las abejas; ni para encontrar como el débil pajarillo al amado compañero que espera en el nido, sino como átomo de polvo que la vanidad tiñó de colores y que deshizo el capricho!—

—Vaya un sermón! dijo Isabel que por lo visto había hecho las paces con su hermano, pues lo acariciaba como de costumbre; anda, Pepe, hijo

mio, no te pongas grave, que hoy es día de reir.

José miraba á Mercedes esperando la respuesta.

—Y qué habia de hacer ese pobre átomo de polvo sino flotar y lucir, ya que en su inutilidad sólo tenia la belleza como don divino? No era suya la culpa, si habia nacido mariposa en vez de nacer abeja.

—Es cierto, y como todo sirve en la naturaleza, ya que no para otra cosa puede servir de ejemplo para demostrar lo efimero de la vanidad.

—Ejemplo inútil, primo; la humanidad no aprende con parábolas; buena prueba de ello es que ha olvidado las que nos legó Jesús.

—Pues no estais poco elevados! dijo con asombro Isabel: vaya, dejaremos ahora esas filosofías y vamos á coger lirios y amapolas para papá.

—Buena falta le harán á papá tus lirios y amapolas, dijo con impaciencia José; ya tiene flores; Mercedes ha mandado á Colás traer una carga para adornar la mesa con ramos y guirnaldas.

—Y por qué no me lo decias? preguntó Isabel?

—Para sorprenderte: tu mamá está en el secreto.

—Pues vamos pronto, y las iremos colocando.

—No hay prisa. Son las diez y media, dijo Jo-

sé mirando el reloj, y hasta las dos no comeremos.

—Pero aún tardaremos en llegar.

—Media hora cuando más, yendo despacio; además mamá lo tendrá todo dispuesto.

—Bueno, pues entónces podemos coger los lirios; mira qué lindos son!

—Vamos á cogerlos, dijo Mercedes dirigiéndose á una pequeña hondonada, que aparecía cubierta de esos preciosos lirios de los valles, blancos y morados, que crecen sin cultivo, y que son el más bello adorno de los campos.

Las dos niñas se cogieron de las manos para bajar sin riesgo de caerse por la empinada loma, en cuya cima se encontraban.

—Sabes tú, preguntó Isabel á Mercedes en voz baja, lo que las de Valdés dijeron esta mañana á mamá en la Iglesia? Me pareció que se habian molestado.

—No sé nada, contestó Mercedes.

—Cuando acabó la Misa, mamá fué á salir por la puerta de la sacristía para llegar más pronto, y las de Valdés, que estaban allí, le salieron al encuentro.

—Y qué? preguntó Mercedes.

—Le dijeron que iban á dar á papá los dias, y

mamá les dijo que hoy pasábamos el día en el campo, por el luto, pero que estaban dispensadas.

—Hasta ahí lo sabía yo, pero como tú crees que se disgustó después...

—Tanto como disgustarse, no; pero que no le agradó, estoy muy cierta.

—Pero qué fué?

—No sé; Paquita dijo algo, y mamá contestó con mal humor.

—Bah! tonterías!...

—Niñas! gritó José, vamos á pasar el día aquí?

—Baja y ayúdanos, contestó Isabel.

—Pero para qué son tantos lirios?

—Tú eres el perro del hortelano, que ni come ni deja comer, dijo Isabel riendo; ya que no nos ayudes, déjanos.

—Ya hay flores de sobra.

—Las flores no estorban nunca, dijo Isabel.

—Niñas!... gritó haciendo de sus manos una bocina y con festiva amenaza José: que os abandono aquí á los secuestradores que merodean por estos campos.

—Cuánto vas á dar por nuestro rescate? le preguntó Isabel levantando la cabeza para sonreírle. De repente palideció y los lirios que llenaban

sus manos cayeron al suelo, sin que pensara en recogerlos.

Habia visto avanzar por las tortuosas veredas de la cañada a un cazador que reconoció en el acto.

—Vámonos, dijo á Mercedes.

—Pero qué te pasa? preguntó ésta; has tirado los lirios; viste algun bicho, qué era?

—Nada, nada; vámonos, yo te lo ruego.

Mercedes, creyendo que se trataba de algun lagarto, reptil que abunda mucho en aquellos campos, y al que tenia un miedo terrible, tiró los lirios y echó á correr.

Sospechó José Luis que afectaban miedo siguiendo la broma, y corrió á ocultarse en una revuelta del camino, pero en aquel momento vió aparecer á corta distancia del lugar en que se encontraba á Angel Encinar, con la escopeta en la mano y una paloma torcaz en la otra, que sin duda habia matado en los terrenos de Fonseca.

—Qué feliz casualidad, dijo afectando sorprenderse. Yo no podia imaginar encontrar á ustedes aqui!

—Por qué razon? preguntó José.

—Tengo entendido que tu padre celebra hoy sus dias.

—Ya sabes que tenemos luto, dijo con una se-

quedad que en vano queria disimular José, y para celebrarlos en familia nos hemos venido al campo.

Las dos jóvenes llegaban en este momento, y saludaron, con frio desden Mercedes, que se explicó la sorpresa de Isabel, creyendo, no que deseaba huir, como era en realidad, del atrevido cazador, sino aproximarse á él, y con gran turbacion Isabel.

José no se movió. Esperaba que Angelito se detuviera allí, despidiéndose, pero el del Encinar era osado, y no se paraba en barras.

Apénas sus primas, elevadas por él á embajadoras de sus pretensiones, le habian dado cuenta del fracaso de su mision, pues Doña Manuela, á la que habian visto los dos dias seguidos en la Iglesia, no habia sido, segun decian las interesadas, ni para invitarlas siquiera, aunque ellas, era cosa sabida, no lo hubieran aceptado, ni para que diesen un paseo, ya que no á la comida, como lo habian hecho otros años, porque desde que tenian ahí la sobrina marquesa estaban intratables; y eso que le habia indicado en voz baja á la de Fonseca que tenia que hablarle, pero ésta le habia contestado con su tranquilidad habitual, que estaba muy de prisa porque se le habia hecho tarde.

De toda esta relacion habia deducido Angelito

que podía ir á la casería, porque tenia permiso para cazar en su coto, y demostrando ignorar que estaban allí sus dueños, era la casualidad la que le hacia encontrarlos.

Si le habian advertido algo de las visitas, del campo no le habian dicho nada, y no era cosa de estar en Villaclara para perder ocasiones tan ventajosas.

—No han venido tus padres? preguntó á José.

—Sí, pero nos hemos detenido nosotros dando un paseo.

—Entónces, ya que estoy aquí, voy á felicitar á Don Francisco.

Y pasando al lado de José se dispuso á seguir con él hácia la casería.

—Como quieras, dijo ocultando su contrariedad José, pero quizás no esté en la casa; como no hacemos fiesta alguna se habrá ido á las olivas.

—En ese caso, dijo con su sonrisa pretenciosa Angelito, saludaré á tu madre; ya estando aquí y en este dia, no sería perdonable que no cumpliese con ese deber.

—Seguid vosotras cogiendo lirios, niñas, dijo José Luis que no queria que siguieran al lado de Angel; os enviaré á Colás, y si estais causadas vendrá el coche.

---

—Pero quieren ustedes lirios? preguntó Encinar; pues si está el suelo bordado con ellos! Vamos á bajar al valle y los cojeremos.

—Es inútil, dijo Mercedes con sequedad; Cóllas vendrá á buscarlos.

Y tomando el brazo de su prima, que estaba asustada, siguió con ella hácia la casería, á tal distancia de José y Angel, que apénas oían la sonora voz del futuro marqués del Encinar.

---



### CAPITULO XXXIII.

Doña Manuela creyó que era mucha la distancia que tenian que recorrer las niñas, y apénas llegó á Casa Blanca hizo volver el coche á recogerlas.

Mercedes é Isabel no se hicieron esperar mucho, pues por diversos motivos ambas deseaban esquivar la presencia del vanidoso pretendiente.

Mercedes nada dijo á su tia cuando llegaron, y corrió á explicar á su tio el secreto del escritorio, que como es natural, aunque detalle accesorio una vez recogido el hallazgo, lo llenaba de curiosidad é interés.

Isabel se detuvo confusa al lado de su madre, como deseosa de que la preguntase, y ésta no

tardó en hacerlo, extrañando que no llegase José Luis con ellas.

—Es que, dijo Isabel vacilando, se encontró á Angelito que estaba cazando, y no sabia que estábamos hoy aquí...

—Ya!... dijo la madre con cariñosa malicia.

—Se entretuvieron hablando, y como nosotros veníamos delante, nos subimos al coche sin decirles nada.

—Viniendo tu hermano pudo haberos acompañado Encinar.

—No, mamá, dijo Isabel poniéndose muy encarnada y sintiendo ganas de llorar; si yo no sé lo que tiene mi hermano con ese pobre muchacho, que no lo puede sufrir! Le ha puesto una cara, que yo no sé cómo no se ha ido...

—Tu hermano hace bien, hija mia; donde hay señoritas no está bien que entren y salgan con toda confianza jóvenes que no tienen derecho alguno para ello.

—Pero Angel es amigo, dijo Isabel con timidez, ningun motivo ha dado para que mi hermano lo trate mal.

—No hay tal cosa.

—Ya viste lo que ocurrió el otro día

—Nada más natural entre amigos que visitarse

particularmente, para evitar cumplimientos con la familia; eso se lo dicen todos los días los muchos unos á otros, y no es desaire, ni quien tal vió.

—Vaya mamá, que parece que no viste tú la cara de Pepe cuando se fué Angelito; no habló palabra y estaba de muy mal humor conmigo.

—Contigo! Qué locura! Qué motivo puedes tener para decir eso?...

—Es que mi hermano, dijo Isabel que dejó escapar dos lágrimas, de esas que rebosan del corazón cuando no tiene penas á la menor contrariedad, cree que Angel viene por verme á mí, y no quiere que venga!

—Que chiquilla! dijo Doña Manuela atrayéndola suavemente y besando aquellas frescas mejillas húmedas por las lágrimas; ¿y por qué tu hermano se ha de oponer á que te vea Villalba? Qué motivo tiene?

—Porque no le gusta, no quiere que yo lo mire siquiera.

—No sé nada de eso, pero si es así será preciso saber las razones que tiene para ello, porque José no es capaz de contrariarte por capricho; y si se opone tendrá razón.

—Eso es, dijo Isabel volviendo á llorar; sólo

me falta que tú le des la razon á José; Mercedes tampoco lo quiere...

—Ah! dijo Doña Manuela por cuya mente pasó la sospecha de que la opinion de Mercedes hubiera influido en su hijo para juzgar á Encinar; cómo lo sabes?

—Ella misma me lo ha dicho.

—Y se lo ha dicho tambien á tu hermano?

—Creo que no, pero yo le dije que á José no le gustaba y se alegró.

—Bueno, bueno, ya arreglaré yo eso. Por lo pronto ese caballerito no debia ir y venir sin participar á tu padre á lo que viene.

—Pero mamá, si á mí no me ha dicho nada! Como no le han dado tiempo!

—No le hubiera faltado si hubiera querido, y te confieso que aquí hay algo extraño.

—Pero qué es?

—No lo sé, no puedo saberlo, pero habrá que tener cuidado.

—Pero por qué, mamá?

—Ya te he dicho que no lo sé, pero lo que sucede no es natural: siempre te ha galanteado, y si no viene al pueblo por tí, por quién viene?

—Pues claro que viene por mí...

—Ya hablaré yo con José, no te ocupes tú de

eso y ten mucho cuidado de no molestar á tu hermano; él no quiere más que tu bien. Vete con Mercedes, que van á llegar y no quiero que te vean conmigo y con los ojos llorosos... Vaya una tontería de niña! Llorar sin motivo, y en un día como éste, cuando tantos beneficios debemos á Dios; eso es ofenderlo y ser desagradecidos.

—Perdona, mamá; pero yo he llorado....

—Bueno, bueno, no quiero explicaciones; véte y lávate los ojos, que papá no te vea así, y no seas tan chiquilla en todo, que ya es tiempo que tengas formalidad.

Isabel salió despues de besar á su madre, y Doña Manuela quedó pensativa: sería la influencia de Mercedes la que se interponia entre su hija y Angel?

Reconocia en la marquesita gran lealtad, y no podia admitir que se propusiera perjudicar á Isabel, pero las rivalidades de las muchachas son tan extrañas y á veces tan inesperadas, que era preciso estar con cuidado, por si á pesar de la altivez de la marquesita se le ocurría coquetear con perjuicio de la inocente Isabel.

Recordaba el frio recibimiento que Mercedes habia hecho á Encinar y no podia comprender que tuviese otros motivos que la preferencia dada á

---

Isabel; pero y José, por qué mostraba descontento por esa preferencia? Era en realidad un hombre indigno de su hijo? En ese caso era conveniente cortar cuanto ántes todo trato con él: Isabel habia llorado y esto demostraba interés, por lo cual se debia evitar que se impresionase demasiado en este asunto.

---



## CAPITULO XXXIV.

El ingeniero contestaba apenas á la charla presuntuosa y prolija con que Angel Villalba le daba cuenta de sus proyectos de viaje, de sus caballos, de las mejoras que pensaba hacer en sus fincas y de todo lo suyo; en fin, asunto preferente de las conversaciones del jóven aristócrata, que sin conocer lo aburrido que es para el que escucha el tema de asuntos que por ningun concepto le interesan, creía que no habia nada más digno de atencion que aquello que se referia á su linda persona.

De repente preguntó á José:

—Cuánto tiempo piensas estar por aquí?

—No lo sé, contestó con sequedad Fonseca.

Acaso días, acaso toda la vida! No tengo nada acordado.

—Dichoso tú, chico; tu carrera te ofrece medios para lanzarte á los viajes, á los grandes estudios, á las empresas colosales. La mía es una insulsez, es no tener nada...

—Cómo! pues no te gusta? Yo la encuentro muy útil é importante.

—Calla hombre, por Dios, tener que comprender el sentido de la ley escrita en un país en que lo escrito es letra muerta y la interpretación personal y accidental se impone: aprender un código aquí donde con reales órdenes y decretos se cambian, anulan y modifican semanalmente todas las leyes habidas y por haber... querer administrar justicia donde todo se compra y se vende, ó al ménos se cree que se vende, eso es terrible!...

—Pero tú no ejerces...

—Dios me libre! No me faltaria otra cosa que encerrarme en un despacho para oír las majaderías de cada hijo de vecino que se le ocurriese ir á contarme si robó ó le robaron, si mató por necesidad ó se murió de miedo la víctima, si lo acusan por una calumnia... el abogado en ejercicio es un mártir de la sociedad, obligado á mentir para defender á un canalla que á su defensa se acoje,

argumentando contra toda razon y hasta contra toda lógica, para defender á la parte que le paga ó lo ocupa aunque su conciencia le diga que la verdad es precisamente lo contrario...

—Si lo miras por el lado malo le encontrarás defectos, pero tiene tambien mucho de noble y hermoso un ejercicio que permite salvar la vida de un hombre, reclamar un derecho hollado, devolver lo que le pertenece al que fué injustamente despojado...

—Ta! ta! ta! Pamplinas, chico, pamplinas. Si el acusado se salva nadie piensa en el abogado que lo defendió de grado ó por fuerza; si es rico compró á los jueces, si es pobre no habia motivo para condenarlo: el letrado es un cero á la izquierda.

—Calumnias á la clase.

—He comprado ese derecho con doce años de fastidiosos estudios, de exámenes horripilantes y de cuentas estupendas! Pero en fin, soy todo un abogado, y aunque en realidad no sé una palabra de leyes, ni conozco otras partidas que las serranas que suelen jugarme amigos y amigas, le he dado gusto á papá, y su heredero, despues de muchos suspiros y tropezones, tiene un título de licenciado en derecho puesto en un marco para adornar su cuarto, que le cuesta, palabra de ho-

nor, más caro que si fuese un cuadro de Murillo.

—La agricultura te gusta más?

—Qué ha de gustarme si la agricultura está muerta!

—Otro difunto!

—No te burles, que es verdad: en tanto que la tierra pague más que produce y que se cultive con la rutina de nuestros abuelos, nada podemos hacer.

—Cultiva tú con sistemas nuevos; la prueba serviría para que se generalizasen las ventajas que ofrezcan los adelantos de la industria. Al que las comprende le corresponde convencer con el ejemplo.

—Más adelante, puede ser; hoy soy hijo de familia y no me ocupo de nada más que de divertirme.

—Eso te ocuparía.

—Me aburre entenderme con esta gente tan záfia é inculta.

—Pues son muy dóciles y aprenden con gran facilidad.

—Bah, chico, tú no los conoces ó los has olvidado; son terribles.

Llegaban ya á la casería y José contrariado con la presencia de Angel guardó silencio.

—Las niñas ya llegaron, dijo Encinar.

—Así parece.

—Sabes que tu prima es preciosa, exclamó Angel con involuntario entusiasmo.

José se volvió vivamente sorprendido del calor de aquella frase que parecía responder á oculto pensamiento.

La sonrisa presuntuosa que vagaba en los labios del futuro marqués le inspiró otra de desden é indiferencia.

Pero á su pesar, y aunque nada contestó, recordaba el acento de Encinar al hablar de Mercedes, y lo recordaba con disgusto.

Al rodear el camino que desembocaba en la plazuela cercada de almendros y rosales que se extendía ante la fachada principal de la casa, vieron á D. Francisco que salía sin duda á esperarlos.

—Hola! dijo con su acostumbrada bondad; bien venido!... Cómo es que anda V. por estos andurriales?

—Muy sencillo, dijo Angel estrechando su mano; salí á cazar como de costumbre y me encontré con la familia que me dijo el día que era y el motivo de pasarlo en el campo.

—Ya comprendo...

—Entonces dije, pues ya que es San Francisco y estoy tan cerca, llegaré á darle los dias al señor Fonseca, porque con los amigos no reza el luto.

—Gracias, querido: hubiera tenido mucho gusto en poder ofrecerle diversiones y fiestas, pero en fin, ya que no pueda ser otra cosa, nos acompañará á comer.

Angel Encinar se estremeció de gozo. No hubiera cambiado el convite que acababa de hacerse por otro en el Palacio Real.

Colmaba todos sus deseos, puesto que en la mesa, donde siempre hay mayor expansion, estaria Mercedes, á quien tan ardientemente deseaba ver.

—Mil gracias, señor D. Francisco, dijo sin poder disimular su alegría; se lo agradezco mucho porque es una prueba de amistad, y la acepto. Ya le daré yo envidia á papá diciéndole que este dia he comido con usted.

—Me gustaria que tambien nos acompañase él; hace tiempo que no lo veo y siempre fuimos buenos amigos.

—Si lo quiere á V. muchísimo! Siempre está hablando de las correrías de ustedes por Granada!

—Ja! Ja! Qué buenos tiempos aquellos! Mejores que los vuestros, todo va á ménos, los hombres y las cosas.

—Si los muchachos de esta época no se divierten! Si nacen viejos y achacosos y desengañados!..

—Algo hay de eso, pero vamos y tomará usted una copa de vino y un dulce...

—Si me lo permite rondaré la casa en busca de una perdiz ó un conejo y volveré á la hora de la comida; las señoras estarán ahora ocupadas y no quisiera molestar.

—De ningún modo, pero me parece bien que no se prive de la caza; no dejará de encontrar algo. Comemos á las dos.

—Pues hasta luégo. Quieres acompañarme? preguntó á José.

—No, estoy cansado.

—Has perdido en París la costumbre de andar?

—Puede ser.

—No insisto, adios.

Encinar se alejó y José dijo á su padre:

—Siento que lo hayas invitado á comer.

—Por qué, hombre?

—Era una comida de familia.

—Anda enamorado de Isabelilla, y aunque diga que viene á verme á mí sé á lo que viene y hay que contentar á la muchacha. La pobre metida en el pueblo no ve á nadie.

—No creo que esté ese tipo enamorado de na-

die más que de sí mismo, y me alegro, porque no me gusta para mi hermana.

—Sabes de él algo malo?

—Es necio y holgazan: te parece poco?

—Bah! bah! Eso es propio de todo muchacho educado en provincias, pero es de buena familia, parece honrado, es rico, y si ella lo quiere....

—Ella no lo querrá, porque yo haré que se desengañe.

—Pero qué motivos tienes?

—No merece á mi hermana.

—Déjate de tonterías; se casa al hijo cuando se quiere y á la hija cuando se puede. Metidos en Villaclara no han de llover partidos á la niña.

—Isabel no tiene prisa ninguna, y además ella saldrá y brillará como le corresponde.

—Bueno, bueno, yo no tengo empeño en nada de eso, tu madre lo arreglará.

—Pues es forzoso que lo arregle pronto, porque te advierto, papá, que me mortifica verlo alternar en nuestro trato.

—Pero eso es una manía, á ménos que no tengas un motivo que yo no conozco, no puedo comprenderlo.

—Te aseguro que no, es más bien un presentimiento...

—No juzgues á nadie por impresiones: Dios nos ha dado la razon para apreciar los hechos, no para inventarlos.

Y sonriendo, porque le parecia que el exceso de celo de su hijo demostraba más que las faltas de Encinar el cariño que sus hijos se profesaban, se fué hácia la siembra, que convidaba á admirarla de cerca, en tanto que Pepe subia á decir á su madre que el convite hecho por su padre le habia parecido muy mal.

Y como Doña Manuela habia ido á dar una vuelta por la cocina, se fué al lado de las niñas que adornaban la mesa en el gran salon central.





## CAPÍTULO XXXV.

Don Francisco habia querido solemnizar sus dias y pagar á Mercedes su valioso regalo, dándole cuenta de la próxima devolucion, mediante el hallazgo de la escritura, de los bienes de sus abuelos, de los cuales le correspondia la parte de su padre.

Gran alegría sintió la pobre niña al saber que aquella circunstancia providencial, aquel encuentro inesperado, le aseguraba una posicion independiente, haciendo á sus ojos amable la casa de sus tios, que administrarian su caudal, desapareciendo el triste motivo que parecia obligarla á recibir su limosna.

Justificada su presencia en casa de Fonseca por

su menor edad y su carencia de parientes más inmediatos, ya no tendría prisa en salir de allí, pues á nadie podía ocurrírsele que fuese una carga pesada para los tios ricos, siendo la sobrina rica también.

Don Francisco, que se encantaba con la rectitud de juicio y la seriedad de Mercedes, le expresó detalladamente el asunto, en tanto que miraba una y otra vez el bendito escritorio donde habia permanecido tanto tiempo guardado aquel interesante papel que encerraba tales ventajas para el porvenir de sus hijos.

—Y asciende á mucho, preguntó Mercedes, nuestra herencia?

—Sí, puesto que en esos bienes se incluian con los libres del caudal de mi abuelo, los de su esposa. No puedo precisarte la suma, pero es muy importante.

—Habrá que acumular las rentas indebidamente gozadas, dijo Mercedes.

—Esa va á ser la cuestion batallona, porque las tierras, las casas, los cortijos, los olivares, las dehesas, ahí están y el que las haya comprado de quien no era su dueño las ha perdido, pero el dinero no es tan fácil, por aquello de que lo comido y lo alegrado nadie lo ha quitado.

—Si tienen para responder...

—Ese es el caso, que tengan; el caudal se dividió y luégo, que, te lo diré francamente, dejarlos sin nada me horroriza; venga el caudal de mis padres, y si durante tanto tiempo ha producido para otro, me consolaré pensando que vuelve á mí por un favor del cielo, y me servirá de lección para no hacer jamás documento alguno que no se ajuste á la verdad y la justicia.

Mercedes guardó silencio.

—Qué te parece á tí? preguntó Don Francisco.

—Lo que tú hagas será siempre lo mejor y lo más justo; pienso exactamente lo mismo que tú.

—Me das una gran alegría. Ya te avisaré para que lo conozcas todo...

—No tengo prisa, y nada quiero saber más que lo que tú me digas.

—Te lo agradezco, hija mia; me agrada verte así: la juventud es desinteresada.

—No lo creas tío, no es desinterés, es justa confianza en tu opinion; por lo demás yo amo y odio al dinero.

—Cómo es eso?

—Cuando pienso que de tenerlo mi padre no se hubiera matado, siento una envidia rabiosa de los que lo tienen, una sed devoradora de él, pues

creo que encierra en su misterioso poder el remedio á todos los males, la satisfaccion de todos los deseos.

—Así es, en efecto, y por desgracia; como á cambio de él se dá todo, como dependemos en absoluto dentro del régimen en que vivimos de lo que con él se paga, el dinero es una necesidad esencial de la vida, pero sólo como necesidad, y para emplearlo bien debemos apreciarlo.

—Sí, sólo como necesidad, para que nos dé la independencia, la fuerza, la personalidad que se pierde no teniéndolo. Una mujer pobre es dos veces mujer, dos veces esclava, por mujer y por pobre.

—Es gracioso!

—Siendo rica nadie tiene el derecho de juzgar sus actos, que todos encuentran oportunos; las censuras sólo son para la que es pobre; ella si se casa, hace negocio, si se pierde se vende. Jamás es juzgada con equidad, ni se tiene en cuenta para disculparla el corazon ni los sentimientos.

—Tú exageras, criatura!

—Te aseguro que siendo pobre no me hubiera casado jamás, por temor á que me creyesen vendida; para las pobres los conventos y las asociaciones religiosas!

—Pero eso es una locura! Porque una mujer sea pobre no puede compartir la riqueza ó el producto del trabajo de su marido, y hacer con su virtud y su amor la dicha de una familia?

—Siendo pobres los dos, puede pasar.

—Vamos, vamos, niña; déjate de filosofías que nosotros no hemos de arreglar el mundo! Ricos ó pobres los que se quieren, hacen bien en casarse, y tú te casarás y serás muy feliz.

—Ya no me parece tan difícil, dijo riendo Mercedes, puesto que te he regalado para tus pobres mi dote de monja.

—A mí me parece muy fácil; pero Dios dirá.<sup>1</sup>

—Mercedes! gritó Isabel, vamos á adornar la mesa?

—Bueno, dijo aquella, como quieras.

—Pues te estamos esperando.

—Ahora iré.

—Vé, hija mia, yo voy á dar una vuelta por ahí; la siembra está tan hermosa que dá gusto verla.

—Esta tarde saldremos al campo?

—Cuando quieras; ahora hace un poco calor para vosotras, con que hasta luégo.

—Adios tío; te vamos á preparar para que festejes tu santo una mesa como la de un rey.

—Picarilla! rey entre vosotros...

—Rey entre los buenos, como el mejor de todos.

—Vaya, vaya; si te escucho no me voy nunca... hasta luégo.

D. Francisco bajó y Mercedes, contenta y sonriente, fué á buscar á Isabel.

—Qué hacemos de todo esto? preguntó Isabel señalando los montones de hiedra, yerbas olorosas, ramas de laurel y oliva, y flores de todas clases amontonadas en el suelo, ya cortadas, ya en ramas ó macetas, que Mercedes había mandado llevar.

--Qué hemos de hacer, guirnaldas, trofeos, orlas, ramos, coronas, pues pocas cosas que se pueden hacer!

—Vaya, pues dí tú cómo y se irán haciendo.

—Llamaremos á Dolores y á Ramon, estamos pocos.

—Bien podia venir José, dijo Isabel.

Mercedes nada dijo pensando que su primo sufriría la enojosa compañía del empalagoso futuro marqués.

Colás salió para llamar á los criados indicados por la marquesita, con las manos llenas de las flores que estaba arreglando.

José subía en aquel momento la escalera y le preguntó por las señoras.

Ya hemos visto que no hallando á su madre se fué á buscar á las niñas.

Isabel se mostró apurada porque era tarde y había mucho que hacer.

—Ayúdanos, dijo Mercedes, que demostraba una animación extraordinaria.

—Con mucho gusto, contestó José, tú dirás.

Mercedes había acumulado sobre una mesita varios manojos de flores, la aproximó al montón de hiedra y yerbas y se sentó á un lado: José ocupó el otro, y comenzó á tejer con gran habilidad guirnaldas de hiedra, que debían adornar el local.

Dolores y Ramon habían llegado, y Mercedes les ordenó que siguiesen enlazando las hojas de hiedra en la misma forma en que lo hacía su primo: éste les cedió el trabajo y les dijo:

—Después le agregaremos algunas flores silvestres; Colás ha cogido muchas.

—Hagamos nosotros los trofeos, dijo Mercedes.

Isabel que esperaba pacientemente que le pidiesen tijeras, hilos, cañas y ramas, para ir las dando, ya á su hermano, ya á su prima, fué escogiendo palmas, ramos de oliva y laurel y colocándolos sobre la mesa.

—Siéntate, le dijo Mercedes; mira que esto es largo.

—Estoy bien, ya me sentaré.

José fué colocando, sobre maderas recortadas y preparadas con pequeños clavos, los ramos simbólicos que debían ser emblemas de paz, de amor, de gloria, de fuerza y de ventura.

—Eso es, decía; la oliva, con su fina hoja gris formará un penacho airoso, el laurel con su oscura y reluciente hoja, un fondo severo; el mirto y la encina la base, como lo son de la dicha humana el amor y la fuerza, y la palma, signo de triunfo, coronándolo todo.

—Hermano, agrega unas hojas ó una rama de malva-rosa.

—No: eso sería afeminar el emblema.

—Pues á mamá le gustará mucho.

—Ya haremos un escudo para mamá.

—Y la cifra de papá no la íbamos á formar con margaritas, rosas y claveles?

—Eso puedes tú hacer, ir pasando por un hilo las flores y luégo la formaremos nosotros.

—Bueno, dijo Isabel disponiéndose á obedecer.

Mercedes armaba sobre una gran tabla cuadrada, erizada de puntas que servían de apoyo á gruesos hilos, la *corbeille* que iba á llenar el centro de

la mesa, y los pequeños macisos que debían adornar los extremos.

De sus manos blancas y afiladas parecían surgir notas de color sobre aquel fondo de verdura, con tal gusto, con una delicadeza y una novedad que José la miraba extasiado.

El gran salón ó centro de la casa que servía de comedor estaba saturado de perfumes; el reflejo radiante del sol de Abril lo iluminaba con dorados tonos, y dentro de aquella luz, de aquellas ondas de suaves aromas que el viento recogía, de aquella profusión de colores y de aquel movimiento semejante á una exuberancia de vida, la figura gentil y delicada de Mercedes se destacaba con enérgicas líneas, como si de la magia especial que de ella brotaba surgiera el encanto de aquella belleza.

Su cuerpo fino y elegante inclinado sobre montones de flores, que se confundían en una masa informe de color, esperando que su delicada mano las combinase en grupos y guirnaldas, en manchas y líneas, para darles forma y significación, como la da el pintor á los colores de su paleta, semejaba con sus puras líneas marcadas por la negra tela que las cubría, el busto de una diosa blanca y rubia encargada de recoger la herencia de la primavera.

De tal modo se imponía su belleza que Isabel dejó caer sus flores mirándola, y José suspendió su trabajo para contemplar aquel cuadro digno del pincel de Velazquez.

Mercedes volvió la cabeza para pedir unos clavels, y al sorprender aquellas miradas de admiración, un suave rubor tiñó sus mejillas.

—Eso es, dijo disimulando su turbación; no hagan ustedes nada, y no acabaremos con tiempo!

—Esperábamos tus órdenes, dijo José.

—No te burles para disculpar tu pereza, acaba pronto.

—Señorita, dijo Lola, no habrá ya bastante hiedra?

—Creo que no; seguir que no sobraré.

—Traigo ya la escalera, señorito? preguntó Colás.

—Tráela, empezaremos.

—Yo acabo enseguida, dijo Mercedes.

—No por Dios, dijo José, no acabes, estás haciendo una obra maestra.

—Hazla tú mejor si no te gusta, dijo bromeando Mercedes.

José sonrió sin contestar.

—Hágame usted el favor, señorita, le dijo, de guardarme un clavel: yo también tengo que engalanarme.

—Hoy no hay flores para los que no se llamen Francisco, dijo riendo Mercedes; además, en tu plato encontrarás un *bouquet*.

—Eso no, dijo vivamente José; te prohibo que los hagas para todos.

—Y por qué? preguntó con extrañeza Mercedes, dejando de colocar flores y aproximándose á sus primos.

—Porque, dijo con disgusto José, no estaremos solos; mi padre ha convidado á comer á ese necio de Encinar.

Mercedes hizo un imperceptible gesto de disgusto; Isabel se puso como la grana y se bajó para recoger unos jacintos que se habian caído, evitando que la mirase su hermano.

—Sí, tienes razon, dijo con acento indiferente Mercedes; si hay un extraño es preferible no hacerlos, pudiera encontrarlos mal hechos y esas cosas sólo las disimula la familia.

El incidente se dió por terminado, con gran contento de Isabel y no poca satisfaccion de José que comprendió despues de haberlo dicho su imprudencia.

Los criados de nada se apercibieron.

Los macizos de la mesa estaban concluidos y Mercedes procedió á formar la guirnalda que de-

bia encerrar el fondo de espejos que á ambos lados de la gran *corbeille*, y limitado por los macizos, semejaba un lago en cuya superficie se copiasen las flores.

Las cifras F. y M. llenaban los espacios que los espejos, separados allí mismo de sus marcos, dejaban en ambos centros.

En el lugar de estas lunas Mercedes habia hecho colocar los retratos de sus abuelos y bisabuelos.

Las guirnaldas de hiedra, en las que se enlazaron lirios, campanillas y amapolas, adornaron muy en breve las puertas y cuadros; los trofeos se colocaron en los huecos que entre los retratos quedaban, y grandes jarrones antiguos sustentaron ramas olorosas de acacias y azahares en los rincones del vasto salon.

Jardineras de mimbre llenas de macetas con camelias, rosas y claveles circundaban los muros, y con las hojas y flores sobrantes se formó una alfombra á la mesa.

El aspecto que ésta ofrecia era magnífico: la antiquísima vajilla, el delicado cristal y la plata que en ella brillaba completaban el efecto.

Se colocaron dos grandes sillones en los centros para los Sres. de Fonseca y sillas de alto respal-

do para los cuatro jóvenes que debían acompañarlos.

Uno de los trofeos había sido consagrado á Doña Manuela, y se formaba de una rama de naranjo con la flor y el fruto, una rama de malva-rosa, matas de trigo de verde y sedosa hoja, oliva, palma y laurel.

Lazos de cintas de color de oro, blanca, grana y azul sujetaban las guirnaldas y trofeos, y anchas cortinas caían ante las puertas, quedando levantadas las que daban paso á la luz del sol que penetraba por el balcon de la sala.

Era un golpe de vista verdaderamente admirable.

Doña Manuela ocupada en sus preparativos primero y en su conversacion con su esposo despues, no se habia ocupado de los muchachos, que suponía se habrian ido á pasear despues de arreglar las flores; pero cuando acercándose la hora de la comida entró en la casa y supo que todos, niñas y criados, estaban encerrados en el comedor desde las once, se sorprendió y fué á buscarlos, no comprendiendo que se pudieran emplear tres horas en adornar una mesa.

Su asombro fué extraordinario al encontrar aquella maravilla de buen gusto y elegancia, rea-

lizada con un haz de flores por único adorno.

Retirado todo lo que no era de aquel sitio, llena la mesa de frutas y dulces, brillando en los trincheros las botellas de vino, nada faltaba, ni un detalle que la más severa ama de casa hubiera podido reclamar.

Sobre el plato destinado á Don Francisco habia un hermoso clavel blanco, á cuyo tallo se enlazaba una fina cinta negra; en el plato de Doña Manuela una rosa con cinta blanca; en los demás, nada.

Mercedes tenia en cambio sobre el pecho una rama de acacia, Isabel un jacinto blanco y José en el ojal de su americana un clavel rojo.

Como se vé, el reparto habia sido equitativo.

Cuando terminada la obra y sin tiempo apénas de contemplarla, sintieron subir á Doña Manuela, corrieron á esconderse en la sala para gozarse en su sorpresa.

—Jesús! dijo D.<sup>a</sup> Manuela deslumbrada, asombrada ante aquel conjunto artístico y brillante; cómo han hecho esto, Dios mio? Qué criaturas! Es admirable, es increíble! Dolores, dijo á la doncella, llama á D. Francisco, quiero que lo vea enseguida! Bendito sea Dios qué muchachos, cómo han trabajado! Pero dónde están?...

Y comenzó á levantar curiosa las cortinas que ocultaban las puertas creyendo que para sorprenderla se habrian escondido.

—Qué pasa? preguntó D. Francisco subiendo la escalera.

—Ven, Paco, ven, esto es admirable, incomprendible...

—El qué?

—Mira!

D. Francisco quedó asombrado.

—Jesús! Quién ha hecho esto? Está precioso!

—Los niños!

—Pero solos! no puede ser.

—Solos con tres criados, y en ménos de tres horas.

—Qué cosa más linda!

—Mercedes y José habrán dirigido, dijo Doña Manuela dando á cada cual lo suyo; Isabel habrá ayudado, y los criados habrán servido.

—La señorita Mercedes, dijo Lola, ha puesto la mesa y la ha arreglado; el señorito los ramos y las hojas de las paredes; la niña Isabel preparaba las flores y nosotros llevábamos y traíamos lo que hacia falta.

—Es magnífico! Pero dónde se meten esos chiquillos? Válganos Dios cómo [me] celebran! Si

estoy asustado de tanta dicha!

—Mercedes! José! Isabel! llámó Doña Manuela: dónde estais?

—Mira, dijo D. Francisco, mostrando el clavel que le estaba destinado y la cinta negra que lo adornaba; esta señal de luto me recuerda que la dicha no es completa!

Los jóvenes aparecieron riendo en la puerta de la sala.

—Que Vd. los tenga muy felices, dijeron haciendo una graciosa reverencia.

—Bien han ganado ustedes el regalillo que les tengo, picarones! vaya que se han lucido! Esto es precioso, un sueño, una ilusión! Por eso decía esa buena alhaja de mi sobrina que iba yo á comer como un rey!

—Esto, papá, dijo José echándole el brazo sobre el hombro, es una bella nota de color sobre la cual tú has echado una mancha de tinta.

—Yo! Cómo!

—Convidándonos á un extraño que ha de limitar las expansiones de la familia.

—Caramba! Pues es verdad! Ahora lo siento!

—Pero ya no tiene remedio; con que entreténlo lo ménos posible.

—Sí que lo haré, ese caballerito no es santo

---

de mi devocion, ya lo sabes tú.

Las señoras no habian oido este aparte.

Deseosas de ver el campo desde el balcon, habian ido á asomarse á él. Los trabajadores que habian dejado sus faenas por órden de Don Francisco las saludaron alegremente. En aquel momento un criado anunció que el Sr. Marqués acababa de llegar.

---



## CAPITULO XXXVI.

Don Francisco sentó á su derecha á Mercedes y á su hija á la izquierda, y en el mismo orden colocó Doña Manuela á su huésped y á su hijo.

Quedaban, pues, frente á frente Mercedes y su primo, así como Isabel y Angel, que se disculpó de su traje de cazador con lo inesperado del honor que recibía.

—Es una comida de campo, dijo Don Francisco, y el vestir de cazador es muy propio de este sitio: ninguno de nosotros ha cambiado sus ropas de diario, ni hay motivo para ello, puesto que el luto no nos permite celebrar una fiesta.

—Sin embargo, este sitio y esta mesa son dignos del frac, dijo Angelito con su pedantesca su-

ficiencia, pues están adornados como puede estarlo un comedor de palacio.

—Jesús qué exageracion, dijo Doña Manuela en tanto que advertia con la mirada á los criados el órden del servicio; cuatro matojos y platos viejos, cosas de los chiquillos que quieren festejar á su padre... dirigidos por Mercedes...

—Galas campesinas, afirmó Don Francisco.

—Pero preciosas! Ya las quisieran para sus palacios en las capitales muchos magnates, insistió Angelito que lo miraba todo detenidamente.

—La verdad es, dijo José, que no queria parecer hostil al huésped de sus padres, que sólo cuando se han comprado flores en París ó Madrid y lo mismo en todas las grandes capitales, se puede apreciar el valor que representan esos matojos, como dice mi madre, que aquí cojemos en cualquier parte, y que apreciamos por su belleza, pero no por su producto.

—Quién habia de comprar eso aquí! contestó Doña Manuela.

—Pues, en cualquier capital el adorno de este salon representaria un valor de miles de pesetas, dijo José.

—A mí que me gustan tanto! exclamó tímidamente Isabel, me arruinaria comprándolas!

—Generalmente, dijo José Luis, los que las pagan á peso de oro no son aficionados.

—Pues entónces, por qué las compran? preguntó cándidamente Isabel.

—Por vanidad, dijo Doña Manuela, que es el vicio que se paga más caro en el mercado humano.

—Pobres flores! Vendidas!

—Y eso te parece que las rebaja? preguntó Mercedes sonriendo á Isabel; pues te engañas, más bien las eleva! Lo que nadie paga á ningun precio es lo que no vale nada, lo que ni aún de valde se recoge.

—Tambien hay, dijo Angel creyendo lucir su ingenio, cosas que no tienen valor y que sin embargo se pagarian muy caras. Es cuestion de gustos.

—Sí, dijo Mercedes con irónico acento; ó cuestion de suerte para el que vende, porque generalmente, á comprador nécio gran precio.

José llevó la copa á sus labios para disimular una sonrisa, y Doña Manuela se afanó en partir una pechuga de pollo, como si no tuviera otra cosa que hacer en el mundo.

Lo mismo que á su hijo le habia hecho mucha gracia la ocurrencia de Mercedes, y no queria que

se le conociese que habia entendido la indirecta.

—Pues me alegro de estar donde las flores nada valen, dijo Isabel, porque así puedo tenerlas sin sacrificio.

—Te engañas si crees que nada valen para tí; el terreno que las produce y el cuidado que necesitan tienen su valor, dijo José.

—Pero yo no lo noto, insistió Isabel, que con el tono familiar de la conversacion se habia ido animando hasta el punto de perder su timidez habitual ante extraños.

—Tú, hija mia, dijo Don Francisco, no puedes notar ahora el valor de nada, pues los padres hacen para los hijos, en tanto que los tienen á su lado, el papel de Providencia. Despues, cuando tengas obligaciones, cuando estés al frente de una familia, entónces apreciarás lo que la vida cuesta y lo que vale cada cosa.

—Pues yo, dijo Mercedes desviando la conversacion de aquella inclinacion peligrosa hácia asuntos trascendentales, no cultivaria aquí flores.

—Vamos á ver, ¿por qué harías tú eso? dijo Don Francisco con dulce sonrisa.

—Porque no tienen valor y se pierde el tiempo.

—Al contrario, dijo Doña Manuela, se aprovecha el que no se sabe en qué invertir cuando se

descansa de otras ocupaciones.

—En ese caso, dijo José, no hubieras podido adornar hoy la mesa de nuestro padre, ni regalarle ese clavel que luce como un pollo á pesar de sus cincuenta y cuatro...

—Hombre, no digas mis años, dijo Don Francisco, porque vas á echar el peso de esos inviernos sobre estas alegres primaveras que me festejan.

—La salud no tiene edad, Don Francisco, dijo el flamante marqués creyendo poner una pica en Flandes con su galantería; está Vd. más jóven que yo.

—En eso creo que tiene Vd. razon, dijo tranquilamente D. Francisco; aparte de que no me siento viejo, entiendo que la generacion que nos sucede nace con ménos juventud que la que se vá.

La comida se prolongaba en la lenta sucesion de platos que forma los banquetes de provincias, todos ó casi todos fuertes, que necesitan estómagos privilegiados para digerirlos.

Las sorpresas no habian sido sólo de flores.

José, de acuerdo con su madre, pidió á Madrid algunos fiambres delicados y esquisitas conservas y dulces, que Ramon habia recogido del tren algunas horas ántes.

D. Francisco saboreaba los platos nuevos con el placer de la sorpresa, y encomiaba el buen gusto de la eleccion.

La conversacion sostenida con frases accidentales, decaia, y en vano Doña Manuela procuraba reanimarla con su tacto de ama de casa.

José observaba á Mercedes é Isabel. La primera, que apenas comia, parecia consagrarse á su tío por completo, hablándole con dulce intimidad, aproximándole los platos que deseaba y sonriéndole para demostrarle su contento.

Desde que volvia á ser rica, es decir, desde que sabia que su vida era suya, que su voluntad era libre, que de su pensamiento á su accion no mediaba más distancia que la necesaria para realizarlo, parecian haberse alejado las nubes de su frente y el peso de la duda de su corazon. No queria saber cuánto le correspondia en la herencia afortunada; no le importaba la cantidad, con tal que fuese suficiente á cubrir sus necesidades.

No tenia la ambicion del dinero, sino de la independenciam que dá el dinero, sin el cual toda actividad es inútil y toda empresa imposible.

No pensar en la mesa, en la cama, en el paseo, en la fiesta, que todo lo que tocaba, gustaba y veia era ajeno, y por tanto indebidamente gozado.

Al tenerlo suyo, respiraba, como el pececillo que sacado del agua por un instante se agita en ella con afán al sentirse de nuevo en su elemento para recobrar la vida que se le escapaba.

Jamás pediría á su tío ni cuentas, ni rentas; había querido tenerla como hija cuando era pobre, justo era que ella lo considerase su padre al dejar de serlo, pero la idea de que no le daba nada, de que era allí una parte, como los demás, de la familia y de la hacienda, la hacía dichosa.

José notaba en ella esa expresión de calmada alegría que producen las grandes emociones, y quería conocer el motivo.

Desde que había oído á Angelito decir con un tono de mal disimulada pasión, que Mercedes era preciosa, creía hallar en cada suceso una revelación de algún misterio odioso.

Sus miradas le demostraban la perfecta indiferencia de Mercedes y el interés inocente de Isabel, que enrojecía cada vez que Encinar la miraba.

Pero si estaba seguro de que Mercedes no se ocupaba para nada del presuntuoso Angel, no tenía la misma seguridad respecto á lo que él pudiera pensar.

Le parecía que su hermana se engañaba.

Que no era á ella á quien Angel buscaba en Villaclara y que si la galanteaba era un medio de interesar á Mercedes y no una prueba de simpatía.

Convencido de esta observacion, deduciendo de lo visto lo desconocido, casi llegó á comprender cuanto habia sucedido en su ausencia.

—Que nos sirvan el café en la glorieta, Manuela, dijo D. Francisco; ya que no tenemos jardin veremos las siembras que parece que están benditas segun crecen y medran.

—Así lo habia yo pensado. Se le ha dado órden á los trabajadores de que cesen á las doce, y se les ha enviado un botifuera compuesto de una buena merienda y largo vino: los veremos desde ahí.

—No tanto vino, que sea motivo de algun desman, dijo D. Francisco.

—No temas, está calculado todo... Pidieron permiso para venir á bailar en el corral del molino, pero no se lo concedí por nuestro luto.

Mercedes le dirigió una mirada de gratitud.

—No te has puesto mi rosa, mamá? preguntó Isabel á su madre.

—Le aguarda mejor destino, ya verás, ya verás que bien colocada va á estar.

Isabel sospechó que su madre pensaba darla á Angelito y se ruborizó.

—Como quieras, pero era para tí... Papá se ha puesto el clavel de Mercedes.

—Y há hecho bien; pero ya has oido que tu papá parece un pollo...

—A Dios gracias, y en buena hora lo diga, contestó riendo D. Francisco; pero conste que soy mayor que tú, y que puedes ponerte flores todavía.

—Pues si tú me autoriza me la pondré, dijo Doña Manuela riendo; que no quiero yo ser menos obediente que la reina de Italia.

—Por qué? preguntó Isabel.

—Porque en la duda de si debería gastar trages blancos la hermosa reina Margarita, despues de cumplir sus treinta y cinco años ha consultado á su esposo, y el rey Humberto ha tenido la galantería de regalarle media docena de vestidos de ese color, como respuesta, segun he leído el otro dia en un periódico.

—Hizo bien, contestó Angelito, la mujer bella nunca es vieja.

—Ay, si pudiera Vd. hacérselo bueno, dijo riendo Doña Manuela; pero en fin, puesto que ustedes se empeñan me adornaré con la flor que me

regala mi hija; yo la reservaba para ofrecérsela á la Virgen, pero me perdonará contentándose con la intencion; y ahora que estamos todos condecorados con la órden de la Primavera, permítame usted, dijo volviéndose á Angel, que le ofrezca otra rosa...

—Mil gracias, dijo Angelito aceptándola de mala gana, pues creía que se la daría alguna de las niñas al levantarse de la mesa.

Doña Manuela tomó el brazo de su huésped para bajar á la glorieta, donde se habia servido el café; Don Francisco iba á dar el suyo á Mercedes, pero variando de pensamiento dijo á su hijo:

—José, dále el brazo á Merceditas que tiene más juicio; Isabel baja muy de prisa y me dá miedo, yo la llevaré sujeta.

Isabel se echó á reir sin comprender el ardid que servia á su padre para ver juntos á los dos primos, y gozar con repetir una y otra vez:

—Qué linda ella! Qué gallardo él! ¡Dios los bendiga!



## CAPITULO XXXVII.

El campo estaba espléndido.

El invierno había sido bueno, es decir, oportuno, que es la mayor de las bondades.

Había nevado en Diciembre, cuando el grano abrigado en la tierra y la savia concentrada en el áspero tronco, se fortificaban y vigorizaban bajo el hielo, retrasando la aparición de sus tiernos retoños que hubiera quemado la escarcha.

Había hecho de las suyas *Febrerillo el loco*, regando el campo y sacudiendo las matas con su soplo huracanado; Marzo se había encargado de recobrar su buena fama, ofreciendo largos temporales y soles radiantes, y al llegar á Abril el hermoso mes que es *la llave del año* para los labra-

dores, el campo parecía bendito, según lo hermoso y radiante.

Hay dos opiniones, igualmente autorizadas, para juzgar de la bondad del año en Abril.

La siembra debe estar, según la una, «en Abril cuanto se vea relucir;» según la otra debe encontrarse más crecida, más alta de talle, más desarrollada, pues afirma que «en Abril al cenogil.»

Aunque es de suponer que las labradoras que han de medirla llevarán las ligas por debajo de la rodilla, ya es diferencia la que establecen los dos refranes.

Sostienen los partidarios del primero que la siembra tierna, naciente, llena de vigor y fuerza, resiste mejor los accidentes que suelen sobrevenir en este mes transitorio, y aprovechando los largos días y el cálido sol de la Primavera, crece en poco tiempo y ofrece mejor fruto.

Dicen los otros que tallo largo es media cosecha, que siembra criada grana asegurada, y que más vale tener que pedir.

Allá se las avengan con sus gustos; el caso es que en el día que acompañamos á la familia de Fonseca á tomar café, es decir, á verlo tomar, en la glorieta de Casa Blanca, la siembra hubie-

ra podido medirse no por el cenogil de la campesina, sino por la alta liga de la elegante dama; tal era su desarrollo.

El sol brillaba sobre las hojas oscuras del trigo que tenían el brillo y el matiz de la seda, formando suavísimos tornasoles con el leve movimiento que el viento fresco de la tarde le imprimía.

Alternando con los cuadros de tierra gris verdosa de los barbechos, veíanse las listas oscuras de los que habían sido removidos por el arado, y con alegres tonos cambiantes al sol, el verde alimonado de las cebadas y las severas líneas de las olivas.

Como puntos movibles del paisaje veíanse á lo lejos los hombres entregados á sus labores, con ese reposo que parece identificarse al de la naturaleza.

El mulero, inclinado sobre la esteva, guiaba la fuerte reja clavada en la tierra, abriendo el surco que debía prepararla para la producción.

Ni un movimiento desigual, ni una parada prematura denotaban cansancio ó molestia.

Ese es el bendito riego que fecunda la tierra, el del sudor del hombre honrado que gana su pan con el de su rostro.

Volaban los pájaros en aquel radiante espacio

que se impregnaba con los mil olores campesinos tan sanos y tan gratos.

Mercedes habia tomado la primera taza de café y habia ido á llevarla á su tío, que hablaba en un ángulo de la plazoleta con un aperador de los jornaleros que le daba cuenta del resultado de la escarda en la siembra.

—Gracias, niña, dijo D. Francisco; pero toma tú un poquito ántes de dármele; sabes que yo soy poco aficionado á estos caldos que impone la moda.

—Bueno, dijo Mercedes llevando la taza á sus labios; pero no te muevas, no me hagas volverme, porque si lo tomo mirando á tu enfadoso convidado me hará mal.

El aperador se habia despedido al ver llegar á la marquesa, y D. Francisco que habia hecho un movimiento como para reunirse á las demás personas de la familia, permaneció inmóvil.

—Me quieres explicar por qué la habeis tomado con ese pobre muchacho, dijo algo amoscado D. Francisco. Antes Pepe, despues tú, hareis que lo note y tendré un disgusto en que lo tome á desaire.

—Tranquilízate, dijo Mercedes riendo, no lo notará, pero toma el café que poco á poco me lo bebo yo.

—Bébetelo; así como así á mí no me hace falta.

—Vamos, este poquito.

—Dame y contéstame.

—A qué?

—A lo que te he preguntado: qué motivos tenéis para mirar mal á Villalba? No me lo explico.

Mercedes estaba de buen humor; las noticias que habia recibido, la comida de familia, lo espléndido del día, algo que ella no sabia definir, esparcía en su espíritu una alegría dulce y serena como un reflejo de la que en la naturaleza contemplaba.

Como si esperase la taza en que su tío bebia lentamente el café, permaneció inmóvil dando la espalda á la casería y al grupo que delante de ella formaban en torno á una mesita Doña Manuela, Isabel y Angel, pues José de pié á un lado, esperaba con impaciencia á que Mercedes volviese, pues suponía él que le ofrecería una taza de café despues de haberla ofrecido á su padre.

Pero la marquesita parecia pensar en todo lo que ocurriera en el mundo ántes que en que su primo no habia tomado el café.

Permanecía inmóvil, destacando su fina silueta en aquel vacío de limpiísimo azul, con la cabeza

graciosamente inclinada hacia su tío.

—Qué le dirá? pensaba José que hubiera dado algunos años de su vida por llegar sin ser sentido y oír aquella conversacion íntima, aquel diálogo en que hubieran podido representarse la gracia y la bondad.

Y precisamente en el momento en que José pensaba de este modo, en el mismo instante en que su mirada cruzaba como una flecha luminosa el espacio para buscar en la frente de su padre la aclaracion de sus dudas, D. Francisco daba la más franca y ruidosa de las carcajadas que pueden darse en el campo, y ponía su mano sobre el hombro de Mercedes, que inclinándose para dejar la taza vacía sobre un banco de piedra de los que rodeaban la plazoleta, se erguía y tomaba el brazo de su tío, alejándose con él hacia el arroyo.

—Qué contento está hoy papá, dijo Isabel que habia vuelto la cabeza sorprendida; ¡calla! y se van! Pues no faltaba otra cosa! Voy á llamarlos!..

—Déjalos, dijo Doña Manuela, que fija en su idea de que Angelito amaba á Isabel, creyó que era una estratajema de D. Francisco para dar tiempo á Villalba de hacer su declaracion.

—Pero dónde van? preguntó Isabel levantándose para ver el camino que seguian.

—A buscar la cama de alguna liebre ó el nido de alguna codorniz: no haya miedo que vayan á otra cosa.

Al hablar así Doña Manuela habia vuelto la cabeza y visto á su hijo que con aspecto de mal humor miraba á los fugitivos, que tal parecian, alejándose de una manera tan extraña.

Comprendió lo que pasaba en el alma de José, y un ligero pliegue vino á marcar en su frente la huella de su disgusto.

Llenó una taza y fué hácia su hijo.

—Perdóname, José de mi alma, le dijo con emociion no fingida, si al parecer te he olvidado no dándote café cuando las niñas lo dadan á papá y al huésped; ya se yo, de antiguo, que á tí sólo te gusta de mano de tu madre.

José enrogeció al oír esta afirmacion, pues en realidad lo esperaba de otras manos; besó confuso la que sostenia la humeante tacita y dijo á su madre:

—Eso en pago.

Despues bebió de prisa como quien desea evitar explicaciones.

—No vayas á irte tú tambien, dijo Doña Manuela como si en realidad le dijera: *debes irte...*

—Pues te iba á pedir permiso para dar un paseo:

en el campo está todo permitido, y esto me aburre..

—Como quieras, no gusto de contrariarte; además papá vendrá enseguida; esa loquilla de Mercedes, que cuando está contenta es encantadora, lo habrá llevado á ver alguna cosa extravagante.

José llevó la taza vacía á la mesa y Doña Manuela volvió á sentarse en su cómodo sillón, sin ocuparse más de su hijo que no tardó en desaparecer.

Dejamos sin contestacion la pregunta de Don Francisco á Mercedes, respecto al motivo que tenían para no mirar con buenos ojos al futuro marqués.

—Y qué quieres que yo te diga? preguntó riendo la marquesita; misterios, efectos singulares de las simpatías.... te confieso que yo compadezco á las liebres y á las perdices, víctimas inocentes del egoismo del hombre; admiro casi tanto como á un héroe al caballo que muere en la batalla, y desprecio soberanamente al mísero pez que pica el anzuelo y que muere por gloton y por estúpido...

Don Francisco se echó a reir.

—Pero qué tiene que ver.... dijo entre su risa.

—Pues qué se yo! Te lo digo apropósito de las simpatías... puede ser que para mí ocupe ese Angelito el tercer lugar y me parezca un pez bobo, con la boca abierta, esperando...

Aquí la carcajada de D. Francisco.

—Demonio de chiquilla, dijo, me ha hecho reír!...

—Mira, ven conmigo, insistió Mercedes, te enseñaré un sitio delicioso que yo he descubierto y que no conocerá nadie más que tú; allí hablaremos de todas esas cosas y oiremos cantar las codornices.

—Vamos allá, dijo D. Francisco.

—Te advierto que le he dicho en secreto á Ramon que me lleve la escopeta por si salta alguna liebre.

—Tanto mejor.

—Verás! verás qué rato tan delicioso, léjos de ese pez rubio con la boca abierta...

Una nueva carcajada de Fonseca pudo guiar con sus ecos sonoros á José, que procuraba ver entre las malezas qué camino seguian, y que se dirigió hácia la cañada murmurando:

—Vamos! sigue el buen humor...



## CAPITULO XXXVIII,

La marquesita de Vega Real, como todos los temperamentos nerviosos, para los cuales raramente existe ese buen medio, en el cual se asegura que consiste la virtud, pasaba con gran facilidad del mayor desaliento á la animación extrema, de la duda á la confianza.

Halagada por el cariño que todos le demostraban; envanecida de la superioridad moral, y acaso física, que se reconocia sin pretenderlo, al compararse instintivamente con las mujeres que la rodeaban; satisfecha con la esperanza de tener una posición, de vivir con independencia de rica, Mercedes se hallaba en uno de esos momentos dulces y breves en que la vida es grata y el porvenir sonriente.

La soledad con su tío la encantaba; habituada á ver en su padre toda su familia, al perderlo no habia podido acostumbrarse á esa familiaridad colectiva del hogar, y se hallaba más á sus anchas cuando hablaba con Fonseca que cuando tenia que atenderlos á todos.

D. Francisco era con ella tan bueno, tan cariñoso, tan franco y tan leal, encontraba en su voz inflexiones tan parecidas á las que vibraban en la de su hermano Luis, que en algunos momentos, al pronunciar algunas frases, los ojos de Mercedes se llenaban de lágrimas creyendo oír al padre muerto que le hablaba desde el sepulcro para recordarle que no estaba sola.

Prodigaba tan poco Mercedes sus alegrías, que el verla risueña se celebraba por su tío como una fiesta del corazón, pues le parecia que calmado el natural espanto, suavizado el dolor, Mercedes se acostumbraba á la vida campesina, con gusto, con reposo de espíritu suficiente para saborear sus goces.

Y como habia temido que esto no sucediera, que excitados con la contrariedad los nervios de la débil niña la sometiesen á una neurosis continuada, á un histerismo romántico que alterase su salud y la hiciera insoportable, su alegría era

grande al verla tomar la vida por su lado bueno, reir, gozar y conquistar todas las simpatías.

—Pero dónde me llevas, chiquilla? le preguntó deteniéndose y tratando de reconocer el sitio en que se encontraba.

—No temas, puedo decirte lo que cuenta la tradición que dijo el rey conquistador al pastorcillo que le señalaba una senda oculta para arrojar á los moros de las Navas:—Cuanto pisas es tuyo! Y aunque yo no pueda hacerte duque como lo hizo el rey, puedo hacerte bueno lo que digo.

—Está bien, sigamos andando.

—Ya falta poco. Es un eden, un paraíso perdido, perdido en estos matorrales, por supuesto; no vayas á creer que se trata del primitivo, del verdadero, de aquel que se entretuvo en cantar Milton...

—Y cómo has hallado ese prodigio?

—Muy sencillamente: muerta de fastidio y de aburrimiento me venia por la cañada á descansar y tropecé con ese rinconcito adorado... Ah! no oyes? preguntó.

—Sí, una codorniz!

—Iremos á cazarlas con la red?

—Desde luégo, pero hay que esperar unos días.

—La caza es fácil?

—Sencillísima; una red de mallas verdes que se tiende sobre la siembra, preparada convenientemente para poderla recoger en un momento dado, un pito que engaña á la pobre avecilla, llamándola como si fuera su compañera... Se cogen á docenas, ya verás.

—Sí lo veré, pero nunca me divertirá la caza traicionera del acecho y del engaño: la que persigue es más noble, una lucha de fuerza á fuerza, de cuerpo á cuerpo.

—Toda caza es traicionera, porque el animal no la provoca y las fuerzas son desiguales para el ataque y la defensa; pero así lo encontramos y así lo dejaremos, si te parece.

—Desde luégo, no pienso tomar la defensa de las liebres y las perdices; si fueran ménos apetitosas no se las buscaría... pero hemos llegado!... baja y toma posesion de este pequeño reino.

—En verdad que es un escondite precioso! qué olor, qué vejetacion! Es un descubrimiento.

—No te burles!

—Dios me libre! Te aseguro que me gusta mucho.

—Me alegro, aquí se respira paz y soledad, esto me encanta.

—Entonces me voy.

—No, porque eres mi prisionero; además yo digo soledad acompañada...

—Eso es, una soledad que no lo parece.

Fonseca levantó la cabeza y estuvo á punto de lanzar una tercera carcajada, que acaso hubiera oído también José, al ver en actitud estática, todo cuidadoso de su misión y algo impaciente de no ser visto, al viejo Ramon que llevaba la escopeta que le había pedido Mercedes.

—¿Qué haces ahí? le preguntó D. Francisco.

—La señorita me mandó que trajera la escopeta.

—Pues baja.

—Es que he visto en la cañada á diez pasos de aquí la cama de una liebre, y si la señorita quiere venir buscaré el rastro.

—¡Bah! déjalo ahora!...

—Perdona tío, pero eso no puedo dejarlo; espera, Ramon, espera.

Y recogiendo la ceñida falda comenzó á subir el repecho del arroyo sin demostrar el menor cansancio.

D. Francisco la siguió sonriendo ante el chasco que le parecía iba á llevar Mercedes, porque Ramon, según él decía, no tan sólo no estaba ya pa-

ra seguir rastros de caza, sino que ni para ver tres sobre un burro.

Durante algunos minutos vió á Mercedes subir y bajar por entre las altas matas de juncos, rodeando las adelfas en flor, inclinándose para escuchar y mirando á lo léjos, haciendo de su mano un tejadillo sobre los ojos.

Despues pareció que renunciaba y se volvió.

—Buen galgo te has echado, le dijo su tio bromeando; casi ciego, casi cojo, y casi muerto.

—No hay nada, dijo Mercedes, pero puede ser que salte cuando ménos se piense, segun acostumbra; nos sentaremos para esperarla.

—Sí, me parece bien que la esperes sentada.

Tio y sobrina sentáronse en unas piedras. Mercedes colocó á su lado la escopeta y Ramon desapareció sin duda buscando la liebre.

Fonseca aprovechó aquella ocasion para explicar á Mercedes las fincas que constituian los bienes detentados, el valor que alcanzaban, y lo que pensaba hacer para que la particion fuese equitativa y útil á todos.

Mercedes lo escuchaba con vivo interés, interrogándolo acerca de lo que aparecía á sus ojos dudoso, consultándolo y dando, en fin, á su conversacion la seriedad y el aplomo que el asunto

exigia, demostrándose al mismo tiempo desinteresada y generosa.

Fonseca ampliaba los detalles, se extendía en consideraciones, trazaba planes y hablaba de reformas.

—Ahora acaso sea posible la que mi hijo sueña.

—Cual? preguntó Mercedes.

—Ese gran parque, delante del cual debe correr una línea férrea que lo pondrá en comunicación con el resto del mundo, y dentro de ese recinto sagrado una vida entre patriarcal y sibarítica, llena de encantos...

—Hacer el parque aquí? preguntó Mercedes sin discutir la bondad del pensamiento.

—No, una de las fincas recobradas reúne las mejores condiciones. Tiene bosques de pinos y naranjales magníficos. La bordea un riachuelo que forma un lago ántes de seguir su curso, los rails del camino de hierro marcan su límite y la cercan extensos olivares. Es la única para un recreo de lujo.

—Tiene casa?

—Creo que sí, pero no vale cosa; podía quedar para el servicio de la finca y levantar una de forma moderna.

En aquel instante Mercedes prestó atención y llevó su mano á la escopeta.

Habia visto moverse casi imperceptiblemente las hojas de un gran macizo de retamas, que como apretado haz se levantaba en el lado opuesto.

Enardecida por el deseo de que su tío la viese tirar, de llevar colgada en triunfo una muestra de su destreza, acaso para mostrarla á José dándole á entender que no habia perdido el tiempo; segura de que la liebre se ocultaba allí, se incorporó, puso una rodilla en tierra, apuntó con gran precision, y al percibir una agitacion leve en el fondo de las agrupadas ramas, disparó. Un ¡ay! desgarrador vibró en el mismo instante, helando la sangre de Mercedes y tiñendo de mortal palidez el rostro de D. Francisco, que se lanzó rápidamente hácia la retama.

La escena que siguió es verdaderamente indescriptible.

Expliquemos ántes de dar cuenta de ello lo sucedido.

José Luis, impaciente al ver á Mercedes alejarse con su padre, los habia seguido á campo-traviesa, sin orientacion fija, creyendo que llegarían al punto que buscaban y se volverían á la casa.

Para no ser visto, para dar á su paseo un carácter casual é indiferente, se detenía ó rodeaba, viéndose siempre, más cerca ó más léjos, pero muy distinta, aquella desigual pareja que tan armónicamente se confundía.

La severa cabeza de D. Francisco, con sus cabellos grises, sus patillas blancas y la estereotipada sonrisa de bondad en los labios, hacia contraste notable con la cabecita rubia de Mercedes, que sin sombrero, con los ricillos revueltos por el viento y brillantados por el sol, hablaba de juventud y alegría.

José Luis se detenía siempre que los accidentes del terreno lo permitían contemplándolos con verdadero encanto.

Deseaba ardientemente saber á dónde iban, qué se decían, y continuaba en su observación, no sin trabajo, pues para no ir por las veredas que lo hubieran dejado al descubierto, tenía que sufrir la rozadura de las grandes matas silvestres, que pisaba y rompía, clavándose en las manos alguna que otra espina de las zarzas y cardos, y cogiendo al paso alguna rosa de Alejandría de esas que parecen formadas con pétalos de terciopelo de un vivo carmesí, y que crecen espontáneamente en los campos de Andalucía.

Cuando los vió llegar al borde de la cañada que formaba profunda cuna, ya que no extendido lecho, al arroyo que se arrastraba en su fondo, débil como una cinta, pero tan impetuoso y soberbio en los grandes temporales que rebosaba de su cauce con apariencias de río, buscó una bajada oculta y adelantó por entre las matas, hasta que viéndolos sentados se detuvo lo más cerca que le fué posible, para contemplarlos á su sabor, pues los mil ruidos del campo llenando la distancia que los separaba, impedían que los oyese.

Cuando Mercedes disparó se inclinaba José Luis separando algunas hojas para verlos mejor, y recibió la perdigonada que iba destinada á la liebre, en el brazo izquierdo que tenia extendido.

Al grito que le arrancó la sorpresa más que el dolor, pues en los primeros instantes no sabia si estaba herido, acudió D. Francisco que de un salto atravesó el arroyo, y que al reconocer la voz de su hijo sufrió la más terrible de las sorpresas.

Mercedes quedó inmóvil, apoyada en la escopeta humeante y acometida de un pánico tan grande que no podia gritar, ni moverse, ni respirar siquiera.

Un leve temblor que agitaba sus labios descoloridos era la única señal de que vivia.



## CAPÍTULO XXXIX.

—Estás herido? preguntó ansioso D. Francisco; ¿dónde? Qué sientes? Pero Dios mio, ¿cómo ha sido esto?

—No es nada, papá, dijo procurando sonreír José; no es nada; algun perdigoncillo que se me ha clavado en el brazo.

—Es preciso verlo...

—No te asustes, apénas siento molestia, mira como muevo el brazo.

—Pero cómo ha sido eso, por qué estabas tú ahí?

—Venía á buscaros, me extravié, iba á rodexr esas matas para abrirme camino, y cuando estendia el brazo para separar las ramas...

—Qué imprudencia, Dios mio, qué imprudencia! Vámonos, es preciso que te vea el médico.

—Espera, tírame con cuidado de la manga y me atarás tu pañuelo y el mio sobre la camisa; sale un poco de sangre y me molesta.

Don Francisco no queria que José se desabrigara y pretendió atar el pañuelo por encima de la cazadora.

—Por Dios, papá, voy á estar de lo más ridículo; aparte de que no servirá como venda.

Don Francisco, trémulo, con una palidez que demostraba lo profundo de su emocion, ayudó á su hijo á vendar con los pañuelos de ambos el sitio en que la mancha rogiza de la camisa denotaba la herida.

—No es nada, papá, no te alarmes; no siento más que el mal rato que estás pasando, repetia José.

—Dios lo quiera! contestaba Fonseca con la voz empañada por las lágrimas; éramos tan felices que tengo miedo.

—Vamos á tranquilizar á esa pobre niña, debe sufrir cruelmente, dijo José.

El que sufría, y no pcco, era él.

El brazo adquiria una gran rigidéz que le impedía moverlo con libertad. La tension determi-

naba un fuerte dolor que le hacia palidecer y reprimir gemidos de angustia.

Con gran fuerza de voluntad ocultó los sufrimientos que le producía el andar, y pudo llegar con su padre al lado de Mercedes que permanecía inmóvil, con la mirada fija y absorta y la palidez de la muerte en el rostro.

Ramon, que habia bajado á la cañada al oír el disparo, llegaba en aquel momento.

—Mercedes! dijo José asustado de su actitud, Mercedes! Qué piensas? Qué haces? Ya estamos aquí!...

Mercedes se volvió vivamente dejando caer la escopeta.

Una expresion de asombro, de estupor, sucedió á la rigidez que inmovilizaba su mirada; pareció vacilar y llevándose ambas manos al pecho, como si le faltase la respiracion, cayó sobre el peñasco en que estaba ántes sentada y rompió á sollozar convulsivamente.

—Vamos, niña, por Dios, dijo D. Francisco; si no hay motivo para eso! Pudo ser mucho, pero no será nada; yo confio en la Divina Misericordia; de todos modos tuya no es la culpa, sino suya; fué una imprudencia, un descuido incalificable.

Mercedes seguía sollozando de una manera histérica. Un temblor leve y continuo imprimía á su cuerpo una vibración nerviosa nada tranquilizadora.

—Pero qué ha pasado, señor? preguntó muy asustado Ramon, que no comprendía la razón de lo que ante sus ojos tenía.

—Nada, dijo José con energía y como para impedir que su padre digese otra cosa; que me llevé la escopeta para disparar desde el arroyo, y al apoyarme en ella he debido darle con la rodilla al gatillo y ha salido el tiro.

—Pero ha hecho daño á su merced? preguntó con afán Ramon.

—Una herida en el brazo, poca cosa.

—Vamos, hija, tengo ansia de que se cure José, dijo D. Francisco.

Mercedes no se movió.

—Mira, papá, dijo José, que cada vez más pálido conservaba con gran esfuerzo su serenidad; quisiera que mandases por el coche, me cuesta trabajo andar con el brazo colgando, y además la pobre Mercedes sufre un espasmo nervioso, producido sin duda por el susto que ha pasado, y no podría ir por sus piés.

—Ahora mismo, dijo D. Francisco; pero tu madre se asustará.

—No, dile que Mercedes está cansada, lo que tú quieras.

—Es que yo quería enviar á Ramon á Villaclara en busca de D. Adriano.

—Nos iremos desde aquí, si quieres, aunque te aseguro que preferiría quedarme en la casería: vale más que tú vayas y hagas venir el coche, en tanto que Ramon va al pueblo. Si aún está allí tu convidado despídelo y tráete á mamá y á Isabel.

—Vete en seguida, Ramon, ensilla un caballo y sal á escape, que se venga el médico sin detenerse; dí de paso, porque tú llegarás ántes que yo, que enganchen, y á nadie cuentes lo sucedido.

—Ahora mismo, dijo Ramon, y ántes de media hora está ahí el médico. Vaya un desavío! No, y lo que es el señorito tiene mala cara, Dios quiera que no tengamos que sentir... Malditas escopetas!...

Cuando acabó su monólogo corria como si tuviera veinte años, camino de la casería.

Don Francisco subió tambien al llano para dirigirse á la casa.

Una gran tristeza se reflejaba en su noble semblante, y algunas lágrimas caian de sus ojos.

No creía que fuese leve el accidente, había notado bien la palidez de su hijo y su expresión de contenido sufrimiento.

Sabia lo que significaba la declaración de su hijo de que no podía andar, y al temor, á la angustia que la incertidumbre le producía, se unía la inquietud por el estado de Mercedes.

—Eramos tan felices, se decía, que no era posible pensar en conservar tanta dicha. El mundo es un valle de lágrimas, ver satisfechas todas nuestras aspiraciones es insultar á los desgraciados. Tener salud, honra, riquezas, familia adorada y buena, y prolongar esta ventura sería vivir en el Paraíso, y estamos muy lejos de él... Pero el rayo me ha herido en mitad del corazón, en mi hijo, en mi adorado y noble José! Valiera más que fuese yo el que padeciera, sería menos cruel aquel dolor que esta pena... Y qué le digo yo á mi pobre mujer y á mi hija?.. y cómo se consuela Mercedes!...

Dejemos al pobre padre devorando su amargura, que hacia contraste tristísimo con su dicha de una hora ántes, y volvamos á los dos jóvenes que habían quedado en el fondo de la cañada.

—Mercedes, dijo José, tranquilízate, no ha sido nada, me alcanzó un poco en el brazo, pero sin

importancia, una pequeña herida; ya ves cómo estoy de pié y cómo te hablo sin sentirla apénas; no quieres mirarme?

Los sollozos de Mercedes se habian ido debilitando, la crisis terminaba; pero su palidez y la expresion de sus ojos daban á conocer su estado de abatimiento.

— Mercedes, repitió José con una voz conmovida y temblorosa, ámate, procura serenarte y me harás un gran favor.

Mercedes lo miró como si aún no lo comprendiera.

— Mira, siguió diciendo José con anhelo; busca algo que puedas anudarme al cuello para sostenerme el brazo, un cabestrillo; sufro así mucho.

Mercedes se levantó de un salto, como si la idea de borrar el daño causado la galvanizase en medio de su inaccion.

Sus manos, crispadas todavía por la tension nerviosa se dirigieron á su vestido para desgarrarlo, pero la tela resistió.

Levantó entónces la primera falda y con los dientes y las uñas descosió un trecho de la ancha franja del mismo género que cubria el bajo de la falda interior, tirando despues con fuerza y arrancándola en redondo.

Sin abrirla, cruzándola como una madeja, se la echó al cuello á José, y en las dos anchas bandas unidas le apoyó el brazo que apénas podia mover.

—Sufres mucho, le dijo con timidez; lo conozco, lo veo, y soy yo, yo....

Un sollozo seco y convulsivo le cortó la palabra.

—Sufro, sí; á tí puedo decírtelo, pero será cuestión breve; tan pronto como me curen descansaré; no te aflijas, no será nada.

—Pero aún tardará el médico, dijo con voz medrosa Mercedes.

—No, está cerca: mira, completa tus cuidados dándome un poco de agua, creo que eso me despejará...

José Luis deseaba distraer á Mercedes para desvanecer aquel estado de espanto y postracion que la embargaba.

—Agua? Y dónde la encontraré? Cómo traerla?

—Toma mi petaca del bolsillo, y si puedes llegar al arroyo, va muy claro.

—Sí, sí, dijo Mercedes como una sonámbula que obedeciera un mandato; puedo ir, sé por dónde se baja.

Buscó la petaca de José en el bolsillo de la americana de éste, y tomando la cubierta bajó ligera

al arroyo subiendo el receptáculo de piel de Rusia lleno de agua.

José se había sentado en el peñasco que ántes ocupó su padre, y pasaba su mano derecha por la frente como para desvanecer el sudor de angustia que iba invadiéndolo lentamente.

Mercedes esperó de pié á que la tomase, pero como nada le decia se inclinó, fué bajándose hasta quedar casi arrodillada ante José y llevó á sus labios la petaca.

Al contacto del agua, que sorbió con trabajó, se reanimó el herido, y su mirada llena de ternura, de confianza, de resignacion, se fijó en su prima que temblorosa, anhelante, lo contemplaba.

—Mercedes mia, dijo con débil acento, creo que voy á morir; las fuerzas me abandonan y el pensamiento se me escapa... no siento morir porque estás á mi lado, y puedo decirte que mi vida era tuya...

Mercedes temblaba tanto que sus rodillas se doblaron y quedó inmóvil con los ojos muy abiertos y las manos cruzadas con rígida dureza.

—Mercedes! murmuró José con voz que se debilitaba por instantes; dame tu mano, quiero sentirla en las mias, más cerca, apenas te veo... déjame decirte que te amo...

Mercedes gimió como si una herida desgarrase sus carnes.

El dolor que sentía no era á nada comparable.

Ni la pena que le produjo la muerte inesperada de su padre, ni el espanto de su ruina, ni los contratiempos que había tomado por desdichas crueles, le habían hecho sufrir de tan horrible modo.

Cuando se creía salvada, cuando la sombra densa de aquella noche de su vida se iba alejando ante un amanecer de esperanza, cuando todo le sonreía, el abismo se abría de nuevo ante su paso, para tragar como mónstruo hambriento toda su ventura, todas sus alegrías, y era ella, ella misma, su mano maldecida sin duda, la que arrojaba al fondo de lo desconocido, que no lo devolvería jamás, aquella dicha, aquellos sueños, aquella paz, aquel porvenir entrevisto en la descripción de una vida solitaria, en el fondo de un parque lleno de soledad y de comodidades, lejos de la estúpida corriente social que arrastra á todo lo frívolo, á todo lo vano, á todo lo inestable...

José iba á morir, y era ella la que lo mataba!...  
Oh! seguramente que no le sobreviviría!...

Aquella voz débil y apagada le había dicho que la amaba, y ella estaba allí muda, asombrada, pre-

guntándose si José había muerto, y si ella vivía ó soñaba.

De repente se irguió con una energía extraña; le parecía que el herido había dejado de respirar, y con loca violencia oprimió su mano y aproximó su rostro al suyo para sentir su aliento.

La mano de José contestó débilmente á la presión febril que la de Mercedes le imprimía, y sus labios dibujaron una triste sonrisa.

—José, gritó Mercedes presa de horrible espanto; José! óyeme por Dios, habla, que yo te oiga!... Por favor!... No me decias hace poco que nada sentias, que estabas bien? Por qué me engañabas? Luis, Luis, Luis mio, óyeme, contesta...

Mercedes, siempre de rodillas, anhelante, excitada por su dolor, gimiendo en su angustia, apoyó la cabeza sobre el pecho de José Luis, que entreabrió los ojos, sonrió de una manera dulcísima y haciendo un esfuerzo para inclinarse hácia Mercedes, apoyó sus labios descoloridos en aquella pálida frente y quedó inmóvil.

La naturaleza, indiferente á las alegrías y á las penas del hombre, siguió derrochando su luz espléndida que brillantaba como un esmalte el cielo profundamente azul que como gigantesca bóveda cubría la cañada.

Un ruiseñor que buscaba su nido, oculto en alguna rama tendida sobre el arroyo, pasó cantando para llamar á su enamorada compañera.

La vida universal rodaba en los átomos dispersos con el reposo de lo infinito, indiferente ante aquel cuadro de amor y de muerte.

Mercedes anonadada, sin voluntad, sin ideas, seguía estrechando convulsivamente la mano de José, que no respondía á su presión.

Y con ser tan desesperado su dolor, con ser tan densas aquellas sombras que sobre su pensamiento caían, podía asegurarse que había otro ser mucho más infeliz, que maldecía con energías de madre aquella fatídica belleza que había llevado á su hogar el espanto y el luto.

---



## CAPITULO XL.

Al incorporarse la marquesita de Vega Real, recibió sobre su hombro le cabeza inanimada de su primo, cuya rigidez semejaba la de la muerte.

Sin darse razon de aquel estado, sin saber lo que haria, sola en el fondo de aquella grieta de la tierra que ella habia elegido para el reposo y el olvido; sin pensar en que el socorro llegaría pronto y cesaria aquella angustiosa inaccion, sin ideas ni razones, con el espanto en el alma y la locura en el pensamiento, lo único que le ocurrió fué que José tenia frio y era preciso darle calor.

Sin separarse de él, pues hubiera caído al suelo sin apoyo, logró desabrocharse los corchetes que sujetaban á su cintura la falda de paño negro,

y con trabajo inaudito se la quitó, sentándose en la peña que había al lado de aquella en que su primo había caído, recostándolo como á un niño contra su pecho, y cubriéndolo con la enagua, que á falta de otro mejor debía servirle de abrigo.

Procuraba caldear con su aliento aquella frente inanimada, y sentia una desesperacion indescrip-  
tible al ver que no lograba reanimarlo con sus cuidados.

Para nada se acordaba de los que debian llegar; parecia que aceptaba la soledad en el Universo con aquel sér apénas conocido, que tanto se parecia á su padre y en el que confiaba como habia confiado en aquel.

Mercedes llamaba casi siempre á su primo por su segundo nombre, saboreando ese goce de oír el que nos es querido, que va matando la costumbre de poner á los que nacen nombres escogidos al capricho, cuando tan santa y dulce era la de darles los de sus abuelos ó sus padres.

Su Luis, aquel hermano de su alma que la hablaba con una sonrisa, que la guiaba con una palabra, que la comprendia con una mirada, le habia sido entregado sin aliento, sin calor, sin fuerza: ella debia darle la vida, ó morir con él.

Tal era en conjunto el único pensamiento que

se formulaba en aquel caos donde todo era sombra.

Algun tiempo más y la pobre niña se hubiera vuelto loca de dolor y de espanto.

Oyóse en el llano el ruido del coche, pero Mercedes no lo oyó.

Momentos despues bajaban á la cañada, con la angustia retratada en los pálidos semblantes, los padres que tan felices se habian considerado aquella misma mañana y que tan horrible sorpresa debian recibir en dia tan esperado.

El grupo que formaban la marquesa y el herido era de un encanto singular, tan tierno y tan triste que él por sí sólo hubiera arrancado lágrimas, no ya á unos padres desolados, sino á un excéptico indiferente.

La jóven llevaba una enagua de merino gris con terciopelos negros, que al despojarse de su vestido habia quedado visible, dándole por sus escasas proporciones una apariencia infantil.

Acurrucado contra su pecho, cubierto con su falda de paño, sostenia á su primo, inclinando su cabeza sobre la suya para envolverlo en su aliento esperando darle calor.

—Dios mio! exclamó la madre corriendo, trémula y convulsa: ¡está muerto!

—Tiene frio, dijo Mercedes en voz baja y sin darse cuenta de lo que pasaba; tiene frio y lo he abrigado.

—Paco! Paco! gimió la esposa, no me decias que no era nada? Si está helado, si está muerto!

Se arrodilló para tocarlo, para ver si aquellos ojos entreabiertos la reconocian, y besó llorando la mano que caia sin movimiento.

—Pero cómo ha sido esto? preguntó D. Francisco que no pudo contener sus lágrimas; quedó bien, me habló con voz natural hasta que me alejé... Mercedes, qué ha pasado, di?

Mercedes lo miró como si no comprendiera la pregunta.

—Qué ha pasado? preguntó gimiendo con indecible angustia Doña Manuela.

—Ah! dijo Mercedes como si despertara; me pidió agua y se la traje del arroyo en su petaca; me dijo que estaba muy malo, que se moria, que no me alejase porque deseaba morir conmigo... me dió miedo, mucho miedo, me puse de rodillas para sostenerlo, rasgué mi vestido para sujetarle el brazo, sentí que salia de su garganta un silbido ronco, que se fué apagando, y luégo quedó así, inmóvil, frio... entónces me quité mi vestido y lo abrigué; pero no vuelve en sí, no me conoce...

—Dios mio! Dios mio! qué horrible desgracia, dijo Doña Manuela que seguía de rodillas; mi hijo de mi alma, mi José; la gloria de mi vida!...

—Calla! gritó con energía Mercedes; no ves que si te oye sufrirá mucho.

—Si está muerto!

—No está muerto! Yo lo sé, yo lo siento, yo que le he prometido morir con él, sé que vivimos todavía!

Don Francisco la miró asombrado.

Creyó que obraba sobre su razón la influencia del terrible suceso, y que deliraba al hablar así.

Dios tuvo compasión de los desgraciados padres, y envió un consuelo en la persona del viejo Ramon que anunció la llegada del médico.

—Bájalo, bájalo aquí, dijo D. Francisco; está muy malo, no podemos moverlo.

Don Adriano bajó apoyado en Ramon y Don Francisco que en su impaciencia subió al repecho para guiarlo.

En breves palabras dió cuenta al médico de lo ocurrido.

—He venido reventando el caballo, y veo que he hecho bien, dijo: no sé por qué me alarmó la relación del criado. No acobardarse, señora, dijo á Doña Manuela, Dios lo puede todo, veamos.

El doctor, cuya modestia ocultaba una inteligencia y una ilustración que ya hubieran querido para darse tono otros doctores de Ateneo, permaneció impasible ante la mirada interrogadora de la madre y la angustiosa espectación del padre.

Un pliegue profundo se había marcado en su frente; había reconocido el terrible tétano, ese pasmo que suele invadir el cuerpo herido, y que es casi siempre mortal.

—Pronto, dijo, hay que trasladarlo á una cama para curarlo y reanimarlo.

—Pero no está muerto? preguntó la madre.

—Vamos, vamos, señora; lo que importa es no perder tiempo; cómo lo llevaremos á la casa? preguntó Don Adriano rehusando entrar en explicaciones.

—Ahí está el coche, dijo D. Francisco.

—No sirve, lo molestaríamos... vengan los almohadones y haremos una camilla portátil: cuántos hombres hay?

—El cochero, Ramon y nosotros; pero se avisa.

—No hay tiempo que perder, es bastante, los cuatro lo llevaremos; hay con qué taparlo?

—Una manta, dijo Ramon.

—Mis ropas si hacen falta, contestó Doña Manuela.

—No, hay bastante, ya veo que esta señorita se me adelantó abrigándolo.

En algunos minutos fué colocado José sobre dos almohadones preparados hábilmente, envuelto en la falda de Mercedes y cubierto con la manta, trasladándose la triste comitiva con la rapidez posible para no molestarlo.

—Vámonos en el coche para llegar más pronto y preparar todo, dijo Mercedes con voz seca y breve, yo guiaré.

Doña Manuela temblaba tanto que comprendía que le sería imposible dar un paso; obedeció como un autómeta, dejándose caer en los asientos despojados de las almohadas, llorando sin consuelo.

Mercedes, con su faldilla corta, la cabeza descubierta, guiando los mulos adornados con catca-beles, parecía una loca que huía á todo correr y medio desnuda de un lugar de suplicio y horror.

Su palidez daba miedo.

Los mulos corrian por el polvoriento camino devorando en algunos minutos la corta distancia que de la casa los separaba.

Los jornaleros y criados que no se habian apercebido de la catástrofe, vieron con asombro llegar el coche con las dos señoras solas, abatida la

una, calenturienta y despeinada la otra, como si vinieran huyendo de un gran peligro.

—Pronto, dijo Doña Manuela á dos de los criados, ir para ayudar á traer al señorito que viene muy malo; hácia la cañada, en seguida...

Los criados salieron sorprendidos sin preguntar nada; dos jornaleros se agregaron á ellos.

—La cama, dijo Mercedes que sólo en José pensaba, tenerla preparada y caliente, tiene frio; tener trapos de hilo, pronto que va á llegar...

—Tienes razon, dijo Doña Manuela; vamos á prepararlo.

—Qué ha pasado, mamá? preguntó Isabel. Me dejas encargándome que no salga de la casa, te vas muy asustada y vuelves así, con Mercedes medio desnuda... Y mi padre, y mi hermano?

—Tu pobre hermano está muy malo, pide á Dios por su alivio; ve á la capilla, enciende todas las velas, que entren todos á rezar un rosario, yo no puedo ir, yo rezo desde aquí.

—Dios mio! exclamó Isabel; pero qué desgracia es ésta?

—Una gran desgracia, dijo Doña Manuela inclinándose hácia su hija y besándola llorando; una desgracia terrible... Pide á Dios, hija mia, que tenga compasion de nosotros.

Isabel se alejó llorando.

Mercedes se había dirigido al lecho señorial que había pertenecido á Doña Beatriz de Acevedo y movía con febril impaciencia sus colchones de seda descolorida.

Doña Manuela llevó sábanas y cobertores y Lola preparó un calentador comenzando á templar la cama.

Un rumor que se oyó en la plazoleta producido por los trabajadores allí apiñados, que hacían comentarios en voz baja, les dió á conocer que la triste comitiva llegaba.

—Unas tijeras, dijo Mercedes á Lola; tendrán que cortar las mangas.

—En todo estás! dijo con amargura Doña Manuela.

—Es que todo, todo lo que en el mundo me interesa está en él, dijo como si hablara consigo misma la marquesita.

Doña Manuela salió á recibirlos.

—Cómo viene? preguntó.

—No hay que apurarse, señora, ahora lo veremos.

Don Adriano se encerró en la alcoba con Don Francisco, el cochero Miguel y Ramon, y comenzó la cura.

Habia llevado á prevención cuanto pudiera necesitar, en un pequeño botiquin que le servia para sus excursiones por los campos.

Las heridas le parecieron leves; la perdigonada habia alcanzado el hombro y parte del brazo izquierdo, sin que al parecer ocasionaran lesiones de importancia.

Lo grave, lo inminente, era el terrible tétano, presentado de una manera tan rápida como incomprendible.

Curadas las heridas, envuelto el cuerpo en el suave calor de la cama, los ojos del herido parecieron animados, si bien no desapareció la rigidez de los miembros.

—Cómo está? volvió á preguntar Doña Manuela al abrirse aquella puerta y ver el semblante abatido de su esposo.

—Algo mejor, dijo el médico que deseaba no aventurar juicios; necesito una persona que esté al lado del enfermo sin hablarle y cumpliendo lo que yo ordene.

—Yo! dijo Mercedes.

—Usted, señorita, tiene fiebre, dijo el médico y convendria que se recogiese.

—No lo crea Vd., insistió Mercedes; estoy buena, completamente buena, y únicamente yo po-

dré hacer lo que usted ordene.

—Abríguese usted al ménos, dijo D. Adriano mirándola con pena; acaso haya V. dado la vida á su señor primo al darle el abrigo de sus ropas; pero V. puede enfermar.

Mercedes recogió su enagua y se la puso, se envolvió en un manton de su tia y se fué al cuarto de José.

Se inclinó sobre él y le pareció que su mirada la reconocia.

Entónces con la mayor sencillez, como se besa á un niño dormido, como la hermana besa al hermano, se inclinó aún más y besó su frente.

El momento era tan solemne que á nadie extrañó aquella caricia que algunas horas ántes hubiera parecido inconveniente.

—Aquí estoy, le dijo en voz baja; no me separaré de tí.

Sentóse al lado del lecho y oyó atentamente lo que el médico le recomendaba.

Doña Manuela entre tanto decia á su marido:

—Yo quiero que vengan otros médicos; avisa á Jaen, á Andújar, á Madrid si es preciso... Se nos muere y yo quiero que lo salven!

--He mandado un telégrama urgente á Jaen, vendrán, pero entre tanto D. Adriano va al telé-

grafo para celebrar una consulta y explicarles su estado.

—Pero está muy grave?

—Desgraciadamente así lo creo, pero tengo confianza en Dios.

—Que él nos proteja! exclamó Doña Manuela sentándose al lado de la puerta de aquella alcoba, en cuyo centro veía inanimado y rígido el adorado cuerpo de su hijo, que se marcaba bajo las ropas del lecho.

Y al reparar en Mercedes que inmóvil lo guardaba, exclamó con un acento de ódio que no pudo contener:

—Razon tenias al decir que la muerte va contigo!

---



## CAPÍTULO XLI.

Doña Manuela, creyendo que su hijo, al par que su marido, se alejaban para dar lugar á que Angelito é Isabel se entendieran, quiso por su parte coadyuvar á el arreglo, con esa bondad de las madres que se identifican por el amor con los deseos y esperanzas de sus jóvenes hijas, adivinándolos para complacerlas, cuando ellas mismas apenas los comprenden.

Encontraba al hijo del marqués del Encinar un buen partido y un buen muchacho; creía que sus defectos de pedantería, sus vanidades de provinciano y sus caprichos de niño mimado, desaparecerían con la edad.

Eran tonterías de chiquillo, de las que no se

podía hacer caso, y no se explicaba cómo su hijo, de tan recto criterio, formaba capítulo de culpas contra aquel pretendiente que reunía las mejores condiciones.

Le parecía que debía andar muy cerca la influencia de Mercedes, y se aferraba á la idea de que la marquesita se molestara al ver preferida á su prima.

¡Esto es tan natural entre muchachas de la misma edad, que la Sra. de Fonseca no lo pensaba así por creer á Mercedes capaz de una mala acción, sino como achaques y malicias de la juventud!

Encariñada con la idea de ver á su hija marquesa del Encinar, se extrañaba de que Angel Villalba no se hubiese explicado ya, cuando tan claras eran, á su parecer, las pruebas dadas de su cariño á Isabel, y se proponía acortar las distancias para acabar de una vez con aquella enojosa situación.

La ceguera maternal, esa venda sublime del amor más grande y más desinteresado que existe en la tierra, que hace aparecer bella la fealdad, seguro lo dudoso y claro lo que no existe, le hacía pensar en un amor leal y sincero, oculto por la natural timidez, pero arraigado en el alma co-

mo resultado de una costumbre juvenil.

Para dejar á Villalba una libertad relativa, llamó á Dolores, que fué á buscar por orden de su señora á las campesinas que algunas horas ántes trabajaban en la escarda de la siembra, y que descansaban para festejar el santo del amo, y por cuenta de éste que les pagaba el jornal.

Sin separarse de su hija, volviendo ligeramente su silla, fué enterándose de las necesidades de cada una, de la situacion de su familia, tomando algunas notas para las limosnas que pensaban dar de dotes y socorros.

Isabel esperaba, como su madre, que Angel aprovecharia aquellos momentos; pero con gran sorpresa suya lo vió inquieto, disgustado, impaciente, como si sufriera una gran contrariedad, y luchara entre el vivo deseo de satisfacer un anhelo, y el temor de cometer una falta.

En tanto que Doña Manuela hablaba con las campesinas, Angel dirigió apénas la palabra á Isabel, que disgustada y sorprendida acabó por guardar silencio.

La pobre niña no se explicaba aquel cambio; las miradas de Angel, fijas en los senderos que partian de la glorieta, parecian buscar con afan algo que no llegaba.

Tan insistente fué esta actitud, tan claro su disgusto, que Isabel hubo de conocerlo á pesar de su inocencia.

—Cómo tardan! dijo respondiendo más á su propio pensamiento que á lo que adivinaba en el pensamiento de Angel.

—Sí, dijo éste sin pretender ocultar que pensaba en los ausentes; tardan mucho! Yo creí que volverian, que sólo se trataba de un paseo...

—Para un paseo no es mucho, dijo Isabel revelando su disgusto en su acento indiferente.

—Pero se habrán alejado, irán á cazar... eso será, porque Mercedes tira muy bien.

—Eso parece, dijo Isabel.

—Podian haberlo dicho...

—Siñte Vd. no haberlos acompañado?

—La ñficion, murmuró confuso el jóven, que no sabia cómo escapar de aquella conversacion peligrosa.

—Todavía puede Vd. buscarlos, contestó resentida de la grosería Isabel.

—No sé á dónde habrán ido, murmuró sin fijarse en lo irónico de la proposicion Encinar.

—No le aconsejo á Vd. que lo haga porque mi prima gusta poco de esas sorpresas.

—Ah! se enfada? preguntó gustoso por hablar de ella Angel.

—Puede que sí.

—Tiene un carácter muy resuelto, muy firme...

—Es muy buena, dijo Isabel que era incapaz de murmurar de nadie; pero como está acostumbrada á otra vida, á otra independencia, no le gustan nuestras costumbres provincianas.

Angel hubiera querido saber más, pero no se atrevió á insistir.

Isabel guardó silencio, agotado el tema accidental de la conversacion.

Se sentia humillada, ofendida ante aquella desdenosa indiferencia.

¿Cómo aquel jóven que la galanteaba, que la sonreia, que la decia á media voz frases de simpatía, al poder hablarle con libertad, cuando hubiera debido formalizar sus pretensiones, se absentia y le inferia con su silencio tan visible desaire?

Luégo se habia engañado, y aquel asiduo visitante de su casa, aquel huésped de Villaclara que con el pretesto de cazar permanecia en el pueblo, no la buscaba á ella!

A quién buscaba, pues?

No lo comprendia, pero su dignidad de mujer, su orgullo de raza se levantó en el fondo

de su sér para protestar contra aquella ofensa.

Porque ofensa era el perseguir á una jóven con miradas y suspiros, el indicarle con palabras de vago sentido que se pensaba en ella, y luégo, sin motivo, sin razon, sin disculpa, demostrarle ese frío desden, esa grosera indiferencia que constituia un desprecio para la engañada niña.

Durante unos instantes vaciló, creyendo que Angelito, molestado por alguna cosa que ella ignoraba, iba á darle explicaciones, pidiéndole que lo perdonara por su enfado.

Pero el tiempo pasaba y las miradas de Angel, clavadas con insistencia en el suelo, sólo se levantaban para buscar algo en el luminoso horizonte.

Isabel sintió ganas de llorar ante aquel desengaño, pero una saludable reaccion, una protesta de su altivez ofendida y de sus sentimientos humillados por aquel fátuo, fué iniciándose lentamente en su sér.

Comprendió instintivamente que su hermano tenia razon, que aquel hombre que así se habia burlado de su cándida buena fé, no merecia la consideracion de una familia honrada; sintió vehementes deseos de arrojarlo de allí, se avergonzaba de haber pensado en él alguna vez y tuvo pena

de haber consentido en que su madre procurase que hablaran, haciendo creer al muy nécio que deseaban sus explicaciones.

Con las mejillas encendidas y los ojos brillantes, dispuesta á terminar aquella situacion que la avergonzaba y á pedirle á su hermano perdon por su torpeza en no haber comprendido que tenia razon al rechazar al atrevido pretendiente, buscaba la frase que debia cortar el penoso silencio, cuando Angel, apelando á ese recurso de los aburridos que consiste en saber la hora, sacó el reloj:

—Es tarde! dijo por decir algo.

—Sí, murmuró Isabel levantándose con ímpetu, y Vd. tendrá que hacer. Vamos, mamá, este caballero se despide.

Doña Manuela miró absorta á su hija.

Jamás la habia visto así.

Su malva-rosa se convertia en rosa con espinas, y esto debia tener su razon.

Algo habia extrañado al ver la actitud indiferente de los dos jóvenes; pero no dió gran valor á lo que pudiera ser una muestra de respeto por parte de Encinar y de timidez por la de su hija.

Al escucharla se volvió, y al verla de pié, con la mirada uraña y la boca contraida por un gesto de altivo desprecio, la interrogó con la vista deseosa

de saber si Angel habia faltado al respeto que la debia.

—Te has entretenido demasiado y el Sr. Villalba está impaciente por despedirse.

—Está en completa libertad, dijo Doña Manuela sin comprender del todo, pero adoptando la seriedad de su acento al de su hija.

—De ningun modo, murmuró confundido Angelito; me ha sido muy grato, he tenido mucho gusto, pero temo mo' estar... Ya saludaré en otra ocasion á D. Francisco... á los piés de Vd. señora, adios señorita...

Y se alejó por la trocha que conducia al pueblo, despues de haber recogido en la entrada de la casa la bolsa y la escopeta.

—Pero qué ha pasado? preguntó Doña Manuela consternada.

—Ese nécio, ese fátuo que ha creido que podia burlarse de mí!

—Pero te ha faltado en algo? preguntó asustada Doña Manuela que se habia dirigido con su hija á un extremo de la plazoleta.

—¡Qué habia de faltarme! Ya se hubiera guardado! Pues crees tú que yo no hubiera sabido constarle?

—Entónces qué ha sido?

—Pero te parece poco? Despues de hacerme creer con galanterías, con miradas y suspiros, que le era simpática, que pensaba en mí, porque yo no te oculto nada, mamá, y si bien es verdad que no me ha hecho una declaracion formal, me ha indicado siempre esas simpatías....

—Yo lo he notado tambien, pero acaba...

—Pues ya has visto que hoy, que podia hablarme, que podia explicarse, guarda silencio, se muestra aburrido y me desdeña...

—Pero estaba enfadado por algo?

—No; al ménos yo no sé nada.

—Sigo creyendo que esto es muy extraño.

—Lo encuentras raro, singular...

—Más que eso, extraordinario.

—Pues yo no, y perdona, mamá, sino pienso en esto como tú. Creo que ese caballero es un fátuo, un nécio, muy vanidoso y muy estúpido...

—Niña! esas frases...

—Pues más vale creerlo tonto que pillo, y es una cosa ú otra. Mi hermano tenia razon y algo sabia de él cuando se oponia á que nos visitara.

—Yo hablaré con José; entre tanto no digas nada á nadie, ni á Mercedes.

—Ah! Mercedes tambien lo desprecia!

—Has oido tú algo á tu prima? Has visto algo

con respecto á Angel? preguntó Doña Manuela siempre dispuesta á creer que la culpa de lo que acaecia era de Mercedes.

—No, mamá; pero cuando le hablé de él me dijo que era indigno de mí.

—Ah!

—Despues no me ha dicho nada.

—No hables de esto á nadie.

—No hablaré, pero tampoco me ocuparé más del asunto; si ántes me parecia simpático hoy me parece despreciable.

—Eso es una exageracion.

—Pues conmigo no se juega.

—Ya se guardaria cualquiera de tomarte por juguete, que para defenderte están tus padres y tu hermano; pero Encinar no te ha faltado en nada, ni ha cometido ninguna falta con nosotros; si creíamos que le eras simpática y nos hemos equivocado, la culpa es nuestra; él nada habia prometido.

—Yo estoy bien segura de que en lo que ha hecho me ha faltado, sino al respeto social que yo hubiera sabido exigirle, por lo ménos á la consideracion moral que me debia, pues lo mismo que he conocido yo que me ofrecia cariñosas relaciones, ha debido él comprender que yo estaba dis-

puesta á admitirlas; luégo me ha desairado por el gusto de burlarse de mí.

—Válgame Dios, Isabel, y cómo has progresado! dijo Doña Manuela echando á broma el asunto; te desconozco en esos discursos!

—Como tú me crees siempre una niña...

—Te creo lo que eres, y tu enfado lo demuestra aún más que tu inocencia. Porque ese pobre muchacho no se haya atrevido á declararte su amor te enfadas, lo despides y me pones en un compromiso. Es preciso que tengas más calma, mayor seriedad, aplomo de mujer, y de mujer educada, que no parte de ligero para tomar una resolución...

—Pero mamá, por Dios, si yo he visto que me desairaba...

—Tú no has visto nada, y lo mejor que puedes hacer es callar esa tontería, porque si en efecto te has equivocado ántes y Angel no se ocupa de tí, sería ridícula la queja, y si te equivocas ahora, y crees que la timidez es desprecio, vas á crear á ese jóven un compromiso.

—Yo callaré, porque tampoco puedo hablar de esto á nadie, pero para mí es asunto terminado.

—Tanto mejor, dijo de mal humor Doña Manuela, y tal dia hará el año; no creas tú que nos

vamos á preocupar por eso!

Isabel guardó silencio afligida y algo avergonzada de aquella riña.

Doña Manuela estaba muy léjos de culpar á Isabel en el asunto, pero temía que si la muchacha irritada como estaba hablaba de esto á su hermano, pudiera provocar un lance desagradable y quiso evitarlo.

Deseosa la madre de cambiar la conversacion y de distraerla, le dijo llevándola hácia una de las veredas que afluián á la cañada:

—Vamos á buscar á papá y á los niños.

En aquel momento aparecia D. Francisco, jadeante, apresurado, con el rostro descompuesto por una palidez mortal.

—Ven conmigo, dijo á Doña Manuela; el coche debe estar enganchado, porque envié delante á un chiquillo que buscaba nidos en la siembra.

—Pero qué ha pasado? preguntó azorada Doña Manuela.

—Una ligera caída, no hay cuidado, vamos!...

—Voy yo, mamá? preguntó asustada Isabel.

—No, hija mia, no; espérame sin salir de la casa... estoy muerta de espanto, no sé por qué preveo algo grave... Pero dónde está mi hijo?

—Vamos, vamos, dijo Don Francisco, yo te

---

explicaré, no te asustes, vamos pronto....

En el breve espacio que recorrieron, Doña Manuela comprendió por la turbacion de su esposo que se trataba de un accidente acaecido á su hijo.

Es inútil decir que todo lo olvidó para pensar sólo en él.



## CAPITULO XLII.

El heredero del marqués del Encinar llegó á Villaclara al anochecer, con un humor tan malo que podia dar miedo al más valiente, pero que no logró infundirlo á las aguerridas señoritas de Valdés, capaces de salir al encuentro, cuando de satisfacer su curiosidad se trataba, no ya de un chubasco pasajero, de una *tempestad en un vaso de agua*, sino de un ciclon desencadenado en pleno Océano.

Abordaron al primo con aquella empalagosa zalamería que usaban con los parientes ricos, y que pugnaba por ser á un tiempo demostracion de la dignidad heredada y conformidad con lo precario de las circunstancias, pues ya es sabido que la ne-

cesidad tiene más fuerza que la ley.

Angelito no se hizo de rogar, pues su vanidad ofendida, su deseo de acabar de una vez con una situación que se había hecho difícil, y la esperanza de que las Baldías le propinasen algún remedio enérgico é inmediato para salvar el compromiso en que creía estar metido, le soltaron la lengua, ensartando en sus respuestas, no perlas, sino denuestos contra todos los que no se inclinaban ante su mérito indiscutible.

Habló de la comida con énfasis digno de ser copiado en una comedia bufa.

No hay que decir que se le habían hecho grandes instancias, hasta ruegos, porque él no quería comprometerse con una intimidad que no entraba en sus cálculos, pero no había podido negarse en vista de que para obsequiarlo se habían hecho grandes preparativos, trayendo de Madrid platos delicados y adornando espléndidamente la mesa.

Los Pinos apuntaron en cuenta el que no se les hubiese invitado, siendo así que se habían hecho presentes cuando los Fonseca se disponían á marchar al campo.

Encinar siguió enumerando los obsequios que había recibido, las instancias para que comiese de todo, los regalos de flores de las niñas, y hasta de

la mamá; el café en el campo, que no había sido más que un pretexto para que pudiese hablar con las niñas, y su escapatoria, porque más que despedida fué una escapada la suya, harto como estaba de miradas, de insinuaciones y de obsequios.

—Pero habrás aprovechado la ocasión, le dijo el Pino Gordo, que conociendo el carácter de Doña Manuela rebajaba mucho de lo que Angelito se atribuía.

—Qué ocasión? preguntó Villalba deteniéndose en aquella descripción fantástica que recreaba su vanidad.

—Pues, la de hablar con Isabel. ¿No me habías dado á mí la comisión, que por cierto no pude cumplir, de obtener de Doña Manuela la seguridad de que podías visitar la casa, contra lo que te había dicho José Luis, porque tus intenciones eran honestas, tú eras un caballero y no había ningún mal en que mirases á las niñas?

—Eso era sólo para salirme con la mía, para probar á ese vanidoso de José Luis que sus padres no me negaban la entrada en su casa.

—Entonces, chilló el Pino Chico, en qué quedamos? Te gusta ó no te gusta Isabel?

—Pues quedamos en que ni me gusta ni me deja de gustar; pero hoy ha estado muy tonta,

se ha ofendido porque yo me dirigia á su prima, y como yo soy así, todo corazon y todo arranques, para que vean que yo no busco el dinero, para que comprendan que el hijo del marqués del Encinar no buscaba los cortijos y los olivares de Fonseca, he resuelto casarme con la otra.

—Con qué otra? gritó todo el Pinar descompuerto, agitado como si hubiera pasado por él un huracan.

—Con la huérfana, con la pobre, con la que ménos pensaban todos, para que vean que á mí no se me impone nadie, y que á generoso no hay quien me gane.

—Jesus! exclamó el Pino Gordo en el colmo del asombro; con la marquesa, con esa chiquilla vanidosa y medio loca, con esa criatura que no vale dos cuartos!...

—Pues por eso, porque no vale; así no dirán que me caso por el interés.

El Pino Chico habia sufrido una emocion violenta.

Al oir hablar de novia pobre, de arranque generoso, habia creído, ¡quién no lo creyera en su lugar! que se trataba de ella.

Dios se lo perdonára á su primo, porque ella no lo perdonaria! El corazon le saltaba en el pecho...

era una cosa horrible. Mal repuesta de su emocion, murmuró con ganas de llorar:

—Qué desatino! Si tu cabeza no está buena; pero no te gustaba Isabel?

—Perdona, primita, dijo con calma Angel, mi cabeza está muy buena; y en cuanto á Isabel me gustaba y me gusta, pero para casarme elijo la otra.

—Pero eso es una inmoralidad! dijo cada vez más descompuesta la mas jóven de las solteronas.

—Qué desatino! Todos los hombres gustan de muchas, y sin embargo sólo se casan con una.

—Pero ella te quiere? preguntó el Pino Largo dando muestras de gran prudencia.

—Espero que sí, dijo sonriendo con presuncion Angel; ó al ménos que si no me quiere me que-rrá.

—Pues ya lo creo, dijo el Pino Gordo que comprendió el peligro de hacer oposicion al proyecto; ¡podia no quererlo! como que todos los dias se le va á entrar por las puertas un buen mozo, rico, noble y de las condiciones del primo!

—Gracias, Paquita, dijo Angel contoneándose, tú me haces mucho favor.

—Buen chasco se lleva Doña Manuela, dijo capitulando el Pino Chico, que era capaz de per-

donar que no se casaran con ella con tal de gozar en el desengaño de otra: si se hubiera figurado que la marquesita le iba á quitar el novio á su hija, no se hubiera dado tanta prisa en traérsela!

—Toma marquesado! dijo el Pino Largo regodeándose ante el disgusto de la que era su bienhechora. No queria el título en su casa y parecia que no cabia en el mundo desde que tenia ahí á la sobrina, pues chúpate esa!

—A mí no me hace ninguna falta el título, dijo Angel sin comprender bien la intencion de la Baldía Mayor, porque yo no cambio el mio por ninguno.

—Pues ya lo creo! afirmó el Pino Gordo con risa melosa; como que el tuyo es de la cepa, de los de abolengo legítimo, de los ganados á pulso, y no ese titulillo de ocasion, dado Dios sabe por qué...

—Pero ellos querian, añadió la menor de las solteronas, hacer marqués al hijo, casándolo con la muchacha...

—Qué habian de querer, saltó el Pino Gordo, si ellos sólo buscan dinero, y la marquesita no tiene más que la ropa puesta, y eso porque se la han regalado!...

—Pues yo te digo que sí! insistió Julita.

—Tú no sabes de eso una palabra, dijo enfadada Paquita; si ellos quieren título no les faltará dinero para comprarlo, como los compra todo el que quiere, así tenga la sangre como la remolacha de roja.

—Pues por qué miman tanto á esa muñeca de sobrina? insistió Julita.

—Qué se yo! Y Dios sabe lo que habrá ahí de cuentas y de asuntos... La muerte del padre fué tan original... nunca se ha sabido claro lo que pasó... unos dicen que se mató, otros que murió en desafío, ellos hicieron creer que se trató de un accidente desgraciado... ¡Vaya usted á saber la verdad!

—Eso no nos importa ya nada, dijo Angel; mañana voy á ver á Fonseca y le anunciaré que quiero casarme con su sobrina; veremos el resultado.

—Por visto, dijo el Pino Largo.

—Quién sabe! murmuró Angel con involuntario desaliento.

—Tienes duda? preguntó con ansiedad el Pino Chico.

—Esa niña es tan caprichosa! contestó como si hablara consigo mismo Angel.

—Hijo, afirmó con su tono doctoral que no

admitia réplica el Pino Gordo, los caprichos hasta cierto punto; pero en tratándose de casorio y siendo éste bueno, todas las mujeres son iguales, van á su avío y nada más.

—Así lo espero, dijo Angel disponiéndose á salir; pero si así no fuera tal día hizo un año! Me parece que ella pierde más que yo.

—Pues ya lo creo! contestaron los Pinos en coro.

Encinar salió, y las hermanas de la Ita se quedaron haciéndose cruces y haciendo comentarios sobre la mudanza de las cosas, sobre la suerte de las criaturas y sobre el chasco que Doña Manuela llevaba en su hija.

—Todos los goces no se pueden tener á la vez, dijo el Pino Gordo que no le perdonaba la descortesía de no haberla invitado; están rebosando alegría, riqueza, satisfacción y algo habían de tener que sentir, que Dios sabe ir á todas partes.

—Pues yo te digo, afirmó con retintín el Pino Chico, que ahí hay algo, pues no es natural ese cambio en Angel.

El Pino Largo, que como nuestros lectores habrán podido apreciar, reservaba sus opiniones con frecuencia, por prudente costumbre ó por indiferencia de carácter, terció en el debate para afir-

mar que jamás había creído que Angel quisiera á la niña de Fonseca, y que tenía sus sospechas de que su estancia en el pueblo fuera con motivo de su afición á la marquesita.

Hacemos gracia á nuestros lectores de las irónicas burlas de los dos Pinos menores, ante la perspicacia á *posteriori* del Pino Mayor.

---



## CAPITULO XLIII.

La Casa Blanca, tan sonora y resplandeciente algunas horas antes, presentaba un aspecto tris-tísimo.

Las voces contenidas, los pasos leves, la sombra opaca, y el ir y venir de criados silenciosos y apresurados, pisando sin notarlo siquiera, as flores que habian servido de bello complemento á una fiesta de familia, revelaban desde luégo que allí ocurría una desgracia de esas que marcan honda huella en la vida.

Esperando á los médicos que con urgencia habian sido llamados á Jaen, y que no debían tardar en llegar, D. Adriano prodigaba al enfermo todos los cuidados que la ciencia aconseja, secunda-

do admirablemente por Doña Manuela y Mercedes, que sin ponerse de acuerdo, sin decirse una palabra, se repartieron cargos y ocupaciones, con tal exactitud y tanta inteligencia, que ni el más pequeño entorpecimiento vino á retrasar el cuidado del enfermo.

Don Francisco entre tanto hacia ir y venir los criados, poniéndolo todo en movimiento, y la pobre Isabel lloraba en la tribuna de la capilla la horrible catástrofe, en tanto que pedia á la Virgen la salud de su hermano y el consuelo de sus padres.

Cuando llegaron los médicos llamados por telégrafo, examinaron al enfermo y se reunieron para celebrar una consulta en aquella sala que habia encerrado por tanto tiempo el *secreter* que guardaba la fortuna de una familia.

Sólo el que haya tenido su pensamiento y su corazón pendiente de esas resoluciones, que á guisa de sentencias decretan la muerte ó la vida del pobre sér sometido á tan triste deliberación, puede comprender la angustia de aquella familia que en cada rumor, en cada silencio que se producía, creía hallar la confirmación de sus temores ó el renacer de sus esperanzas.

Doña Manuela, con la palidez de la cera en el rostro, los descoloridos lábios temblorosos, como

si pugnaran por encerrar los sollozos que subían de su pecho, y á él volvían; las manos trémulas, tendiéndose y cruzándose instintivamente, sin saber lo que pretendían asir y lo que deseaban implorar, semejaba la dolorosa inacción de la Madre de Dios cuando buscaba al Hijo adorado en la soledad del Calvario.

Era la imágen viva del dolor, de la angustia, del desconsuelo, que se reproduce ante nosotros tantas veces como una madre presencia la agonía de su hijo, y que encarna en nuestros sentimientos por lo mismo que funde en el símbolo humano la grandeza divina.

Su mismo espanto la sostenía; el dolor, que es una fuerza, vigorizaba su sér con la tensión nerviosa que le imprimía, y le prestaba ficticia tranquilidad.

En cuanto á Mercedes estaba serena, completamente resuelta: esperaba.

Tan pálida como el día que murió su padre, no se había anonadado como entónces sumiéndose en el horror de su desdicha, sino que la había mirado frente á frente buscando el medio de vencerla.

Si José moría, lo seguiría en el acto, sin ninguna clase de duda; su padre le había marcado el

camino: cuando la fatalidad prepara el nudo para ahogarnos lentamente, sino se puede aflojar para soportarlo en tanto que se desata, se corta: era lo más fácil y lo más pronto.

Muerto José, todo acababa para ella.

Después de su padre no había amado á nadie más que á su primo, tan semejante al adorado ser que había perdido.

Y no era el amor caprichoso, fantástico, mitad vanidad y mitad cálculo de una muchacha casadera, no; para ella el matrimonio era lo de ménos, y hasta hubiera prescindido de casarse con la seguridad de vivir siempre cerca de José Luis, de verlo, de hablarle, de tener confianza en él y contarle sus pequeños secretos; de reír juntos ante una maliciosa observación, de pasear, de leer, cambiando sus impresiones, de hacer en fin vida de hermanos, ya que la edad de ambos no permitiera decir de padre é hija, porque ella se sometía con gusto á su autoridad y le prestaba inconscientemente obediencia.

Y no era que Mercedes no se hubiese defendido de aquel afecto sumiso y tierno; había empezado por odiar á su primo, se había querido burlar después, y contra las violencias de su voluntad su razón se había impuesto, marcando la su-

perioridad moral del heredero de los Fonseca, al par que su noble y natural distinción.

Ella se había rendido á la evidencia: era adorable y lo adoraba; era digno de ser elegido entre todos, y bendecía á Dios que le había permitido conocerlo á tiempo para hacer su elección.

Cuando su corazón reposaba en la confianza, cuando la sonrisa de sus labios reflejaba la fé de su pensamiento y el color de sus mejillas la calma del olvido, la catástrofe surgía de nuevo, rugiente, aterradora, provocada por ella, que por extraña fatalidad evocaba la muerte para los seres amados.

Sentía el vértigo del abismo; media su oscuro fondo y no retrocedía; la vida de José sería su vida; si moría, cinco minutos más tarde, lo preciso para disparar el otro tiro de su escopeta y todo habría concluido.

Entre tanto pasaban por su pensamiento, rodando con la violencia del torbellino, los confusos recuerdos de la infancia sin madre, de la fría atmósfera del colegio, que había cuajado sus alegrías de niña, como la escarcha las flores del almendro, esterilizando el fruto de sus ideas perdido bajo el hielo del egoísmo; su juventud triste y ansiosa, aquella ráfaga dorada de la vida social

que la envolvió al lado de su padre; su soledad, su luto, sus tristezas de huérfana, sus luchas oscuras, ignoradas, su horror á la dependencia de la pobreza, su esperanza de ser feliz, su convicción de no poder serlo sin su primo, como una revelacion suprema....

La catástrofe surgia otra vez, más lúgubre, más triste, puesto que no tenia por escenario un oscuro gabinete, sino el campo espléndido, la luz radiante, la naturaleza engalanada con sus joyas primaverales; y allí, en el seno de aquella tierra fecunda y floreciente, un hombre que moria besando su frente y murmurando:—¡Te amo!

Su inmovilidad al lado del herido era tal, que casi igualaba aquella rigidez de muerte.

Don Adriano asustado habia querido hacerla beber un calmante, pero ella habia contestado con voz seca y breve:

—Gracias, estoy bien, nada necesito.

La consulta, que duró algunos minutos, aunque parecieron horas larguísimas á los interesados en conocerla, aprobó lo hecho por D. Adriano, siguió el plan iniciado por el médico de la casa y no dió esperanza alguna, pero no quitó tampoco las que pudieran abrigarse, porque segun dijeron á D. Francisco, la enfermedad era muy grave,

pero no mortal de necesidad y por lo tanto podia sobrevenir la reaccion, terminando el peligro.

La aplicacion del cloral en inyecciones siguió cada vez más intensa, esperando normalizar con los reactivos el movimiento vital de aquel cuerpo, que en plena robustez y salud paralizaba sus energías y amenazaba con interrumpir el curso de la vida.

La noche se pasó en espantosa duda, en una angustia de agonía, pues ¡ay! el que ve morir al sér amado agoniza tamb'én, sólo que, ménos feliz, no descansa en la muerte.

Al amanecer, cuando la luz despertaba á los lirios del valle con besos de rocío y las golondrinas cantaban saludando al dia, los que velaban el lecho del pobre herido sintieron la vibracion de una esperanza, ténue y dulce como el alba que aparecia en Oriente.

Los ojos fijos, como petrificados del enfermo, se movieron como las hojas de una flor agitada por el viento, y poco despues oscilaron los lábios con la misma vibracion misteriosa.

Las manos rígidas, heladas, semejantes á las de una estátua, cerraron los dedos con fuerza y los extendieron en diversos movimientos.

El cuerpo inmóvil, marcando sus líneas marmó-

reas en las ropas que lo cubrían, se agitó con débiles sacudidas, con epilécticas vibraciones.

—Dios mio! dijo Mercedes, que inmóvil en su sitio, habia sentido ántes que el médico que ve-  
laba, el fenómeno de la reaccion; ¿será esto la  
muerte?

El doctor observaba atentamente, y una expresion de luminosa alegría bañó como una ola de luz el semblante de Mercedes, al oírle decir muy bajito, consultando el pulso del herido:

—Silencio: esto es la vida! la reaccion que llega... se salvará!...

Mercedes no oyó más, no esperó más; con mirada de loca, con los brazos abiertos, con la garganta anudada de sollozos, corrió hácia Doña Manuela que estaba en la salita, inmóvil en su actitud de dolorosa, y abrazándola con fuerza y rompiendo á llorar murmuró:

—Vive! se salvará!... hay esperanza!

—Dios mio! qué dices!...

—Vive! sí, vive!... Yo lo sé, lo he visto; pero no se puede llorar á su lado porque ya oye... no llores y ven conmigo, las dos solas, nos buscará.... Y secando sus lágrimas llevó á Doña Manuela, sosteniéndola como á un niño, porque pasada la excitacion nerviosa apenas podia sostenerse.

Los tres médicos estaban alrededor del lecho, contemplando con vivo interés el término del pasmo que había invadido al organismo, y favoreciendo la reaccion.

Las sacudidas se hacian más visibles, más frecuentes, como si la vida se difundiese en una oleada de sangre que el corazon enviase á las extremidades.

La piel fué adquiriendo elasticidad y calor.

Los reactivos eran sentidos por el enfermo que entreabria los ojos.

La frente helada se cubrió de menudas gotas de sudor...

D. Adriano se dirigió á Doña Manuela y le estrechó fuertemente la mano diciéndole:

—Cuidado por Dios! Ni una palabra, ni un gemido, oye y vé, y la más leve emocion puede matarlo!

—Avisé usted á Fonseca y encárguele lo que hay que hacer, nosotras no respiramos siquiera: que no venga Isabel todavía, es muy niña y no puede contenerse.

Doña Manuela, que habia quedado en la puerta de la alcoba esperando á su marido, cayó de rodillas con las manos fuertemente cruzadas, sobre las cuales caían las lágrimas.

Mercedes volvió á su puesto al lado del herido.

Cuando abrió los ojos la miró con vaga expresion, quiso hablar y sus labios dejaron escapar un rumor ininteligible, cerrándose de nuevo sus ojos.

Los médicos observaban atentamente estos síntomas, continuando en sus cuidados.

El herido pareció despertar de nuevo; miró con mayor seguridad á su alrededor y murmuró:

—Tengo sed.

El médico le hizo tragar algunas gotas de un cordial.

José Luis pareció reanimarse, miró á Mercedes que permanecía inmóvil y demostró darse cuenta de su estado.

Mercedes se inclinó sobre él y le dijo muy bajo y de una manera muy afectuosa:

—Duerme y descansa.

Sonrió el herido y cerró los ojos como si obedeciera aquel dulce mandato.

El médico impuso silencio con la mirada.

Las ligeras contracciones nerviosas que agitaban el cuerpo de José Luis fueron cesando: un sueño reparador invadió el fatigado organismo y una ligera fiebre inició la franca reaccion en que

---

terminaba el horrible pasmo del tétano.

Los médicos, despues de consultar el pulso del enfermo, se reunieron en la salita para comunicarse sus impresiones.

El acuerdo fué unánime.

El enfermo estaba salvado, y los doctores de Jaen podian volver á la capital, dejando trazado á D. Adriano el régimen que convenia para el tratamiento de la herida, que por su levedad no ofrecia cuidado alguno.

Cuando comunicaron este acuerdo á Fonseca y se despidieron, el pobre padre no podia hablar, ni apénas tenerse en pié de emocion.

Sobre las manos de los hombres de ciencia cayeron, como don de su alma, sus lágrimas copiosas.



## CAPITULO XLIV.

Finalizaba Abril, este gentil introductor de Mayo, el espléndido embajador de la corte de Flora, la Reina del color y del perfume, y el radiante sol con que iluminaba sus últimos días, abrillantaba la rica florescencia del jardín de la casa de los Fonseca en Villaclara, semejando cada cuadro cultivado, ya un rico pañolon de Manila cuajado de flores sobre el fondo verde, ya una paleta colosal donde se acumulaba el color para que la naturaleza tomase á su placer los matices y los reflejos, ya un caprichoso pentágrama que en notas perfumadas grabase el himno de alabanzas de la tierra á su Creador.

Desde el corrido balcon de la salita de Merce-

des se descubria un panorama tan bello, de tonos tan alegres y tan suaves, que merecia ser contemplado por personas felices para que pudieran apreciar su encanto.

Lo eran sin duda alguna los que sentados en torno de una mesita larga y estrecha se entretenian en ordenar hojas sueltas, ya escritas con cuidado y rodeadas de una ligera orla, ya pintadas en pergamino ó vitela, con vivos colores.

José Luis Fonseca, que aún llevaba el brazo en cabestrillo, pero que parecia haberse repuesto por el color sano de su rostro, contemplaba con encanto la artística obra de Mercedes, que tocaba á su término, y en la cual él mismo habia puesto su inteligencia al servicio de aquel trabajo, que logró distraerlo y ocuparlo en su convalecencia, ofreciéndole ocasion de permanecer al lado de Mercedes varias horas cada dia.

Isabel, que acompañaba constantemente á su prima, parecia más séria y formal, como si el terrible espanto de aquel dia en que vió á su hermano moribundo, hubiera extendido las primeras nubes en la aurora radiante de su pensamiento.

Reia ménos y sonreía más; callaba con frecuencia como si aún se le impusiera el silencio de aquella noche tristísima, y con frecuencia tambien sus

ojos se llenaban de lágrimas que se apresuraba á ocultar.

Doña Manuela igualmente había cambiado su plácida expresión por una melancólica dulzura.

El aviso de lo inseguras que son las dichas de la tierra recibido en aquel dolor inesperado, llevó á su alma, tan apegada á la seguridad de la dicha, el recelo de lo instable que puede ser en nuestros afectos esa ventura afianzada sobre la frágil base de la vida, don preciado que se pierde con el azar más fortuito guiado, sin duda por la suprema voluntad del que la otorga.

Tan vago y pasajero le parecía todo, que á no tener familia hubiera dejado, como el gran santo Francisco de Borja, bellezas que son mentira, dichas que son falsas, grandezas que son miserias, por la soledad absoluta que permite abismarse en Dios, idea única que no pierde, que no cambia, que no se gasta con el roce de la vida.

Observaba D. Francisco esta tristeza dulce y pensadora, ese desprendimiento de todo lo terreno, y con su placidez habitual de alma buena que en todo encuentra motivo de alegría, hacía le ver que permanecer triste después de haber recibido con la salud de su hijo tan hermosa prueba de la bondad divina, era de una ingratitud notoria.

Pero la tristeza de Doña Manuela no era de ingratitud, era de piedad, de temor, de compasión hacia todos aquellos que sufrían los rudos golpes del destino, en sus afecciones y en sus anhelos. Se reprochaba haber permanecido en cierto modo indiferente á los ajenos dolores, haber gozado con su dicha, como si en aquella hora, en aquel momento, ningún sér humano llorase en el universo.

La fraternidad que vinculó Jesús entre los hombres, tan olvidada en esta sociedad egoísta que acapara riquezas para su recreo y busca bienes para su provecho, sin cuidarse del ajeno dolor; esa igualdad santa que nivela las más grandes diferencias por la piedad, era para la conciencia noble y recta de la agradecida madre una sed de justicia que se proponía satisfacer con actos misericordiosos.

Era indudable que la Providencia, después de haber rodeado su vida de dichas puras y tranquilas, había alejado de su vejez el dolor sin consuelo de perder al hijo de sus entrañas.

Se lo devolvía sano y fuerte, casi del seno mismo del sepulcro, pues aquella vida adorada por la cual hubiera dado cien veces la suya, había estado casi extinguida, pendiente de un soplo, de un aliento, de un segundo...

Se habia salvado por algo y para algo; y ella, su madre, la que sumida en el dolor y en el espanto nada habia hecho, ni nada habia pedido para obtener aquel favor singularísimo, debia pagarlo en amor á la humanidad, en consuelos á los tristes, en pan á los hambrientos, en moderacion para esos mismos goces que llenaban su vida.

Era el mayor sacrificio que podia imponerse al recobrar la felicidad, y lo aceptaba gustosa.

Estaba resuelta: la limosna que habia sido en su mano dádiva generosa, pero indiferente, dada á ciegas muchas veces, y olvidada de continuo, seria en adelante donativo fraternal, ofrecido entre consuelos y con la conciencia de la necesidad que remediaba.

Donde una madre velase á su hijo enfermo, allí estaria ella para acompañarla; donde un hijo viera á su padre morir, contaria con su cariñoso auxilio; no más ancianos desabrigados y miserables, no más niños hambrientos y vagabundos en tanto que ella tuviera un pedazo de pan que compartir con ellos; no más esposos desesperados por no tener donde ganar con el honrado trabajo la subsistencia de su familia; ella sabria buscar esa ocupacion, pedirla y obtenerla.

Nadie la contrariaba en la hermosa mision que

se había impuesto, y que más bien que admiración despertaba extrañeza.

¿Hasta cuándo duraría, se preguntaban los que veían sus afanes y cuidados, aquel trabajo penoso en favor de todos los desgraciados?

—Acaso es una promesa por su hijo, decían los que recibían sus beneficios.

—Cuanto tú quieras puede darse sin que te canses ni te perjudiques, decía á su esposa Don Francisco.

—No es eso, contestaba, eso es poco: debo verlos, acompañarlos: soy yo acaso mejor que ellos? Mi carne muere como la suya, y como la suya sufre; lo mismo quieren á sus hijos que yo á los míos; somos hermanos.

Respetaban como siempre sus decisiones, pero puede asegurarse que sólo dos seres la comprendían: su hijo que la envolvía en una profunda mirada de amor y gratitud, y Mercedes, que al verla un día dispuesta á salir con su modesto vestido liso y su manto de gasa, le dijo tomando sus manos y besándolas con profundo respeto:

—Madre: no te ocutes de mí como de los otros; sé á dónde vas, y por qué vas; cuenta conmigo, seremos tres para realizar tu obra. José te comprende como yo.

—Vosotros sois jóvenes, sereis dichosos, dijo conmovida Doña Manuela, si Dios quiere prolongar vuestra vida como yo se lo pido; necesitais vuestro tiempo... yo puedo consagrarlo á los pobres, porque educados mis hijos considero terminada la mision de mi vida.

—Eres una santa, dijo Mercedes, y no has educado sólo á tus hijos, me has educado á mí, transformándome con tu ejemplo; pero tu mision no ha terminado, tus hijos te necesitan todavía; eres la columna en que se levanta una noble familia; tu tiempo no es tuyo.

—Dispondré del que buenamente pueda y entenderé que si no puedo hacer más esa será la voluntad de Dios.

Despues de esto nadie habia vuelto á interrogar á Doña Manuela acerca de sus proyectos.

Se habian acostumbrado á sus ausencias, ape-  
gándose Isabel por instinto á Mercedes, que ya no la rechazaba, sino que la atraia.

Don Francisco habia vuelto á ocuparse de su hacienda, pudiendo decirse que habia olvidado el terrible accidente de Casa Blanca; José Luis no pensaba tampoco en él, curado como estaba casi por completo, y sólo recordaba que aquel suceso habia sido decisivo en su vida, pues lo ha-

bia unido para siempre á Mercedes.

Ni una palabra de amor se habia cambiado entre los dos primos; ni una promesa habia afianzado aquellos lazos que formó el azar de un peligro; nada que recordase aquel instante supremo habia despertado el eco de aquella revelacion de un moribundo, que se habia confundido con el canto de un ruiseñor extraviado en una solitaria cañada, y sin embargo, ellos estaban seguros de amarse y nadie dudaba que los dos primos se casarian.

¡Sublime transparencia del alma en la nitidez de su juventud y de sus sentimientos!

La fria altivez de Mercedes habiase trocado en una tímida sumision, en una dulzura de sentimientos que parecia emanar de un foco de ternura oculto en el alma!

Ah! que la soberbia, la sequedad, el orgullo, cuantos defectos endurecen el alma de la mujer, son por regla general efectos de educacion, que se fundirian como blanda cera si los caldease con su reflejo el amor ó los trasformase la caridad.

Habia algo tan gracioso, tan tierno, tan infantil, en aquella niña que habia alardeado de indiferencia, que parecia demandar proteccion cansada de su independencia peligrosa.

—Señorita Isabel! llamó Lola apareciendo en la puerta; el señor acaba de llegar y me ha dicho que baje usted.

—Yo! dijo Isabel, y para qué?

—Como la señora no está, puede que quiera alguna cosa, añadió la doncella.

—Bueno, pues voy ahora mismo, dijo Isabel levantándose.

Mercedes quedó inmóvil, como esperando su vuelta.

José Luis puso su mano derecha sobre la izquierda de Mercedes que se apoyaba en una hoja no terminada, aprisionándola como á una mariposa inquieta, y le dijo conmovido:

—Quisiera saber si es verdad ó si fué delirio de mi enfermedad un recuerdo que tengo.

—Cuál?

—Vas á decírmelo?

—Sí. Nadie mejor que yo puede saberlo, porque no te he dejado ni un instante.

—Nadie puede saberlo más que tú: cuando yo sentía invadir mis venas el frío de la muerte; cuando se paralizaba mi sangre y mi pensamiento, como si el peso invencible de la nada cayese sobre mí, algo tan ligero como una sombra pasó ante mis ojos; algo tan suave como el roce de una plu-

ma tocó mis lábios sin vida, que no pudieron retener aquel aliento... era el tuyo sin duda; era el beso de esponsales que me dabas al verme morir...  
Dímelo!

—Sí, era yo.

—Gracias: con él me diste la vida.

—Antes pude darte la muerte.

—Sin esa apariencia de ella que me envolvió, es posible que no fueras hoy mi desposada.

—Es seguro.

—No me amabas? preguntó con tristeza José Luis. Fué preciso que me vieses en peligro de muerte para que sintieras por mí un poco de interés.

—Si te amaba, no lo sabia; lo supe en aquel momento y no lo he olvidado.

—Ah! será forzoso que no lo olvides, porque yo no te perdonaria esa falta de memoria.

Mercedes sonrió.

—Ese recuerdo es mi vida, ya lo ves, ya lo sabes, dijo José Luis acariciando aquella bonita mano que tenia prisionera en la suya; sin él nada existe para mí...

—No temas; puesto que vivimos no podemos olvidar por qué; nuestra vida tiene el mismo origen y debe tener el mismo objeto; si tú hubieras

muerto yo no hubiera sobrevivido á esta certeza ni una hora... estaba resuelta.

—A qué?

—A no vivir más.

—El pensarlo es una locura y el decirlo una falta; ni áun siendo por mí puedo aplaudir en tí semejante idea.

—Mi padre me enseñó que cuando la vida se hace insoportable se deja.

—Tu desgraciado padre tuvo un instante de ofuscacion que debe perdonarse, pero cuya imitacion es un crimen.

—Imaginas tú acaso que valiera más para mi padre el honor de su nombre que para mí tu vida? Crees que hubiera sido posible para mí sufrir la idea de haberte matado cuando no pudo serlo para él la de vivir empobrecido?

—Son distintas situaciones, dijo José mirándola con embeleso, pues confirmaba con su exaltacion la verdad de su amor; á mí no me toca juzgar, sino lamentar aquella; en cuanto á tí...

—Qué, preguntó sonriendo Mercedes?

José levantó hasta sus lábios aquella mano que no protestaba de su prision, y le dijo con dulzura:

—Sea esa la última vez que pienses en el suicidio, cuya sola idea me horroriza. Ten presente

que al pensarlo ofendes la memoria de tu padre, que te legó tan triste ejemplo.

—Pues yo te aseguro que en situaciones como esa no hay otra solución.

—Ya te convenceré yo de lo absurdo del remedio; entre tanto, te lo ruego, no lo pienses jamás.

—Oh! en tanto que tú vivas, no hay peligro!

José estrechó con pasión la mano de su prima.

Esta la retiró y comenzó á dibujar temblorosa y conmovida.

—Allá, en nuestro parque, solos, viviendo el uno para el otro, comenzó á decir José á media voz como si relatara un sueño...

—No, dijo Mercedes levantando su preciosa cabeza como para dar más solemnidad á su deseo; solos no, la vida no puede limitarse así; unidos, pero no para aislarnos, sino para hacer el bien, para enseñar al que no sabe, para consolar al triste, para fortalecer al débil, para ayudar al pobre... Como tu madre; lo que ella hace en gratitud porque tú vives, debemos hacerlo nosotros: tenemos que agradecer, además de nuestra vida, el habernos conocido, el habernos amado, el ser capaces por nuestra educación y nuestros sentimientos, de comprender y practicar el bien.

—Ah! qué dicha siento al oírte. Tú eres la mujer que yo soñaba, bella y buena, tierna é inteligente al par! cómo quieres que me niegue á lo que es el anhelo de mi vida? Formaremos una colonia de séres felices, cuyo centro serán nuestros corazones unidos...

Isabel apareció en la puerta.

—Si quereis bajar, dijo, papá está en el jardín y ya no hace calor.

—Vamos allá, dijo José levantándose; Mercedes lo siguió en silencio.

---



## CAPITULO XLV.

Antes de seguir adelante, puesto que ya nos queda poco que andar para llegar al término de nuestro relato, echemos una ojeada sobre Villaclara y los antiguos conocidos para no defraudar al lector en su natural deseo de saber lo sucedido durante el tiempo pasado por la familia de Fonca en Casa Blanca, al lado del herido en convalecencia.

Como es natural, todos los acontecimientos surgidos en los accidentes que venimos relatando, habian caído sobre el pueblo como un chaparrón de noticias, que no llegaron á formar la bola de nieve de la calumnia, tan temida y peligrosa como la desprendida avalancha que todo lo destroza á su

paso, gracias á la transparencia de la vida íntima de aquella noble familia, á sus honradas y sencillas costumbres, y á esa adulación inconsciente que envuelve la envidia hácia los favorecidos de la fortuna, en los que nunca se ceba por completo la maledicencia.

Se habló mucho del accidente del heredero de los Fonseca, sin que por suerte para Mercedes se acertase con la verdadera causa.

La version oficial, por decirlo así, era la dada por José en el momento de la ocurrencia: subiendo un repecho de la cañada con la escopeta dispuesta para tirar una liebre, debió rozar el gatillo con alguna mata ó tocar en una piedra, y al salir el tiro le pasó el brazo.

Esto parecia fácil y posible, ocurre con lamentable frecuencia, y las personas sensatas no lo dudaron siquiera.

Pero como todo aquello que es natural y lógico se cree ménos que lo absurdo y lo extraño, las comadres del lugar, entre las cuales estaban en la cúspide, por supuesto, las Baldías, se dieron á divagar hablando de tentativas de suicidio, de caídas, y hasta de secuestradores y venganzas.

Como la mejoría de José Luis cortó las habi-llas, la atencion se consagró toda á un noticion

estupendo: el retorno á la casa de Fonseca de los bienes de que injustamente se la habia despojado.

Aquella noticia oscureció todas las demás, las borró, las inutilizó.

La idea de que aquella riqueza respetable que tan honradamente conservaba su dueño, habia de duplicarse ó triplicarse con aquel enorme caudal, recobrado no se sabia cómo, pero con gran habilidad y misterio sin duda, era pasto abundante para mantener la curiosidad del pueblo durante algun tiempo.

Imposible seria recoger todas las fantaisias que circularon sobre aquella reivindicacion de un derecho: cada uno tenia para el caso una version distinta. Quién hablaba de revelaciones hechas al confesor por un moribundo; quién de avisos anónimos; quién se aproximaba á la verdad atribuyendo el prodigioso suceso al descubrimiento de documentos perdidos; quién, en fin, creia en arreglos secretos y hasta en milagros y brujerías.

Los interesados se habian impuesto una reserva absoluta.

A Doña Manuela apenas podia vérsela, entregada á sus dichosos pobres, como decian con renco-rosa queja los Pinos; las niñas no recibian; el enfermo mucho ménos, pues se le imponia una com-

pleta quietud, y D. Francisco pasaba el día en el cuidado de las labores del campo, y en el arreglo de los asuntos á que daba lugar la entrega de los bienes recobrados, pues deseaba el buen propietario evitar perjuicios á los que ilegalmente los poseían.

La riqueza de lo adquirido se aumentaba, como siempre sucede en tales casos, y se atribuían dotes fabulosamente ricas á Mercedes é Isabel, acaso mayor á la primera, pues representaba sola á su padre, si bien en los dos hijos de Fonseca había que agregar el caudal que éste poseía ya.

Familia hubo en el pueblo que se entretuvo en sacar la cuenta de lo que todo importaba para apreciar lo que tendrían las muchachas, y hubo otras que pasaron repaso á los pretendientes que pudieran tener.

Nadie dudaba que á la marquesita la casarían con el primo; los Fonseca sabían mucho, decían ellos, y no iban á dejar que otro *cogiera esa breva*.

En cuanto á Isabel había distintos pareceres.

Como la muchacha era un *pan de rosas*, una *masa de ángeles* haría, claro está, lo que los padres quisieran y ya le buscarían otro ricacho.

El hijo del marqués del Encinar, que le hacía cocos, se había vuelto á Jaen cuando el accidente

de Pepe Fonseca, esperando, sin duda, mejor ocasión para sus proyectos, y se hablaba también de un joven cordobés, amigo de José Luis, que había venido á verlo en su enfermedad, hijo de un rico labrador y que estudiaba en Madrid el último año de la carrera de leyes, habiendo tenido ocasión de acompañar allí á D. Francisco y su hija.

Cárlos Quiroga, que así se llamaba, era pariente lejano de Doña Manuela, y si no esperaba ser tan rico como Isabel, porque eran muchos hermanos, era de buena casa y de excelentes condiciones.

En esa voz del pueblo que suponemos que viene del cielo, hay siempre algo de verdad, y ese algo era la sospecha de que el estudiante de Córdoba miraba con buenos ojos á la joven de Villaclara.

Cuando reanudamos el relato de los hechos que constituyen esta historia, Angelito Villalba acababa de llegar al pueblo, sabedor por la habladora pluma de la prima Paquita, de los grandes y chicos acontecimientos que en aquel breve espacio de tiempo se habían desarrollado.

—Con que no sospechábais nada? decía á los Pinos que lo escuchaban con adolorada sonrisa; pues yo os creía más listas!

—Nunca creí yo que tú quisieras á esa mona de marquesita, dijo el Pino Chico con gran complacencia.

—Pero como él lo dijo, afirmó el Pino Gordo, á confesion de parte... ya se sabe....

—Se dicen tantas cosas que no son!...

Esta exclamacion era del Pino Chico que encontraba la conversacion sabrosa como un marisco, y gustosa y amena como una sátira de Quevedo. Ahí es nada para una cotorrona el morder en la carne tierna de una niña casadera, fresca y bonita, con novios donde elegir y dinero que gastar!... De alguna manera habia de cobrarse la diferencia!...

—Julita tiene razon, dijo con petulancia Encinar; yo no la quise nunca, pero hay ocasiones en que se propone uno fastidiar á otro... y esa es la cuestion. El tal José Luis ha venido insoportable de vanidad y tontería, sin duda por esa riqueza que reciben de esa pobre gente...

—Has visto? preguntó asombrada el Pino Largo, qué suerte!... Sin embargo, yo creo que eso debe ser justo, porque mi padre decia que era un despojo lo que habian hecho con el padre de Don Francisco y que algun dia se aclararia.

—Bueno, pero el caso es que hoy son riquisi-

mos, que la marquesa toma la parte de su padre, y claro está no han querido dejar escapar ese capital con otro casamiento.

—Por eso no quieren hablar con nadie; Doña Manuela con pretexto de hacer visitas á los pobres no está nunca en su casa, y las niñas se esconden. El pobre D. Francisco está siempre en el campo como un aperador, dijo el Pino Gordo. Yo bien decía que les pasaba algo.

—Pues sí, ahí hay muchas cosas, dijo Angelito. No vayais á decirlo, añadió con jactanciosa risa, porque al fin son amigos y yo no quiero que se crea nada malo.

—Qué, hombre! Habla, habla, dijeron ansiosas las Baldías: ¡no faltaba más!

—Pues lo del tiro fué un desafío conmigo... le planté una bala en el hombro que por poco no lo cuenta... pero luégo, segun es costumbre en tales casos, quedamos amigos, y yo no quiero que nadie lo sepa.

—Jesús, hombre! Si yo te dijera que tuve mis sospechas, murmuró el Pino Largo!

—Calla, que nos cuente el por qué y cómo, dijo sedienta de curiosidad Julita.

—Para qué, replicó mintiendo con el aplomo más extraordinario Angel; ya pasó y no me gusta

ponerme moños ni darme pisto. Ya sabeis que me hizo un desaire el dia que estuve allí de visita...

—Ya lo creo que lo sabemos, contestaron en un solo rumor los Pinos.

—Pues le pedí explicaciones, estuvo muy inconveniente, lo desafié, quedamos convenidos, lo busqué en el campo y nos batimos.

—Jesús qué horror! exclamó el Pino Chico.

—Sentí su gravedad, palabra de honor, afirmó Angel, y me alegro mucho de que se haya curado. Si se casa con su prima no me importa: tengo ahí á su hermana, que le dobla la dote.

—Ah! exclamó como si lamentase un desengaño Julita; piensas todavía en esa niña boba de Isabel?

—Será muy boba, pero es muy rica.

—Sí, como á tí te hace falta!... dijo en tono de reconvencion el Pino Gordo.

—Nada de eso, pero á nadie le amarga un dulce, y dos valen más que uno, y el pan ganado siempre es tierno.

—Vaya, hijo, pues no tienes tú poca letra menuda para lo que quieres defender, dijo el Pino Chico; haces bien, que hoy no hay más que eso, y tanto tienes tanto vales.

—Pues claro, y además me salgo con mi empeño porque entro en la familia.

—Buena pedrada le vas á dar á los padres, que van á casar á los hijos á pedir de boca...

—Yo tambien hago mi gusto.

Las primas no se atrevieron á insistir temerosas de perder su proteccion si lo desagradaban, reservando sus dardos para esa cruel celada en la sombra que persigue sin razon ni motivo al sér inofensivo, blanco en la sociedad de la maledicencia si en ella brilla por su posicion, por sus méritos personales ó por su riqueza.

Por fortuna los dardos se embotan en la injusticia, y la víctima de la envidia queda incólume, brillando aún más para castigo de sus detractores.

Villalba oyó vagamente hablar de ser un hecho el casamiento de José y Mercedes; supo que se sospechaba que Quiroga andaba en pretensiones de Isabel, pero ciego de orgullo, no pensó que pudiera vencerlo ante ninguna mujer competidor alguno.

Si renunciaba á la marquesita de buen grado, era porque tenia á José Luis un miedo terrible, sentimiento que ocultaba con el mayor esmero haciendo alarde de lo contrario.

Además, quedándose en la familia, no tan sólo

se vengaba de Mercedes, sino que podía esperar una ocasión...

Séres como Villalba no se paran en las barras del honor cuando se trata del capricho ó del deseo.

Resuelto, pues, á pedir la mano de Isabel, felicitándose de no haber dado paso alguno definitivo respecto á la orgullosa marquesita, se presentó correcto y sereno en casa de Fonseca, que lo recibió solo, en la sala del piso bajo que ya conocemos.

El futuro marqués expuso su pretension como Dios le dió á entender, y añadió que su padre vendría á confirmarla tan pronto como tuviera la seguridad de ser admitido.

Don Francisco le agradeció con su acostumbrada bondad sus frases de cortesía, y como el pasado por Encinar fuera para él inesperado, le suplicó que le diera tiempo para consultar con su mujer y sus hijos, pues no podía decidir por sí en tan grave asunto.

—Tampoco yo hago la peticion oficial, dijo con pedantería Angel, pues eso corresponde á mi padre; pero exploro las voluntades en evitacion de un desaire que seria muy sentido.

—Agradezco á usted su delicada atencion y tendré el honor de contestarle mañana.

---

Angel se levantó y con los saludos de costumbre, salió sin pretender ver á las señoras.

Creia que este rasgo de diplomacia acabaria de conquistarle la victoria.

---



## CAPITULO XLVI

Cuando Mercedes y José Luis llegaron al jardín seguidos de Isabel, acababa de llegar Doña Manuela, muy complacida porque se encontraba mejor una pobre mujer atacada de calenturas, cuyos chiquillos sucios y abandonados habían sido colocados, así como la enferma, bajo la vigilancia de una buena mujer, pagada por Doña Manuela para este servicio, y á la cual ayudaba ella misma, asistiendo á la enferma y vistiendo y aseando á los muchachos.

—Pobrecita, le decía á Don Francisco, creo que se salva, y esos pobres niños no se quedarán sin madre; pero hay que darle cama, ropa, alimento, trabajo al marido... aquello es un horror de miseria y desdicha...

—Bueno, bueno, decia D. Francisco; se le dará lo que tú quieras, pero ahora déjate de eso que tengo que hablarte.

—De qué?

—De una cosa muy importante, pero ya vienen los niños y ahora hablaremos.

Doña Manuela salió al encuentro de José despues de quitarse el manto y lavarse las manos, para informarse de su salud.

—Muy bien, mamá, ya puedo abrazarte con los dos brazos, pero como me lo tienes prohibido, te abrazaremos entre los dos y te sabrá lo mismo, no es verdad? dijo sonriendo á su madre y á Mercedes.

—Gracias á Dios! murmuró Doña Manuela, abrazándoíos con lágrimas en los ojos.

—Papá me llamó, dijo Isabel, celosilla porque no la abrazaban á ella; decia que deseaba hablarme delante de tí, mamá: me asusté porque creí que fuese para reñirme, pero se echó á reir y me aseguró que no.

—Quiere hablarnos á todos, dijo Doña Manuela; no sé lo que será, vamos á verlo.

Y se dirigió con sus hijos hácia el lugar del jardín en que D. Francisco se hallaba.

—Qué es lo que pasa? preguntó Doña Manuela

cuando hubieron tomado asiento.

—Nada de particular, sino que hoy he recibido una visita, dijo por vía de preámbulo D. Francisco.

—De quién? preguntó Doña Manuela.

—De un guapo jóven, que está prendado de una niña bonita que hay en esta casa.

Isabel se puso encendida como una rosa.

Mercedes miró á José Luis como interrogándole.

—Y quién es? preguntó Doña Manuela.

—D. Angel Villalba, futuro marqués del Encinar, que ha venido á decirme que está enamorado y se quiere casar con la señorita de Fonseca.

Como esta denominacion designaba á las dos primas, que llevaban el mismo apellido, Mercedes se inmutó, temiendo que un atrevimiento del osado provinciano pudiera hacer creer á José que ella lo habia alentado con la más mínima atencion.

Su rostro delicado se alteró con una viva expresion de disgusto que no pasó desapercibida para nadie.

Isabel por su parte habia enrojecido, satisfecha como mujer de no haberse engañado, pero dudando si debia creer tan extraño y tardío ofrecimiento.

—Qué es lo que debo contestar? preguntó Don Francisco ageno á estas emociones, como lo habia sido á los sucesos.

—Pero aún no sabemos, dijo con su tino habitual Doña Manuela, á quién se dirige la petición: hay dos señoritas de Fonseca aquí.

—Entiendo que no hay más que una, dijo con acento alterado José Luis, porque para nada se trata de la marquesa de Vega Real.

—En efecto, dijo Don Francisco, no hay duda posible: se trata de la señorita Isabel de Fonseca; quién ha dicho otra cosa?

—No lo has dicho, pero podia pensarse, dijo Doña Manuela que no pudo evitar en su amor de madre el temor de que Mercedes, que visiblemente se habia impresionado, pudiera dar un pesar á su hijo, por el gusto de alejar de nuevo de su hija el envidiado pretendiente.

Mercedes habia levantado la cabeza con su altivez de otros tiempos; su mirada se habia hecho investigadora y fria, y parecia dispuesta á exigir cuentas de la ofensa que dudando de su buena fé se le inferia.

José Luis sorprendido de su actitud anhelaba pedirle explicaciones de lo que aquello significaba.

—Y bien, dijo D. Francisco, qué os parece? se

trata de un muchacho muy bien educado; un poco tonto, es verdad, pero eso se cura con el tiempo; es muy rico, será marqués, su familia es inmejorable por todos conceptos, y si á Isabel le agrada, por mi parte no hay dificultad alguna en que se casen.

—Yo tampoco la tengo, dijo Doña Manuela, si ella lo quiere, que es la primera condicion, pero no estoy segura de ello.

—Y tú, hijo mio, qué dices? preguntó Don Francisco.

—Que veria con disgusto que mi hermana aceptase esa boda.

—Tienes algun motivo?

—Ninguno, pero me es antipático el pretendiente.

—Tú eres la que debes decidir, Isabel, dijo Doña Manuela; si lo quieres, si crees que has de ser feliz con él, puedes aceptarlo con nuestro consentimiento; si no te gusta, si no encuentras su carácter y sus condiciones dignas de tu respeto y de tu afecto, ahora estás en tiempo de medir las diferencias y no admitirlo.

—Yo, dijo Isabel asustada, encendida, casi llorosa de emocion, haré lo que ustedes me digan, pero no quisiera casarme...

—Y yo, dijo Mercedes levantándose con gran dignidad y firmeza, digo que ese hombre, que se ha atrevido á pedir la mano de mi prima, es indigno de ella, y no merece ni el honor que le concedemos discutiendo su pretension.

La mirada de José Luis brilló de gozo al oír á Mercedes hablar así, al par que una extraña sorpresa despertaba toda su atencion.

—Tienes algun motivo para decir eso? preguntó Doña Manuela, que empezaba á pensar que se habia engañado al juzgar á Mercedes.

—Tengo pruebas de lo que digo.

—Pruebas? dijo D. Francisco sorprendido; pero de qué?

—No comprendo, dijo Mercedes, ni quiero detenerme á investigar el motivo del indigno juego en que ese caballerito quiere incluirnos, al pretender la mano de mi prima despues de haber sido rechazado por mí...

—Cómo, preguntó Doña Manuela; era á ti á la que buscaba?

José Luis escuchaba con atencion.

—A mí y á mi prima, pues compartía sus pretensiones segun tenia ocasion de ver á una ó á otra, dijo con desprecio Mercedes. Ya habia yo advertido á Isabel que era indigno de ella.

—Sí, dijo ésta, y te aseguro que yo sospechaba algo.

—Pero no habrá un error en todo eso? dijo Don Francisco; porque Villalba es un caballero, y aunque sea un poco fátuo, no creo que se atreva á faltar á los respetos debidos.

—Voy á convencerlos de lo que digo, exclamó Mercedes saliendo del cenador en que estaban y corriendo hácia la casa.

La familia de Fonseca guardó un silencio penoso.

Isabel tenia los ojos llenos de lágrimas, pues aunque desde luégo estaba resuelta á no admitir á Encinar, le dolia el haber sido engañada en su primera ilusion, ya que por fortuna aquel sentimiento no llegó á tener realidad en su vida.

José Luis estaba irritado.

Pensaba que Mercedes debió decirselo para que lo hubiese arrojado de su casa, sin fijarse en que Mercedes no tenia el derecho de hacerlo entonces.

La marquesita apareció con un papel en la mano, encendida de la agitacion que le causaba su rápida carrera, y satisfecha de la facilidad con que habia encontrado aquella acusadora declaracion, cursi como explícita, que creia haber perdido.

Nuestros lectores tienen ya noticias de que en aquella carta aseguraba Angel no haber amado nunca á Isabel, y de que se ofrecia á la marquesita como esposo.

—Lee esa carta, dijo á D. Francisco, y te convencerás de lo que vale tu protegido.

—Pero si yo no lo protejo, dijo aturdido Don Francisco, yo digo lo que creo y nada más.

—Dame, padre, dijo José Luis, yo la leeré.

Cuando acabó de leerla, Isabel lloraba y Doña Manuela se confesaba que Mercedes habia obrado con gran nob'eza rechazándolo cuando era pobre, cuando tantas otras hubieran visto en el amor del vanidoso abogadito un medio de emanciparse y enriquecerse.

—Esa carta te honra, le dijo, y debes perdonarme si he dado lugar á que la leas.

—Perdonarte yo! dijo Mercedes; no tal, tú estabas en tu derecho velando por tu hija, y como por otra parte el disputarse un novio dos muchachas no es cosa nueva, añadió riendo con encantadora naturalidad, como para llevar el asunto al terreno familiar en que debia resolverse, podia temerse en un principio, pero luégo no, porque en verdad, el mocito no merece que lo se disputen, si no que se lo endosen... podia casarse con su pri-

ma, ese Pino seco, y Dios se lo premiaria.

Todos, incluso Isabel, se echaron á reir.

—Debiste decírmelo, dijo José Luis todavía alterado, y yo hubiera puesto remedio.

—Mira la fecha de esa carta ántes de romperla, dijo Mercedes sentándose á su lado, y dime si podia yo ir á buscarte, para que como caballero andante vinieras á defenderme.

—Pero luégo...

—Cuándo? Crees tú que despues de conocerte he dispensado yo á ese caballerito el honor de pensar en él?

José Luis sonrió.

—Papá, dijo como quien toma de repente una resolucion; todo esto se hubiera evitado sino hubiera aquí más que una señorita y dos señoras de Fonseca.

—Será muy posible que haya en breve dos señoras de Fonseca y una señora de Quiroga, dijo sonriendo Doña Manuela.

—Oh mamá! dijo Isabel.

—Eso ya es otra cosa, y no hemos de oponernos, pero no por ahora; Isabel es una niña, dijo José.

—Pues señor, dijo D. Francisco, tengo que contestar á ese caballerito.

—Ponle cuatro letras diciéndole que no puedes aceptar; no hay necesidad de que vuelva á esta casa.

—Me parece bien y así lo haré. Tengo también que advertir á nuestro sobrino Cárlos Quiroga, que desea vernos, que cuando volvamos de un viaje de algunos meses en que vamos á descansar de las penas que hemos sufrido, tendremos el gusto de recibirlo aquí.

—Ah! papá! qué bueno eres, gritó Isabel abrazándolo.

—Y nada más? preguntó José.

—Vamos, hombre, que todo se andará! Tengo que escribir á Roma, ó decir que escriban, pidiendo cierta dispensa para un casamiento entre primos hermanos.

—Gracias, dijo José besando la mano á su padre, pero no tardes; me parece que lo has dejado para lo último.

Mercedes que se habia inclinado hácia su tío, le dijo á media voz y con graciosa zalamería:

—Y para cuándo guardas el telégrafo? El correo es muy pesado y además se pierden las cartas.

Don Francisco se echó á reir.

—Oyes, Manuela, dijo; tienen prisa.

—Y yo también la tengo de verlos felices.

—Ve, pues, preparando el regalo mientras yo telegrafío.

—Oh! el regalo está listo! Para algo guardó sus sesenta perlas, recuerdo de sus sesenta días de espera, tu pobre madre. Su nieta parecerá una evocación de aquella belleza, pues la copia de una manera perfecta.

—En ese caso será para José el anillo de boda de mi padre, dijo D. Francisco, y se casarán con las mismas arras que sus abuelos: ahora tienen más valor, porque las onzas de oro no se encuentran tan fácilmente.

—Propongo, dijo José, que esas trece onzas queden vinculadas para las bodas de la familia; pasado algún tiempo serán un objeto histórico, pues el oro, más que la poesía, está llamado á desaparecer.

—Y yo, dijo Mercedes, no aceptaré el collar sino á condicion de que Isabel tome la mitad de las perlas.

—Es lástima partirlo, dijo D. Francisco. Isabel tendrá otro.

—Es suficiente para las dos, y puesto que era de nuestra abuela, lo conservaremos por igual.

—Sea como tú quieras, dijo D. Francisco; yo te guando otro regalo.

—Cuál? preguntó José riendo.

—Eres muy pregunton, ya lo sabrás; é incli—  
nándose hácia Mercedes le dijo como si tratara  
de ocultarse de José: como no quieres sacar el es—  
critorio que te pertenece de la Casa Blanca, será  
preciso que la casa sea tuya; en ella, como el fraile  
del cuento que dejaba un clavo, has dejado algo  
de tu propiedad.

—Oh! tío! exclamó la marquesita, qué noble  
corazon tienes! Es verdad; he dejado allí recuer—  
dos de dolor y de alegría, defectos que me hacian  
desgraciada, y dudas que no volveré á sentir. Tu  
regalo me hace feliz, porque yo amo esa casa don—  
de ha comenzado para mí una nueva vida, donde  
ha estado encerrado durante tanto tiempo mi per—  
venir, porque yo que te parezco tan desinteresada,  
tan frívola para mis asuntos, puesto que no te per—  
mito que me hables de ellos, pobre como lo era  
cuando vine á tu casa, no me hubiera casado jamás!

—Bah! dijo José, tonterías!... Qué falta nos  
hacia tu dinero?

—Ninguna, ya lo sé, pero necesitaba yo que  
no se creyese que buscaba el tuyo.

—Nunca debemos preocuparnos de juicios er—  
róneos cuando está la conciencia tranquila, afir—  
mó Doña Manuela.

—Y cuándo nos vamos, papá? preguntó Isabel.

—Muy pronto, en seguida que llegue esa licencia de Roma y se verifique la boda.

Doña Manuela suspiró.

Su hijo, que hasta entónces habia sido suyo, iba á ser de otra.

Los celos de las madres, aún de las más resignadas y buenas, son inevitables al tener que compartir el cariño de sus hijos con otra persona.

—Tardará mucho? preguntó José.

—A vosotros os parecerá siempre tarde... Pero no tengais impaciencia, hijos míos, y prolongar estos hermosos días, porque son los más dulces de la vida aquellos que preceden á la realidad y que llenan con su encanto la esperanza.

---



## CAPITULO XLVII.

Un mes más tarde, cuando en los últimos días de Mayo mecia el viento perezoso los macizos de espigas amarillas, que en un campo bien cultivado semejan con sus ondulaciones el movimiento de las olas del mar; cuando los reflejos del sol ya vivos y picantes á las ocho de la mañana, relampagueaban sobre el mineral de las piedras y azuleaban las montañas con tonos de záfiro, una encantadora pareja pasaba á caballo por los senderos que guiaban desde Villaclara á la Casa Blanca, llamando la atención de los campesinos que los saludaban con respetuoso cariño.

Nuestros lectores habrán conocido ya al gallardo ginete y á la gentil amazona.

Era una pareja que acababa de ser bendecida en el nombre de Dios y autorizada por las leyes para gozar de aquella soledad deliciosa, y en sus miradas, en sus sonrisas, en la marcha irregular de los caballos que montaban, que se detenían á veces sin motivo aparente para que los dos enamorados, que ya eran esposos, cambiasen una palabra ó se estrechasen las manos, se adivinaba una de esas felicidades que no caben en la palabra humana y que como promesa celestial se gozan á veces en la vida.

José Luis y María de las Mercedes de Fonseca acababan de casarse en la Iglesia del pueblo.

El telégrafo había, en efecto, llegado á Roma con oportunidad para pedir la licencia de boda entre los dos primos, que concedió bondadoso Leon XIII, agradeciendo la cuantiosa limosna que con este fausto motivo le fué ofrecida.

El venerable obispo de Jaen había dispensado á su vez las amonestaciones y trámites correspondientes al Sacramento del Matrimonio, y un ilustre canónigo de aquella Santa Iglesia Catedral, donde se guarda como joya preciada *la Cara de Dios*, se ofreció á celebrarlo, honrando así á su lejano pariente y excelente amigo Don Francisco, y trasladándose para efectuarlo al pueblo, donde era muy conocido y apreciado.

Dispuesto el acto en familia, por el luto riguroso de la novia, acordóse celebrar la boda en la Iglesia, según los deseos de Mercedes, pero con tal sigilo que pasara desapercibido para el pueblo, el cual tendría ocasión de saberlo después, por los beneficios que por diversos motivos debía recibir de esta noble familia en dotes, limosnas y socorros.

D. Adriano, el médico de la casa que tan excelentes cuidados había prestado á José Luis en su terrible enfermedad, era uno de los testigos.

Mercedes le había dicho el día ántes, cuando D. Francisco encargándole absoluta reserva, le había manifestado que necesitaba que los acompañase á la Iglesia á las seis de la mañana:

—Quisiera pedir á usted un favor.

—Cuanto yo pueda hacer para complacerla, murmuró sorprendido D. Adriano.

—Quisiera que aceptase usted como recuerdo mio esta sortija que era de mi padre: ha salvado usted al que va á ser mi marido, y esa memoria le probará mi eterna gratitud.

—Lo ha salvado Dios, señora marquesa, dijo conmovido el médico; el hombre áun siendo un sabio, y yo estoy muy léjos de serlo, no tiene poder para tanto.

—Pero Dios se ha valido de usted para que fa-

cilitase su obra, y sin dejar de agradecer su divina misericordia, no quiero olvidar la intervencion de usted.

—Los señores de Fonseca me han llenado de obsequios que no merezco, y no quisiera privar á usted de una prenda tan querida.

—Yo se lo ruego como un favor.

—Sea como usted quiera, no puedo negarme á su mandato.

Y D. Adriano colocó en el dedo anular de su mano derecha, no sin cierto orgullo, la sortija que lucía un hermoso brillante.

Mercedes repartió entre su tia y su prima las mejores alhajas que de su madre conservaba, haciendo donacion de sus ropas á las criadas, y consagrando cuantos objetos tenia de valor á determinados regalos.

Parecia que tenia el propósito de no conservar nada que le recordase sus dias de dolor, y que al renacer á una vida más útil, más noble, más santa, queria borrar la memoria de sus fantasías de lujo y vanidad.

José Luis la dejaba hacer, encantado de aquel cambio que aseguraba su dicha, porque la mujer frívola y vana, si puede ser ornamento de un salon como trofeo de orgullo, jamás realizará el ideal

de la madre de familia cristiana, la perfecta esposa que nos pinta Fray Luis de Leon.

Por su parte habia rogado á su padre que conservase en su poder y administrase, al par que los suyos los bienes pertenecientes á Mercedes, señalándoles una renta prudencial para la independencia de su vida.

Don Francisco habia demostrado á su hijo que necesitaba su ayuda por lo vasto del caudal administrado, y que aún conservándolo bajo su direccion, cada cual debia percibir sus rentas.

La Casa Blanca, con el olivar que la cercaba, habia sido regalada á los nuevos esposos por sus padres, y Mercedes habia querido pasar allí la luna de miel, para lo cual se habia dispuesto convenientemente, si bien conservando sus muebles antiguos, tan del gusto de la marquesita.

En la casería esperaban los criados, con la despena y las roperos bien provistos, á que los señores llegasen de temporada.

El día en que los hemos visto cruzar á caballo por los llanos de Villaclara, habia tenido lugar la boda en las primeras horas de la mañana.

La gente del pueblo, madrugadora y activa, se sorprendió grandemente al oir rodar dos coches cuando apenas serian las seis de la mañana, con direccion á la Iglesia.

Algunas mujeres dejaron abandonados los chiquillos para acudir á presenciar la ceremonia, y algunos jornaleros de los que esperaban en la plaza ser avisados para los trabajos del campo, se fueron al templo, que les causó no poco asombro por el adorno de sus altares y por las colgaduras que ostentaba.

La ancha nave de la Iglesia, suavemente iluminada por los rosados reflejos de la mañana, parecía cerner sobre las cabezas de los jóvenes novios un ambiente de esperanza y felicidad.

Mercedes, vestida con un sencillo y elegante traje de crespón negro, envuelta en un amplio velo de tul blanco, estaba tan bella, tan serena, tan pálida y tan inmóvil, que hubiera podido tomársela por una artística figura encargada de representar la trasformacion de la niña en mujer.

Una rama de azahar natural cruzaba su pecho; llevaba por único adorno el collar de perlas de su abuela, en el que habia prendido el relicario de su madre.

José Luis estaba á su lado orgulloso y feliz.

Aquella mujer que iba á ser la suya, no le ofrecía solamente su belleza y su caudal, como sucede con lamentable frecuencia: le ofrecía su alma, trasformada á su influjo, llena de pasión, de sentimiento, de ternura.

La envoltura en que parecía oprimirla el dolor, lastimándola con durezas de egoísmo, con desigualdades de orgullo que marcaba el capricho, había desaparecido al suave calor de un afecto nuevo; se había desecho ante el ejemplo constante de un hogar bien equilibrado y bien dirigido, librando esta feliz enseñanza á una criatura pura y noble por su naturaleza privilegiada, de vulgares defectos que degeneran en faltas imperdonables.

En una constante aspiracion de vanidad y placer; en una soledad moral que ahonda el hastío y suele llenar la culpa, aquella niña, aquella mujer que se revelaba con tan excepcionales condiciones de virtud y firmeza, hubiera sido uno de tantos seres inútiles ó peligrosos, en cuyo hogar frio degenera una raza, empequeñecida y debilitada por el abandono y la indiferencia.

Trasplantada la delicada criatura, que como flor de estufa crecía en viciada atmósfera, al pleno sol, al aire puro, al ambiente de virtud en que la verdad y el bien se unen para glorificar la vida, la sávia juvenil que en sus venas languidecía hasta agostarse; los gérmenes de nobleza y elevacion que en aquel carácter se adormecían faltos de cultivo, debían producir su efecto, provocando una reaccion que destruyese cuanto de artificial y falso

empequeñecía los vuelos de su pensamiento y los sentimientos generosos de su corazón, vigorizando sus creencias, avivando su fé y normalizando sus juicios.

Aquella leccion perenne en que se le mostraba la dicha en la union de la familia, basada en la confianza mútua y el cariño eterno; aquel cuadro de paz y de amor, retirado de la falsa esfera en que sólo atrae miradas lo que brilla, aunque sea con ficticios reflejos; aquella serena y honrada existencia que habia podido comparar con la vertiginosa vida de la ambicion y el orgullo, habian preparado la regeneracion de aquella alma vírgen, que agonizaba en la lucha cruel de su soledad en el dolor, y que recibió la primera sensacion del amor, que borra toda huella de egoismo, pues funde un alma en otra alma y un sér en otro sér, como un bautismo celeste que borraba en ella el pecado original de la educacion y la costumbre.

La impresion sentida ante el peligro de José Luis completó la obra, y Mercedes fué desde aquel momento la mujer apta para el sacrificio, digna base de un hogar y una familia; la mujer fuerte que comparte dignamente los dolores y las alegrías de los suyos, que los sostiene si vacilan, que los salva si peligran.

Todos notaron el cambio y lo apreciaron en relacion á los puntos de vista desde los cuales lo contemplaban.

Para D. Francisco era la conformidad natural de su pena por la muerte de su padre; para Isabel la confianza que habia tomado y que le faltaba en un principio; sólo para José Luis y para Doña Manuela tuvo todo el valor de una transformacion.

Cuando las preguntas sacramentales fueron afirmativamente contestadas; cuando el suave lazo de la coyunda matrimonial unió sus cabezas; cuando las viejas onzas de oro tantos años guardadas, cayeron como aurifera cascada de las manos de José Luis á las de Mercedes, y cuando el órgano alegró con sus ecos la sonora nave del temp'lo, la marquesita, inmóvil y abstraída como si una vision celestial la acariciase, dibujó en sus lábios una sonrisa de beatitud sublime.

Era su padre que tomaba forma para bendecirla y agradecerle su obediencia, su padre que descansaba feliz al verla unida á su primo.

El día ántes de la boda, Don Francisco se habia creído obligado á dar cuenta á Mercedes de la última voluntad de su padre, consignada en su carta postrera.

Don Luis Fonseca suplicaba á su hermano al confiarle su hija, que la casara con su honrado y digno sobrino José Luis, único hombre que podía hacerla feliz. Creyendo que su hija iría pobre al matrimonio, esperaba de los nobles sentimientos de su hermano que supliera esa deficiencia.

Mercedes había besado aquella carta muy conmovida; su padre había pensado en asegurarla, antes de morir, un porvenir de dicha.

Durante la ceremonia, aquella carta, aquel mandato, aquella voz adorada que parecía vibrar desde el cielo en su alma, habían llenado por completo su mente.

Cuando el canónigo de la catedral de Jaen terminó su plática, Mercedes creyó que su padre, bendiciéndola, se alejaba satisfecho.

Entónces se volvió su pensamiento hácia José Luis, y se dijo:

—Me queda él: ya no estoy sola.

La idea del peligro en que estuvo la vida de su amado, despertó en ella el recuerdo de lo instable de la dicha, tuvo miedo de perderla, y calmándose su exaltacion, pensó:

—Me queda mi fé y mi confianza en ser digna de una dicha que Dios me concede y que puede quitarme: me queda la voluntad de hacelo feliz y

de vivir y de morir con él y por él.

Cuando la familia de Fonseca, con los testigos y el celebrante volvieron á su casa eran más de las siete, la noticia habia corrido por el pueblo, y las calles del tránsito se hallaban llenas, así como la plazuela en que se alzaba la Iglesia.

Las buenas mujeres que llevando sus chiquillos de la mano ó en brazos, se agolpaban al lado del coche en que iba el nuevo matrimonio, arrojaban puñados de trigo, que entraban alguna vez por la ventanilla salpicando el coche en que iban los novios, Fonseca y el Sr. Canónigo, seguido de otro en que iba Doña Manuela, Isabel, D. Adriano y el Sr. Cura párroco.

—Qué tiran? preguntó Mercedes sorprendida.

—Trigo, hija mia, dijo D. Francisco; es un emblema en las bodas.

—Y qué significa? preguntó de nuevo la que ya no podemos llamar marquesita, puesto que ostentaba el título de señora casada.

—Que os desean larga vida de prosperidad y abundancia, y que vuestro primer hijo sea varon.

Mercedes enrojeció y una conmocion inmensa se apoderó de todo su sér, como si hasta aquel momento no se hubiera dado cuenta de la grandeza del sacramento que acababa de recibir.

José Luis la miró con dulce gravedad, encantado de aquel rubor y de aquella actitud pensadora y seria.

—Nos iremos en coche á Casa Blanca? le preguntó á media voz.

—Como quieras; prefiero ir á caballo, saldremos por la puerta del jardín al campo para evitar que nos vean; la mañana está muy hermosa.

—No podemos detenernos porque más tarde haría calor, objetó José Luis.

—Oh! enseguida! murmuró con dulce sonrisa Mercedes.

Tomado en familia el desayuno, Mercedes se apresuró á mudar de traje, no sin que Isabel le quitase los alfileres del velo y la rama de azahar, esperando que le trajese la dicha.

Bajando por la escalera de servicio, cruzaron el jardín y la huerta, tomando los caballos y saliendo al campo como quien va en busca de un paraíso.

Los curiosos habian quedado ante la puerta de la casa, bien ajenos de que habia volado en busca de otro nido más solitario, la gentil pareja.

Apénas llegaron á la finca que ya les pertenecía, entregaron á Ramon los caballos, y se fueron cogidos del brazo á través de las siembras,

que les humedecian los piés con el rocío matinal, buscando un sitio aislado donde descansar felices.

No se lo habian dicho, no habian tomado ningun acuerdo, y sin embargo se dirigieron sin vacilar á un lugar que encerraba para ellos un recuerdo eterno: aquel en que fué herido José Luis.

El cariño de Fonseca habia querido perpetuar tan grave acontecimiento, colocando una ligera y elegante columna de mármol con esta inscripcion que la rodeaba como una orla: «El dia 2 de Abril de 1886, una gran desventura amenazó á los propietarios de esta finca, y un dolor sin consuelo inundó sus almas, sumiéndolos en la mayor consternacion. Dios tuvo piedad de los que en él tuvieron confianza, y les devolvió la calma y la dicha. Sirva este recuerdo para avivar la gratitud de los que debieron á Dios tan gran beneficio, haciéndolos compasivos con el que sufre y generosos con el que implora. ¡Bendita sea la misericordia de Dios!»

Hacia dos dias que habia quedado instalado aquel sencillo monumento en un elegante pedestal, y José Luis habia cuidado de que se adornase con una corona de rosas frescas, y floridas ramas de azahar para el dia de sus bodas.

Cuando Mercedes lo vió sintió una grata emoción: precisamente había pensado ella, cuando la finca fué suya, en consagrar un recuerdo á tan memorable día.

—Me habeis adivinado, dijo con lágrimas en los ojos: este era un deseo que yo quería realizar.

—Pues no he sido yo, y lo siento, el que se adelantó á tus deseos: ha sido mi padre.

—Pero la dirección será tuya.

—Eso sí, y las flores también.

—Es una alegoría de nuestra dicha; nuestros padres construyeron el pedestal en que había de cimentarse; nosotros, con un deseo que brotó de una desdicha, elevamos el monumento y hoy lo cubrimos de flores.

José Luis besó la mano de su mujer y la atrajo hácia sí, sentándose con ella sobre la fresca hierba, bajo la limpia y azulada bóveda del firmamento, y en el silencio y reposo de la naturaleza que los encerraba en su seno.

Era la soledad del Paraíso soñado, envolviéndolos en aquella hora de amor en un encanto celestial.

Sin palabras, pues la dicha no las tiene, sin recuerdos ni anhelos, viviendo allí una sola vida, sin saber que vivían, embriagándose en una mi-

rada incansable, con las manos unidas como obediendo á una atracción magnética, pasaron algún tiempo.

La naturaleza, que parece indiferente ante el dolor, como si en su calma augusta no tuviese cabida el eco de las penas que abaten á la humanidad, toma indudablemente parte en la dicha, pues su luz parece más radiante, sus rumores más sonoros, sus colores más vivos cuando gozamos.

Aquel cielo que no había dejado de brillar cuando Mercedes sentía en sus ojos las sombras de la muerte; aquel sol que no había debilitado sus reflejos de oro ante el espanto de la pobre niña; aquel arroyuelo que había seguido indiferente su curso, sin cuidarse del desenlace de la horrible escena que allí dejaba, y hasta las brisas que rozaban juguetonas las plantas y deshacían los rizos en la frente de la marquesita, tan ajenas á su sentir, parecían acompañarla en su felicidad, deteniéndose los reflejos del sol para envolverla en un nimbo luminoso; las brisas para acariciarla con suspiros perfumados, y el arroyo para adormecerla con su cadencioso ritmo.

Un ruiseñor, sin duda el mismo que dos meses ántes buscaba para formar nido á su enamorada compañera, cantando en su soledad sus cuitas y

revolando sobre las cabezas de José y Mercedes, unidas por la desgracia, pasaba ahora dejando en el nido á sus hijuelos para buscarles el sustento, cantando alegremente el epitalamio del amor.

Algunas hojas de azahar, desprendidas por el viento, caian mezcladas con las de las rosas sobre aquellas manos inmóviles, como un homenaje de la naturaleza.

El brazo izquierdo de José Luis, curado ya de su herida, rodeó la cintura de su esposa, que cediendo á una dulce atraccion apoyó la rubia cabeza sobre el pecho que debia ser su sosten y su escudo.

José Luis, conmovido ante aquel abandono lleno de gracia pudorosa y de sencillez infantil, se inclinó hácia Mercedes y apoyó sus lábios sobre la pura frente de aquella niña, salvada por su amor.

El silencio era armónico: todo calma en el cielo; todo paz en la tierra.

El Universo parecia regocijarse en su quietud serena y austera, de la realizacion de esa obra creadora en que se funda todo principio humano; la atraccion del amor.

Allí no habia dos séres, sino un sér completo: dos mitades que se unian formando el todo perfecto, lazo de la carne que aprisiona un alma

única, fuente que surge para enriquecer al océano humanidad en su fuerza generadora.

.....

El viento arrancaba á las rosas y á los azahares hojas perfumadas que caian como un tributo de la Primavera sobre los felices esposos.

El rruiseñor pasó cantando y se detuvo sobre aquella columna que era sosten y origen de la dicha que ante ella empezaba, y saludó con sus mejores trinos aquella casta caricia de dos almas que se confundian; aquel grupo conyugal, manantial sagrado que Dios hace fecundo en el seno de la naturaleza para perpetuar la corriente de la vida. . . . .

Y si el rruiseñor hubiera sido filósofo, se le hubiera ocurrido ante aquel cuadro de amor, que los hombres serian más felices, si se limitaran como los pájaros, á amarse en la soledad y á no tener otra ambicion que la de formarse un nido.

FIN DE LA NOVELA.



